

ALEXANDER COPPERWHITE

ANTIGIO



Las atrocidades de nuestros antepasados se convierten en el pretexto perfecto, para la ejecución de una venganza descomunal. La fe de los hombres se tambalea y buscan respuestas, a preguntas erróneas, en su interior.

Un despiadado asesino, toma forma mitológica y arrastra a Vicente, a Eduardo y a Emma, por media Europa y más allá. Los inocentes se convierten en culpables y para resolver el misterio, siguen las pistas, quebrantan la ley, resuelven enigmas y luchan contra la adversidad, y contra ellos mismos.

Una novela trepidante. Que guía al lector a través de un país, Europa, que está dando sus primeros pasos. Una persecución a través de la historia que convive con nosotros en el presente. Movilidad, aventura, historia, enigmas, viajar y luchar. Quién es el cazador, y quién la presa...

Lectulandia

Alexander Copperwhite

Antigio

ePub r1.0

Ufita 07.10.13

Alexander Copperwhite, 2013
Diseño de portada: Silvia Carazo

Editor digital: Ufita
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I

Ya no es un secreto que a pesar de nuestra apatía ante los peligros ocultos de la naturaleza, en lo más profundo de nuestra mente, aún nos preguntamos si los misterios de la antigüedad no son sólo imaginaciones del ser humano, sino monstruos reales arraigados en nuestro ser.

*

«Ring, ring... Ring, ring...»

Con las dos manos, palpé la pared tras el cabezal de la cama, buscando el interruptor de la luz.

«Ring, ring... Ring, ring...»

—Sí... ¿Quién es?

—¿El padre Gómez?

—¡Sí! ¿Quién pregunta?

—Soy el agente García del cuartel de la Policía Nacional de Murcia. Perdona que le moleste a las tres de la mañana pero tenemos un asunto importante que requiere su atención.

—¿De qué se trata?

—Mandaremos un coche a recogerle de su hotel dentro de una hora.

—¿Pero de qué se trata hijo mío?

—Cuando le hayan traído a la comisaría, el inspector Alcaráz se lo explicará todo.

—De acuerdo... en una hora... pero...

No entendía nada. Había venido a Murcia Capital para dar una charla en la universidad referente a mi viaje a Grecia y las conclusiones que había sacado sobre su cultura y el estricto vínculo que los griegos mantenían con su historia. No puedo negarlo, me gusta indagar en la historia. Aunque el comienzo del cristianismo se sitúa alrededor del año cero, no significa que no existió nada anterior a esa fecha. Estoy seguro que muchos de mis colegas curas no ven con muy buenos ojos mi interés en esas épocas tan diferentes y lejanas a lo que hoy conocemos, pero confundir mi fascinación e interés por nuestros antepasados como un gesto de rebeldía para desacreditar parte de nuestra tradición eclesíástica, me resultaba una idea incomprensible. ¿Qué puede haber pasado para que tenga que ir al cuartel de la policía a estas horas de la noche?

«Ring, ring...»

Pasaron exactamente cincuenta y tres minutos cuando el teléfono de la habitación volvió a sonar. El recepcionista me avisó de que dos agentes de policía acababan de

llegar y me esperaban en la recepción. Apenas me había dado tiempo para prepararme. No estoy acostumbrado a las prisas y a decir verdad, cuando me meto en la ducha pierdo un poco la noción del tiempo así que me apresuré todo lo que pude para no hacer esperar mucho a mis inesperados acompañantes.

Salí de la habitación, cerrando la puerta suavemente para no molestar, y me dirigí hacia el ascensor. Me paré frente a la puerta mecánica y con bastante inquietud, empecé a luchar contra mi claustrofobia. Desde que era pequeño me aterraban los lugares cerrados. A pesar de todo, luché con todas mis fuerzas para superar mi fobia, pero el miedo me venció una vez más así que di media vuelta y me dirigí hacia las escaleras para bajar los tres pisos que me separaban del recibidor. No me importaba bajar los tres pisos, cuesta abajo hasta me parecía agradable, pero subirlos me costaría un poco más. Soy consciente de que uno con cuarenta y un años no es mayor, aunque he de admitir que el ejercicio no me apasiona lo suficiente como para formar parte de mi vida cotidiana.

Me encontraba ya en la primera planta cuando noté una brisa muy fría que me recorrió todo el cuerpo y eso que era septiembre. Miré a mi alrededor por sí me encontraba cerca de algún aparato de aire acondicionado, pero no vi ninguno. Aparte de los apliques de pared, que junto a las luces del techo iluminaban de manera discreta los pasillos, no veía nada fuera de lo normal. ¿Qué extraño? Bueno, qué más da... también me entran calores repentinos e inexplicables de vez en cuando, así que sería mi cuerpo adaptándose al clima de la ciudad.

En Jumilla, que es de donde yo provengo, no hace tanto calor y el aire no es tan denso y pesado. Siempre me he considerado un pobre cura de pueblo y para mí el hecho de venir a la ciudad, se trata de una obligación más que de un placer. Me gusta viajar, eso no lo discuto, pero a mi ritmo, con mis apuntes y mis pensamientos bien organizados. Sé que debería esforzarme más entregándome a la gente que me rodea, pero está claro que no soy capaz de esconder mi verdadera naturaleza.

—Padre, por aquí por favor. El coche os está esperando en la entrada del hotel.

—Claro cómo no.

Los dos agentes de policía me metieron en el coche y nos dirigimos hacia la comisaría. Sólo estaba a quince minutos del hotel pero aún así, al estar sentado en la parte trasera de un patrullero, me sentía como un delincuente, y era obvio que no lo era. Una experiencia que quizás me ayudaría a comprender de qué manera se sienten los jóvenes que buscan desesperadamente llamar la atención de la sociedad con sus actos «poco usuales». La incómoda situación, aparte de servirme para reflexionar, también me ayudaba a no preguntarme sobre el motivo de la invitación del inspector Alcaráz.

—Ya hemos llegado. Por favor padre, bájese del coche y sígame.

—Gracias agente.

—Acompáñeme, el inspector le está esperando.

La comisaría, situada en el centro de la ciudad, tenía un aspecto simple, muy propio de los edificios de la administración pública. Mirándola de frente el río Segura quedaba a su izquierda y la gran catedral unas calles por detrás. Siendo verano, la mayoría de la gente estaba de vacaciones y el tráfico no era excesivo, claro que también el hecho de ser casi las cuatro y media de la madrugada, influía mucho. Nada más entrar me sorprendió la cantidad de gente que parloteaba en el recibidor, pero a pesar de ello, tenía la sensación de encontrarme en una sala vacía. Sólo unos cuantos posters colgados por las paredes, anunciando la interacción del cuerpo policial con la sociedad, rompían la monotonía del lugar. Todos hablaban en voz baja y sin parar de gesticular con las manos, parecía que el miedo había despertado tras un largo letargo para atosigar la tranquilidad de ésta ciudad. Al fondo, cerca de una doble puerta que con toda seguridad conducía a los despachos, una alargada barra de mármol ejercía como mostrador. En la parte exterior, una joven mujer no paraba de resoplar mientras ojeaba uno de los libros que se apilaban a su derecha. Sólo destacaba el color rubio tintado de su pelo, por lo demás, no había nada en ella que me llamara la atención. Eso sí, parecía hallarse aislada, profundamente absorta en sus pensamientos. Uno de los agentes que me acompañaba se acercó a ella y en voz baja le anunció mi llegada. Rápidamente dejó el libro sobre el mostrador y con paso firme se me acercó.

—Gracias por venir, Padre Gómez. Mi nombre es Raquel Alonso, soy la traductora.

—¿La traductora de qué, hija mía?

—De Griego, por supuesto.

—Claro, claro; ¿pero qué tengo que ver yo con todo esto? ¿Qué es lo que necesitan de mí?

—El inspector se lo explicará enseguida. Acompáñeme por favor.

La joven parecía muy distante y en su rostro se discernía cierta incertidumbre entremezclada con decepción. ¿Qué habrá pasado? A mi parecer, no debía tratarse de una situación muy habitual en una ciudad tan tranquila. Cruzamos la puerta al final del mostrador y entramos en una gran sala repleta de mesas de oficina. Al fondo, tras el bullicio de policías y administrativos, había un despacho abarrotado de gente. A los que estaban sentados en las mesas de la sala, se les veía muy recelosos y se comportaban de forma extraña. La preocupación se respiraba en el ambiente.

—¡Pase por favor!

Entré y vi que todos rodeaban el escritorio que aparentemente debía de ser del inspector Alcaráz. Al instante me miró fijamente con una sensación de alivio, aunque en su semblante se reflejaban dudas. El ventilador del techo refrescaba la calurosa habitación, pero no parecía surtir el mismo efecto con los ánimos de los presentes.

—¡Salgan todos!

La voz imperante del hombre sentado tras la mesa amedrentó el desorden que imperaba.

—A la orden inspector. —Dijeron al unísono.

Era un hombre imponente de unos cincuenta y tantos años. Al levantarse superaba notablemente mi metro ochenta de estatura y eso me sorprendió un poco. Su cara, marcada por el paso del tiempo, le otorgaba un aire de indiscutible seriedad autoritaria y las arrugas en su frente desvelaban que había pasado por muchos malos momentos o simplemente, denotaban el hecho de haber vivido con mucha intensidad. Su pelo, más bien blanquecino, completaba la imagen de un hombre curtido por su trabajo y que a su vez imponía respeto.

—Soy el inspector Alcaráz. Perdone por haberle molestado a estas horas Padre, pero según mis informes es usted un conocedor del mundo Griego y de su idioma. Quizás su presencia en nuestra ciudad sea algo más que una simple coincidencia.

Su despeinada cabellera era una pequeña muestra de la gran presión que debía soportar en este instante, de manera que decidí ir directo al grano.

—¿En qué puedo ayudarle inspector? He de reconocer que en este momento, más que intrigado, estoy un poco preocupado. No suelen despertarme en mitad de la noche para tratar este tipo de asuntos.

—No tiene de qué preocuparse padre. Lo único que necesito es que me traduzca una frase escrita en griego.

El chirrido del sillón de cuero, al inclinarse hacia adelante, me desconcertó de la misma manera que su extraña petición.

—Tengo entendido que la señorita Alonso, que está fuera esperando, es traductora de griego. ¿No estoy muy seguro para qué serviría otra traducción?

—Nunca viene mal una segunda opinión. Además, sus referencias son excelentes. Ha publicado ciertos trabajos muy interesantes y hasta ha rechazado un puesto de profesor.

—Veo que está bien informado sobre mí, pero sigo sin entender qué es lo que hace un cura entre policías.

—Tiene usted razón así que le mostraré la razón de porqué le hemos traído. ¿Me puede decir que es lo que está escrito aquí?

El inspector me mostró un folio que tenía sobre la mesa con la frase «Ο Δίας θα ξαναπάρειτην Ευρώπη» y se recostó hacia atrás. Fijé mi mirada, con curiosidad y sorpresa, en el desgastado papel. Me pareció muy extraño... «Zeus volverá a coger a Europa»... Debía de tratarse de un asunto complejo porque a primera vista no parecía tener ningún sentido para mí. ¿A qué haría referencia ésta alusión mitológica? ¿Cuál sería su trasfondo?

«Ghm, ghm». Carraspeé con sutileza intentando aclarar la voz.

—La traducción literal de la frase es, «Zeus volverá a coger Europa»...

—Sí... Eso es exactamente lo que entendí por la traducción de la señorita Alonso; ¿algo más que añadir?

Volví a examinar la nota y tras unos segundos la dejé en su sitio. No pude evitar fijarme en un marco vacío que estaba sobre la mesa. Era de uno ésos que se solía colocar una foto de familia o generalmente de seres queridos. El inspector se percató de inmediato y con un movimiento rápido, cogió el marco y lo guardó en un cajón.

—¿Y pues?

—¿Qué significa todo esto inspector? No es posible que me trajeran aquí tan tarde y de manera apresurada para que les diga lo que está escrito en un papel. Dime hijo mío ¿qué es lo que realmente necesita de mí?

El inspector bajó la cabeza y se quedó callado durante unos segundos. Sacó una pluma verde oscura de su arrugada chaqueta y empezó a girarla entre sus dedos con bastante habilidad. Su actitud me resultó irritante y no pude evitar levantarme de la silla manifestando mi descontento.

—Inspector... Por favor... Usted es quién quiso que viniera.

—Por favor, siéntese padre... Lo que estoy a punto de revelarle es confidencial y no debe contárselo a nadie. Considérelo como una especie de confesión...

—Así lo haremos pues. Sólo espero poder ayudar.

—Hace unas cuatro horas, aproximadamente, una joven pareja encontró en la orilla del río Segura a una mujer desnuda muerta. Estaba justo debajo del «Puente de los Peligros» a muy poca distancia de aquí. Como ya le mencioné antes, la encontraron sin ropa y al parecer llevaba varios días en el río aunque no sabemos cuántos. En su espalda tenía ésta frase escrita con una cuchilla y justo a su lado había un corazón de algún animal que, por el tamaño deducimos que podría ser de un cerdo o una vaca.

La piel de mi cara palideció y un leve temblor se apoderó del resto de mi cuerpo.

—¡Es horrible! ¿Quién podría haber hecho algo así!?

—Eso es lo que nos estamos preguntando y quizás usted nos pueda ayudar.

—¿Pero cómo?

Me entraron náuseas sólo con pensar en esa escena tan desagradable. Una mujer asesinada, con esa inscripción grabada en su cuerpo y a su lado, los restos de un animal muerto. Pobre muchacha ¿qué impulsará a las personas a perder el raciocinio y cometer actos tan atroces? ¿Personas he dicho? Más bien bestias; no cabe perdón en robar la vida de un ser humano. Sé que no debo pensar así pero... que Dios nos perdone a todos.

—Padre... ¿Se encuentra usted bien?

La voz del inspector se había transformado de seria y arisca a comprensiva.

—Sí... Sí... Es que... No se preocupe...

—¡Rodríguez! Trae un vaso de agua para el padre Gómez, o mejor dicho, agua y

un café.

—Gracias inspector.

No dejaba de pensar en esa pobre joven. ¿Quién sería? ¿Se lo habrían notificado ya a su familia? ¿Cómo se sentirán al enterarse de lo ocurrido?

—¿Inspector, cuantos años tenía la mujer?

—A primera vista parece que entre veinte y veinticinco años.

—Apenas era una muchacha...

Durante un instante mi mente se centró.

—¿Por casualidad era morena?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabía?

—En la mitología Griega, Zeus es el principal Dios entre los doce del monte Olimpo. A todos los dioses griegos se les atribuía tanto virtudes, como defectos humanos que a la larga, ensombrecían su divinidad. Según Herodoto, durante unas de sus visitas terrenales, Zeus se enamoró de una hermosa joven llamada Europa y la raptó. El mito cuenta que al no poder mostrarse con su verdadera forma, adoptó la de un toro, montó en su espalda a Europa y atravesó el mar alejándola de sus seres queridos con el fin de poseerla. No se sabe si la joven sucumbió a los encantos de Zeus o si finalmente fue sometida a la fuerza. Existe una controversia entre los expertos, acerca de ésta cuestión. Por un lado se piensa que la joven finalmente fue violada mientras por otro, aunque se trató de un rapto en toda regla, el forcejeo inicial se convirtió en cortejo y finalmente se tradujo en amor. Claro está, que sólo se trata de un mito.

El inspector, arqueó sus pobladas cejas.

—¿Ha dicho usted violada?

—Sí, violada. ¿Por qué lo pregunta?

—Es curioso. Resulta que la víctima aparenta indicios de violación aunque aún no podemos afirmarlo con toda seguridad o al menos hasta que dispongamos de los resultados de la autopsia.

—Por desgracia el hombre tiende a malinterpretar los escritos. Incluidas las leyes.

—En su opinión ¿Qué es lo que el asesino pretende, padre?

—¡No estoy seguro! Déjeme ver lo que está escrito otra vez.

El inspector se mantuvo silencioso tras mi petición y parecía reticente en volver a entregarme el folio de papel. Cogió su bolígrafo que había dejado sobre la mesa y comenzó a darle vueltas entre sus dedos una vez más. Se levantó y se dirigió hacia un archivador que había detrás de él. Entonces alcanzó una carpeta que estaba situada en la parte superior, la ojeó y volvió a sentarse. Me miró fijamente y empujó la carpeta hacia mí deslizándola sobre la mesa.

—Aquí tiene las fotos que sacamos en el lugar del crimen. Quiero que se lo piense dos veces antes de mirarlas y como ya le mencione antes, el asunto no puede

hacerse público, debe ser manejado de manera estrictamente confidencial.

Mis manos comenzaron a temblar. El tiempo parecía haberse paralizado y a mí alrededor sólo percibía el silencio de mi temor. Puse mi mano sobre la carpeta y la arrastré hacia mí. Cerré los ojos durante unos segundos y pedí a Dios que me confiriera templanza.

—Se que no debe de ser fácil para usted; igual que no lo sería para cualquiera, pero puede que nos sea de gran ayuda. Confío en usted.

Al abrir la carpeta me quedé horrorizado con lo que vi y aparté la mirada con un giro brusco de mí cabeza; Respiré profundamente y volví a mirar. Intente no pensar en el crimen sino en los hechos aunque a primeras, me resultaba imposible. ¡Pobre muchacha! Su cuerpo, blanco como la nieve y manchado de arena, carecía de cualquier signo de vida. Sus enormes labios, acartonados y decolorados, ratificaban la indiferente presencia de la muerte mientras su rostro reflejaba tal serenidad, como si nada de lo ocurrido le hubiera afectado.

—¿Cómo la encontraron? ¿Boca arriba o boca abajo?

—El cuerpo estaba boca arriba con los brazos cruzados y las piernas juntas. Como si estuviera descansando en un ataúd.

—¡Entiendo! ¿Y en qué momento descubristeis el grabado?

—Al examinar el cadáver, vimos manchas resacas de sangre por los costados por lo que deducimos que existía la posibilidad de que existiera una herida en la espalda. Cuando giramos el cuerpo, nos dimos cuenta de que no había tal herida sino lo que se ve en las fotos.

—¿Y la causa de la muerte?

—Fue ahogada.

—¿Ahogada?

—¡Sí! El forense intentará dictaminar si es agua del río o si ha sido ahogada en otro lugar.

El café se me estaba enfriando. No era capaz de tomar ni un sorbo ya que con cada detalle que me rebelaba el inspector mí estomago se me encogía por los nervios. Volví a leer la frase y me di cuenta de una cosa de la que no me había percatado antes.

—Un minuto ¡Aquí podríamos hacer otra interpretación! Fíjese que en vez de utilizar la palabra «raptar» se utiliza la de «coger».

—¿Y qué significado tiene?

—Es posible que esté divagando pero en mi opinión, raptar implica también la posibilidad de devolver; puesto que la víctima está muerta, entendemos que al no poder devolverle la vida, el asesino la cogió.

—Pero si el asesino «Zeus», en vez de raptar a Europa, la mata ¿no perdería la posibilidad de enamorar a la joven?

—El rechazo puede actuar como un poderoso desencadenante, que finalmente, transforma la admiración y el deseo en ira. En algunas de las bodas que he celebrado, el objetivo del enlace no es el amor sino la posesión o la aprobación del entorno familiar. Para mi pesar, en esos casos, no se puede distinguir entre compromiso y propiedad.

—Entonces «Zeus», al no conseguir enamorar a Europa, la mató para que nadie más pudiera tenerla.

—Exacto, aunque esta conclusión, pertenezca más a una realidad humana que a la mitología griega, puesto que el Dios de dioses, siempre conseguía lo que quería.

—Pero en este caso nuestro «Zeus» también consiguió lo que quería.

—¿En qué sentido inspector?

—Si él no puede tenerla, nadie la tendrá y de esta manera sólo será suya.

Mi corazón latió con fuerza al ver lo bien que encajaba toda la historia.

—¡Y el corazón al lado del cuerpo simboliza el desengaño de Zeus!

El asiento de cuero del inspector, chirrió una vez más, cuando con furia contenida se abalanzó sobre la mesa y dio un leve golpe con su puño cerrado.

—Podría haberse quitado el suyo y de esa manera nos cercioraríamos de que no volvería a ocurrir.

—¿A que conduce todo esto inspector?

—No lo sé pero al menos sabemos el móvil. Ha quedado claro de que se trata de un crimen pasional. Al menos es un comienzo.

A pesar de la conclusión, yo no sentía ningún alivio o satisfacción. El cansancio, no me dejaba pensar con claridad y el café ya estaba más que frío. El inspector volvió a dar vueltas a su bolígrafo, con su mirada fija en las fotos. De repente lo soltó sobre la mesa, se levantó y cruzó los brazos detrás de la espalda.

—Padre Gómez, dígame por favor ¿dónde puedo encontrarle durante las próximas 48 horas por si necesito su ayuda otra vez?

Su pregunta me sorprendió pero con bastante aplomo, aparté la carpeta y me levanté.

—A las once debo impartir una pequeña charla en la Universidad de Murcia para los estudiantes de Arte. Luego pensaba comprar un par de cosas para familiares y amigos. Nada importante, ya sabe, lo típico para estas ocasiones. Más tarde mi sobrino vendrá a llevarme otra vez a Jumilla aunque pensándolo mejor creo que me quedare una noche más, siempre y cuando, en el hotel dispongan de habitaciones libres.

—No se preocupe por la habitación. Nos encargaremos nosotros de modificar su reserva y los gastos correrán a cuenta de nuestro departamento.

—No es necesario.

—Insisto padre... ahora le acompañaran de vuelta a su hotel y espero que

descanse. Le vuelvo a pedir disculpas por las molestias.

—Gracias y que Dios le acompañe.

El inspector me acompañó, sin decir ni una palabra, hasta los dos agentes con los que estuve esta madrugada. Me estrechó la mano con fuerza y me miró fijamente. Parecía querer decirme algo, pero estaba claro de que no llegaba a aclarar sus pensamientos. Entré en el coche y deje tras de mí la duda de si lo que había dicho podría ayudar o confundir al inspector en la desagradable y macabra situación a la que se enfrentaba. El trayecto hacia el hotel se hizo muy corto y mientras subía hacia mi habitación, los dos agentes fueron a hablar con el recepcionista. Supongo que querrían arreglar el asunto de mi reserva. Llegué al tercer piso evitando el ascensor como siempre, pero sin notar ningún cansancio. Sólo sentía un ligero temblor en las piernas aunque no era de fatiga o dolor sino de temor.

Cuando me tumbé sobre la cama, eran ya las seis de la mañana y sabía que no sería capaz de descansar. Seguramente mi visita a la Universidad se convertiría, en vez de un placer, en una pesada obligación. No tenía fuerzas ni para desvestirme la sotana y mientras, me quedé abstraído mirando sin sentido una luz que parpadeaba bajo el televisor, no dejaba de pensar en esa muchacha...

II

Completamente desarreglado y sin saber cómo, me encontraba frente a estas jóvenes mentes universitarias pero no conseguía percibir su brillantez. En los rostros de todas las chicas sólo veía a la joven asesinada. El aula estaba repleta de gente, pero de mi boca no salían más que susurros de pensamientos inquietos que me atormentaron durante las últimas horas. En mis manos barajaba las diapositivas de mis viajes como si se tratasen de falsos recuerdos sacados de una revista cualquiera. Las grandes ventanas permitían entrar los rayos del sol, que dibujaban unas líneas amarillas casi imperceptibles y de distintas tonalidades. Sentado en la mesa, no me atrevía a levantar la cabeza de la vergüenza ajena que sentía... mi cansancio y mi malestar era algo que los estudiantes no se merecían.

—¿Se encuentra bien padre?

Las inocentes palabras de esa joven estudiante me hicieron preguntarme el cómo sería la voz de la víctima. ¿Por qué no? También debería estar aquí, entre nosotros, en el mundo de los vivos pero por desgracia... Quería dejar de pensar. ¿Por qué tanto galimatías para un crimen pasional? La frase en griego... Nada de lo ocurrido tenía sentido.

Las diapositivas se me caían de las manos y los estudiantes cada vez parecían más preocupados por mi actitud, pero no era capaz de ocultar mis sentimientos. La pena poco a poco se eclipsaba por el odio y no debería ser así; mi obligación era la de perdonar, pero claro, a quien desea ser perdonado ¿pero eso me otorgaba el derecho a odiar?

—¡Rápido! Que alguien avise a un profesor.

Una estudiante se levantó con rapidez y abrió la puerta del aula en busca de ayuda cuando de repente se topó con el inspector Alcaráz. Tan sorprendida como yo, se apartó de la puerta y se hizo a un lado.

—¡Inspector! ¿Qué hace usted aquí?

—Buenos días padre, hemos encontrado algo más... Necesitamos su ayuda.

—¿Cómo dice?

—Venga conmigo y hablaremos por el camino.

—¿Y los estudiantes?

—Parecen más preocupados por usted que interesados en lo que les está contando y de todas formas ya he hablado con el decano; así que le espero abajo.

—Recojo mis cosas y voy enseguida.

Me agaché a recoger las diapositivas que estaban esparcidas por el suelo y las metí apresuradamente en mi maletín. Sin ningún orden, algo bastante extraño en mí ya que siempre me tomaba mi tiempo para hacer las cosas. Con los ánimos reavivados por la curiosidad, me giré hacia los estudiantes y me despedí no sin antes sentir alivio y

amargura.

Fuera, frente a la escalera principal del edificio, me esperaba el inspector. Llevaba puesta la misma ropa de anoche. Su arrugado pantalón desvelaba que únicamente se habría tumbado en un sofá seguramente para relajar los músculos mientras su camisa a cuadros disimulaba un poco más el desarreglo. El peinado rápido de su pelo corto daba la impresión de una persona que había estado estrujando su cerebro ininterrumpidamente durante las últimas horas.

Mientras caminábamos por los jardines de la universidad, observaba con disimulo al inspector. Llevaba anillo de casado, pero a mi más bien me parecía un soltero forzado. Caminaba erguido, con la cabeza bien alta; tenía el aspecto de un hombre orgulloso y a la vez distante. Ni me puedo imaginar las cosas que habrá presenciado a lo largo de su vida.

—Tengo el coche aparcado frente al parque. De ahí, nos iremos directamente al depósito de cadáveres donde se encuentra la víctima.

—Dígame inspector ¿Qué es lo que han descubierto?

—Entre en el coche y se lo cuento por el camino.

El coche del inspector era un Opel Corsa. No es que yo tuviera un gusto especial por algún tipo en particular de coche, simplemente me parecía un vehículo poco apropiado para las dimensiones del inspector. Entramos en el coche y sin muchas demoras, nos alejamos del centro de Murcia y nos dirigimos al depósito del hospital «Virgen de la Arrixaca» que se encontraba en las afueras... a unos 10 minutos por la autovía, más o menos.

—Esta mañana, durante la autopsia, se detectó una piedra ovalada del tamaño no más pequeño que el de un dátil, en el estomago de la víctima. Al parecer, el asesino obligó a la víctima a tragársela antes de matarla, debió de ser muy doloroso. Ese detalle nos desconcertó bastante así que empezamos a hacer conjeturas de todo tipo. Por desgracia, no éramos capaces de relacionar los hechos así que pensé en usted. Cuando ya tuvimos la piedra, vimos que era negra y que también en la parte central estaba grabado el número siete.

—¿Ha dicho el número siete?

—En efecto.

Conforme nos acercábamos al hospital, más aumentaba mi curiosidad respecto a la piedra.

—¡Curioso! ¿Cuál puede ser la relación?

—Eso es lo que espero que usted me diga.

Mientras intentaba pensar, incapaz de entender lo ocurrido, un fuerte olor a neumático quemado proveniente del exterior, me hizo reaccionar.

Una alusión a uno de los doce dioses del Olimpo, un crimen que cada vez dudo más que sea una discusión de pareja y ahora la piedra negra con el siete.

—Sabe una cosa inspector; cuando la democracia comenzó a dar sus primeros pasos antes del nacimiento de Cristo, los atenienses sometían a votación todas las cuestiones de su ciudad estado. Para eso, cada ciudadano tenía dos piedras que llamaban «óvolos», una blanca y otra negra. La blanca servía para votar a favor y la negra en contra de la ley o medida que se sometía en ese instante a votación. Por otro lado, en la cultura popular griega, tirar una piedra negra por la espalda sirve para espantar a los malos espíritus y augurar un nuevo comienzo. La segunda hipótesis no la veo vinculante y la primera no tiene ningún sentido para mí. Al menos de momento.

—¿Y el número siete?

—Eso tampoco sé a que hace referencia. Los dioses del Olimpo eran 12 y Zeus era el primero así que... no se...

—Puede que indique un lugar o un objeto.

Durante un instante me quedé pensativo y luego levanté los hombros.

—¿Dónde y para qué?

—¡No lo sé! Pero no debemos descartar nada. Una cosa está clara, si no se trata de una enorme casualidad, no creo que sea algo tan simple como una pelea de pareja.

—En eso estamos de acuerdo.

Ya habíamos llegado al hospital. La gente entraba y salía, por la corredera puerta de cristal, ignorando lo que había sucedido. Como podían sospechar que un crimen de estas características se había cometido en su tranquila región. Ellos también sufrían con sus cotidianos infortunios y simplemente se cruzaban con nosotros sin siquiera percibir que existíamos. Al rato, cuando entramos en el depósito, el aire frío del aire acondicionado caló en mis huesos. Los azulejos blancos que predominaban en las paredes de la habitación reflectaban de manera muy molesta la luz de los fluorescentes; por lo menos al principio. El médico forense, sentado en un escritorio al fondo de la sala orientado hacia la pared, parecía tan absorto en su investigación que no se había percatado de nuestra llegada. Allí manejaba, una gran lupa enganchada a un brazo articulado, con la que examinaba meticulosamente la extraña piedra.

—¿Puedo echar un vistazo?

El médico se giró y se quedó sorprendido al verme.

—No te preocupes Juan, viene conmigo.

—¡Menudo susto me has dado Eduardo! Creía que venían a por mí; Ja ja ja...

—Discúlpele padre, tiene un pésimo sentido del humor.

—No se preocupe inspector; no tiene importancia.

Se levantó de su silla y con un gesto de cortesía me invitó a sentarme.

—Prefiero quedarme de pié.

—¡Insisto! Así podrá ver mejor la piedra.

—En ese caso...

Me senté, me coloqué frente a la lupa y observé... Era una piedra muy corriente, de color negro y con el número siete grabado a mano con un objeto punzante. Era fácil deducir que se había hecho de manera descuidada y apresurada por la imperfección de las líneas.

—¡No lo entiendo!

Los dos hombres se miraron y se metieron las manos en los bolsillos, casi de forma simultánea.

—¡Ni ninguno de nosotros!

—Pero debe de tener algún significado... Sin lugar a dudas no es cosa del azar.

El doctor y yo nos quedamos callados. El inspector parecía bastante alterado ya que ninguna de las pistas aclaraba lo sucedido. No sabíamos quién lo hizo ni el porqué y el resultado era una hermosa joven encima de una mesa fría de metal.

—Si me permite preguntar inspector ¿Qué se sabe de la víctima?

—Claro padre... Doctor; dígaselo por favor.

—En esta mesa yace una joven de veintidós años. Su nombre es Ángeles Sánchez Doca y es de origen Sudamericano aunque de raza caucásica; eso, si el informe policial es correcto. Murió aproximadamente hace cuatro días probablemente ahogada en una piscina. Deduzco eso por la cantidad de cloro que encontramos tras analizar el agua que se encontraba en sus pulmones. Parece ser que se resistió un poco pero no con demasiado ahínco.

—¡Insinúa que no debemos descartar de que ella y nuestro «Zeus» se conocían!

—En efecto padre... También hay signos de penetración forzada, lo que indica una violación. Como información adicional, sabemos que se dedicaba a la limpieza, principalmente de casas de particulares. En el cuerpo no existen ni huellas ni ningún otro elemento con lo que podamos identificar al asesino. El cuerpo fue meticulosamente lavado y después le hicieron el grabado.

—Eso no nos es de gran ayuda. ¿Verdad inspector?

—¡En efecto! El hecho de que la víctima conociera a su agresor quizás nos brinde un punto de partida pero me temo, que la falta de huellas dactilares dificulta mucho nuestra labor policial.

Me quedé observando a la pobre muchacha. Su cuerpo estaba tapado con una sábana blanca, de las que habitualmente se usan en los hospitales. ¡Qué triste acabar así! Sólo se podía ver su cara y sus pequeñas y pálidas manos. Los pelos de los brazos, se me pusieron de punta y mi piel palideció mientras el inspector se encontraba a mi lado sin decir nada. Parecía saber muy bien lo que se siente cuando uno pasa por esto. ¡Claro! Me imagino que algo parecido habrá sentido cuando se enfrentó a semejante visión por primera vez. Colocó su mano en mi hombro, como un gesto de simpatía, y me lo apretó con fuerza.

—No tiene porqué quedarse más padre...

—...

En ese momento sonó su teléfono móvil.

—Estos trastos son muy inoportunos... Discúlpeme...

Se alejó de mí y se dirigió al final de la sala con el fin de buscar un poco de intimidad y atender su llamada. No deseaba mirar más a Ángeles y me dirigí a la mesa del doctor donde seguía observando su extraño hallazgo. Mientras tanto, el inspector colgó el teléfono y se reunió con nosotros a toda prisa.

—Nos vamos padre...

—¿A dónde?

—A la comisaría. No sé por qué, pero creo que debería acompañarme.

—¿Qué ocurre?

—Al parecer existe otro caso semejante a éste.

—Es horrible. ¿Dónde ocurrió?

—No estoy seguro, pero los encargados del caso vienen de Portugal. Debemos ir de inmediato.

Nos despedimos del doctor a toda prisa y nos dirigimos hacia el coche. Me sentía extraño. Yo no era policía, sino cura, aún así mi deber era ayudar pero ¿era ésta la forma de hacerlo? No sé si mi actuación se podía considerar correcta, pero algo dentro de mí me indicaba que debía hacerlo, es más quería hacerlo. Ya no había marcha atrás para mí.

III

—Espere aquí padre...

Me quedé sentado en la recepción de la comisaría mientras el inspector pasaba dentro para hablar con los agentes de Portugal y averiguar lo que había ocurrido. Entiendo que no pudiera estar presente en todo lo concerniente al caso... al fin y al cabo, yo no era policía; sólo estaba ayudando. Claro está, que tanta intriga aumentaba mi nerviosismo; me sentía excluido pero no tenía ningún derecho a exigir un trato preferente.

Por fortuna, el inspector no tardó en salir y se me acercó. Deseaba con impaciencia conocer los detalles del nuevo caso aunque seguramente sólo venía a despedirse.

—Hablé con mi superior y está conforme en que me acompañe en todo lo referente a la investigación que llevamos entre manos. Nos pondremos en contacto con su responsable para pedir que nos permitan contar con usted. Siempre que usted esté dispuesto a hacerlo.

—Claro inspector; como no.

—Pues acompañeme por favor.

No podía contener mi alegría, parecía un chiquillo de quince años y una reacción así, no era normal en mí. En cierto modo, creo que en nosotros aun coexiste el niño que fuimos en su día, pero yo no podía permitirme el lujo de perder la compostura. Me sentía otra vez parte de la investigación pero a pesar de mi entusiasmo por ayudar, no me olvidaba que se trataba de un asunto muy macabro.

—Le presento al inspector Manuel Guimarães y a su ayudante el... el...

El hombre se adelantó un paso y alargo su mano derecha para presentarse.

—Inspector Da Silva; Marcio Da Silva... Un placer.

—Sentémonos todos; Padre, usted siéntese a mi lado por favor.

—Por supuesto.

—¡Bueno! ¿En qué podemos ayudarles?

El inspector Portugués, juntó sus manos y resopló intranquilo. Sus hinchados ojos y su desarreglada corbata manifestaban la gran preocupación de éste hombre por su trabajo. La dureza en su mirada, junto a su robusto aspecto, te infundía una sensación pavorosa. Todo lo contrarió que su acompañante que, con su escuálida figura y su rizada cabellera, aparentaba ser una persona más afable.

—Anoche hallamos un cadáver que presentaba diversos indicios de haber sido sometido a una especie de ritual, muy cerca de la ciudad de Sagres. Para ser más exactos, encontramos la víctima en la vieja fortaleza situada en el este.

No conseguía comprender como pudo ocurrir tal cosa. Afortunadamente el inspector Alcaráz tampoco intervino.

—Perdone que le interrumpa pero ¿cómo es posible que en un lugar tan vigilado suceda algo parecido?

—Ohhh. Discúlpeme por no haberme explicado bien inspector. Se trata de una fortaleza antigua que sirve más bien como destino turístico. No guarnece ni siquiera a un sólo soldado. Durante la noche, únicamente se queda un viejo guardia de seguridad que es quien encontró el cadáver.

—¿A qué hora?

—A eso de las diez de la noche.

Me sentía fuera de lugar. Ni siquiera sabía dónde se encontraba esa ciudad. Resoplé e interrumpí las explicaciones.

—¿Sagres?

—Para su información padre...

—Gómez.

—Padre Gómez... Sagres se encuentra en el sudoeste de Portugal, lugar que también se conoce como el pico de Europa. Próximo a la ciudad se sitúa una antigua fortaleza que la protegía de los barcos invasores de esa época y que en numerosas ocasiones se trataba de piratas.

—Mmm... Gracias... Disculpe la interrupción...

—En absoluto... El cadáver fue identificado de inmediato; era un comerciante que acostumbraba a tratar con diferentes tipos de mercancía provenientes del continente sudamericano; principalmente Brasil. La mercancía no era ilegal; o al menos según nuestras investigaciones iniciales. Importaba madera, carne de vacuno y fruta exótica, siempre con toda la documentación en regla. Solía cargar en el puerto de Río de Janeiro y descargaba en Lisboa o en su defecto en Oporto. A primeras, no tenía deudas ni deudores o al menos más de lo habitual. Así que de momento descartamos la posibilidad de un ajuste de cuentas y acudimos a ustedes con el fin de comparar nuestros casos.

—¿Cómo se llamaba?

—Joao Núñez Bota... deja mujer y tres hijos; tenía cuarenta y dos años. Aparentemente no llevaba una doble vida. No parece tener ninguna amante ni líos en general. Lo que sospechamos es que pudo ser raptado y pidieron un rescate pero algo no salió bien y lo mataron. Lo raro es la forma en que lo hicieron y lo que encontramos escrito en su espalda. Por supuesto, todas nuestras conclusiones son muy precipitadas puesto que no hemos tenido mucho tiempo para investigar.

—¿Cómo lo mataron?

—En el pecho tiene una herida de puñal que le clavaron directamente al corazón; he de añadir que fue con bastante precisión.

El inspector Alcaráz y yo nos miramos fijamente a los ojos con una inmensa sensación de curiosidad y asombro. Portugal estaba al otro lado de la península y

nuestro «Zeus» cometió el asesinato aquí hace sólo cuatro días. ¿Cuál podía ser la relación entre los dos crímenes? ¿Podía tratarse de un imitador? No creo que fuese posible; el caso de anoche fue publicado en los periódicos esta mañana y sin hacer alusión alguna sobre todo lo concerniente a los detalles del crimen.

El ayudante se levantó y se dirigió al lado de la puerta del despacho donde había dejado un maletín negro. Lo cogió, lo puso sobre la mesa y lo abrió con una pequeña llave que sacó de su bolsillo derecho. De su interior sacó una carpeta muy parecida a la que el inspector me había enseñado la noche anterior. Quitó una goma que tenía alrededor y se la entrego al inspector Alcaráz. Al parecer dentro había un informe del crimen y varias fotos. Empezó a barajar las fotos con rapidez y comenzó a leer el informe pasándome la carpeta con las fotos.

De manera intuitiva y con un falso aire de seguridad, cogí las fotos y las miré. El cuerpo de la víctima aparecía desnudo sobre un suelo de piedra y a su lado me fijé en algo que parecía un cañón viejo perteneciente al siglo dieciséis o diecisiete. El cadáver, con algunos arañazos y magulladuras, estaba colocado boca arriba igual que el de la chica y la zona de la espalda estaba manchada de sangre seca a pesar de que el resto del cuerpo parecía limpio. A su lado también había una cosa que no podía distinguir muy bien.

—¿Qué es eso que está al lado del cadáver?

—¿A qué se refiere?

—Fíjese...

—¡Ah! Habla del reloj de bolsillo roto. También le sacamos varias fotos... Aquí están.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al imaginarme lo que había escrito en la espalda de este hombre. Comencé a buscar la foto del grabado como si nada de todo lo demás importara. Allí estaba, no podía creérmelo; no era lo que yo pensaba pero se parecía bastante. «Ο Κρόνος θα ξεράσει την Ήρα».

Me quedé boquiabierto. Mi sorpresa fue tan grande que los demás enseguida se percataron de mi asombro.

—¿Se encuentra bien padre?

La seguridad que aparentaba al principio se desvaneció en un instante y mis manos empezaron a temblar un poco.

—¿Cómo supisteis que vuestro caso podría estar relacionado con éste?

—Es muy simple padre, entre comisarías, igual que entre países, utilizamos un sistema de comunicación para compartir información sobre casos tan peculiares como éste. En una extensa base de datos se introducen palabras clave o descripciones de situaciones singulares para que se pueda realizar una comparación instantánea por si existen casos similares, imposibles de relacionar a primera vista. En el que estamos trabajando, existía una coincidencia muy evidente.

—Entonces ahora tenemos dos víctimas que al parecer las mato el mismo hombre.

—O la misma organización, padre. En realidad no sabemos de qué se trata y no debemos precipitarnos en nuestras conclusiones.

—Por supuesto.

—Entonces ¿qué deducen de la información de la que disponemos?

Miré al inspector Alcaráz y él me hizo un gesto de aprobación. Dejé las fotos sobre la mesa quedándome sólo con una.

—Cuando me dijisteis que el objeto que se encontraba al lado de la víctima era un reloj, intuitivamente lo relacione con Cronos. Para empezar, la frase pone «Cronos vomitara a Hera». En la mitología griega, Cronos era el supremo de los titanes que eran los dioses que gobernaban antes que los doce del Olimpo. Zeus derrotó a Cronos con el poder de sus rayos y desde entonces fue coronado dios de dioses. Hera, en realidad era hija de Cronos, y él, según la mitología, se comía a sus hijos. Por lo que se cuenta, ella nunca fue vomitada por Cronos sino rescatada por Zeus con el que más tarde se casó. La relación entre el reloj roto de la víctima y Cronos se encuentra en que la palabra «χρόνος» que se pronuncia casi como «cronos» y significa tiempo. En realidad se trata de un juego de palabras.

El inspector Guimarães se quedó pensativo. Empezó a acariciar su frondosa perilla como si un gesto tan simple, le ayudara a concentrarse. De manera inesperada, su ayudante rompió su silencio.

—¿Quizás pretendía dar a entender que el tiempo de la víctima se había acabado? Por ese motivo el reloj estaba roto.

A pesar del melódico acento del inspector que parecía hablar en gallego, dominaba el español a la perfección. Por el contrario, a su ayudante la conversación le resultaba un poco confusa con lo cual deduje que no hablaba muy bien nuestro idioma.

Me quedé pensando en la pregunta del ayudante del inspector Guimarães. En el hipotético caso de que el reloj roto adquiriera ese simbolismo ¿qué significaba el corazón de toro que se encontró con la primera víctima? No creo que realmente fuera tan simple aunque tampoco tenía más datos para rebatir esa teoría, así que por el momento lo mejor era que no dijera nada.

—También encontramos esto durante la autopsia; estaba en su barriga.

El ayudante sacó del maletín una bolsa de plástico transparente con una piedra casi idéntica a la que encontramos en la primera víctima. El inspector Alcaráz la observó y la dejó encima de la mesa delante de mí. Entonces se hecho un poco hacia atrás, sacó su bolígrafo y empezó a girarlo como la primera vez que nos vimos. Mientras tanto, cogí la bolsa y comencé a examinar la piedra elevándola por encima de mis ojos. No era exactamente igual que la otra; sí era de forma ovalada pero no

existían muchas más similitudes y lo más extraño, lo que había grabado en ella era el número seis.

—¿Se ha dado cuenta inspector?

Indicando la bolsa con su bolígrafo se acerco para observarla mejor.

—Ya veo padre. Otro número.

—Es muy extraño, un número consecutivo.

—¡Sí! Tengo la sensación de que se trata de una cuenta atrás, o a lo mejor marca los días que se cometieron los crímenes.

Se puso las manos en la cabeza y volvió a cruzarlas frente a su esternón.

—El primer crimen, según nuestra investigación, se cometió la noche del Domingo con lo que coincidiría el número siete. ¡Bien! En el segundo caso, el crimen se cometió la noche pasada, es decir, hablamos de la noche del jueves, dato con el que el número seis no encaja. En todo caso debería ser el cuatro.

El inspector Guimarães se levantó y se colocó detrás de mí.

—Nosotros también pensamos que se trataba de algún tipo de señalización. Revisamos otros calendarios como el chino y el judío pero no encontramos ninguna coincidencia. También he de admitir que con tan poco tiempo para investigar, no hemos podido llegar a ninguna conclusión en concreto. Dada la complejidad del caso, decidimos apresurarnos y venir aquí aunque parece ser, que ustedes saben lo mismo que nosotros.

Durante unos minutos nadie pronunció ni una palabra, sólo el chirrido de la silla del ayudante al levantarse rompió la incomodidad de ese momento. Bajó la cabeza y empezó a recoger lo que había sacado anteriormente del maletín. Me imaginaba que entre distintos departamentos de policía existían rencillas y recelos pero sin duda no era el mejor lugar ni el mejor momento para rivalidades. Si «Zeus» se trataba de una persona o de una secta, no debíamos olvidar que aún existía la posibilidad de encontrarnos con más víctimas y eso era lo que realmente importaba.

La tensión aumentaba y supe que debía hacer algo al respecto. Sin más preámbulos, me levanté y me acerqué al inspector Guimarães que se encontraba detrás de mí, me puse cerca de su oído y le susurre...

—Ayuda a tu prójimo para ser ayudado hijo mío...

El inspector se dio la vuelta y me miró bastante asombrado. Bajó la cabeza como si estuviera asintiendo y con la mano izquierda hizo un gesto a su ayudante para que lo dejase todo donde estaba y volviera a sentarse. Sacó un teléfono móvil de su bolsillo y se dirigió hacia la puerta del despacho.

—Discúlpenme un momento.

Abrió la puerta y salió. Nosotros le mirábamos a través de la cristalera que aunque tenía persianas no estaban cerradas del todo. Él, no paraba de caminar de izquierda a derecha y asentía constantemente con la cabeza mientras con su mano

izquierda no paraba de frotarse la barbilla.

—¿Qué le ha dicho padre?

—La verdad inspector, sólo la verdad...

—De donde yo vengo existen muchas verdades pero la suya tiene que ser muy fuerte para conseguir aliviar este tipo de tensión.

—Aún así, la verdad que buscamos no se nos ha revelado y eso me inquieta. Si se trata de una cuenta atrás debemos considerar la posibilidad que en un futuro haya cinco víctimas más. Eso, claro está, si no hay víctimas anteriores de las que no sepamos nada.

—Por la peculiaridad de su «modus operandi» lo hubiéramos sabido en un periodo de tiempo bastante corto como en el caso de nuestros compañeros de Portugal.

—Siempre y cuando los crímenes se hayan perpetrado en Europa o donde funcione esa comunicación vuestra. En el caso que se hayan cometido en un país del continente Africano, quizás no le hayan dado la suficiente importancia. Perfectamente podría haber ocurrido en Marruecos del que también somos vecinos.

—Llamaré al correspondiente departamento para averiguar si se ha cometido algún crimen con estas características.

Antes de acabar la frase, el inspector cogió el teléfono. No tardó mucho en explicar la situación al oyente en el otro extremo de la línea. En ese momento, el inspector Guimarães entró en la oficina y se volvió a poner detrás de mí. Se quedó en silencio mirando al inspector Alcaráz esperando que acabara con su conversación telefónica. Cuando finalmente colgó...

—De momento no ha ocurrido algo parecido según sus informes; en el instante de que dispongan de información relevante, nos avisarán.

El inspector Guimarães hizo una señal a su ayudante para que se levantara y se giro hacia nosotros.

—Hablé con mi superior y le hice un breve resumen de nuestros avances. Resumiendo. Están invitados a venir con nosotros a Portugal para examinar el lugar de los hechos y el cadáver de la víctima. Creemos conveniente aclarar el asunto lo antes posible y por ello, cualquier ayuda será bienvenida.

Francamente nos quedamos bastante sorprendidos. El inspector Alcaráz mucho más que yo. No sabía hasta que punto una invitación de esta índole era habitual entre países pero por la cara que pusieron todos los que se encontraban en el despacho me imagino que no solía ocurrir a menudo.

—Les estamos muy agradecidos. Sin duda lo más conveniente es que os acompañemos el padre Gómez y yo. ¿Cuándo partimos?

Los dos portugueses se apresuraron en recoger sus cosas.

—Si nos preparamos para irnos de inmediato, sería lo mejor. En coche sólo

tardaríamos entre ocho y nueve horas en llegar mientras si tenemos que reservar un avión tardaremos más. Entenderéis, que el tiempo es oro.

—De acuerdo. ¿Qué le parece padre?

—Sólo necesito recoger mi maleta del hotel y listo.

—Le llevare en mi coche y luego iré a mi casa a coger un par de cosas. No está muy lejos de su hotel así que seguramente no tardaremos mucho.

Por último, el ayudante cogió la carpeta con el informe junto con las fotos y la volvió a meter en su maletín. Salió a toda prisa mientras el inspector Guimarães se acercó a mí y me susurro al oído.

—Que dios nos ayude padre.

Le cogí del hombro y le mire muy agradecido. Él lo percibió y parecía bastante aliviado. Me estrechó la mano con fuerza y salió después de su ayudante.

—Os esperamos fuera; les acompañaremos en vuestro viaje a Portugal. Será más fácil encontrar el sitio si nos seguís.

—De acuerdo.

Lo cierto es que todo sucedió con mucha rapidez. Prácticamente sin que nos diéramos cuenta, estábamos sentados en el coche del inspector siguiendo a los dos policías portugueses de camino al lugar del crimen. Él sólo se llevó una maleta pequeña mientras yo tenía la mía prácticamente hecha así que no me demoré como de costumbre. Menos mal que en los hoteles existe el servicio de lavandería porque me traje muy pocas cosas y lo había ensuciado casi todo. Me sentí preocupado pensando en cómo estarían las cosas en el pueblo pero no creo que no pudieran arreglárselas sin mí durante unos pocos días. Otro cura de Murcia se acercaría para orientar a mi pequeño rebaño y satisfacer sus necesidades espirituales. Por algún extraño motivo, presentía que mi deber era el de ayudar a resolver este caso y en ningún momento pensé que descuidaba mis obligaciones eclesíásticas. Al fin y al cabo, los caminos del señor son inescrutables.

IV

—¿Cómo se encuentra padre?

—¡Hombre! La verdad es que después de seis horas viajando en coche, mi cuerpo está un poco agarrotado.

—Enseguida paramos para repostar y de paso estiramos las piernas.

Este coche sin duda era genial para circular por la ciudad pero en cuestión de trayectos largos... no era el más adecuado. Las enrevesadas carreteras de Sevilla, ya quedaban atrás. Aunque la luz del sol hacía horas que se había escondido, encontramos bastante tráfico cruzando el puente del río Guadalquivir. Las luces de los edificios de la gran ciudad, se difuminaban cada vez más mientras nos acercábamos a la frontera con Portugal. A pesar de todo, sólo intentaba imaginarme la escena del crimen sin tener ni idea de cómo era ese lugar. ¿Sería relevante la localidad? ¿Existiría un vínculo oculto entre las dos víctimas? La primera, la encontraron bajo un puente en España y la segunda en una fortaleza en el país vecino; ¿pretenderá el asesino infundir terror a través de un simbolismo?

—Voy a señalar a nuestros guías que vamos a coger la próxima salida para repostar.

Eran ya casi las tres de la mañana. Estirar las piernas, más que una buena idea, se trataba de una necesidad. El inspector puso el intermitente y nos alejamos de la autovía hasta la estación de servicio. Cuando salí del coche, decidí dar un corto paseo hasta la orilla de la carretera. La media luna, arrojaba una suave luz sobre las copas de los pinos que parecían más negros que verdes. Un girasol yacía en el suelo marchitándose, sus escasas hojas y su corazón falto de pipas mostraba los estragos de los feroces ataques de los hambrientos pájaros; una sensación de tristeza recorrió mi mente mientras hacía unos estiramientos de forma disimulada. No hacía mucho calor y soplaba un poco de aire que a decir verdad, hasta me parecía refrescante. Mientras esperaba que el inspector pagase, una ráfaga de viento congelado me golpeo la cara y tuve la sensación de que alguien me estaba susurrando algo al oído. Me quedé paralizado; ¿era posible en esta época del año un viento tan frío? Mis entrañas se encogieron hasta que todo mi cuerpo empezó a dolerme mientras tenía la extraña impresión de escuchar dentro de mi cabeza la palabra «miedo». Miré a mi alrededor asustado y confuso. Debía ser el cansancio del viaje. Sé que la batalla en el cielo entre el bien y el mal aún se estaba librando pero lo que yo sentía no podía ser más que cansancio. ¿Me estarían afectando las macabras imágenes de las víctimas? Nunca antes me había sentido de esta manera, debería haber una explicación lógica a lo que me sucedía.

—¿Listo padre? He comprado unos bocadillos y unos refrescos.

—Voy inspector...

Pensándolo mejor, también cabía la posibilidad de que simplemente tuviera hambre. Fuese lo que fuese ya estábamos otra vez en el coche camino a Portugal. Nuestros guías también habían repostado y nos esperaban en la salida de la gasolinera. Mientras nos alejábamos, empecé a sentirme mejor y decidí no darle más importancia a lo sucedido aunque la inquietud tardó un rato en desaparecer por completo.

—Espero que no esté muy cansado inspector. Me turnaría con usted para conducir pero resulta que no sé.

—¿No sabe conducir?

—No hijo mío.

—A propósito padre; me puede tutear.

—De acuerdo inspec... quiero decir Eduardo, a mí también me puede tutear.

—¿Cuál es su nombre padre?

—Vicente.

—La verdad es que me esperaba un nombre más pomposo como Benedictino o Aureliano.

—Eso son los Papas; yo sólo soy un pobre cura de pueblo.

—Ja ja ja... eres muy humilde Vicente.

Me fijé en el cenicero del coche que estaba lleno de monedas aunque se podía ver claramente que anteriormente contuvo alguna colilla que otra. Bajé un poco la ventanilla para que me diera el aire y el olor de la noche invadió el interior del vehículo, como si de un caro perfume se tratase.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—¿Cuándo estábamos en la gasolinera sentiste una ráfaga de viento frío?

—¿Viento frío? Más bien calor intenso. El contraste con el aire acondicionado del coche y el calor de fuera no me sienta muy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada... imaginaciones mías supongo.

—Procura descansar que aún nos quedan un par de horas de viaje.

—Creo que me mantendré despierto con mis pensamientos.

—Como quieras.

El resto del viaje transcurrió mientras observábamos el oscuro paisaje de la noche. La música de la radio sonaba entrecortada, siendo ésta la única compañía que en ocasiones rompía nuestro silencio para hacer algún comentario sin importancia.

*

Sólo nos faltaban unos treinta kilómetros para llegar a Sagres cuando nuestros

guías nos indicaron con el intermitente una desviación a la izquierda. El cartel hacia donde nos dirigíamos ponía «Salema». Comenzamos a conducir cuesta abajo entre curvas bastante bruscas y muy poco iluminadas. Eran ya casi las cinco de la mañana y aun así se veía algo de gente por la carretera. Las luces de las pocas viviendas construidas cerca de la carretera iluminaban una minúscula parte del inmenso verde que se ocultaba tras el manto de la noche. Supongo que al estar cerca de la playa nos dirigíamos a una zona de veraneo. Al final de la carretera vimos una pequeña plaza, situada prácticamente encima de la orilla del mar, llena de coches aparcados. Avanzamos unos metros más hasta que llegamos a la entrada de un hotel. Los policías portugueses se pararon, salieron de su coche y sacudieron sus chaquetas. Entonces el inspector Guimarães se acercó a nosotros.

—Sólo pudimos encontrar habitación en este hotel. Al ser septiembre la mayoría están abarrotados y menos mal que aquí hubo una cancelación. No estamos tan lejos de Sagres así que descansad unas horas y alrededor de las nueve o diez vendremos a buscaros. No olvidéis que aquí es una hora menos que en España por lo tanto aún no son las cuatro.

—De acuerdo... En unas horas nos veremos. Gracias por todo.

—Descansad... Marcio ya ha avisado a los del hotel. No necesitáis ni registraros.

Aparcamos el coche donde nos indicó el inspector y sacamos las maletas. Los balcones del hotel, adornados con flores que colgaban de manera discreta junto a diversas sombrillas de colores, se orientaban hacia las magníficas vistas del mar. La entrada, repleta con posters de rutas y actividades, era sencilla y acogedora, mientras el recepcionista que estaba apoyado en el mostrador medio adormilado, nos entregó la llave de nuestra habitación y nos deseó una buena estancia.

—Al parecer tendremos que compartirla.

—No te preocupes Eduardo, haré todo lo posible para no molestarte.

—De todas formas hace tiempo que no duermo bien y no creo que esta noche sea diferente. Tú intenta descansar.

No me sorprendía que tuviera dificultad para conciliar el sueño. Supongo que con todas las situaciones tan extrañas que habrá vivido, debía ser algo normal.

—Estamos en la 208; supongo que debemos subir al segundo piso.

El recepcionista asintió con la cabeza y cogió nuestras maletas para acompañarnos a nuestra habitación. El cansancio se había apoderado de mí de tal forma que no me resistí en utilizar el ascensor. La habitación deslumbraba por su decoración colorida y agradable. Dejé mi maleta al lado de la cama, me di una ducha rápida y me acosté. No pensé que me dormiría tan pronto pero nada más acostarme, mis ojos automáticamente se cerraron.

*

—¡Despierta! ¡Despierta!

—¿Qué hora es?

—Son ya las ocho y media. Vamos a desayunar que los portugueses no tardarán mucho en venir a por nosotros.

Mis tripas no dejaban de rugir; el día anterior habíamos comido muy poco y el olor, penetraba mis fosas nasales abriéndome aún más el apetito. Bajamos al comedor que se encontraba al lado de la recepción y tomamos un desayuno rápido a base de café, tostadas y zumo de naranja, cuando de repente, nuestros acompañantes se asomaron por la puerta.

—¿Queréis tomar un café?

—No gracias. Ya hemos desayunado.

El inspector Guimaraez no dejaba de mirar su reloj.

—No pretendo ser descortés pero ¿os falta mucho?

—No... no. Ya podemos irnos.

El último sorbo de café me enmudeció el paladar. Entramos en el coche y seguimos a nuestros anfitriones una vez más. Tras subir la cuesta que ahora se percibía más verde y colorida que anoche, nos encontramos otra vez con el cartel de «Salema». El trayecto resultó tan corto y agradable que sin que nos diéramos cuenta, habíamos llegado a la fortaleza de Sagres. A nuestro alrededor no se divisaba más que el mar y sus impresionantes olas que rompían en el filo de las rocas. Nos encontrábamos en el punto donde el océano Atlántico lindaba con el mar mediterráneo. Frente a nosotros podíamos ver una gran muralla blanca, desgastada por las inclemencias del tiempo, con una enorme puerta de madera en el centro. Frente a la muralla había muchos coches aparcados; es curioso, pensaba que la escena de un crimen se precintaba durante un tiempo hasta que estuvieran recopiladas todas las pruebas.

—¿Está abierto al público inspector?

—Por supuesto, es una atracción turística muy importante. En un principio, tampoco consideramos el crimen de tal importancia como para precintar toda la fortaleza. Además, el cuerpo ya fue retirado y la zona del crimen está vigilada.

Pasamos por la puerta de madera a una especie de recibidor donde vendían las entradas y de ahí al patio central. Una gran explanada rodeada por unos pocos edificios pintados de blanco, formaba el antiguo patio de armas mientras tras ellos se extendía un interminable camino de piedra que rodeaba el inexpugnable trozo de tierra. Probablemente tendría dos o puede que tres kilómetros de longitud imposibilitando advertir su final a simple vista. El acantilado debería situarse a unos treinta o cuarenta metros por encima del nivel del mar y a pesar de ello, unos pescadores se descolgaban por la orilla de las rocas practicando lo que

instantáneamente denomine como «pesca suicida». Gracias a su situación estratégica, se podía controlar el paso de los barcos costeros con mucha facilidad. En realidad se trataba de una gran muralla que protegía ese trozo de tierra tan importante durante los siglos catorce al diecinueve, que ofrecía al imperio Portugués una gran puerta hacia el nuevo mundo.

La zona del crimen se encontraba a unos pocos metros de la entrada, justo al fondo y a la derecha, casi encima de un precipicio. Eduardo entró en la zona precintada con mucho cuidado y se agachó para examinar el lugar.

—¿Habéis limpiado la mancha de sangre?

—¡No! Encontramos el cuerpo bastante limpio. Pensamos que la víctima fue asesinada en otro lugar y posteriormente la colocaron aquí. Claro que el asesino también podía haberlo limpiado in situ pero resultaría mucho más arriesgado.

—Eso no es lógico. Habría marcas de sangre por todos lados y es posible que alguna huella del asesino. Como usted ha dicho al principio, el crimen se cometió en otro lugar y colocaron aquí el cuerpo más tarde. «Zeus» no cometería un error tan grave de la misma manera que no lo hizo con la primera víctima.

—¿«Zeus»?

—¡Sí! Por la inscripción de su primer crimen; suponiendo siempre de que se trata de una sola persona...

Tras la breve explicación, Eduardo volvió a fijar la vista en el lugar de los hechos. Resultaba muy difícil realizar cualquier descubrimiento, por muy insignificante que pareciera, entre la arena y la gravilla.

—Inspector Guimarães. ¿Puedo hablar con el vigilante nocturno que encontró el cadáver?

—Por supuesto pero no creo que sea de gran ayuda. Es un hombre mayor y probablemente estaría durmiendo cuando ocurrió lo sucedido. Como bien puede observar, aquí no hay nada de valor que alguien desee robar...

—Igual oyó algún ruido extraño. No olvidemos que descubrió el cadáver alrededor de las diez de la noche, una hora considerablemente temprana. El asesino debe haber entrado por alguna parte cerca de aquí y si tenía un cadáver a cuestas, no debió de tratarse de una tarea muy fácil. Por las fotos, calculo que la víctima pesaba unos setenta kilos aproximadamente.

—Más o menos.

—No se trata de un peso excesivo pero sí difícil de manejar.

Mientras el inspector y Eduardo partían a interrogar al guardia nocturno, yo decidí echar un vistazo por los alrededores; al fin y al cabo algún detalle se nos podría haber escapado. Recorrí la muralla buscando algún indicio de pistas mientras de vez en cuando me distraía por las magnificas vistas al mar. Las gaviotas merodeaban por el antiguo emplazamiento aunque para ellas sólo se trataba de su

actual hogar. Curiosamente unas flores blancas nacían por los bordes de las rocas donde vagamente se podía distinguir un poco de tierra seca. Al no ver nada extraño, me acerqué a la pequeña capilla de la fortaleza y recordé que aún no había rezado. Me puse de rodillas frente al pequeño altar e incline la cabeza implorando el perdón para todos los que lo buscaban y también pedí ayuda para poder encontrar un indicio que nos ayudara a impedir que se cometieran más crímenes. Hacía ya tiempo que no me encontraba verdaderamente a solas con Dios y no sé si merecía ser escuchado.

Salí a la plaza y vi al ayudante del inspector Guimarães como tomaba anotaciones cerca de la zona donde se había cometido el crimen. Caminé hacia él y pronto me di cuenta que en el suelo había unas extrañas filas de piedras, alineadas de tal manera que formaban una estrella dentro de un gran círculo.

—O que vê é a «Rosa dos Ventos».

—¿Cómo dice?

—Nombre... «Rosa de los Vientos».

El ayudante me señalaba la extraña forma del suelo y entremezclando palabras españolas con portuguesas, intentaba explicarme cual era su función.

—Señalaban a posisao dos barcos.

—La posición de los barcos que cruzaban del mediterráneo al atlántico. Entonces era una especie de brújula.

—Sí... sí... Eso es.

—¿Y la piedra esa para qué sirve?

—¿Qué pedra?

—Ésa de allí que destaca sobre las demás.

—No es nada. Sólo una pedra.

Me acerqué y empecé a examinarla con más detenimiento. Era de color negro y del tamaño de una pelota de baloncesto pero más plana. Ocupaba un lugar discreto encima de la brújula marcando la posición Nordeste. Resultaba muy curioso que no hubiera más piedras del mismo tipo alrededor así que deduje que fue colocada a propósito en esa posición. Intenté levantarla pero era demasiado pesada para que un adulto se molestara en moverla y mucho menos para que un niño la empujase mientras jugaba. Sin lugar a dudas no era una casualidad así que me agache y le di la vuelta. Enseguida reparé en algo que parecía un trozo de papel.

—¡Rápido! ¡Rápido! Llama a los demás.

—¿Qué es?

—He encontrado algo...

El ayudante salió corriendo hacia el portón donde se encontraba Eduardo y el inspector Guimarães tras interrogar al guardia. Enseguida se acercaron esperando a ver lo que acababa de descubrir.

—¡Mirad lo que he encontrado!

—Sólo es un papel Padre; puede ser un envoltorio de chicle, una servilleta usada o cualquier otra cosa. ¿A qué viene tanto alboroto?

—Eso es lo primero que pensé cuando lo vi al girar la piedra Eduardo, pero me acerqué un poco más y me di cuenta de que se trataba de un trozo de papiro y bastante antiguo he de añadir.

—¿Hay alguna inscripción?

—Aún no lo he tocado, este tipo de material hay que tratarlo con mucho cuidado sin olvidar el hecho de que quizás albergue una huella. A primera vista parece que su estado de conservación es inmejorable y se puede distinguir la letra «B».

Con las yemas de los dedos acaricié la superficie del papiro y conseguí desplegarlo.

—¡No me lo puedo creer!

—¿¡Qué pone!?

—«Id tras el mensajero de dios».

Todos se echaron al suelo acercando su mirada lo más que podían.

—¿Dónde se encontraba exactamente la piedra?

—Aquí mismo, señalando la dirección Nordeste.

—¿Quizás alguien nos esté dando indicaciones? Rápido... traed un mapa...

El ayudante corrió otra vez hacia la entrada y a los pocos minutos volvió con un enmarcado mapa de Europa semejante a los que se cuelgan en la pared como un cuadro. Lo colocó en el suelo y nos quedamos mirándolo intentando descifrar el significado de la letra «B».

—¡No puede ser!

Eduardo se quedó parado y empezó a rebuscar en sus bolsillos.

—Necesito una regla o un cordón.

El inspector Guimarães miro a su ayudante y él salió corriendo otra vez para ver si encontraba algo en la entrada de la fortaleza. Unos minutos después regresaba con un carrete de hilo de pescar en la mano.

—Perfecto, sujeta el hilo con el dedo justo aquí.

La primera posición escogida fue nuestra posición en Sagres. Eduardo extendió el hilo hasta el borde del mapa manteniéndolo tenso, aproximándose a un ángulo que recorriera la trayectoria Nordeste.

—Aquí está. Burdeos.

—¿Seguro?

—No del todo mi querido colega pero es la única ciudad que aparentemente encaja. Dirección Nordeste mas la letra «B» es igual a Burdeos. Sólo es una suposición pero...

—... Pero al menos sabemos por donde seguir.

—Informaré a mi superior en Lisboa.

—Yo llamaré a mi capitán en Murcia para ver que hacemos.

Nos topamos con la posibilidad de que el siguiente crimen se cometiera en Francia; ¿pero cuándo? Podría ser mañana o en cualquier otro momento, claro está que si fuera pasado mañana «Zeus» seguiría una pauta de cuatro días entre asesinatos. ¿Quién sabe? También faltaba aclarar el porqué de las pistas. ¿Quería que admiráramos su trabajo? Quizás se trataba de un sociópata o un demente. No tengo mucha experiencia en este campo pero podía afirmar con seguridad de que se trataba de alguien muy inteligente. Quizás la clave se ocultara en los números de las piedras pero aún no había conseguido averiguar su significado. Si ésta era la víctima del seis, aún quedarían cinco víctimas pero los dioses del Olimpo eran doce. O nos faltaban cinco víctimas anteriores o no éramos capaces de encontrar la autentica relación.

—¡Vicente! El inspector nos hará una copia del expediente y nosotros cogeremos un avión mañana a primera hora para Burdeos. Desde Madrid han avisado a la oficina de París y esperan nuestra llegada para ayudarnos en todo lo que puedan. De momento no tienen nada relacionado con el caso pero no quieren que un asunto de esta índole les pille desprevenidos. Nos llevarán al hotel para preparar nuestra partida y ya de paso comeremos algo. ¿Te parece bien?

—La verdad es que ya son las cuatro y cuarto y mi estomago empieza a protestar. El inspector Guimarães me ha dicho que varios agentes de la policía portuguesa peinarán la zona por si hay alguna otra evidencia sobre el caso, mientras tanto, se llevarán el trozo de papiro para analizarlo y cuando tengan los resultados nos llamarán.

Los responsables del mantenimiento de la fortaleza comenzaron a sacar educadamente a los visitantes y prohibieron temporalmente la entrada. Los turistas no dejaban de preguntar por el motivo de todo el alboroto que se había formado sin recibir respuesta a cambio. Lo único que no hacía falta en este momento era que se supiera que un loco o una secta, realizaba extraños rituales o cualquier otra explicación que se pudieran inventar. La mente humana maquina de manera muy extraña y perversa interpretando este tipo de sucesos.

A los quince minutos llegó el personal encargado de investigar a fondo en busca de más pistas. Yo, había pasado el rato mirando el mar, pensando en lo pequeños que somos frente a este mundo tan hermoso que el señor nos ha proporcionado y simultáneamente no dejaba de preguntarme por qué somos tan autodestructivos.

—¿Nos vamos ya Vicente?

—¿No han encontrado nada más?

—Desgraciadamente no.

—Entonces nos vamos cuando quieras Eduardo.

El inspector Guimarães y su ayudante nos acompañaron al hotel dejándonos la copia del expediente y deseándonos suerte. A pesar del poco tiempo del que

disponían, hicieron todo lo posible para ayudarnos.

*

La noche cayó sobre el pequeño pueblo de pescadores abarrotado de turistas. Estábamos cenando en el segundo piso de un restaurante con magnificas vistas al mar pero Eduardo sólo miraba su bolígrafo aferrándose a sus pensamientos. Tenía una mirada extraña, lejana como si para él, el tiempo estuviera retrocediendo. A mí también me ocurría a menudo. Hacía tiempo que vivía luchando contra mis pecados sin poder conciliar un sueño placentero. Desde el funeral de ese chico...

—Te veo melancólico Vicente.

Un tenedor ocupó el lugar de su bolígrafo con el que empezó a remover las aceitunas negras que nos habían servido como aperitivo.

—Tú tampoco pareces muy alegre. ¿Acaso la situación te está afectando?

—No, no... bueno sí pero ahora... es tu bolígrafo... no pretendo ser indiscreto pero me hace sentirme...

—¿Sí?

—Nada, nada. Perdona mi intromisión.

No quería obligarle a que me hablara de sus dolorosos recuerdos; cuando estuviera listo, descargaría su gran tristeza sobre mí, como muchos otros lo hacían con frecuencia. Lo que nunca sabía, era quién iba a soportar la mía.

Cenamos rodeados de un silencio, únicamente interrumpido por la suave música del restaurante y el rugido de las olas del mar que rompían sobre la playa. Las algas, reposaban en la humedecida arena y su olor, refrescante y salino, invadía mis fosas nasales. A pesar del apacible ambiente, no era capaz de ocultar mi nerviosismo. El tiempo transcurrió tranquilamente mientras disfrutaba de mis calamares rehogados con vino de oporto y una copa de vino verde. Eran ya las ocho menos cuarto cuando decidimos regresar al hotel. Teníamos que levantarnos temprano ya que el avión que debíamos coger por la mañana salía a las seis. Conduciríamos hasta Faro que se encontraba a unos cincuenta kilómetros y luego volaríamos a Francia así que teníamos que salir al menos a las tres o cuatro de la mañana. En Burdeos aterrizábamos a las ocho menos cuarto aproximadamente.

V

En la salida de la zona de recogida de equipaje del aeropuerto, un policía Francés nos esperaba con un pequeño cartel de color crema que tenía escrito el nombre del inspector Alcaráz. Nos acercamos apresuradamente y una vez estuvimos a su lado, nos indico con la mano que le siguiéramos.

—Hola agente; ¿a dónde vamos?

El policía Francés encogió los hombros como si no entendiera ni una de las palabras que salían de nuestras bocas y repitió el mismo gesto de antes.

—¡Bueno! Me imagino que nos llevará a la comisaría.

—Me resulta extraño que nos enviaran a alguien que no entiende nuestro idioma, aunque por otro lado nuestra llegada debió de ser tanto inesperada como indeseable para ellos; ¿no te parece?

—Vicente, no olvides que somos portadores de malas noticias. Si alguien viniera a mi ciudad y me dijera que se va a cometer un espantoso crimen, yo tampoco estaría muy alegre.

—¡Puede ser! Tengamos paciencia e intentemos averiguar todo lo que podamos sin llamar mucho la atención y sin estorbar a nuestros anfitriones.

—¡Un policía español y un cura! Creo que será imposible pasar desapercibidos.

El agente nos llevó al centro de la ciudad donde aparcó frente a un edificio que en un principio, parecía ser el cuartel de policía. Se bajó y nos invitó a que pasásemos sin pronunciar ni una palabra, igual que en el aeropuerto. Tras sortear unos pocos escritorios esparcidos tras un mostrador de madera, nos llevó a un despacho que en la puerta ponía «Capitaine». No era muy dado al francés pero resultaba evidente que significaba capitán en nuestro idioma. Dos grandes ventanas con sus persianas de rejilla abiertas, tras un hombre de unos sesenta años, permitían a la luz del día cumplir con su propósito. Regordete y con la cabeza rapada para ocultar su avanzada calvicie, ojeaba unos documentos sin ni siquiera mirarnos. Sin duda intentaba aparentar sereno e impasible tras su encorvada pose. Mientras se escudaba tras la indiferencia, nos hizo un gesto para que nos sentáramos, dejó a un lado los papeles que ojeaba y en español pero con un fuerte acento francés se dirigió a nosotros.

—Bienvenidos a Francia. ¿A qué se debe su visita?

Eduardo sin decir nada, abrió su maleta, sacó las dos carpetas del caso que las había juntado con una goma elástica y las dejó delante de él. El capitán le observaba con las cejas arqueadas y la frente fruncida sin siquiera parpadear. Únicamente cambió de expresión tras abrir la primera carpeta.

—Le resumiré el motivo de nuestra visita. Como puede comprobar tenemos a dos víctimas. La primera la hallamos en España, la segunda en Portugal y gracias a una pista que hemos descifrado, creemos que el siguiente asesinato se cometerá en su

ciudad.

—Se ne pa posible... ¿Estáis seguros de lo que decís? La oficina de París no mencionó nada sobre la gravedad del asunto.

Eduardo se acercó para mostrarle los detalles que nos condujeron a esa conclusión. Abrió la segunda carpeta, sacó las fotos y se las entregó mientras le enumeraba los hechos. Yo simplemente me recliné hacia atrás, sin dejar de mirar unos dibujos infantiles que había colgados en una pizarra de corcho con unas chinchetas de colores.

—Entendemos que nuestra conclusión pueda parecer precipitada pero...

—¿Precipitada? Usted sólo me habla de conjeturas, Monsieur. No puedo alarmar la ciudad entera por una suposición. Lo que me insinuáis es inadmisibile.

—Inadmisibile sería que tuviéramos razón y que no hiciéramos nada al respecto.

—¿Y cuando creéis que sucederá?

—Según nuestros cálculos.

Mi compañero se retorció el labio durante unos segundos antes de exclamar.

—¡Esta noche!

—¿En menos de veinticuatro horas? ¿Comprende la gravedad del asunto? Ni siquiera disponemos de tiempo para organizar un despliegue de tal magnitud. Sin mencionar de que no sabemos ni por dónde empezar.

—Por esa misma razón no dudamos ni un segundo en venir aquí.

El capitán se levantó de su mesa con nerviosismo y tras caminar en pequeños círculos mientras se ponía la mano izquierda sobre su cabeza, se dirigió hacia la puerta. Salió del despacho y de manera dudosa, hizo una señal a un hombre que en ese momento, estaba leyendo el periódico sentado en un sofá de cuero. El hombre entró al despacho y el capitán cerró la puerta con llave. Acto seguido bajó las persianas de las cristaleras que daban a la sala donde se encontraba el resto de personal y tomó asiento. El invitado de última hora, con su pelo oscuro que iba a juego con sus ojos profundos y vacíos, aparentaba ser un hombre frío y muy calculador. Ni se presentó, ni parecía tener la más mínima intención de hacerlo. Vestía de traje negro, impoluto y cuidado hasta el más mínimo pliegue, junto con una camisa amarilla tirando a crema. Su corbata, perfectamente anudada, carecía del alegre gusto de una mujer. Sus zapatos, del mismo color que el traje, estaban más que limpios; brillantes. Sin lugar a dudas no podía tratarse de un agente de policía normal y corriente. Tras coger los expedientes, se mantuvo de pié al lado de la mesa y comenzó a ojear con apatía las fotos y los informes.

—¡Creo que no nos han presentado!

Sin inmutarse, miró de reojo a Eduardo y siguió ojeando las carpetas sin decir nada. Incluso el capitán se sentía tan incomodo que no dejaba de mirar hacia el suelo sin siquiera parpadear. He de admitir que compartía el nerviosismo que Eduardo

experimentaba pero una vez más, no había lugar para rivalidades.

Entre nosotros, sólo se escuchaba el sonido de las fotos siendo apartadas una tras otra hasta que el teléfono del capitán sonó, interrumpiendo el incomodo silencio.

—Oui Monsieur... oui...

Pasó el auricular al hombre de negro y el sin abrir la boca, gesticulaba levemente como si estuviera recibiendo instrucciones. A los pocos minutos únicamente un escuálido «oui» salió de entre sus labios. Colgó y miró al capitán asintiendo con la cabeza, dejó las carpetas cerradas en su sitio y se sentó en un sillón situado en la esquina de la oficina a nuestra derecha.

Me quedé sorprendido por la manera de comportarse. Seguramente, mi falta de costumbre ante este tipo de situaciones me impedía entender lo que estaba ocurriendo. No estaba seguro, de si éramos nosotros quienes deberíamos formular una pregunta o si ellos nos facilitarían algún tipo de información. Finalmente el capitán Francés se incorporo en su sillón, estiró sus brazos hacia delante y nos miró.

—Hace dos días un barco mercante se averió frente a nuestra costa. Por supuesto el departamento correspondiente y los guardacostas iniciaron una operación de ayuda para que se arreglara dicha avería. Todo indicaba que se trataba de una operación rutinaria.

—¿Qué tipo de avería?

Enseguida me percaté de como mi pregunta importunó al capitán.

—Yo no soy mecánico de barcos Monsieur, no entiendo de este tipo de averías, así que si me deja continuar...

—Disculpe la interrupción.

—Esa misma noche, uno de los marineros del barco se metió en una pelea. No es que hubiera muerto alguien o algo parecido a lo que tenéis en vuestras carpetas, no, pero lo cierto es que causó graves lesiones a otro individuo involucrado en el altercado que finalmente acabo en el hospital. Dicho marinero alegó defensa propia aunque en lo concerniente a este caso la información resulta irrelevante a primera vista.

—¡Estoy de acuerdo! ¿Cuál puede ser la relación?

—Un poco de paciencia Monsieur; el agresor no llegó a presentarse a su puesto en el barco y en este momento, se ha emitido una orden de búsqueda y captura. Al día siguiente, pedimos permiso al capitán para registrar su camarote y como cortesía agradeciendo nuestra ayuda accedió a dárnoslo. Entre sus cosas no había nada fuera de lo común hasta que encontramos esto.

El capitán sacó de su cajón una fotocopia de la carátula de un libro. Se trataba de las once exposiciones sobre los trabajos de Aristóteles, escrito por Santo Tomas de Aquino. Las aparentes marcas de dobladuras indicaban que se le había dado un uso frecuente y por las letras de la portada me di cuenta de que se trataba de una versión

griega. Eduardo me miro con serenidad, esperando que le ofreciera una solución instantánea o al menos descubrir un nexo entre los dos casos y mi intención no era defraudarle.

—¿Sólo encontrasteis una fotocopia?

—No padre; encontramos el libro que lo hemos mandado al laboratorio para extraerle huellas y analizarlo.

—¿Es que no conocéis la identidad del atacante?

El hombre de negro se levantó y se volvió a acercar a la mesa.

—¡Ya es suficiente! ¿¡Existe relación entre los dos casos!?

—Es posible que sólo sea una coincidencia. Nosotros buscamos a un asesino y no a un marinero borracho.

—¿Quién dijo que estaba borracho?

—Suponía que...

—No estamos aquí para suponer.

El hombre de negro miró al capitán y salió del despacho. Eduardo se quedó perplejo, con una clara expresión de disgusto entremezclado con ira.

—Este señor no es muy amable que digamos.

—Tiene que entender Monsieur que casos de esta envergadura, no aparecen todos los días.

—Lo que no impide actuar de una manera profesional.

El capitán se mantuvo en silencio y volvió a guardar la fotocopia que nos enseñó. Se levantó de su sillón y se quedó mirando hacia el exterior dándonos la espalda.

—La agente Bardy os acompañara a vuestro hotel y estará a vuestra disposición para lo que necesitéis. Es conocedora de varios idiomas, incluido el vuestro. Lamento no poder serles de más ayuda.

—De todas formas se lo agradecemos.

Salimos del despacho de vuelta al mostrador de madera, donde la agente ya nos estaba esperando. Llevaba puesto un pantalón largo y blanco, que casi ocultaba sus zapatos negros y una blusa roja. Su pelo, rizado y de color castaño, le llegaba hasta los hombros. Conforme nos acercábamos, me daba cuenta de que se trataba de una mujer muy atractiva. Debía de tener entre treinta y cinco y cuarenta años aunque debido a su consoladora mirada quizás me estuviera equivocando.

—Señores; les hemos reservado dos habitaciones en un hotel no muy lejos de aquí, cerca del río. Acompañenme por favor.

—Yo soy el inspector Alcaráz y él es el padre Gómez.

—Encantada aunque... ya he sido informada.

Salimos de la comisaría y nos subimos con la agente a un patrullero. Tras conducir hasta el final de la calle, una avenida relativamente pequeña y dos callejuelas más, ya habíamos llegado al susodicho hotel. La distancia recorrida era

tan corta, que a pie hubiéramos tardado tan sólo diez minutos. Sacó nuestro equipaje del maletero y nos acompañó hasta el mostrador donde se puso a hablar con el recepcionista. La alfombra marrón que cubría el suelo y el frío mármol bajo mi antebrazo, me distrajo de la conversación. Un cuadro de la ciudad, ocultado tras un jarrón de flores, llamó mi atención mientras el incesante e indescifrable parloteo de los franceses canturreaba en mis oídos.

—Todo está arreglado. Aquí os dejo mi tarjeta con mi teléfono móvil. Si necesitáis algo, no dudéis en llamarme.

—Gracias.

—¡Ah! Una cosa más. La reserva es sólo para esta noche.

Las últimas palabras de la agente Bardy aún retumbaban en nuestros oídos mientras se alejaba. Eduardo y yo nos quedamos un poco reticentes a aceptar esa realidad. Súbitamente se aclararon sus intenciones; querían deshacerse de nosotros.

—¡Aquí hay gato encerrado!

—Ni que lo digas Eduardo.

—¿Cómo es que desconocían la identidad del agresor, si el capitán del navío al que pertenecía les dio acceso a su camarote? En mi opinión, también podría haberles dado el nombre y apellidos del marinero.

—Si es que era un marinero...

El recepcionista, con su traje gris y su pajarita marrón, nos miraba inmóvil esperando a que le pidiéramos algo pero en realidad, nosotros sólo pensábamos en lo que íbamos a hacer.

—¿Qué te parece si vamos a nuestras habitaciones, nos duchamos y vamos a comer?

—De acuerdo; ya son las tres de la tarde...

—¡No! Son las cuatro; te olvidaste de volver a cambiar la hora Vicente.

—No me había dado cuenta. Ahora mismo ajusto mi reloj.

—¿Nos vemos en media hora aquí?

—De acuerdo.

Subimos a nuestras respectivas habitaciones, no sin algo de recelo por el recibimiento que hace poco nos propinaron. A pesar de todo, no nos dejaron en absoluto comentar las posibilidades que existían de cometerse esta noche un crimen en su ciudad o por lo menos que el cadáver aparecería aquí. En cualquier caso no habíamos avanzado nada.

*

—¿Alguna idea sobre donde comemos?

—No te preocupes Vicente, preguntaré al recepcionista.

—¿Hablas Francés?

—No, pero ya verás.

Eduardo se acercó al recepcionista y con una mano le hacía el gesto de comer y con la otra se frotaba la barriga. ¡Eso lo entendería cualquiera! El recepcionista sonriendo, le dio una tarjeta y le señalaba hacia la dirección que debíamos ir.

—Ya sabemos dónde comer...

El restaurante, situado cerca del río con unos bancos de madera reposando en ambos lados de la entrada, tenía un nombre muy extraño que no era capaz de pronunciar y su especialidad era la comida francesa. No estaría mal comer algo típico francés, al fin y al cabo, esta región es muy famosa gracias a sus excelentes platos que se pueden acompañar con sus excelentes vinos. Entramos haciendo un gesto con la mano indicando «dos personas» y el camarero, asintiendo con amabilidad, nos acompañó hasta nuestra mesa, al lado de un ventanal que ofrecía unas vistas magníficas.

—Pide tú por los dos.

—¿No quieres ver la carta?

—No creo que la entienda.

—Hay que tener un poco de valor e imaginación Eduardo.

—El valor lo pongo dejándote que escojas en mí lugar e imaginación creo que tienes suficiente para los dos, así que adelante.

Pedí varios platos de la carta y para mi sorpresa, no me equivoque mucho.

—La comida está muy buena Vicente, todo lo contrario a la colaboración de la policía francesa. Parece que hemos entrado en un callejón sin salida.

—Desgraciadamente, eso es lo que parece.

—Nosotros venimos aquí para hablarles de un caso y ellos nos responden con evasivas mencionándonos otro caso completamente diferente.

—Diferente para nosotros pero quizás no para ellos.

—Desde luego, el texto encontrado en griego crea un posible vínculo. Si tan sólo supiéramos de donde provenía el barco.

—¡Cierto! Si no fuese griego, sino de otro país, se trataría de una gran coincidencia. Estoy seguro de que hay detalles importantes que no nos han mencionado.

Eduardo tenía razón. Sólo había una explicación para que los franceses nos comentasen otro caso que aparentemente no tenía ninguna relación aparente con el nuestro. Sin duda se comportaron de una manera muy brusca y terca aunque ahora estoy convencido que lo hicieron para ocultarnos algo...

—Me gustaría acercarme a una biblioteca para hacer unas comprobaciones.

—¿Cómo dices?

—¿Te acuerdas de la fotocopia del libro que nos enseñó el capitán?

—¡Sí!

—No sé por qué, pero no paro de pensar en ello. Santo Tomas de Aquino no es una lectura muy apropiada para un marinero.

—¿A qué te refieres?

—Las once exposiciones sobre el trabajo de Aristóteles no es una lectura amena. Es probable que descubramos una conexión entre «Zeus» y ese marinero.

—Si sólo era un carguero...

—¡Sí! ¿Pero de qué país? ¿Y si realmente no existió ningún carguero? ¿Y si ese tipo no era marinero? ¿Has pensado en la posibilidad de que hayan atrapado al asesino cometiendo el tercer crimen y que en este preciso instante lo estén interrogando?

—No Vicente; hubieran anunciado su captura. Para ellos sería un triunfo. Yo no perdería la ocasión de levantarme y anunciar «lo hemos capturado». Piénsatelo bien, felicitaciones, medallas, hasta puede que ascensos.

—Claro... ¿y el barco donde encaja?

—Un simple medio de transporte.

—Si supieras de que barco se trataba, podrías averiguar las escalas que realizó y relacionarlo con los lugares de los crímenes. Todos están cerca del mar.

—No es mala idea. Esta tarde nos acercaremos a los muelles e intentaremos averiguar algún otro detalle. Me imagino que el barco no pudo atracar en un puerto tan pequeño así que los repuestos y suministros enviados para su reparación habrán sido transportados por una embarcación menor de algún lugar cerca de aquí.

—Me gustaría también consultar en una biblioteca todo lo concerniente al libro que encontraron.

—¿Hablas francés?

—No...

—Pues de poco te servirá una biblioteca aquí.

—Entonces tendré que pensar en otra solución.

—O simplemente podríamos verlo en Internet.

—Claro, claro, no se me había ocurrido... resulta que no estoy muy acostumbrado a las nuevas tecnologías.

—Ya no son tan nuevas estas tecnologías Vicente. De todas formas yo sí que estoy familiarizado así que encontraremos un cibercafé y echaremos un vistazo por si tu corazonada nos lleva a alguna parte.

Acabamos de comer y nos fuimos al paseo del río por si averiguábamos algo referente al misterioso barco mientras buscábamos un cibercafé. El sol del mediodía de septiembre caldeaba el ambiente de tal manera que a pocas personas les apetecía salir a la calle. Las aguas, únicamente importunadas por el tambaleo de las

embarcaciones recreativas, humedecían el ambiente aunque de manera muy poco refrescante. Decidimos acercarnos a unos almacenes de suministros situados dirección norte pero la poca gente que había en ellos, no sabía nada referente a lo que buscábamos. Entre la poca información de la que disponíamos y la dificultad de comunicarnos por culpa del idioma, sólo conseguimos empapar nuestra ropa de sudor.

Llegamos a un punto donde había una enorme plaza con una preciosa fuente y un monumento a lo lejos. En la orilla del río, unos pescadores echaban sus cañas de pescar con la esperanza de atrapar algún que otro incauto pez.

—Me acercare a los pescadores a ver si pican.

—¿Pescas?

—Siempre que mi labor hacia la comunidad me lo permite.

—No creo que ser cura sea una profesión muy dura. Tendrás bastante tiempo libre.

—Aunque no lo creas, resulta más complicado de lo que parece.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Antes lo adoraba; ahora...

—¿Ahora lo ves de diferente manera desde el día que oíste la llamada del señor?

—Yo no lo describiría exactamente así pero resulta que en la vida ocurren cosas y...

—¿Sí?

—Si no te importa, prefiero no hablar del tema.

Nos acercamos a los pescadores y nos pusimos detrás de ellos para ver si tenían suerte. Eran tres, dos de ellos eran bastante viejos y el tercero más bien tendría unos veinte o veinticinco años. Me fijé en el cubo de plástico que había a su lado y sólo contenía agua. Aparentemente, no habían pescado mucho.

—¿Tu pescas Eduardo?

Nada más formular la pregunta uno de los viejecitos se dio la vuelta.

—¿Sois españoles?

—¡Sí! De Murcia y por lo visto usted también es español.

—Yo soy de Galicia pero vivo aquí desde mi undécimo cumpleaños. Mis padres inmigraron aquí en tiempos de Franco, como tantos otros. Ahora mi nieto no quiere saber nada sobre sus orígenes. Sabe que provenimos de España pero... ¿hace algún esfuerzo para aprender el idioma? ¡No! ¿A sus padres les importa? ¡No! Y aquí está, pescando a mi lado y mirando como hablamos sin ni siquiera entender su propio idioma. ¡Hay esta juventud!

—Por lo que veo, no estáis teniendo suerte.

—Hoy damos de comer a los peces. Algún día les tiene que tocar a ellos y no siempre a nosotros. Jejeje.

—Por mi experiencia, ellos siempre acaban mejor alimentados.

—No te creas, normalmente aquí se pesca bastante pero mi nieto dice que habrán vertido algo al mar. Desde que ese maldito barco apareció cerca de nuestras aguas, ha espantado a los peces.

Eduardo que más bien se aburría con la conversación salto inmediatamente.

—¿A qué barco se refiere?

—Uno que se averió cerca de la boca del río. Mi nieto estuvo ayer con los guardacostas; se prepara para ser uno de ellos, en realidad su hermano mayor ya es guardacostas y de vez en cuando se va con él para adquirir experiencia. De esta manera para él resultará un poco más fácil; ya me entiende jejeje.

—¿Entonces su nieto se acercó al barco?

—¡A! Sí... sí... Tan cerca que casi lo toca.

—¿Puede preguntarle cual era la bandera y el nombre del barco?

El viejo bajó su caña y se giro hacia su nieto. Empezó a hablar con él mientras el otro viejecito, concentrado en sus quehaceres e ignorándonos por completo, enganchaba un trozo de pan en su anzuelo. Transcurridos dos minutos, el viejo nos miró y empezó a contestar a nuestras preguntas.

—Mi nieto dice que el barco tenía un nombre muy raro como Dimitrof o Dimitresku y que la bandera era de color azul y amarillo; cree que provenía de Ucrania.

—¿Y sabe cuál era la avería?

Una vez más empezó a parlotear con su nieto.

—... Dice que la situación era un poco confusa. Al principio dijeron que una biela se había roto y había que cambiarla. Luego que no era la biela sino un alternador de corriente que se había fundido. Vete tú a saber... A primera vista el barco parecía muy deteriorado.

—¿Cómo?

—Sí, sí... Dice que estaba muy oxidado y que algunos trozos de pintura desconchada caían al mar.

—Que extraño. ¿Es eso normal?

—En el mar... tú ya sabes. Pero eso no es todo.

—¿Hay más?

—Sí, sí... A pesar de todos los problemas, el primer mecánico no estaba a bordo.

—¿El barco averiado y el máximo responsable faltando?

—... Eso sí que es extraño y mi otro nieto se lo comento a su superior pero como también lleva poco tiempo en los guardacostas no le hizo mucho caso. La verdad es que si pensamos en la cantidad de detalles que los cuerpos de seguridad dejan pasar por pereza o porque son incapaces de detectar una mosca en su propia frente, es para asustarse. Yo habría reaccionado y habría mandado hacer una meticulosa

investigación del asunto.

—Bueno...

—A propósito, usted a que se dedica, veo que su amigo es cura y hacéis una pareja de viaje muy rara.

Eduardo se quedo parado y antes de que le contestara me puse al lado del viejo y su nieto.

—Somos primos.

—No os parecéis mucho, padre.

—Nos lo dicen a menudo.

Eduardo me miró levantando el entrecejo y siguió con sus preguntas.

—¿Entonces, el barco sólo se quedó un día?

—... Y una noche. Partió esta mañana para Dios sabe dónde.

—Muchas gracias por vuestra ayuda y díglele a su nieto que le deseo suerte con su preparación para los guardacostas.

—Es un placer charlar con unos paisanos de vez en cuando.

Seguimos paseando río arriba con una sonrisa en los labios y un aire de satisfacción. Tan sólo nos habíamos alejado unos cuantos metros cuando de repente uno de los pescadores empezó a reírse y a recoger el sedal con cuidado. Sin duda había atrapado uno.

—Justo ahora que nos vamos, los peces empiezan a picar.

—No te preocupes Vicente, nosotros también hemos «pescado». A propósito, me sorprendió que mintieras.

—¿Sobre qué?

—¿Nuestro parentesco?

—¡A eso!, sólo era una inocente mentirijilla. Aunque si lo piensas mejor, todos somos hermanos.

—Pero tú dijiste primos.

—Hermanos, primos, qué más da. Me percate de su descontento refiriéndose a los cuerpos de seguridad y deduje que no había necesidad de decirle que eres policía.

Eduardo resopló descontento y con cierto desasosiego.

—He de admitir que hasta cierto punto tenías razón.

—Eso no es importante. Al menos ya sabemos que el barco realmente existió.

—¿Qué tiene que ver un carguero Ucraniano en todo esto?

—No lo sé. Dejemos reposar ese pensamiento e intentemos encontrar un cibercafé de esos. No sé por qué, pero mi intuición me dice que en el libro hallaremos una respuesta.

Rodeamos la plaza dejando tras nosotros el río y nos dirigimos por las calles de Burdeos hacia el sur. Nos alejábamos de la verde arbolada y seguimos paseando sobre antiguos adoquines de piedra entremezclados con modernas carreteras de

asfalto. El olor del centro histórico aparecía por doquier y las notas de un acordeón se escapaban por las puertas de un pequeño bistró. De vez en cuando aparecía el tranvía que mientras recorría la ciudad, nos hacía pensar si la siguiente víctima viajaría en él. Tras caminar un buen rato, llegamos a la catedral de esta hermosa ciudad y mi pasión por lo antiguo volvió a despertar. Lo cierto es que hubiéramos entrado si no fuese porque Eduardo había localizado justo en frente de la calle una cristalera que ponía «Café et Internet».

—Me temo que tendremos que aplazar las visitas turísticas para más tarde.

—Es una pena Eduardo, esta catedral es una obra maravillosa.

—Siento mucho que te lo vayas a perder.

—No importa. Quizás en otra ocasión tenga más suerte.

Entramos en el cibercafé y nos sentamos cerca del escaparate donde se veía a la gente de la calle paseando y ojeando los artículos de las tiendas. Las incomodas pero a su vez pintorescas sillas junto a las mesitas redondas de color ocre, complementaban la decoración del local con sus cuadros de la torre Eiffel y del Arco del Triunfo de París. Las pantallas de ordenador, enmarcadas y colgadas en la pared, se convertían en otro elemento decorativo y a su vez quedaba espacio en la mesita para un teclado, un ratón y un par de cafés con chocolate.

Toqueteé el ratón con la punta del dedo y vi como la pantalla cambiaba. Seguí empujando el ratón hasta que me fijé en una flecha que había alcanzado la parte superior manteniéndose inmóvil.

—Es cierto Vicente. ¡No tienes ni idea!

Cogió el ratón con la mano derecha y traqueteó sus dedos sobre el teclado de tal forma que en unos segundos apareció frente a nosotros la palabra «Google».

—Aquí está, Santo Tomas de Aquino. Aquí dice que nació en Nápoles en el año mil doscientos veinticinco y que...

—¿Puedes pasar directamente a su obra?

—Sí, claro.

—Busca las once exposiciones sobre el trabajo de Aristóteles.

—¡A ver! Summas... Exposiciones sobre el trabajo de Proclo... Aquí está.

—De momento, no distingo nada en particular Eduardo. Ya te dije que necesitaba ir a la biblioteca.

—Quizás si indagamos un poco más...

—De momento sigue con sus obras.

—A ver lo que tenemos aquí... A ver... Nada... Eso tampoco...

—¡Para!

De repente nos topamos con un nombre que me resultaba bastante familiar. En mi mente aparecían imágenes extrañas e inconexas. Un descenso tormentoso, una vida perturbada, un referente a la miseria humana. Si el infierno realmente existe como tal,

una persona exploró sus inimaginables entrañas y regresó sin perder la razón. ¡Dante Alighieri!

*

Eduardo me miraba con curiosidad. Hacía un par de horas que habíamos salido del cibercafé y aún no había pronunciado ni una palabra. Las respuestas que imaginaba me parecían demasiado complicadas y grotescas. Simplemente caminábamos por las distintas calles de la ciudad. Sin rumbo, sin ningún destino aparente, sólo un hombre con sotana caminando y su amigo siguiéndole. El calor me hacía sudar y mis piernas comenzaron a quejarse por la falta de ejercicio. No podía, no debía existir nexo entre Dante y los dos casos pero...

—¿Me vas a contar lo que te ocurre? Llevamos más de dos horas dando vueltas y ya estoy harto de no saber porqué.

Me quedé mirando a Eduardo y crucé mis manos detrás de la espalda.

—Necesito sentarme.

—¡Ah! ¡Increíble!

—Por favor Eduardo ten paciencia. Estoy intentando aclarar mis ideas.

—De acuerdo. Encontremos un sitio para sentarnos pero después me contaras lo que estas pensando.

—¡Por supuesto!

Seguimos caminando hasta que encontramos un pequeño parque frente a lo que a primera vista parecía un centro comercial. Unos bancos de madera resguardados por unos pocos árboles se encontraban en la orilla. El ruido por el intenso tráfico resultaba molesto, pero yo no quería seguir caminando y Eduardo aguardaba impacientemente por una respuesta, así que decidí que nos sentáramos aquí.

—¡Te escucho!

—Debes recordar que yo no soy policía y la verdad es que la conclusión a la que he llegado no resulta muy agradable pero encaja con todo.

—¿Me puedes explicar de qué me estás hablando?

—Mientras leía sobre Santo Tomas de Aquino, reparé en el nombre de Dante.

—¿De quién?

—Dante Alighieri.

—Creo que ese nombre me suena pero no recuerdo de qué.

—Se trata de un poeta Italiano que vivió en el siglo trece. Aproximadamente un siglo antes a Santo Tomas. ¿Te es familiar «La Divina Comedia»?

—Para serte sincero me resulta bastante familiar aunque no sabría decirte porqué.

—Relata un viaje hacia las entrañas del infierno y luego su ascenso hasta el cielo.

Dante era un hombre atormentado y vengativo. Su pasión por la política y las tramas de su época fueron una fuente de inspiración para su obra. Dio forma al alma humana y escenificó sus defectos y virtudes de forma plausible y convincente.

—¿Cómo hizo eso?

—Pecados y virtudes mí querido amigo. Consiguió describir la miseria humana que al final se transforma y culmina en su más elevado estado de magnificencia. En resumen, castigo y redención.

—¿A dónde quieres llegar? ¿De qué pecados hablas?

—La iglesia para dar un sentido más épico a los diez mandamientos entregados a moisés por el mismísimo Dios, creó los siete pecados capitales que conducirían al infierno. Dante los clasificó por su importancia siendo ellos los siete niveles del infierno escenificando un descenso en él.

—¿Cómo? ¿Y qué significa todo esto?

—La verdad Eduardo, no estoy muy seguro, pero piensa. Siete pecados igual a siete crímenes.

—Y existiría una relación aparente con los números de las piedras que encontramos.

—Exacto aunque tengo la esperanza de que algo tan maquiavélico no esté relacionado con los crímenes cometidos.

Eduardo comenzó a compartir mi preocupación. Sacó su bolígrafo y empezó a darle vueltas como de costumbre. Si estaba en lo cierto, resultaría que la complejidad del asunto podría desbordarnos y desgraciadamente no sabíamos por donde seguir.

Nos dirigimos hacia el hotel para preparar nuestras cosas. Al día siguiente teníamos que coger un avión de vuelta a España. En realidad no sabíamos si es que nos habíamos topado con una pared o que realmente nada de esto tenía relación. Hasta ahora, todas las pistas empezaban a encajar a la perfección aunque no disponíamos de información concluyente que nos revelase la verdadera naturaleza del asesino. Nuestras caras reflejaban verdadera decepción e incertidumbre y un sentimiento de impotencia recorrió nuestros cuerpos.

Nada más entrar en el hotel, el recepcionista nos hizo una señal para que nos acercásemos. Se agachó, y dejó encima de la recepción un sobre que ponía nuestros nombres. Eran los billetes de avión. El vuelo salía a las diez de la mañana con lo cual teníamos tiempo de sobra para descansar. Decepcionados por nuestro fracaso, recogimos el sobre y con una triste sonrisa nos despedimos frente a la puerta de nuestras habitaciones.

VI

—¡Despierta Vicente!

Me levante de la cama desconcertado, cogí el reloj de la mesita y vi que eran las seis de la mañana.

—¿Qué ocurre?

—¡Despierta, rápido!

—Pero si tenemos tiempo de sobra.

—¡No! No hay tiempo. Ni siquiera prepares las maletas. Baja rápido.

Con las legañas aún en los ojos, me vestí y bajé a la recepción. En una de las esquinas, había una mesita rodeada de un sofá y dos sillones donde Eduardo tenía cogida la mano de la agente Bardy.

—¿Qué ocurre? Nuestro avión no sale hasta dentro de cuatro horas.

Eduardo se levantó y me invitó a sentarme mientras la agente se tomaba un café.

—Siéntate Vicente... ¡ha ocurrido!

—¿La tercera víctima?

—¡Creo que sí!

A la agente se le veía muy afectada y cuando levantaba la taza para tomar un sorbo, se notaba un ligero temblor en sus manos.

—¿Qué te pasa hija mía?

—Ha ocurrido el asesinato que vinisteis a avisarnos...

—¡Entiendo!

—¡No! No lo entiende Padre. El hombre que han asesinado, es mi padre.

De un salto me levanté y miré a Eduardo estupefacto.

—La agente me acaba de decir que encontraron su cadáver desnudo dentro de una fuente muy cerca de aquí. Me da la impresión que se encuentra cerca de la plaza donde ayer hablamos con los pescadores.

—¿Pues a qué esperamos? Vayamos a examinarlo.

—No podemos. La agente Bardy vino a nosotros de manera extraoficial. Al parecer este caso es más complicado de lo que pensábamos.

—Pero si no vemos el cadáver no podremos saber con certeza si está relacionado con las otras víctimas.

La agente, dejó la taza de café en la mesita y me miró con ojos humedecidos pero a su vez llenos de odio. El pelo desarreglado y su arrugada camisa, desvelaban el enorme ajeteo emocional que sufría con cada recuerdo. Con su mano derecha, sujetaba un pañuelo mojado mientras con la izquierda, un rabioso puño cerrado, le impedía llorar desenfrenadamente.

—Le encontramos boca arriba dentro de la fuente de la «Place des Quinconces». Cuando lo sacaron del agua vimos que en la espalda tenía algo grabado con letras

cirílicas. Enseguida me acordé de vosotros y no lo dudé ni un segundo en venir a veros.

—¿As dicho «lo sacaron del agua», quienes?

—Dijeron que eran de la unidad científica pero yo conozco a los de esa unidad y esos hombres no lo eran.

—Tú eres policía. ¿Qué crees que está pasando?

—Seguro que existe una relación con ese maldito barco averiado.

Eduardo se volvió a sentar en el sofá junto a ella y le ofreció una servilleta para limpiarse las lágrimas. Su frágil estado, nos hizo sentir aún más el peso de nuestro fracaso.

—¿Por qué no nos hablas del barco?

—El hombre de negro que conocisteis en el despacho del capitán el día que llegasteis, pertenecía al servicio secreto y se identifico con el nombre de Pierre Zeitoun. Por supuesto nunca se sabe si es el verdadero nombre y nosotros, en casos así, tampoco hacemos muchas preguntas. La cuestión es que este hombre, llegó hace cuatro días a nuestra ciudad y a pesar de que el barco ni siquiera estaba aquí, él parecía conocer su procedencia y el hecho de que se iba a averiar.

—¿Cómo es posible?

—Al parecer transportaban mercancía muy peligrosa; no dijo nada al respecto pero ya sabéis lo que ocurre...

—Continua.

—Se rumoreó que se trataba de sustancias químicas o tóxicas pero aún así, debíamos actuar como si no sucediera nada. Más tarde, uno de los tripulantes del barco desembarco y aprovechamos la ocasión para crear confusión y poder efectuar un registro más efectivo.

—Entonces la pelea fue provocada por uno de vuestros agentes.

—¡Eso es! Desconozco el nombre del marinero, pero a primera vista, parecía más árabe que ucraniano.

—Pero... ¿Estáis realmente buscándolo?

—No, lo han detenido y trasladado a alguna parte, pero por desgracia no sé a dónde.

Eduardo agachó la cabeza y sacó su bolígrafo del bolsillo; a mí con tan sólo escuchar las palabras químico y tóxico se me pusieron los pelos de punta. El desánimo consiguió apoderarse de nosotros. Un barco transportando un cargamento mortal, un despiadado y meticuloso asesino, una invitación a atraparlo, el desasosiego resultado de la constante incertidumbre y como punto final una muerte que no conseguimos evitar. Demasiado complicado para un cura sin experiencia. Mi bloqueada mente, intentaba ofrecer una explicación a todo lo sucedido pero la relación entre todos estos elementos, parecía concluir con un rotundo «no sé qué

hacer».

—Hija mía, dime si existe algún modo de poder examinar el cadáver.

—Hay una manera padre, pero no será fácil y posiblemente sea arriesgada.

—Creo que a estas alturas debemos arriesgarnos.

La agente Bardy, al darse cuenta que se le presentaba una posibilidad de ir tras el asesino de su padre, se sobrepuso a lo ocurrido con firmeza y decisión. Con su comportamiento, nos dio a entender que su departamento no le había asignado el caso y ella decidió actuar al margen de ellos. Se levanto del sofá y se acercó al recepcionista que inmediatamente le ofreció el teléfono para llamar.

—Pobre mujer.

—No quiero parecer cruel Vicente, pero este golpe del destino puede que marque la diferencia entre encontrar el asesino o no.

—Los franceses también parecen muy interesados en el caso y es obvio que disponen de más medios, sin olvidar que tienen el cadáver de la tercera víctima y nosotros ni siquiera sabemos cuál es la inscripción. Quizás deberíamos dejar que ellos se ocupen de «Zeus», si es que existe tal y como nosotros lo hemos plasmado.

—¡No me gusta ni siquiera considerar la idea de rendirme!

La expresión de la cara de Eduardo me asusto un poco y me hizo sentirme bastante humillado. Enseguida se dio cuenta de su desmesurada reacción y se calmó.

—Perdóname Vicente. Algunas veces se me olvida que eres cura.

—No te preocupes, últimamente a mí también.

Volví a recordar lo que había ocurrido hace unos pocos años. El funeral de ese niño fue un duro golpe para mí. Como podía consolar a la familia del pequeño si yo era el culpable de su muerte. No me sentía capaz de consolarme a mí mismo y mucho menos de apoyar a los demás. Desde entonces, simplemente sobrevivía entre mis remordimientos, escudándome tras una mentira.

—¿Qué te pasa Vicente?

—¿Eh?, nada, nada...

El momento de hacer algo para resarcirme, había llegado.

—Ya viene la agente Bardy, veamos que ha conseguido.

—Señores, he dispuesto de los medios para poder examinar el cadáver de mi padre.

—¿Cómo lo has logrado?

—Tengo un amigo en el depósito pero me ha dicho que está muy vigilado y será muy arriesgado. Debemos entrar de noche, lejos de las miradas indiscretas y creo que no debería venir con nosotros padre.

—Estoy de acuerdo con ella Vicente.

—¿Por qué dices eso?

—No estás preparado para afrontar la situación.

—Pero yo necesito ver el cadáver. A lo mejor hay algo que no podáis interpretar y que sea importante.

No trataba de hacerme el valiente ni tenía intención de impresionar a nadie pero esta vez presentía que tenía razón. Debía entrar y examinar el cadáver yo mismo para no dejar lugar a posibles dudas. Mientras lo meditaba, Eduardo siguió dándole vueltas a bolígrafo y con la cabeza agachada empezó a murmurar.

—¡Sabes que tengo razón Eduardo!

—Por desgracia sí, aunque sigue sin gustarme la idea.

La agente Bardy asintió con la cabeza pero no con demasiada seguridad. Durante unos segundos, el silencio nos arropó a todos y ninguno reaccionamos, hasta que ella se levantó y se dirigió hacia la entrada del hotel.

—¿Porqué no os acercáis al lugar del crimen e investigáis un poco?

—Es una buena idea pero no creo que tus colegas se pongan muy contentos al vernos y más si es contigo.

—Yo no iré con vosotros inspector, os esperaré en el paseo del río cerca de la plaza. Una vez acabada vuestra investigación, seguid caminando dirección sur hasta que me vuelva a reunir con vosotros. De esta manera, nadie nos verá juntos y si alguien os reconoce, no me verá obligada a dar explicaciones de vuestros actos.

—Me parece bien.

Al guardar Eduardo su bolígrafo en el bolsillo, noté como cada vez se sentía más animado.

—Lamento entrometerme en vuestros planes pero...

—¿Sí Vicente?

—¿No se enfadarán cuando se den cuenta que no vamos de camino al aeropuerto?

—Estamos en un país comunitario. Podemos quedarnos y circular libremente todo lo que nos plazca, siempre que no quebrantemos ninguna ley por supuesto. Si nos preguntan, simplemente les diremos que decidimos hacer un poco de turismo y que dispondremos de nuestros propios medios para regresar a casa.

Con cada decisión que se tomaba, era bastante obvio que lentamente nos manteníamos al margen de las decisiones de nuestros superiores porque en ningún momento había visto a Eduardo llamar para informar de la situación.

*

Nos dirigimos hacia la plaza, tal y como lo planeó la agente Bardy. Eduardo y yo nos fuimos callejeando sin saber a qué nos íbamos a enfrentar y como deberíamos reaccionar. Tras unos quince minutos de caminata por las callejuelas de la ciudad de Burdeos, llegamos a nuestro destino. El imponente monumento de cuarenta metros de

altura junto a sus magníficas fuentes adornadas con estatuas de caballos, peces dominados por niños y hombres posando para la posteridad, se encontraba rodeado por una simple cinta amarilla que impedía el acceso a los visitantes. Curiosamente, sólo dos agentes de policía custodiaban el lugar y a pesar de la naturaleza del crimen, parecían ignorar la importancia de su cometido.

—Ya hemos llegado Eduardo pero parece ser que no se va a tratar de un simple paseo.

—Eso me temo.

Debíamos hallar la manera de acercarnos sin que los vigilantes nos impidieran examinar la escena del crimen.

—Necesito aproximarme lo máximo posible.

—No te preocupes Vicente; primero daremos un paseo alrededor de la fuente para ver si desde lejos conseguimos distinguir algo importante y luego, yo distraeré a los policías para que tú puedas acercarte todo lo necesario.

—¿Cómo los vas a distraer?

—No te preocupes por eso, tú sólo céntrate en el lugar y las pruebas.

Indiscutiblemente, era una fuente preciosa; una verdadera obra de arte aunque los restos de sangre en el agua enturbiaba su belleza. Dimos dos vueltas a su alrededor sin acercarnos demasiado al cordón policial para no levantar sospechas. Los agentes, situados fuera del mismo, charlaban despreocupados sin prestar demasiada atención al vaivén de los turistas. Por supuesto, el hecho de que los de la policía científica ya habían examinado el lugar a fondo extrayendo todas las posibles pruebas, no les dejaba mucho material que vigilar.

—¿Has reparado en algo interesante?

—Me temo que no Eduardo.

—Maldita sea, yo tampoco.

Me fijé en las estatuas una por una con la esperanza de que pudiera divisar algo lo suficientemente extraño que nos pudiera aclarar alguna pregunta pero lo único raro que vi, era lo que podía describirse como un nido abandonado de palomas.

—Sin la inscripción del cadáver no creo que pudiera encontrar una relación con el caso.

—¿A lo mejor si te acercaras más?

—No sé si serviría de algo.

—¡Inténtalo!

Asentí decidido a arriesgarme y Eduardo se dirigió hacia los dos policías que vigilaban el lugar. Quería acercarme por la derecha donde una mancha de color púrpura, casi absorbida por la superficie porosa de la piedra, permanecía aún visible, incluso desde lejos. Sin duda, el lugar donde encontraron el cuerpo de la víctima.

Me quedé observando a Eduardo que de manera casual ya se había situado al lado

de los dos policías y se disponía a hablar con ellos. No paraba de gesticular con las manos como si estuviera pidiendo instrucciones para llegar a un determinado lugar, cuando de repente, los dos agentes desenfundaron sus armas y empezaron a gritarle, haciéndole señas para que se tirara al suelo. En cierto modo había conseguido distraer a los agentes y sin lugar a dudas, al resto de la gente que paseaba por la plaza.

A pesar de que llevaba la sotana puesta, nadie se había fijado en mí. Me colé por debajo del cordón policial y me acerqué al borde de la fuente no sin antes sentir un escalofrío que recorrió mi cuerpo como un golpe de corriente. Rebusqué por el monumento y las estatuas de arriba abajo pero no distinguía nada extraño. No disponía de mucho tiempo; Posiblemente la solución se encontraba ante mis ojos pero en cierto modo, buscaba una aguja en un pajar. Por otro lado, no creía que el plan de Eduardo fuera el de ser arrestado. Demasiada presión para tan pocos indicios. Mire de reojo y le vi enseñando su placa a los dos agentes convenciéndoles a que bajasen sus armas. El tiempo se me agotaba. Por muy frustrado que me sintiera, tenía que salir de allí inmediatamente. Con paso firme y a la vez ligero, me alejé de la fuente y también de nuestra oportunidad de descubrir alguna que otra pista.

—¿Qué has averiguado?

—Me temo que nada.

—Maldita sea.

—Debemos esperar a examinar el cadáver.

—Claro... Bueno, que se le va a hacer, vayamos hacia el paseo a encontrarnos con la agente Bardy.

—¿Qué pasó con los policías?

—Nada... al levantar mi mano señalando hacia una dirección pidiendo indicaciones, vieron mi pistola que la había colocado ahí a propósito y se alarmaron. Me inmovilizaron, me registraron y cuando les enseñé mi placa me dejaron marchar. Lo malo es que ahora no tendremos otra oportunidad igual.

—Tengamos paciencia.

—Cierto... ¡Mira! Allí está la agente Bardy.

Hicimos tal y como lo habíamos planeado. La seguimos a cierta distancia hasta alejarnos del sitio. Caminamos más de veinte minutos hasta que finalmente se giró y se acercó a nosotros.

—¿Ha valido la pena el esfuerzo?

—¡Me temo que no! Esta noche tenemos que examinar el cadáver a ver lo que conseguimos.

El rostro de la agente, lleno de decepción y desesperación, aparentaba pálido y arrugado, maltratado por la impotencia; yo, al igual que Eduardo, también me sentía decepcionado, pero al no disponer de libre acceso a la pruebas, la situación se nos complicaba por momentos.

*

Durante las últimas horas el tiempo transcurrió lentamente. Se había hecho de noche y no dejaba de dar vueltas en la cama de mi habitación. La templanza que debería poseer me había abandonado y en su lugar, la impaciencia me había poseído. Vagamente se podía escuchar el sonido de la televisión en la habitación de al lado. El exasperante ruido de un reloj antiguo que adornaba el pasillo, atravesaba la pared e invadía mis oídos torturándome aún más. De repente, la ventana se abrió bruscamente, salté de la cama asustado y me acerqué a ver lo que había pasado. Fuera no hacía nada de viento; seguramente alguna de las limpiadoras no la había cerrado bien por la mañana. Me cercioré de poner el pestillo y volví a acostarme. Mientras pensaba en todo lo ocurrido, un escalofrío recorrió mi cuerpo y me quedé durante unos segundos prácticamente congelado. Volví a levantarme para ver si el aire acondicionado estaba puesto aunque yo no recordaba haberlo encendido. Tras toquetear los botones del mando, me aseguré de que estaba apagado. Inseguro y desconcertado, abrí mi maleta y saqué mi vieja Biblia, la presione con fuerza hacia mi pecho y me puse de rodillas dispuesto a rezar.

«Toc toc toc...»

—Prepárate Vicente que nos vamos...

No sé muy bien si la voz de Eduardo me reconfortó o me disgustó. Su inesperada interrupción, me hizo dudar de si realmente seguía siendo un siervo de Dios o de si sólo fingía serlo.

—¿Te encuentras bien Vicente?

—¡Sí! Estoy Bien... Esperadme abajo...

—De acuerdo, no tardes.

Me preparé, salí de mi habitación y comencé a bajar las escaleras hacia el recibidor. Me resultaba difícil ocultar lo asustadizo que me sentía. Nunca antes había hecho algo parecido pero no era momento de dudar. Conseguí evitar el ascensor una vez más y tras llegar a la recepción, me quedé pensativo.

—¿Qué te pasa Vicente?

—Nada Eduardo, no te preocupes, sólo es que no estoy acostumbrado a este tipo de situaciones.

—No te pongas nervioso, a demás, ésta es una de las pocas veces que vas vestido apropiadamente para la ocasión.

—¿A qué te refieres?

—Vas camuflado...

—Sigo sin entenderte.

—Vestido de negro...

—Dios mío. Que ocurrencias las tuyas.

Los dos empezaron a reírse amenizando la situación. Debo admitir que resultaba bastante gracioso pero mi problema no era entrar en el depósito; En realidad lo que más me disgustaba eran las almas sufridas que podrían deambular por allí. Al fin y al cabo mi vínculo con lo espiritual nunca se había roto. Aún soñaba con ese niño y muchas veces me despertaba en mitad de la noche empapado de sudor como si me estuvieran persiguiendo.

—Señores, ha llegado el momento.

—Estamos listos ¿verdad Vicente?

—Sí, claro...

La agente Bardy, dejó su coche aparcado delante del hotel. Nos subimos y nos dirigimos hacia el depósito que según ella, no tardaríamos mucho en llegar; también era de esperar puesto que la ciudad tampoco era muy grande.

De noche, todo se veía de diferente manera. Las soleadas callejuelas se convertían en rincones románticos poco iluminados y muy apropiados para los enamorados. Las grandes avenidas, adquirirían un favorable colorido entonando aún más la belleza de los edificios que las rodeaban. Un puente adornado con sus farolas, un centro comercial con sus reclamos, una simple tienda vislumbrando su colorida fachada, todo formaba parte de la vivaracha noche de este lugar.

—Aparcaré aquí y seguiremos andando. No quiero que ninguna cámara de seguridad registre mi matrícula.

—¿Por dónde entraremos?

—Nos están esperando por la puerta trasera. La cámara de seguridad estará desconectada durante unos minutos y dispondremos de tiempo de sobra para entrar sin ser grabados.

—Este contacto tuyo debe tratarse de un buen amigo.

—Más bien de mi padre...

No podía evitar fijarme en el dulce rostro de la agente Bardy y a su desesperado intento de contener unas lágrimas que se formaban al sentirse tan cerca de su padre. Era un golpe muy duro y la mayoría de la gente no sería capaz de mantener la compostura. Mientras se recogía el pelo formando una coleta, limpió disimuladamente sus mejillas y se mordió los labios. Enseguida se dio cuenta de que la estaba mirando y me devolvió una sonrisa. Acto seguido, sacó su teléfono móvil y llamo a su contacto.

—¡Fransua! Ya hemos llegado... Sí, en la parte trasera.

Seguidamente colgó y caminó hacia la esquina del edificio. Nosotros la seguimos de cerca asegurándonos, de que los únicos elementos fuera de lugar, éramos nosotros.

—¡Allí está! Ya podemos entrar.

Sobre el marco de la puerta, una tenue luz de color azul, desvelaba la existencia

de un hombre mayor vestido con una bata blanca. Conforme nos acercábamos, escuchamos un susurro.

—Daos prisa... Tenemos que volver a conectar la cámara de seguridad y la alarma contra incendios.

No había tiempo para presentaciones, nosotros sabíamos que se llamaba Fransua y que nos llevaría hasta el cuerpo de la tercera víctima y él sabía que quería ayudarnos; eso era más que suficiente. Empezamos a recorrer un oscuro pasillo donde sólo las luces de emergencia impedían que nos golpeásemos con las paredes. En un elaborado laberinto, caminamos de izquierda a derecha, de arriba abajo y vuelta a empezar. Todo me parecía igual y mi corazón se encogía por momentos.

—¿Porqué no hay más luz?

—Qué importancia tiene eso ahora, Padre... Sígueme y no hablen por favor.

Por fin llegamos a la sala de autopsias y Fransua se quedó en la puerta sin entrar.

—Tenéis diez minutos. He dejado mis apuntes encima de la mesa.

Eduardo miró a Fransua y asintió con un gesto de agradecimiento. La agente Bardy, completamente desconsolada, permaneció inmóvil tras recordar que quien yacía muerto sobre la mesa de autopsias no era una víctima cualquiera, sino su padre.

—No te preocupes hija mía, Eduardo y yo nos encargaremos de la investigación. Si no te encuentras bien puedes esperar fuera.

—Se lo agradezco padre pero no. Prefiero ayudar en todo lo que sea posible y no quedarme con las manos cruzadas.

—Muy bien, si no te importa coge los apuntes del doctor y copia todo lo que puedas.

—Pero las notas en español por favor...

—No se preocupe inspector.

Bajo la atenta mirada de la agente Bardy, me acerqué al cadáver. Una mano, arrugada como una tela desecha y fría como el mármol, asomaba por debajo de la sábana blanca. El intenso olor a yodo, el vaho que exhalábamos y la indiscutible presencia de la muerte, rizaba mis entrañas de una manera que nunca conseguiré olvidar.

—¡Vamos Vicente! Recuerda que el forense sólo nos ha otorgado diez minutos; no perdamos el tiempo.

—Estoy a punto de destapar a su padre, no seas tan insensible.

—¡No, no! Tiene razón... el tiempo apremia y los culpables se alejan cada vez más de nosotros así que no demoremos lo inevitable.

Destape el cadáver con un brusco tirón y enseguida me percaté de la expresión de terror y angustia que desfiguraba su semblante. Después de examinar la parte visible, noté una gran diferencia entre éste y las demás víctimas. Tanto en la cara como en la zona abdominal, se apreciaban diversos moratones lo que indicaba que había

presentado batalla antes de morir.

—Fíjate en las marcas Eduardo... en mi opinión, luchó contra su asesino.

—¡Qué extraño! Las otras víctimas no tenían marcas de violencia por haberse resistido.

—¿Crees que la víctima y «Zeus» se conocían?

—Eso no es posible... mi padre nunca haría tratos con este tipo de gente...

—No quiero parecer insensible en un momento como éste, pero ¿está segura de eso?

—¡Claro que estoy segura!

—¿No parecía tener más dinero de lo habitual o haber comprado algo que normalmente no hubiera podido?

—Parecía más distante últimamente pero no era muy extraño en él.

—¿A que se dedicaba su padre?

—Era el vigilante nocturno del puerto deportivo de nuestra ciudad...

Eduardo permaneció quieto y callado durante unos segundos; miró el reloj y se giro hacia mí.

—Date prisa Vicente; el tiempo apremia.

Me dispuse a girar el cadáver para examinar su espalda en busca de la tercera inscripción. Mis manos temblaban y el hecho de que la agente Bardy estaba más pendiente de mí que de los apuntes que Eduardo le había pedido que revisara, me ponía aún más nervioso. Casi había conseguido dar la vuelta al cadáver cuando por un descuido se me resbaló. Con un movimiento rápido, la agente Bardy agarró a su difunto padre impidiendo que se cayese de la mesa de autopsias. Mi sorpresa fue tan grande que sólo pude pronunciar una palabra.

—Perdóname...

—No se preocupe padre... Sólo... Tenga un poco más de cuidado...

Después de llamarme la atención, agarró la mano de su padre con fuerza y colocó el cuerpo en una posición más propicia para que yo pudiera examinarlo. Se mantuvo un rato a su lado sin soltarle la mano esperando que sucediera un milagro. Manteniéndose dura e impasible, se iba inclinando cada vez más hacia el regazo de su padre que por el contrario, se negaba a corresponderle. Finalmente no pudo soportarlo y apartándose lentamente, regresó al escritorio para seguir copiando los apuntes.

Me concentré en mi labor y examiné la espalda. Tenía escrito un texto en griego, igual que en las anteriores víctimas. La única diferencia era que se lo había grabado de una manera mucho más precipitada y curiosamente, también el mensaje era más extenso. «Ο Ερμής θα περάσει τα σύνορα της χώρας για να παραδώσει το μήνιμα».

—¿Qué pone?

—Hermes, cruzará las fronteras del país para entregar el mensaje.

—¿Y qué significa?

—No lo sé Eduardo... tendré que concentrarme y analizarlo a fondo.

—¡Fijaos en esto! En las anotaciones del doctor pone que en su boca encontraron una piedra de color negro y con el número cinco grabado en ella.

—¿Estás segura que estaba en su boca?

—Eso es lo que hay escrito en el informe. ¿Por qué lo pregunta inspector?

—Te lo explicaré luego. ¿Qué más pone?

—Estoy traduciendo y copiando lo más rápido posible. Será mejor que lo estudiemos cuando salgamos de aquí.

Seguí examinando el cuerpo en busca de más pistas. Durante unos segundos, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y mis piernas se paralizaron como si un frío intenso las estuviera recubriendo. Mi mente regresó al momento en que ese pobre niño perdió la vida delante de mis ojos; el tiempo se paralizó, los segundos me parecían minutos y los minutos se alargaban aún más. Empecé a sudar, mis brazos no reaccionaban y apenas era capaz de mover mi cabeza. Miré hacia abajo y mi corazón empezó a latir de tal manera, que parecía que el pecho me iba a explotar. ¡No me lo podía creer! El muchacho, agarrado a mis piernas y mirándome directamente a los ojos, apareció de la nada, listo para cobrarse su venganza. Me mostraba sus dientes como un perro rabioso a su presa y de entre sus labios salían unas palabras que apenas conseguía entender. «Escondeos... escondeos... Vienen...». El escalofrío se convirtió en terror, las yemas de mis dedos estaban frías como el hielo y mis ojos me escocían. Cuando por fin conseguí reaccionar, me eché bruscamente hacia atrás y me golpeé la espalda con una de las manillas de las cámaras de conservación.

—¿Qué te pasa Vicente?

—¿No lo habéis visto? ¡En mis piernas!

—Cálmate...

—Tenemos que escondernos... ¡Rápido!

La agente Bardy se acercó a la puerta y asomó la cabeza para ver si alguien se acercaba.

—Tiene razón, debemos escondernos. Un grupo de gente se dirige hacia aquí.

Eduardo empezó a abrir las cámaras por si en alguna había hueco. Encontró dos y me hizo un gesto para que me acercara.

—Tú métete en ésta y yo me meteré en la otra.

—¿Y cómo vamos a salir?

Rápidamente cogió una bata de médico que había en un perchero al lado de una mesa y se la puso a la agente Bardy.

—Cuando todos se hayan marchado, sácanos de aquí.

—Pero...

—No te preocupes, saldrá bien; tú sólo consigue pasar desapercibida.

Sin pensárselo dos veces, se colocó en posición para meterse dentro del escondite.

—A que esperas.

—Es que sufro de claustrofobia.

—No hay tiempo para eso... ¡Entra!

—No es una buena idea.

—He dicho que entres.

Cada vez que intentaba entrar, mi instinto me lo impedía. En ese momento, sentí una mano amiga sobre mi hombro que me ayudaba lentamente pero con firmeza, a entrar en la cámara de los difuntos. Era la agente Bardy que con una sonrisa y asintiendo suavemente me animaba a superar mis temores. Casi sin darme cuenta, me encontraba dentro de ese lugar tan estrecho y completamente arropado por la oscuridad. Incluso con la sotana puesta, la superficie metálica se pegaba en mi piel. El exterior apenas era perceptible; no conseguía oír nada. Estaba tan aterrorizado que no era capaz de pronunciar ni una palabra, al menos así no delataría nuestra posición. La situación era muy incómoda para mí; aunque no podía ver las paredes sentía como la oscuridad me consumía, ni siquiera conseguía extender la mano para palpar este extraño entorno. Empecé a pensar en mi pueblo y en mi labor como cura que tanto había desatendido. Su olor a mosto durante la vendimia, sus cálidas noches de verano junto a una cerveza en el bar de Antonio y los anaranjados amaneceres en el porche de mi casa.

En lo más profundo de la oscuridad, sólo y atormentado, me ahogaba en mi propio silencio hasta que finalmente, una luz intensa me cegó. Era la agente Bardy, apareció con su bata blanca como si de un ángel se tratase. Una vez más, puso su mano sobre mi hombro y me sacó de mi pesadilla que empezaba a volverme loco.

—No tenga miedo padre; ya podemos irnos.

Salí de la cámara muy mareado y confuso; tarde un buen rato en volver a orientarme, pero durante ese rato, Eduardo junto a nuestra amiga, me arrastraban cogido de los brazos y me guiaban detrás del médico forense. Los pasillos del hospital, me parecían inmensos túneles sin fin. El laberinto de esquinas, puertas, camillas, cajas y carteles, me parecía una espiral que no dejaba de confundirme. Cuando oí el sonido de una puerta abriéndose y noté el aire del exterior, sentí un gran alivio.

—Date prisa Vicente... Tienes que volver en ti mismo...

La voz de Eduardo y el olor tan característico que tienen las ciudades próximas al mar empezaba a despejar mi mente. Mientras corría agarrado a mis compañeros, no paraba de tropezar con todo objeto que se me presentaba. Finalmente llegamos al coche; me sentaron en la parte delantera y bajaron la ventanilla para que me diera el aire. Sin más preámbulos, la agente Bardy arranco y pisó el acelerador a fondo para sacarnos lo más rápido posible de ese lugar.

—¿Qué sucedió mientras estábamos escondidos?

—Tuvimos mucha suerte. No sé cómo pudo saber el Padre Vicente que alguien se acercaba, pero sin duda nos salvó. Nada más esconderos, el hombre de negro, junto con otros dos hombres, entró en la sala. El forense, enseguida se dio cuenta de la situación, me dijo que le acercara sus apuntes y me presento como su ayudante. Mientras examinaban el cadáver, le di a entender con el rabillo del ojo, el lugar donde os habíais escondido y menos mal, porque hubo un momento en que querían abrir la cámara donde estabais. En el preciso instante que quería abrir la puerta, el doctor le cogió de la mano y le dijo que tuviera un poco más de respeto por los difuntos. Eso hizo acallar la curiosidad de los agentes y cuando acabaron su tan inesperado examen, se marcharon sin decir ni una palabra.

—¿Entonces no se dieron cuenta de que algo iba mal?

—Creo que no inspector...

—¿Qué significa eso?

—No sé... sólo es... ya sabe...

—Vale, vale. Un detalle pero cuéntamelo.

—Es que en cierto momento el agente de negro se acercó al escritorio mientras copiaba las anotaciones del doctor y al tenerlas traducidas al español resultaba bastante obvio que no eran suyas.

—¿¡Y no dijo nada!?

—Seguramente no se dio cuenta.

—Esperemos que así sea.

VII

Mientras miraba a mí alrededor, mareado y confuso, veía a Eduardo hablar con la agente Bardy, pero no estaba de humor para prestarles atención. No me había recuperado del todo. Mis manos aún temblaban y un tremendo dolor de cabeza me impedía pensar con claridad. El aire de la ventanilla bajada, refrescaba mis parpados y el confortable temblor del coche, relajaba mis músculos.

—¿Cómo te encuentras Vicente?

—... No sé qué decir... Me siento como si me hubiera dormido.

—Es que te has dormido.

—¿Cuánto?

—No te preocupes; ha sido sólo una hora más o menos.

No podía creer que me hubiera pasado algo así. A pesar de no haber dormido bien últimamente nunca me imagine que perdería el conocimiento de esa manera. Supongo que el estrés mezclado con mi claustrofobia no resultaron una combinación muy ventajosa.

—Ya falta poco señores...

—¿Dónde estamos?

—Mientras dormías, el inspector y yo decidimos ir a la casa de mis padres en el campo.

—¿Y eso porqué?

—Porque si mi padre hubiera escondido algo y no quisiera que mi madre o yo lo encontráramos enseguida, allí es donde lo escondería.

—Mira Vicente; el padre de nuestra nueva amiga era el guardia del puerto deportivo de Burdeos. Si alguien quisiera introducir un objeto de manera clandestina en el país, ese sería unos de los puestos clave que necesitaría controlar para tener una puerta de acceso desde el mar.

—Eduardo, creo que estamos faltando el respeto al padre de...

—¡No siga! Mi padre está muerto y necesito saber porqué. No sé muy bien en qué clase de asuntos estaba involucrado pero sea lo que sea, quiero averiguarlo.

—...

—Sin olvidarnos de lo más importante.

—¿Qué?

—Quiero coger al malnacido que lo mató.

—La venganza no es el camino a seguir.

—Eso lo decidiré yo padre.

No quise entrometerme y me aparté. Acababa de perder a su padre y los sentimientos que la poseían aún eran muy intensos.

Cada uno de nosotros tenía sus motivos para estar aquí. Para Eduardo era su

trabajo aunque cabe la posibilidad que hubiera algo más. Yo necesitaba fijarme un objetivo, escapar bruscamente de la rutina que me rodeaba y enmendar mis errores del pasado de una manera más activa. Si este fuera el caso ¿porqué no podía ser la venganza el motivo que impulsó a la agente Bardy arriesgar su carrera y su vida para ir con dos desconocidos en busca de «Zeus»?; si es que realmente él es el responsable de la muerte de su padre y de las demás víctimas. Sea como sea, la situación se presentaba bastante complicada y era obvio que no conseguiríamos apartar nuestros sentimientos personales.

—Ya hemos llegado.

Al final de una calle rural, vimos una entrada hecha de piedra como si de una hacienda española se tratase. La gente Bardy no tenía la llave del portón. Salió del coche, sacó su arma y disparo a la cerradura abriendo el candado con éxito.

—¿Qué haces?

—No os preocupéis; Los vecinos más cercanos están a un par de kilómetros de aquí y encima sólo son unos viejecitos que apenas pueden oír sus propias conversaciones.

Abrió las dos puertas metálicas y entró en el coche. Condujo durante unos minutos y pronto llegamos a la casa. No podía distinguir muy bien lo que había a nuestro alrededor; la oscuridad lo ocultaba todo, lo que si se podía distinguir era la figura de la casa que aparecía lentamente ante nosotros y tenía el aspecto de ser bastante grande. Unas grandes macetas, una mecedora y una caseta de perro pero sin ocupante, se veían delante del pequeño porche.

—Pasad, estáis en vuestra casa.

—La casa de tus padres es muy grande.

—Y vieja también. Pertenece a mi bisabuelo que en paz descanse. Es un milagro que aún esté de pie porque durante la guerra, una bomba cayó a unos metros de aquí causándole graves daños. Afortunadamente eso es todo lo que le afectó la guerra, puesto que como ya os habréis dado cuenta, está situada bastante lejos de los núcleos urbanos.

—No pretendo parecer grosero pero ¿Habrás algo para comer?

—La cocina da a la parte trasera inspector. Siga el pasillo hasta el fondo y a la derecha. Pase y busque por los armarios, seguro que al menos encuentra una lata de atún. Usted padre, quédese aquí si lo prefiere; yo iré a echar un vistazo en el dormitorio de mis padres.

El salón era muy amplio y acogedor. El ambiente, la decoración junto al olor a jazmines y rosas estampaban la palabra «hogar» en mi cuerpo y mente. La cálida noche de verano despertaba ya recuerdos olvidados de mi pasado y las nanas de mi madre parecían aún latentes en mi interior. Sólo el recuerdo de ese niño turbaba mi mente. Últimamente ese pensamiento me había atormentado más de lo normal

aunque también me daba fuerzas para seguir adelante.

—He encontrado una lata de salchichas y un paquete de tostadas integrales. ¿Quieres?

—No... Gracias Eduardo; no tengo hambre ahora mismo. Por cierto... ¿Qué hacemos aquí?

—Buscar pruebas.

—¿Sobre si el padre de la agente colaboraba con «Zeus»? ya... pero qué tipo de pruebas crees que encontraremos.

—Si siempre supiéramos qué es lo que buscamos, todo sería mucho más fácil... ¿No crees?

—Sin duda alguna; pero en ocasiones es mejor permanecer en la ignorancia.

—Por cierto... ¿Cómo sabías que teníamos que escondernos?

—¿Qué?

—¡Sí! En la morgue... ¿Cómo es posible?

—¿Alguna vez tuviste un secreto que te atormentase y que a su vez fuera la solución a tus problemas sin que lo supieras?

—Me estás asustando Vicente; no me imaginaba que eras de esa clase de personas.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, he dedicado mi vida a enseñar el camino oculto de un ser supremo jamás visto.

—¿Quieres decir que Dios te dijo que nos escondiéramos?

—¡No! Quiero decir que algunas veces tus pesadillas pueden indicarte el camino correcto y salvarte para después poder devorarte.

—No digas tonterías...

—En la antigüedad, los siervos de Dios, escuchaban los pecados de sus seguidores para liberarlos de culpa y afianzar su camino hacia el cielo. En realidad, vaciaban sus conciencias de la culpabilidad de sus actos, como si fueran a un psicólogo, pero llenando el vacío que ellos dejaban con la esperanza de encontrar la vida eterna.

—No te entiendo Vicente.

—Pronto lo harás amigo mío... pronto lo harás.

—Sigues sin contestar a mi pregunta.

—Será mejor que dejemos esta conversación para otro momento. Estoy convencido de que la retomaremos muy pronto. ¿Es que durante estos pocos días me lo has contado todo sobre ti?

El silencio de Eduardo resultó ser la mejor respuesta a mi pregunta aunque sabía que tarde o temprano tendría que confiar en él mi secreto. Puede que fuese lo mejor... quizás, yo también necesitaba confesarme y apaciguar mi conciencia.

—Señores, aquí tengo el maletín de mi padre. Justo en el lugar donde siempre lo

escondía.

—He de decir que no lo escondía muy bien agente.

—¡Oh! Por favor; dejad de llamarme agente Bardy. Mi nombre es Emma y mi padre tenía ese escondite para que no pudiera encontrarlo alguien que no fuese mi madre o yo. Lo importante es que nunca lo hemos tocado, ya que en mi familia respetamos la intimidad de los demás, por no mencionar que nunca sospeche que aquí podía encontrarse algo más importante que unas fotos de alguna ex novia, algún documento de cualquier trifulca familiar o simplemente los papeles de la casa.

—Muy bien Emma. La cuestión es... ¿has encontrado información relacionada al caso?

—Lo siento inspector, yo...

—Ya que vamos a dejarnos de formalidades, a mí llámame Eduardo y mi querido amigo no creo que tenga ningún inconveniente en que lo llames Vicente ¿Verdad?

—Por supuesto... Faltaría más... Emma.

—El caso es que no tengo valor de hurgar en las cosas de mi padre. He tenido este maletín en mis manos más de cinco minutos y a lo único que me he atrevido es a bajarlo aquí para que lo examinéis vosotros.

—¡Muy bien! Dámelo a mí que estoy acostumbrado de rebuscar en las cosas de los demás.

—Se un poco más delicado Eduardo, recuerda de quién se trata.

—Y tú recuerda que la próxima víctima de «Zeus» aparecerá pasado mañana, lo que significa que es posible que en este preciso momento esté muy cerca de él.

—O ella. Recuerda que la primera víctima fue una mujer.

—Ya sabéis a lo que me refiero.

—No perdamos más tiempo y abrid el maletín. Ya he marcado la combinación correcta en la cerradura.

Eduardo asintió con la cabeza y abrió el maletín. Empezó a vaciar lentamente su contenido examinándolo con detenimiento. Primero sacó unas fotos de lo que parecía ser momentos familiares de hace años. Emma contemplaba los movimientos de Eduardo de pie, intentando contener sus lágrimas. También sacó algunas escrituras de propiedades y un libro viejo que parecía ser un cuento de niños. En ese momento Emma no pudo contenerse más y se echó a llorar.

—¿Te encuentras bien?

—No os preocupéis por mí... Seguid.

Me levanté y abracé a Emma con todas mis fuerzas intentando dar consuelo en el momento que más lo necesitaba. Mientas, Eduardo sacó una carpeta de cuero que aparentemente era lo que estábamos buscando.

—Averigüemos que tenemos aquí.

—Ábrela.

—En eso estoy Vicente.

En su interior había un montón de papeles. Se guardaron de manera muy desordenada, algunos estaban doblados y otros parecía que los habían metido con bastante prisa. ¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Cómo es posible que alguien pueda tener tanta prisa o miedo en un lugar al que considera seguro? En el resto de la casa existía un cierto orden lo que me hacía pensar que el desorden, no se trataba de algo habitual entre los familiares de Emma.

—¡He encontrado algo!

Nos inclinamos un poco más sobre el contenido y ella abrió los ojos preocupada.

—¿Conoces los detalles sobre una cuenta bancaria en suiza?

—¡No! Bueno... nunca me había mencionado nada...

—Fijaos; aquí tengo un extracto bancario de un banco suizo con la increíble cantidad de un millón de euros.

—¡No es posible!

—Pues lo es... está claro... aquí se puede ver el nombre de tu padre y la cantidad de dinero, el problema es que la parte donde se encontraba el nombre y la dirección del banco ha sido cortada y es posible que lo haya hecho a propósito. Lo veis, sólo se ve «Swiss».

—¿Y la numeración?

—Me temo que tampoco la ha dejado.

—¡Un momento!

—Sí Vicente...

—Hermes, aparte de ser el mensajero de los dioses, también era el dios de los mercaderes. Suiza es el banco de Europa y en su momento del mundo. Hablamos del punto donde el propósito de todos los mercaderes converge.

—¿Y qué propósito es ése?

—El dinero Eduardo... el dinero.

—¿Y por eso crees que el siguiente asesinato ocurrirá en Suiza?

—No sólo por eso. Recuerda lo que decía el mensaje. «Hermes cruzara la frontera».

—Sí pero hasta ahora ya hemos cruzado dos fronteras.

—Párate un segundo y piensa en el día de hoy... piensa en la actualidad...

—No pares por favor.

—¿Qué es lo que tenemos en común?

—¿Qué perseguimos a «Zeus»?

—¡Qué somos Europeos! En realidad no hemos cruzado ninguna frontera sino que hemos viajado por los estados de un mismo país. Recuerda el rapto de «Europa» en el primer asesinato.

—¡Por supuesto! Y como Suiza no pertenece a la comunidad europea, Hermes

debe cruzar la frontera... debe ir a Suiza.

—Muy bien Emma.

—¿Y has descifrado ya el significado de las piedras negras?

—Sólo sé que por su color manifiestan desaprobación, los números grabados en ellas aún me desconciertan.

—Quizás sólo sea una cuenta atrás.

—Ya hemos pensado en esa posibilidad Emma, pero, no puede tratarse de algo tan simple. Está claro que quien se encuentre detrás de todo, lo tiene muy planificado y quiere seguir las pautas.

—¿Por qué crees eso?

—¿Se lo explicas tú Eduardo?

—Verás, quien haya matado a tu padre lo hizo con bastante precipitación. Las anteriores víctimas presentan indicios de haber sido torturadas aunque no en gran medida, pero lo fundamental es que la piedra se encontró en la boca de tu padre.

—¿Eso es lo fundamental?

—¡Sí! «Zeus» no tuvo tiempo de hacérsela tragar y simplemente se la introdujo en la boca. En las otras víctimas, la piedra la encontramos en su estomago. Eso sólo se consigue si la persona está viva y se le obliga a tragarla o si se abre el estomago por fuera para introducirla por la fuerza. Por el momento, no se nos ha dado el caso.

—Se trata de un acto con gran simbolismo. Quizás «Zeus» pretendía que se tragase su orgullo.

—O sus pecados Padre.

La última frase de Emma me dejó pensativo por un instante. Cogí una de las tostadas que Eduardo había traído y empecé a comérmela junto a una de las salchichas mientras le daba vueltas al asunto. «Por votación popular se ha decretado que la persona en cuestión, debe tragarse sus pecados». No lo tenía muy claro. Sabía que la respuesta aparecería en cualquier momento, pero...

—Te hemos vuelto a perder Vicente.

—No... en absoluto... es que...

—¿Qué?

—Todavía no lo tengo claro y si os lo explico me podríais confundir.

—Pues tendremos que esperar.

Emma se sentó a mi lado y me cogió de la mano. Buscaba algo en mí que no estaba seguro de poder, o es más, de querer ofrecérselo. Buscaba la manera de llevar a cabo su venganza y ahora mismo, yo era su única esperanza para descubrir el paradero del asesino. Tras darse cuenta de mi desconcierto, se levantó y nos miró.

—Creo que ya es suficiente por hoy. ¿Qué os parece si nos quedamos aquí y dormimos unas cuantas horas? Mañana nos levantamos temprano, vamos a vuestro hotel y recogemos vuestras cosas.

—¿Y luego?

—Luego no vamos a Suiza.

—Sí, pero... ¿A dónde? Suiza es pequeña pero no tanto.

—¿Por qué no lo consultamos con la almohada? Es probable que el cansancio nos impida pensar con claridad.

—Puede ser.

—Podéis escoger la habitación que queráis. En la casa hay de sobra.

Recogimos los papeles, subimos al piso de arriba y nos despedimos en un pequeño rellano al final de las escaleras. El chirrido de las puertas cerrándose y el quejido del colchón viejo al acostarme me despejaron durante un instante pero pronto me olvidé de todo y me quedé dormido.

VIII

El sol todavía estaba escondido cuando me desperté. Miré el reloj y eran las cinco y media de la mañana; apenas había dormido tres horas pero curiosamente me sentía como nuevo. Arreglé un poco la cama y me fui a la cocina a prepararme un café. Rebusqué por los armarios y finalmente lo encontré aunque aún no había conseguido ver el azúcar. ¡Qué más da! Lo importante era que el oscuro caldo avivaría un poco mí adormilado cuerpo.

—¡Vicente! ¿Qué estás haciendo?

La voz de Emma que se había acercado sigilosamente me sobresaltó.

—No es obvio... Café...

—Ni te imaginas la falta que me hace. No he dormido muy bien. Bueno... a decir verdad no he dormido casi nada.

—Pues tomate una taza y te sentirás mucho mejor. Ya verás... A veces las cosas más simples de la vida son las que más nos llenan.

Se tomó un sorbo de café y dejó la taza sobre la mesa.

—¡Aghhh! No tiene azúcar.

—Es que no he podido encontrarla.

—Prueba a ver en el armario; justo por encima del horno.

—¡Aquí está!

—Anda... ponme cucharita y media.

Durante ese momento me había olvidado de nuestra situación. Un pensamiento me absorbió por completo y preguntas ya olvidadas emanaban por todos los rincones de mi cabeza. ¿Qué ocurriría si me hubiera casado en vez de hacerme cura? ¿Cómo sería mi vida con una mujer? ¿Hubiera tenido hijos? Me quedé mirando a Emma pensando en lo hermosa y fuerte que era. Aunque bajó despeinada y con un pijama de cuadros arrugado, tenía una sonrisa que me recordaba las primaveras en Jumilla. A pesar de su tormento, ella seguía sonriendo como si el mundo dependiera de ello.

—Buenos días a todos.

—Buenos días Eduardo, ¿has dormido bien?

—Todo lo que he podido. ¿Qué es lo que huelo? ¿Café?

—Sí, ¿te apetece una taza?

—Por favor, no me hagas esperar, y con tres de azúcar.

Serví el café al inspector y me senté cerca de él.

—¿Cuándo informarás a tus superiores sobre nuestra situación?

Eduardo, dejó la taza sobre la mesa y agachó la cabeza. Luego cogió su bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta y empezó a darle vueltas.

—No me gusta nada tu reacción.

—Verás... resulta que... me ordenaron que volviéramos y yo... simplemente no

estaba de acuerdo. Lo que significa que... estamos solos.

—Pero necesitamos dinero y medios de transporte, por no mencionar el permiso de las autoridades locales para examinar los lugares relacionados con los crímenes y las pruebas.

—Eso... ya lo sé.

—Y que vamos a hacer; esto es una locura. Una cosa es lo que hicimos ayer como caso excepcional y otra muy diferente enfrentarnos continuamente a todo el sistema.

—¿Por qué es tan diferente? ¿Acaso no es la verdad lo que buscamos? Recuerda que es probable que en algún lugar se esté preparando un acto terrorista con armas químicas y que los únicos que pueden detener ese ataque somos nosotros.

—Creo que estas exagerando.

—¿A sí? Y porqué el interés del servicio secreto Francés sobre este caso. ¿Pura casualidad? Y a Emma; la vamos a abandonar para no enfrentarnos «al sistema» y salvar nuestras carreras. Eso te ayudaría a sentirte mejor.

Me quedé mudo. La cabeza me picaba; en realidad todo el cuerpo me picaba; el estrés, el miedo y la incertidumbre habían hecho mella en mí. Empecé a titubear y ni siquiera era capaz de pronunciar correctamente una palabra, hasta que Emma se levantó de la mesa con una gran determinación y me miró.

—Hasta aquí hemos llegado juntos, pero si no quieres arriesgarte, lo entenderé.

El silencio retumbaba por toda la habitación y ahogaba mis oídos con infinidad de pensamientos. «La verdad», que gran palabra y que significado ha tenido durante toda nuestra historia aunque no hay que olvidar que la búsqueda de una gran verdad siempre conlleva a un gran peligro.

—Es cierto... estamos juntos en esto. Quizás sea mi oportunidad para enmendar mis errores.

—Pues vamos a ello y... Gracias.

Regresamos a nuestras habitaciones y nos preparamos para el viaje. Desconocíamos nuestro destino y nadaríamos a contracorriente pero el fin que perseguíamos merecía la pena. «Zeus» andaba impunemente por alguna ciudad en Suiza y no pensábamos rendirnos. El tiempo apremiaba y muy pronto otra persona moriría. Sin más demoras, cogimos los documentos y un poco de comida, nos subimos al coche y nos dispusimos a regresar a Burdeos.

*

Emma aparcó el coche cerca del hotel mientras Eduardo y yo nos acercamos a recoger nuestras cosas. Ya no contábamos con el apoyo de la central en España y no sabíamos si alguien nos esperaba para obligarnos a regresar; o peor aún, a detenernos.

Entramos sin llamar mucho la atención. Nuestra intención era recoger nuestras cosas lo más rápido posible y pagar la factura al salir.

Sólo pasaron unos seis minutos, la adrenalina había hecho su trabajo y en menos de lo que me esperaba, nos vimos apoyados en el mostrador de la recepción con las maletas en nuestros pies. Eduardo pidió la factura y esperamos que el recepcionista nos la trajera. Todo iba sobre ruedas. Sin ningún contratiempo, pagamos y cuando nos dirigíamos hacia la salida, el recepcionista nos llamó.

—Perdón... me olvidé... una nota para ustedes.

Eduardo se acercó rápidamente y cogió la nota, no antes de dar una propina al recepcionista. Sin ni siquiera abrir el sobre, se me acercó y cogiéndome con fuerza del brazo salimos del hotel a marcha forzada, sin dejar de vigilar a nuestro alrededor. Con toda la discreción con la que se puede actuar en estas situaciones, nos subimos al coche de Emma y nos dirigimos hacia la autopista para tomar el camino a Suiza.

—¿Qué es lo que llevas en la mano Eduardo?

—No lo sé Vicente... Lo abriré una vez estemos fuera de la ciudad.

—Tampoco estamos haciendo nada del otro mundo.

—Eso no es cierto... nuestra actuación se podría considerar como obstrucción a la justicia.

—Pero sólo queremos ayudar.

Eduardo me dio un golpecito en la rodilla y se giró.

—O meter nuestras narices donde no nos llaman. Siempre depende del punto de vista. ¿No crees?

—Pero una cosa es desobedecer órdenes y otra muy diferente calificar nuestras acciones como de criminales.

—Ya lo sé Vicente y ojalá fuera tan simple. Una cosa está clara. Si nos quisieran obligar a regresar a España y meter a Emma en un despacho o suspenderla, ya lo habrían hecho.

—¿De qué habláis señores?

—Nos han dejado una nota en la recepción.

—¿Os han obligado a abandonar el país?

—En realidad no había nadie esperando.

—¿Os están siguiendo?

—No lo creo. Salgamos de la ciudad y veremos si alguien viene tras nosotros.

Eduardo tenía en sus manos el sobre sin dejar de moverlo arriba y abajo intentando averiguar cuál podría ser su contenido.

—¿No creerás que se trata de algo malo?

—No lo sé Vicente; Quizás «Zeus» sepa que estamos tras él y nos haya dejado un mensaje...

—¡O una pista!

—O puede que sea algún producto nocivo. No olvidemos que según la información recibida, el barco que los franceses controlaban, llevaba una carga muy peligrosa. Pensaban que se trataba de algún producto tóxico o químico.

—¿Y qué puede ser?

—Me sorprendes Vicente... ¿No ves la televisión?

—Lo cierto es que no mucho.

—En Estados Unidos, se han dado casos de cartas enviadas por terroristas que contenían Ántrax que es una sustancia mortal.

—Si crees que en el sobre hay Ántrax, deshazte de él.

—De momento sólo distingo una pequeña nota.

En ese momento, Emma que estaba conduciendo, cogió la carta de las manos de Eduardo y con un fuerte mordisco la abrió.

—Veis chicos, ni Ántrax, ni veneno, ni nada... coged la nota y leerla por favor.

Ambos nos quedamos atónitos, con una cara de sorpresa y enfado al mismo tiempo.

—No deberías haber hecho eso, y si...

—Ya... pero no ha pasado nada y la verdad es que cualquier otra pista que nos pueda ayudar no viene mal. Mira a ver que dice la nota.

Su reacción, aunque no se podía considerar como correcta, era muy comprensible. Al fin y al cabo, había perdido a su padre hacía poco y quería desesperadamente descubrir la verdad ¿Pero a qué precio?

—A 89 72 42 40.

—¿Cómo dices Eduardo?

—Sólo os leo lo que está escrito en la nota.

—¡Déjame verla!

—No mientras conduces... presta atención a la carretera.

—¿Pero qué significa?

—¿Y si nos preguntamos lo más importante?

—¿Porqué la dejaron?

—Y qué tal ¿Quién la dejó?

—Buena observación Vicente.

—Entonces ¿Quién dejó la nota?

—Esperaba que tú pudieras contestar a esa pregunta ya que eres la única que tiene familiares y amigos en esta ciudad.

—En eso estoy de acuerdo pero la nota la dejaron en el hotel para vosotros así que debe de ser más conocido vuestro que mío.

—O quizás haya sido el asesino.

—¿Te tomarías tú tantas molestias para que te cogieran?

—No lo sé... yo soy cura y no un psicópata.

—Puesto que de momento no sabemos quién ha sido, concentrémonos en su significado. Quizás nos aclare la situación.

Los tres nos quedamos pensativos frente a la nueva incógnita. Sería insólito que «Zeus» nos hubiera dejado una nota y aunque así fuese ¿con que fin?, y lo que más importaba ¿Cuál era su significado?

Apoyé mi cabeza en el asiento y me quedé pensativo, mirando como cruzábamos Francia de punta a punta. Las casitas perfectamente pintadas, rodeadas con sus pequeñas vallas, unas de madera y otras de piedra. La gente trabajaba en sus campos, recogía la ropa tendida o simplemente descansaban sentados en sus pintorescos porches. Cada cuadrícula de tierra, perfectamente alineada y delimitada, era trabajada con esmero por sus pacíficos propietarios. No pude evitar recordar a mi padre cuando me decía «Un hombre necesita un trozo de tierra para engrandecer su cuerpo y su espíritu». La campiña, florecida y llena de vida, apaciguaba a cualquiera mientras el tiempo transcurría inalterable. Entre todo ese orden y tranquilidad, nos encontrábamos nosotros de la misma manera que un pez pequeño busca su lugar en un enorme océano. Lo peor de todo era que en este vasto océano, se había formado una peligrosa tormenta.

*

Durante casi todo el trayecto, no habíamos cruzado ni una palabra; desde atrás veía a Eduardo estrujarse la cabeza con la nota en la mano pero a ninguno se nos ocurría nada. Yo seguía mirando por la ventana pero no pensaba en algo en concreto, simplemente quería disfrutar de esos momentos de tranquilidad. El suave contoneo del coche y el acordeón que sonaba en la radio, me distraían de mi actual situación, olvidándome del hecho de que no sabíamos exactamente a donde ir. De repente, mi tranquilidad fue interrumpida cuando me entraron unas enormes ganas de orinar. Era como si de golpe me hubiera bebido un litro de agua y no podía aguantarme.

—¿Puedes parar Emma?

—¿Qué ocurre?

—Tengo necesidades.

—¿Y no puedes esperar hasta que llegemos a una estación de servicio?

—Por favor sal en la siguiente salida y mearé donde sea... Si los animales lo hacen, yo también.

Emma salió de la autovía y paró a pocos metros de la salida. Eduardo ni se inmutó y yo con una necesidad como nunca antes había tenido, me acerque a la orilla y me puse a orinar detrás de una señal para que los demás no me vieran. Mire hacia arriba y sentí un gran alivio cuando acabe pero al levantar la cabeza me fije en un

detalle en la señal y tras arreglar mi sotana, corrí hacia el coche.

—¡Eduardo! Dame la nota.

Me miró sorprendido, salió del coche y me la entregó.

—¿Qué ocurre ahora?

—Dame sólo un minuto.

Con la nota en la mano me fui corriendo otra vez hacia la señal.

—¡Rápido! Traedme un mapa...

Emma se puso a rebuscar en la guantera del coche, cogió un mapa y vino corriendo junto con Eduardo.

—¡Creo que ya lo tengo!

—¿Has descifrado el significado de la nota?

—Eso espero... Fíjate en el cabezal de la señal.

—Lyon.

—¡No! Mira en la punta, arriba del todo.

—A 89.

—Fijaos ahora en el mapa. Si cogemos la A89, después la A72, luego la A42 y finalmente la A40 nos conduce directamente a Ginebra.

—¡Es cierto! ¿Cómo no nos dimos cuenta antes? Eso significa que vamos por buen camino.

—No sólo eso Emma sino que alguien sabe que estamos tras el asesino y nos quiere ayudar.

—Es posible pero también puede que el asesino sepa quiénes somos y nos este guiando hacia una trampa.

—No había pensado en ese detalle Eduardo.

—Al menos sabemos que vamos por buen camino, así que entremos en el coche y en marcha, no hay tiempo que perder... «Zeus» volverá a actuar.

—Tienes razón Emma. ¡En marcha!

—En las afueras de Lyon pararemos en casa de un amigo para coger algunas cosas y con suerte esta noche estaremos en Ginebra.

—Puede ser, pero no llegaremos a tiempo para descubrir la identidad de la víctima para poder salvarla.

IX

El viaje resultó largo y silencioso. La última frase que Eduardo había pronunciado, nos hizo darnos cuenta de la cruda realidad. Nos había quedado claro que no llegaríamos a tiempo para ayudar a la siguiente víctima. A nuestro pesar, sólo nos dirigíamos a Ginebra para recoger la siguiente pista. Detrás del puzle, había vidas humanas y eso nos hizo cuestionarnos una vez más, los verdaderos propósitos de nuestro viaje. ¿Lo hacíamos por venganza? ¿Por el sentido cínico del deber? ¿Por apaciguar nuestra conciencia? ¿O era la simple curiosidad? Esa última pregunta nos obligó a reflexionar sobre lo grotesca que era la situación.

De repente, el silencio se vio interrumpido por el sonido del teléfono móvil de Eduardo.

—Al habla el inspector Alcaráz... ¿quién es?

Eduardo se mantuvo silencioso durante unos segundos y sólo asentía con la cabeza.

—Es el agente Rodríguez. Tú ya le conociste en la comisaría de Murcia. Me está llamando desde una cabina telefónica para darnos información. Dicha información... digamos que es extraoficial así que pondré el altavoz del móvil para que podamos escucharlo todos pero absteneos de hacer preguntas raras.

Eduardo conectó el altavoz de su móvil y como no se escuchaba muy bien, Emma redujo la velocidad.

—Para empezar aunque tenéis ordenes de regresar, todos en la comisaría os apoyamos y os deseamos suerte. El capitán nos tiene bastante controlados así que intentare ser lo más breve y conciso posible.

—Dinos que habéis descubierto.

—Escúcheme bien inspector... Hace dos días, descubrimos a un individuo que encaja con las descripciones y testimonios de los vecinos de la víctima. Estamos tan seguros que le hemos calificado como nuestro principal sospechoso. Su nombre es Imán Achi. El sospechoso aterrizó en el aeropuerto de Barajas el veintitrés de julio y convivía con la víctima.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—Cómo ya he dicho, uno de los vecinos nos dio una descripción que cotejamos con dos dependientas de una tienda que se encuentra cerca del edificio. Una de ellas, nos dijo que venía de Siria así que comprobamos todos los pasajeros procedentes de ese país alrededor de las fechas que nos dijeron que le vieron por primera vez.

—¡Claro! Lo demás era pura rutina.

—Exacto. También sabemos que tiene veintiocho años y que estudió filosofía en la universidad de Damasco y eso no es todo.

—¿A qué te refieres?

—Perdone inspector pero se corta.

—¡Que continúes!

—En el año ochenta y tres, el rector de la universidad donde estudiaba, fue asesinado cuando bajaba de su coche tras un simposio de historia del país. El asesino nunca fue identificado pero la última pista que la policía Siria había conseguido, era que el asesino se apellidaba Achi. Nunca pudieron descubrir al asesino ya que esta información provenía de alguien que no se le consideraba muy fiable.

—Entonces pensáis que el asesino del rector puede estar relacionado con «Zeus».

—¿«Zeus»?

—Nuestro asesino. Le llamamos así por el primer caso.

—Entiendo... No sabemos con certeza que haya algún tipo de vínculo familiar con Achi, pero si se diera el caso, es posible que el culpable no sólo sea una persona sino una organización.

—¿Terroristas?

—Eso mismo.

—Y cuál es el fin de los asesinatos.

—Me temo que no lo sabemos. El móvil del crimen tenéis que descubrirlo vosotros, yo no dispongo de más información. Como ya os dije, el capitán nos vigila por si hacemos algo como... lo que estoy haciendo yo ahora. Esta información es toda la que tengo, espero que os sirva de ayuda.

—Seguro que sí.

—Bueno, debo colgar. Buena suerte.

—Graci...

Antes de que pudiéramos agradecerle la información, el agente Rodríguez ya había colgado el teléfono.

—¿Qué opináis?

—La situación es más peligrosa de lo que parece.

—Explícate Vicente.

—No estamos tratando con una persona que sólo se rige por sus impulsos. Está claro que de alguna manera, ese tal Imán Achi está implicado en todo esto. Sin lugar a dudas, se trata de un crimen bien estudiado y planificado. Una reacción en cadena con un principio y un fin pero de manera fortuita, nos hemos incorporado en la complicada ecuación y estoy seguro de que no contaban con ello ¿Tu qué piensas Emma?

—Me parece que tienes razón. Un hombre culto de esas características, no cruza medio mundo para cometer actos basados en el mero instinto. Tenemos entre manos un asunto muy importante pero su verdadero propósito se nos escapa.

—Esta suposición aclararía en cierto modo el hecho de que existe alguna relación entre el barco Ucraniano y los crímenes cometidos.

—Pero las inscripciones en griego y las piedras con los números ¿A qué se deben?

—Pronto lo averiguaremos Eduardo. Pronto lo averiguaremos.

Tras el giro inesperado de los acontecimientos, regresamos al silencio de nuestros pensamientos. La inesperada llamada del agente Rodríguez consiguió arrojar un atisbo de luz sobre las ya amontonadas incertidumbres. Me sentía inquieto, disgustado y a la vez emocionado. Poco a poco todo empezaba a cobrar cierto sentido.

*

Eran casi las cinco de la tarde y a lo lejos conseguí distinguir una señal que ponía «Lyon». Tras muchas horas al volante, Emma parecía cansada y Eduardo se ofreció a sustituirla.

—¿Quieres que conduzca un rato?

—¡No! Dentro de poco pararemos en casa de un amigo para pedirle un favor.

—¿De veras lo crees oportuno?

—¿Llevas dinero suficiente para lo que pueda surgir?

Eduardo no contestó a la pregunta. Era bastante obvio que carecíamos de la organización necesaria, puesto que no dejábamos de improvisar sobre la marcha. Llevábamos algo de ropa, casi nada de comida, poco dinero en efectivo y por supuesto, tarjetas de crédito pero lo mejor era no usarlas. No queríamos que sus superiores siguieran nuestro rastro; o al menos eso esperábamos.

—De todas formas no nos vendrá mal estirar un poco las piernas y de paso comer. No sabía que más decir para romper ese momento tan incómodo.

—Al menos ¿nos puedes decir a dónde vamos?

—Por supuesto Vicente. Pararemos en un pueblo que está de camino a nuestro destino. Se llama Pérouges.

—¿Y quién es tu amigo?

—Es mi tío René, el hermano de mi padre.

—¿Crees que ya se habrá enterado de la muerte de tu padre?

—Seguramente.

Salimos de la autopista y nos dirigimos hacia el norte. El pueblo a donde íbamos no parecía estar muy alejado, así que no nos desviaríamos demasiado. Dejamos el interminable asfalto y nos adentramos hacia un inmenso mar verde de hierba fresca y arboles envejecidos. Me quedé mirando el pequeño asentamiento sobre la colina mientras nos dirigíamos hacia la casa del tío de Emma. Los edificios del casco antiguo, rodeados por una ancestral muralla y galardonados por unos pocos

almendros, parecían pertenecer a la época medieval y mi curiosidad despertó una vez más. En las ventanas de las casas, junto con las macetas repletas de hermosas flores y escurridizas enredaderas, colgaban unos pañuelos de color negro, señal inequívoca de que la pequeña comunidad estaba de luto. En el fondo, una columna de humo negro seguía el ritmo del viento del sur. Sin duda la chimenea de un horno o de un taller artesano puesto que en este caluroso día no era necesario encender las estufas.

—El pueblo debe de ser muy interesante para visitar.

—Cierto... pero no estamos aquí para hacer turismo.

—Por supuesto que no.

Me sentí frustrado pero no por el hecho de no poder ni siquiera pasear por esos antiguos muros sino por lo egoísta que pudo haber parecido mi observación. No quiero excusarme pero al fin y al cabo se trataba de mi pasatiempo favorito, descubrir y vivir la historia.

—Ya hemos llegado. Mi tío vive en esa casa de allí.

Emma se bajó del coche y se dirigió hacia una casa menos interesante que las del casco antiguo pero he de admitir que era bastante curiosa. Recientemente reformada, emulaba su entorno pero no dejaba de notarse su innovada apariencia.

—¿Qué crees que descubriremos en Ginebra Vicente?

—Me temo que nada bueno.

—Claro.

—¿Sabes lo que me extraña?

—¿Qué?

—En la segunda víctima encontramos la piedra y el papiro que nos condujeron a la tercera víctima, mientras que en la tercera, sólo sacamos una precipitada conclusión por la inscripción que «Zeus» dejó y tampoco era muy reveladora. Si no fuera por nuestra intuición, la suerte y la nota que nos dejaron en el hotel, nunca habiéramos llegado hasta aquí.

—¿Quién nos dice que no nos hemos equivocado con los últimos indicios?

—¡Cierto! Pero supongamos que no.

—Continua.

—En la primera víctima no hubo ninguna pista ni nada en su inscripción que nos pudiera conducir a Sagres.

—No olvides que encontramos el cuerpo tarde y que tampoco buscábamos indicios de semejante índole. Cabe la posibilidad de que se nos haya escapado algún detalle, que algún animal haya cogido esa supuesta pista o simplemente que la corriente del río la haya arrastrado.

—¿Y el animal no se hubiera comido el corazón?

—Sólo es un suponer Vicente. Al no saber lo que buscábamos, puede que estuviera justo delante de nuestras narices y no fuimos capaces ni siquiera de olerlo.

—Cierto. Pero ¿y la tercera víctima?

—¿Acaso tuvimos realmente la ocasión de examinar a fondo la escena del crimen? Sólo tú pudiste acercarte a ella y no tuviste suficiente tiempo para investigar como es debido. La policía no colaboró, se nos ocultó información y encima nos trataron como a criminales.

—¿Y crees que en Ginebra tendremos más suerte?

—Eso mismo te pregunté yo hace dos minutos.

—Tienes razón.

Emma ya había salido de la casa de su tío y se dirigía hacia nosotros con cara de disgusto.

—Bajad del coche.

Ni siquiera nos preguntamos por qué. La verdad es que necesitábamos estirar las piernas y quizás tomarnos una bebida fresca. Hacía mucho calor.

—No parece muy contenta.

—Mi tío no está en casa.

—¿Y dónde puede haber ido?

—Hablé con su vecino y me dijo que a esta hora se suele tomar una copa de vino y algo para picar en un restaurante no muy lejos de aquí.

—¿Y donde se encuentra ese restaurante?

—En el casco antiguo. Según el hombre, si seguimos andando por este camino llegaremos en menos de diez minutos.

—Al final te sales con la tuya Vicente.

Es verdad que me apetecía pasear por esta hermosa ciudad aunque sólo fuese durante unos minutos pero intenté no mostrar agrado y decidí no contestar a lo que ya resultaba obvio.

Seguimos el camino de piedra que conducía al corazón de la ciudad medieval. Durante el trayecto, mis dos compañeros iban a marcha forzada para llegar lo antes posible al restaurante mientras yo me quedaba rezagado, admirando la arquitectura de las casas antiguas imaginándome cómo el paso de los años las había convertido en un hermoso paisaje. La piedra y la madera predominaban frente a las pocas estructuras metálicas que consistían en simples ornamentos rústicos. En algunas casas había flores decorando sus portales y las calles hechas de piedra, conducían a pasados románticos. Era un lugar macerado por el paso del tiempo, tanto por su cara amable, como por su cara más oscura y siniestra que siempre intentamos enmascarar. La poca gente que paseaba por los soleados estrechos, se veía predispuesta a dirigirnos unas amables palabras pero finalmente se limitaban a levantar la mano para saludarnos con una sonrisa dibujada en sus caras.

La cuesta resultó un poco más pronunciada de lo que me esperaba y el ritmo que mis dos compañeros marcaban era demasiado rápido para mí. Mis kilos no me

dejaban otra opción que apostarme al lateral de una casa para tomar un respiro mientras intentaba recuperar el aliento. El calor tampoco ayudaba mucho a mi estado de cansancio y mis piernas temblaban cada vez más. Poco a poco, no conseguía ver ni a Eduardo ni a Emma que se habían alejado bastante de mí. Puse las manos en mis rodillas e intenté respirar con más normalidad intentando reponerme. No entendía el porqué de esta enorme fatiga; no me había pasado nunca algo parecido; desde luego que no era muy dado a los deportes y solía cansarme con facilidad pero... Las paredes daban vueltas a mí alrededor... yo... me sentía débil y desconcertado... no sabía explicar lo que me estaba ocurriendo...

*

Una profunda oscuridad me había rodeado y el cansancio había desaparecido de repente. Es más, sentía mis piernas más firmes y fuertes que nunca, hasta me sentía con ganas de correr sin parar. Resultó muy extraño... el calor del verano se había convertido en una brisa primaveral aunque las flores de los balcones de las casas parecían incoloras como si se estuvieran marchitando. Una catarata de sentimientos remojaba mi cuerpo, algunos buenos y otros no tanto... ¿me había muerto durante la subida de la pendiente del pueblo? A pesar de mi preparación espiritual no creo que nadie realmente esté preparado para afrontar una situación parecida. Mi corazón latía con una lentitud muy apacible, mis manos no se movían sino flotaban con cada estiramiento de mis músculos. Los adoquines aparecían y desaparecían como si siguieran un ritmo constante y tras ellos sólo quedaba su forma imperfecta. Era capaz de escuchar mis propios pensamientos que retumbaban por mi cabeza dejando el eco de mis palabras resonando a mí alrededor.

—Jaja jaja...

—¿Quién anda ahí?

La oscuridad no me dejaba ver más allá de las últimas imágenes que mi cabeza registró hasta inducirme en este estado. Todo parecía permanecer muy quieto o mejor dicho, paralizado. Mi corazón empezó a latir con más fuerza y esa paz que al principio sentía, con cada segundo que pasaba se convertía en ansiedad.

—Jaja jaja...

—No te tengo miedo...

Mentiras y más mentiras se entremezclaban entre mis pensamientos y mis sentimientos. Permanecía rígido y tenso pero no por mi valor, sino por mis temores.

—¿Quién eres, que quieres de mí?

Nadie contestaba... mi corazón latía con más rapidez y mi pecho me quemaba. Si estoy muerto ¿estaré en el infierno? La ligereza que sentía en mis piernas había

desaparecido y mi cuerpo, fundido con la superficie de piedra en la que se sostenía, no respondía con normalidad.

—¡Muéstrate Satanás!

—Lala la lalala la la laaaa...

Me estaba volviendo loco. Mis pecados habían venido a devorarme... esa voz... esa canción...

—Lala la lalala la la laaaa...

—¡Déjame en paz! No fue culpa mía...

—La lalala la lala la lala...

En cabeza todo daba vueltas y mis piernas no se despegaban del suelo. Me sujeté con fuerza el cuello que parecía que se iba a torcer por sí mismo y mordí mi lengua para engañar al dolor que sentía en el resto de mi cuerpo.

—Lala la lalala la la laaaa...

—¡Aaaaaaaaaaaaa! ¡Déjameeeeeeeeeee!

El grito hizo que desapareciera esa canción. Seguramente todo se trataba de un producto de mi imaginación. Tenía que ser fuerte y decidido para enfrentarme a mí mismo.

—No tengas miedo...

¡Esa voz! No era posible.

—¿Eres tú?

—¿Quién es «yo»?

—No puedes ser... tú...

—¿Quién es «yo» padre? No tengas miedo.

—¿Daniel?

—¿Puedo ayudarte con los preparativos de la misa padre?

—Sólo estás en mi cabeza...

—No tengas miedo...

—Sólo estás en mi cabeza...

—¿Por qué repites eso? ¿No querrás parecer un demente?

—Sólo estás en mi cabeza... porque estás muerto.

—Eso no es del todo cierto.

—¿A qué te refieres?

—No me gusta lo que dices padre. Tú que tantas veces nos hablaste de nuestra alma inmortal.

—¿Os hablé?

—No estoy sólo padre... y tú tampoco.

—¿Entonces, llegó mi castigo?

—Ya te he dicho que no tengas miedo.

Temblaba y me asfixiaba del sofocante calor pero no sudaba. Mi alrededor,

inmóvil y oscuro, me hacía ver las cosas como en una diapositiva antigua.

—¿Qué quieres?

—¡No no no! Ésa no es la pregunta de la que anhelas contestación.

—¿Y cuál es?

—Lala la lalala la la laaaa...

La misma canción otra vez. Ya no me atemorizaba tanto pero no dejaba de penetrarme los oídos como si de una ráfaga de aire gélido se tratase.

—Basta de juegos...

—¿Quién está jugando?

—¡Daniel! Dime cual es la pregunta y deja de cantar.

—Antes te gustaba cuando cantaba.

—Y aún me gusta pero ahora no es el momento.

—No será el momento para ti, que ni siquiera sabes en qué momento te encuentras, pero yo dispongo de todo el tiempo del mundo.

—¡Basta! Yo no te dije que te tirarás de ese barranco... Yo...

—Yo quiero, yo creo, yo no tengo la culpa todo yo, pero aún no has formulado la pregunta correcta.

—La pregunta...

—Eso es; la pregunta; no todos tienen el privilegio que se te ha otorgado...

—¿Entonces no estoy muerto?

—Otra vez el «YO»... el tiempo se acaba.

—¿El sentido de la vida?

—Muy filosófico y etéreo pero no tiene nada que ver con tu problema actual.

Comencé a recordar a mis nuevos compañeros y a la misión que se nos había encomendado.

—¡«Zeus»! ¿Quién es «Zeus»?

—Esa pregunta no lleva a ninguna parte.

—¿Por qué?

—Pregunta incompleta.

—¿Cuál es el propósito de «Zeus»?

De repente, en la esquina de una casa apareció una sombra que se parecía mucho a la figura débil y escuálida de Daniel. Tenía 11 años cuando le perdimos y daba la impresión de que nada de lo sucedido le hubiera afectado. Su pelo rubio, brillaba en el entorno gris que me rodeaba y su rostro carecía de cualquier expresión. Sus pequeños brazos no se despegaban de sus costillas, la ropa que vestía era inapreciable y de vez en cuando su cabellera se removía por una disimulada brisa que yo era incapaz de sentir. Mis piernas se soltaron de sus ataduras pero aún y así una extraña fuerza me impedía acercarme a él. Sólo conseguía aliviar el hormigueo de mi cintura con movimientos leves y desagradables. Veía como su mirada se dirigía hacia mí pero

no lograba identificarla. Levantó la mano señalándome y me contestó.

—Los antiguos siempre decían que el tiempo todo lo cura. Tiempo al tiempo y la solución surgirá, pero también surge la discordia y el odio y cuando más tiempo pasa más podrido está el cesto de las manzanas. Con paciencia y disimulo, pasan desapercibidas descansando en el portal de nuestra casa hasta que finalmente alcanzan su objetivo. Los errores olvidados del pasado que con sangre se crearon sólo con sangre se limpiarán y los hijos de los hijos de aquéllos que tanto daño causaron, perecerán en la podredumbre de su legado. Mira en los ojos de tus hijos y veras que sólo si te sacrificas podrás dar vida a los que tanto la han despreciado. O A «λέξανδρος χρυσάφη έφερε και η Ρώμη τους το πήρε».

Su cabello brillaba cada vez más y su rostro desapareció repentinamente tras un destello que empezaba a iluminar el gris que me rodeaba. Ya no estaba de pie sino tumbado en el suelo y el helor que mis huesos sentían se convertía en un calor insoportable. Lo único que me separaba de la locura eran las palabras de Daniel que retumbaban en mi cabeza pero sin el desagradable eco.

*

—¡Vicente!

Mi cuerpo sudado, mi boca llena de tierra y un poco de sangre de un arañazo que me hice en la mano al caer, sirvieron para devolverme a la realidad.

—¡Vicente! ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—¡Con cuidado Emma, déjale respirar! Tranquilo compañero ya te cojo.

—¿Qué le ocurre? ¿Notas que reaccione?

—No sé qué decir...

Las voces que sonaban a mí alrededor me resultaban agradables, familiares, apacibles. La confusión producida por mi anterior estado, aún no se había disipado y no estaba seguro de poder distinguir entre fantasía y realidad.

—No parece tener ninguna lesión.

—¿Estás segura?

—¡Pues claro que no!

—Llamaré a una ambulancia.

El amargo sabor de la tierra y el entremezclado tacto del suelo entre frío y caliente me permitieron darme cuenta de mi situación y logré pronunciar dos palabras.

—¡No!... Esperad...

—Espera Eduardo, no llares a nadie...

—Ayúdame a levantarlo.

—Alejandro trajo oro y Roma se los quitó.

—¿De qué estás hablando?

—Daniel me visitó.

—¡Vicente!

—...

—¡Vicente! ¿Quién es Daniel?

Mi cuerpo lentamente se elevaba del suelo y aunque sentía gran debilidad, empecé a ser más consciente de lo que me había sucedido. El tacto de la piedra se separaba de mis condolidos huesos, una brisa que recorría los estrechos callejones colina abajo acarició mi rostro y los firmes brazos de Eduardo y Emma me habían rodeado por la cintura separándome con sumo cuidado de la inerte superficie.

—Ayúdame a llevarle al restaurante donde se encuentra tu tío.

—De acuerdo... si no recuerdo mal no estaba muy lejos de aquí...

—No importa; lo que haga falta.

—Menos mal que no es nada serio.

Me llevaron al restaurante y me sentaron en una silla situada al lado de la entrada. Parecía un sitio tranquilo donde normalmente se reunían los amigos para comentar un partido de fútbol mientras disfrutaban de un tentempié y una copa. Al entrar, rápidamente se percataron de la situación y uno de los camareros se acercó con un vaso de agua que bebí con bastante ansiedad. Emma agradeció el gesto al joven y me recliné sobre el respaldo para acomodarme mejor. Eduardo, sintiéndose más relajado tras el susto, se colocó a mi lado y me cogió del hombro.

—No te preocupes; ya me encuentro mejor.

—¿Pero qué te ha pasado?

—¡Nada! Sólo un mareo.

—Pues parecía algo más serio.

—Sólo era un mareo por mi falta de hacer ejercicio; nada más.

No parecía muy convencido pero tampoco quería contarle lo que había ocurrido sin que yo tuviera las ideas más claras. Desde luego que me mareé aunque seguramente no se trataba sólo de una simple fatiga.

—¿A qué te referías antes con lo de Alejandro y el oro?

—No estoy muy seguro Eduardo pero cuando lo averigüe te lo contaré.

—...

—¿Qué hacemos aquí?

—Te hemos traído al restaurante donde se encuentra el tío de Emma.

—¿Y quién es?

—Es el hombre sentado junto a ella en la barra tomándose un café.

—¿El de la camisa verde?

—No hombre, el del polo gris. ¿No te das cuenta?

—No parece tener mejor aspecto que yo...

—Eso sí que es cierto; probablemente lleva borracho desde que se enteró del asesinato de su hermano.

—Lo lamento mucho. Espero que lo supere pronto.

—¡No te imaginaba tan frío!

—No me hagas mucho caso, todavía no me encuentro muy bien.

Emma intentaba consolar a su tío abrazándole desde atrás y acariciándole a ratos la cabeza. Se notaba que intentaba mantener la compostura aunque se esforzaba en vano. No dejaba de restregarse los ojos y de apretar los puños contra sus rodillas mientras su viejo tío lloraba desconsolado. Los dos apenados tomaban sorbos de sus cafés al mismo tiempo que resoplaban y se acariciaban el hombro. Pasados unos minutos, el hombre se tranquilizó y abrazó con fuerza a su sobrina. Era un momento muy emotivo pero mis pensamientos no me dejaban sentir la profundidad de sus emociones.

Poco a poco se sentaron en otra mesa más apartada de la nuestra y cogiéndose de las manos empezaron a hablar. El joven y atento camarero, se nos acercó una vez más con una jarra de agua fría en sus manos y la dejó sobre la mesa. Mi mirada, perdida entre las líneas blancas del mantel rojo, me mantuvo distante y grosero hasta que Eduardo me llamó la atención.

—¡No pongas esa cara!

—Estamos desperdiciando un tiempo muy valioso.

—¡Cálmate Vicente!

—No puedo evitarlo; cada minuto que pasa sin llegar a nuestro destino es un minuto menos del que disponemos para salvar a la próxima víctima.

—Tienes que entenderlo. No es fácil para ellos.

—Lo sé, pero eso no significa que no tengo razón.

Eduardo se quedó mirándome asombrado y no dejaba de frotar su mano en su barbilla y mejillas de forma nerviosa. Seguro que la insensibilidad y crudeza que estaba mostrando le resultaba repulsiva y desconcertante. Era de esperar, yo mismo no me reconocía pero si la aparición que había tenido se trataba de una especie de milagro, sería un grave pecado no aprovecharla, especialmente cuando debíamos salvar una vida. Con un gesto suave, Eduardo agachó la cabeza y me dio una palmada en la espalda, se levantó lentamente y con mucha reticencia se acercó a Emma y empezó a susurrarle al oído lo que supongo era mi cruel aunque cierto comentario sobre la situación. De inmediato Emma se mostró disgustada y Eduardo se alejó lentamente de ella para volver a sentarse conmigo.

—No te preocupes Eduardo, pronto se dará cuenta de que debemos darnos prisa. Puede que la idea de salvar a otra persona no la motive tanto como la venganza, pero pronto sopesará la situación y por un motivo u otro se sobrepondrá y la aceptará.

*

El tiempo transcurría lentamente y yo aprovechaba cada segundo para recuperarme mientras la impaciencia turbaba la serenidad de Eduardo. Ninguno de nosotros podía negar la ambigüedad de la situación. Por un lado, se veía a la gente del pueblo que conocía a Emma y a su tío desde hace tiempo y compartían su dolor mientras por el otro, los turistas entraban en el local pidiendo bebida y comida mostrándose indiferentes y despreocupados. Tantos años de evolución para culminar con nuevos rasgos característicos propios del siglo veintiuno. Nos habíamos convertido en seres pasivos e ignorantes, sin mencionar el sentimiento de egoísmo que nuestra alma desprendía. Las paredes de piedra y los techos de madera absorbían ese sentimiento impersonal que se respiraba en el ambiente pero aún así, no se distinguían signos de compasión en demasiadas caras.

En su momento, Emma se puso de pie y ayudó a su tío a levantarse. Eduardo y yo, que estábamos pendientes de cada movimiento suyo, nos levantamos enseguida. Cogimos al tío de Emma y lo apoyamos en nuestros hombros mientras ella, se agarraba a mi brazo. Me resultó muy extraño pero ya casi estaba recuperado del todo y cuando nuestra compañera me cogió de esa manera, tuve una sensación que no había sentido desde hacía ya muchos años.

—Vamos a casa de mi tío.

—¿Te encuentras bien?

—...

—No pretendo agobiarte pero...

—Lo entiendo Vicente, tú sólo...

—¿Yo sólo qué?

—Nada... ya se me pasará.

Salimos del restaurante y el sofocante calor nos golpeó de nuevo. Emma no me soltaba mientras Eduardo y yo, con su tío entre nuestros hombros, caminamos hacia su casa con gran dificultad. Menos mal que sólo debíamos seguir cuesta abajo y que habíamos aparcado el coche muy cerca de su casa. Las calles de piedra que antes me parecían tan hermosas ahora sólo convertían nuestro descenso más complicado e inseguro ya que por desgracia, el tío de Emma no dejaba de tropezar con cualquier irregularidad con la que se topaba. Las pintorescas casas que antes deleitaban mi vista, ahora se convertían en innumerables obstáculos, como molinos de viento con los que había que luchar en una desesperada batalla que nunca ganaríamos. Mientras tanto, a pesar de mi descuidada forma física y mi evidente cansancio, sacaba fuerzas de la encantadora Emma que tanto contaba conmigo en ese momento tan difícil.

Tras una pequeña caída y unos pocos golpes en las costillas, llegamos a nuestro

destino. Emma rebuscó las llaves en los bolsillos de su tío borracho con gran impaciencia y desesperación. Su rostro, rojo y lleno de lágrimas, carecía de una mirada compasiva. Sus manos, que aún temblaban del enfado y la emoción, convertían el simple hecho de girar una llave para abrir la puerta de la casa en una complicadísima tarea. El metal arañaba la superficie de la cerradura y parte de la puerta de pino. Tuve que cogerle las llaves de la mano para conseguir entrar.

—Déjame a mí.

—Como quieras.

Las persianas estaban cerradas y apenas conseguí encontrar el interruptor de la luz. Una vieja lámpara iluminó el oscuro salón y enseguida me di cuenta de varios signos de dejadez. Platos sucios en la mesita central, ceniceros llenos de colillas, unas viejas botas llenas de barro junto a la entrada, la alfombra llena de pisotones y tras todo ese desorden, un cuadro colgaba en la pared por encima de una chimenea tapiada. En él se retrataba a una joven pareja, posando felizmente de manera señorial. Enseguida me percaté de la situación y entendí que no sólo había perdido a su hermano recientemente.

—Justo ahí está el dormitorio.

Nos dirigimos hacia el lugar que nos había indicado y sentamos al hombre en su cama; le quitamos los zapatos y lo acostamos. Cerramos la puerta y regresamos al recibidor donde Emma se secaba sus últimas lágrimas. Erguida y más despejada, borró las marcas de tristeza de su rostro y se mostró más determinada que nunca.

—Esperad aquí un minuto; cojo un par de cosas y nos vamos.

Eduardo levantó la mano como si quisiera hacer una pregunta pero ambos sabíamos que lo mejor que se podía hacer en ese momento era permanecer en silencio. Teníamos claro el propósito de nuestra visita así que debíamos confiar en nuestra compañera y tener paciencia.

Mientras esperábamos, nos dedicamos a curiosear entre los recuerdos repartidos a nuestro alrededor. Un sombrero de paja colgaba del perchero, un jarrón de porcelana sin flores pero lleno de agua vieja, una encimera repleta de payasos y ositos de cristal, faltos de orden y limpieza.

—¿Por qué han de ocurrir estas cosas?

—No me lo preguntes Vicente. Cuando tienes una profesión como la mía ves muchas cosas que nunca deberían haber pasado y al final dejas de preguntarte el porqué de las cosas; sólo te centras e intentas hacer tu trabajo lo mejor posible.

Dejamos de curiosear y nos sentamos en el sofá. Pasaron unos minutos y apareció Emma con una caja de puros en las manos.

—Ya podemos irnos.

—Nosotros...

—No hace falta que digas nada Eduardo; debemos llegar a Ginebra lo antes

posible. Un asesino anda suelto y le vamos a dar caza.

X

Atrás quedaba el pueblo medieval y los pocos almendros que lo rodeaban. A lo lejos, se veían las grandes montañas que dibujaban líneas y sombras tras las nubes. Por desgracia, las vistas no conseguían llamar mi atención como lo hubieran hecho antaño. En mi mente sólo había espacio para preguntas y tenía la sensación de que con cada minuto que pasaba me acercaba lentamente a las respuestas. Sólo el pesado remordimiento junto a la difusa imagen de Daniel, conseguían distraerme de vez en cuando. Una vez más, el nombre de Dante Alighieri rondaba por mi cabeza. Empecé a recordar el estado de las víctimas cuando las encontramos e intentaba averiguar qué clase de vínculo podrían tener con ese nombre. Me resultaba difícil entender que podían tener en común Dante y un trabajo de Aristóteles. Ambas obras pertenecen claramente a épocas distintas y están escritas en diferentes idiomas ¿por qué «Zeus» eligió hacer las inscripciones en griego? Demasiadas dudas y muy poco tiempo para aclararlas.

—En ese cartel ponía dieciséis kilómetros para llegar a Ginebra.

—¡Menos mal! Ya me he hartado de estar sentado. Sólo falta que tengamos algo de suerte y encontremos un hotel donde alojarnos.

—¿Por qué dices eso Eduardo?

—¿Te olvidas que es época de vacaciones?

—Seamos positivos... ahora mismo debemos centrarnos en el caso. Todavía no sabemos qué es lo que vamos a hacer una vez lleguemos a Ginebra.

Emma que estaba conduciendo, se giró hacia nosotros y contestó.

—Creo que debemos visitar los bancos de la ciudad uno por uno hasta encontrar aquel donde mi padre tenía su cuenta.

Eduardo y yo nos quedamos pensativos intentando dar una respuesta.

—¿Tenéis otra idea mejor?

—La verdad es que no ¿Y tú Eduardo?

—¡No por desgracia!

—¿Por qué dices eso?

—No creo que se trate de una tarea muy simple pero como dijimos, no disponemos de más ideas.

—Es mejor que esperar a que la próxima víctima aparezca. De todas formas aún disponemos de más de un día hasta el siguiente asesinato. Mejor hacer eso que no hacer nada ¿no os parece?

—Tienes razón, aunque va a ser difícil predecir quien va a ser la siguiente víctima. Ni si quiera sabemos con certeza si «Zeus» estará aquí.

—Bueno chicos... Pronto cruzaremos la frontera con Suiza. Aunque con este tráfico tardaremos un poco más de lo previsto.

Frente a nosotros se desplegaba una larga caravana de coches que a primera vista me parecía excesiva. Supongo que se trataba de algo normal en una zona como en la que nos encontrábamos. Las fronteras entre países europeos estaban abiertas y sólo en determinados momentos se realizaban controles de seguridad. No sabía si dar por hecho que al entrar a un país fuera de la Unión, el control de acceso sería diferente.

—¿Cómo cruzaremos?

—¿Cómo dices Vicente?

—Que cómo cruzaremos la frontera...

—Creo que es obvio ¡en coche!

—¿No necesitamos pasaporte o pasar por aduanas?

—¡No! Sólo se trata de controles esporádicos, como en cualquier otra frontera de la Unión Europea.

—¡Mejor así!

En el coche de enfrente, dos niños no paraban de saludarnos y de reírse. De vez en cuando su enorme perro se abalanzaba sobre ellos y les relamía interrumpiendo su inocente juego. El olor a neumático recalentado y a aceite quemado, rezumaba por todas partes. Un temerario motorista nos adelantó por nuestra derecha con su copiloto agarrado fuertemente a su cintura. El cansancio había hecho mella en mí y lo que menos deseaba era tener que soportar un riguroso control policial.

—Ring ring, ring ring...

—Suena tu teléfono Eduardo.

—Ya me doy cuenta Emma. ¿Quién será? ¡No aparece ningún número!

—¡Pues contesta!

Eduardo presionó el botón verde, se colocó el aparato en la oreja y se quedó en silencio asintiendo con la cabeza.

—Es para ti Emma...

—¿Quién es?

—Sólo me ha pedido que te pongas al teléfono.

Cogió el móvil, nos miró con cierta incertidumbre y se quedó sin habla, al igual que Eduardo, aunque ella ni siquiera asentía con la cabeza. Permaneció completamente inmóvil con la mirada clavada en el coche que estaba delante de nosotros, sin distraerle las payasadas de los dos pequeños.

—Entiendo...

Era la única palabra que pronunció antes de colgar y devolverle el teléfono a Eduardo.

—¿Qué ocurre? Te has quedado pálida.

—Tengo dos noticias; una buena y otra extraña.

—Normalmente son una buena y otra mala.

—Lo sé Vicente pero no es el caso...

—Pues empieza con la buena.

—¡En la frontera están haciendo un control y nos van a parar!

—¿Ésa es la buena?

—¡Sí! Tengo que dar una contraseña y me entregaran una caja. Luego nos dejarán pasar.

Eduardo sacó su bolígrafo y empezó a darle vueltas, se giró hacia atrás y me miró fijamente.

—Por favor, dime algo que tenga sentido Vicente.

—Yo soy quien cree en un ser que nadie ha visto y que sólo puede sentirlo a través de la fe; aunque últimamente me encuentro bastante desvinculado de mis lazos espirituales así que sinceramente pienso que estas preguntando a la persona equivocada.

—Precisamente por ese motivo te pregunto a ti.

—Sólo puedo relacionar la actual situación con tu compañero. Quizás llamaron desde tu oficina y llegaron a un acuerdo para que regresásemos antes de que todo empeorara.

Eduardo siguió dando vueltas al bolígrafo bastante preocupado hasta que Emma se dirigió a los dos.

—No pudo haber sido nadie de la oficina de Eduardo. Ellos desconocían nuestro destino, además debe tratarse de alguien que me conoce o que tiene información sobre mí.

—Explícate.

—La contraseña es 22-12-19-70.

—¿Y qué significa?

—Es la fecha de mi nacimiento 22/12/1970.

—Entonces la persona con que hablaste es un conocido tuyo...

—No me sonaba su voz y tampoco es que mantuviéramos una larga conversación. Me dictó lo que debíamos hacer y nada más.

—Entonces ésa es la noticia extraña...

—¿Entiendes ahora a lo que me refería?

Eduardo daba vueltas a su bolígrafo con más nerviosismo pero sin decir ni una palabra. Estaba analizando la situación cuando finalmente, guardó el bolígrafo en su bolsillo y estiró sus hombros hacia atrás.

—Tengo la impresión de que sólo hay un camino a seguir. Nos acercaremos al control y nos enfrentaremos a las consecuencias de nuestros actos. De esta manera, averiguaremos si la noticia es buena o mala.

—...

—No os abruméis. Lo peor que puede pasar es que se trate de una trampa.

—¿Una trampa? Con que fin...

—El fin más simple Vicente. ¡Matarnos!

—¿Cómo?

—Puede que «Zeus» sea más listo y mejor organizado de lo que creemos.

—¿Y ha montado un control?

—Sólo es una hipótesis.

—No lo sé... me parece un poco exagerado, pero no imposible.

—¿Y no tienes otra hipótesis?

—No nos olvidemos de que alguien nos dejó una nota en el hotel, lo que significa que es posible que ese alguien nos esté ayudando otra vez.

—¿Y la caja?

—¡No tengo respuestas para todo! No veis que sólo estamos divagando inútilmente.

Emma rápidamente puso el intermitente para acercarse al arcén.

—No Emma, ahora no te pares.

—¿Estás seguro Eduardo? Quizás sea mejor que nos preparemos antes de seguir.

—No hay tiempo para eso y es la única manera de salir de dudas. ¿Qué podemos hacer? No hay manera de dar la vuelta además, en el caso de que alguien esté poniendo su vida o su carrera en peligro para ayudarnos, sería muy rastrero por nuestra parte no aprovechar esa ayuda.

—Tienes razón. Quizás merezca la pena arriesgarse.

El aire acondicionado del coche no dejaba de resoplar. En el exterior, las hojas de los árboles acariciaban el ambiente con su suave contoneo. Metro tras metro, la cola se acortaba cada vez más hasta que por fin conseguimos distinguir un control de policía en el otro extremo de la carretera. El hecho de ver a hombres uniformados, despejó nuestras dudas y nos sentimos aliviados tras descartar la hipótesis de una trampa por parte de «Zeus».

Lo policías nos pararon y nos observaron por ambos lados del coche. Llevaban un cuaderno que revisaban periódicamente por si reconocían alguna de las caras que les habían indicado. Uno de los agentes se colocó delante de nosotros y nos hizo una señal para que aparcáramos en una zona cercana al quitamiedos donde había aparcados cuatro coches patrulla y una furgoneta. Por los alrededores, otros policías con las caras tapadas con pasamontañas y con fusiles automáticos vigilaban la zona. Cuando apagamos el motor del coche, todos se giraron mirando hacia nosotros casi de manera simultánea. Aún no había oscurecido y los detalles que conseguía distinguir me incomodaban y me hacían sudar. Los de las ametralladoras se colocaron en fila y un agente encapuchado se bajó de la furgoneta y se acercó al lado del conductor donde se encontraba Emma.

—Préstame tu bolígrafo, Eduardo.

—¡Claro!

Cogió el bolígrafo junto con un trozo del mapa que guardábamos en la guantera y escribió los números que le habían dicho por teléfono; bajó la ventanilla del coche y se lo entregó al agente encapuchado. Él, cogió el trozo de papel y lo miró fijamente sin abrir la boca; sólo hizo un gesto con la mano para que esperásemos y se dirigió una vez más hacia la furgoneta.

—Al parecer, sabe muy bien de que va todo esto.

—¡Esperemos que así sea porque nosotros no tenemos ni idea!

El policía encapuchado se volvió a bajar de la furgoneta pero esta vez llevaba en las manos una mochila rosa con unos muñequitos de pelos verdes colgando por los extremos. Cualquiera diría que se trataba de la mochila de una niña pequeña. Se acercó a la puerta de Emma y la abrió; entonces se agachó y nos la entregó. Perplejos y angustiados, nos quedamos con una expresión rígida para que no se notase nuestro desconcierto. Rápidamente, Emma me pasó la mochila para dejarla en el asiento de atrás y regresó a su postura inicial. El encapuchado se levantó e hizo un gesto para cerrar la puerta cuando de repente, la abrió otra vez y se volvió a agachar.

—¡Buena suerte!

No supimos que contestar cuando nos dijo esas palabras en español. Su acento extranjero distorsionó la pronunciación pero le entendimos perfectamente. Enseguida se levantó, cerró la puerta del coche y regresó corriendo a la furgoneta. Los tres policías que nos habían indicado donde estacionar, pararon el tráfico y nos ayudaron a incorporarnos a la carretera. Ya nos faltaba muy poco para llegar a Ginebra.

*

A lo lejos divisábamos la ciudad de Ginebra y por los retrovisores veíamos como el control policial se disolvía tras detener un par de coches más. Se podía decir que la milenaria ciudad estaba pegada a la frontera. En varias casas ondeaba la bandera roja con su característica cruz blanca en el centro. Aún no nos sentíamos abrumados por lo ocurrido pero Eduardo, mostrándose impaciente, se giró hacia atrás.

—¿A qué esperas? Abre la mochila Vicente.

—No, debería abrirla Emma.

Ella levantó los brazos del volante como si estuviera molesta.

—¡Déjate de tonterías y abre la mochila de una vez! Cuanto antes sepamos lo que hay dentro antes nos aclararemos.

—Vale, vale... ahora mismo la abro.

Cogí la mochila rosa y la puse entre mis piernas. Lo primero que vi, era un periódico del día de hoy, al que le faltaban varias hojas, por debajo un libro infantil para colorear, al que también le faltaban hojas, y por último una caja de seguridad

metálica de color plateado que tenía el tamaño de una caja de zapatos. En la parte del agarrador, una cerradura con una combinación de 8 dígitos mantenía su contenido a buen recaudo.

—¿Qué es lo que hay en la mochila? No creo que sea nada fuera de lo común.

—Tranquilízate Emma. Hay una caja metálica con un cierre de seguridad.

—¿Y cómo la abrimos?

—¿Me repites una vez más la fecha de tu nacimiento?

—Veintidós del doce de mil novecientos setenta.

—Voy a intentarlo.

Marqué la fecha en la cerradura y sin que me sorprendiera mucho, la caja se abrió a la primera.

—¡Ya está abierta! Veamos... los trozos sobrantes del periódico y del cuaderno de pintar... bastante dinero en francos Suizos y en Euros, un sobre y más papeles y debajo del todo tenemos...

—¿Qué es lo que has encontrado Vicente?

Cogí la caja y se la entregué a Eduardo.

—Lo que tenemos aquí amigo mío es una Beretta y su munición. De momento creo que me la voy a quedar yo.

—Me parece una buena idea pero me puedes explicar porqué nos han dado un arma; deberían saber que ya tenéis una cada uno.

—Eso es cierto pero la que tengo en mis manos no está registrada. Fíjate en el número de serie, ha sido borrado.

—¿Y qué significa?

—No lo sé, pero nos la vamos a quedar por si acaso...

Que mal me resultó ese «por si acaso».

—Me parece que ya tenemos bastante dinero. Ahora Vicente, veamos que hay en el sobre.

—Espera que lo abro. A ver, tenemos un mapa de la ciudad en el que han marcado una localidad con un círculo rojo y también hay una carta pero no está escrita en español; creo que es francés.

Nos acercamos a un parque y Emma encontró un sitio para aparcar. Dejó el coche en marcha y se giró hacia mí.

—A ver, dame esa carta. Os la leo. «Tenéis dinero y una herramienta para los imprevistos. También disponéis de una reserva en el hotel que veis señalado en el mapa a nombre de Bardy». Y ya no pone nada más...

—Como que nada más... debe haber algo más...

—¡No! Eso es todo.

Eduardo cogió la carta y la miro por ambas caras. Encendió la luz interior del coche e intentó mirar a través de la carta por si hubiera una inscripción oculta o una

marca pero no se mostró muy satisfecho.

—¿Cómo es posible que no haya nada más? Me parece increíble...

Eduardo se puso las manos a la cabeza y empezó a murmurar frases que en realidad no hacía falta que nos las explicara.

—No lo entiendo; tantas molestias para esto... es increíble... no es posible... maldita...

Emma le quitó la carta de las manos y le apretó con fuerza el brazo.

—¡Es mejor que nada! Céntrate en la parte positiva. Tenemos una reserva de hotel, tenemos más dinero a parte de los ahorros de mi tío, tenemos otra arma y lo más importante de todo, tenemos a un amigo.

Eduardo bajó las manos lentamente colocándose las sobre sus muslos y cerrando los puños.

—Es verdad; resulta mucho mejor que la posibilidad de haber caído en una trampa de «Zeus».

—Y no olvidemos que alguien se está arriesgando para apoyarnos...

—... y con influencias.

—Tenéis razón.

—Claro que la tenemos.

—No perdamos más tiempo y vayamos al hotel.

Emma miró la calle en la que nos encontrábamos y la situó en el mapa. Salió del lugar donde había aparcado y se dirigió hacia el hotel.

—El hotel se encuentra bastante cerca de aquí. Necesitamos descansar... el día ha sido demasiado largo y debemos recuperar fuerzas para impedir el próximo asesinato.

—¡Quizás deberíamos comenzar la búsqueda de inmediato!

—No Vicente; hoy no podemos hacer nada. Primero descansaremos y mañana temprano empezaremos por averiguar el banco en el que mi padre tenía esa dichosa cuenta.

Tras tomar dos curvas, seguir una recta y girar a la derecha en un semáforo, llegamos al hotel. Disponía de aparcamiento así que no tuvimos que buscar uno. Caminamos a través de columnas y vehículos y nos metimos en el ascensor dirigiéndonos directamente hacia el recibidor. Resultó ser muy amplio así que no sentí ningún tipo de ansiedad. Al abrirse la puerta, cortinas rojas de terciopelo colgaban por las paredes, cuadros de perros cazando liebres en marcos dorados y una excelente imitación de la estatua de David que se encontraba a mi izquierda, me dejaron boquiabierto. La ostentación nos rodeaba y la humildad se reducía en sencillos gestos del personal. Una camarera inclinó la cabeza al vernos y el recepcionista ya había llamado al botones mientras no dejaba de sonreír. Demasiado lujo para la ocasión o quizás la mayoría de los hoteles de esta ciudad tuvieran las mismas características.

Uno de los idiomas que más se habla aquí es el francés y la reserva se había realizado con el apellido de Emma así que fue ella quién se acercó a la recepción. Después de unos amables gestos y una breve conversación con el recepcionista, ya había regresado con nosotros mientras llevaba las llaves de nuestras habitaciones en la mano.

—Tenemos tres habitaciones, la 206, 207 y la 208.

—Has visto Eduardo, han tenido el detalle de reservar una para cada uno.

—Ya veo Vicente, lo que también significa que, sea quien sea, está bien informado sobre nosotros.

Esa conclusión me provocó un sentimiento ambiguo. De repente no sabía si sentirme muy seguro o muy vulnerable. La ayuda del desconocido resultó muy útil hasta el momento pero aún desconocíamos la identidad del misterioso benefactor. Sin lugar a dudas, nos ayudaba para alcanzar sus propios objetivos que también nos eran desconocidos. ¿Pretendía distraernos para que «Zeus» consiguiera continuar con su plan o nos utilizaba para atraparle? ¿Ayuda o distracción? Empecé a entender lo que suponía actuar igual que un títere y a meditar sobre el riesgo que conllevaba.

—Ya he avisado para que nos despierten a las seis de la mañana así que vayamos a descansar.

—Muy bien. Cuanto antes empecemos, mejor.

Dejamos atrás el recibidor y nos metimos en el ascensor. Frente a nosotros, un largo pasillo vestido con una alfombra roja. En las paredes, más cuadros de cacerías y entre ellos, algunos paisajes primaverales al puro estilo de Van Gogh. Frente a la puerta de una de las habitaciones, una bandeja de color plata descansaba en el suelo con una botella de champan vacía junto a un par de rosas marchitadas. Olía a madera aunque curiosamente, no era el material que más predominaba. Nos acercamos a nuestras habitaciones y decidí quedarme en la 206 sin ningún motivo en particular. Estábamos agotados pero ansiosos por obtener respuestas. La noche había llegado y el día de mañana resultaría decisivo, especialmente para un desafortunado desconocido.

XI

Eran poco más de las cinco de la mañana cuando abrí los ojos. A pesar del cansancio, no era capaz de seguir durmiendo sin mencionar el hecho de que el hambre empezaba a molestarme ya que durante el día anterior, no había comido casi nada. El servicio de recepción debía avisarme a las seis pero no pensaba permanecer más tiempo acostado. Me levanté, tomé una ducha bien caliente y me hice un buen afeitado. En mi maleta sólo quedaba una muda de ropa limpia pero que era de calle; mis dos sotas estaban muy sucias y necesitaban ser lavadas. Seguro que el hotel disponía de servicio de lavandería y no desaprovecharía la ocasión de utilizarlo. Me vestí con la única ropa limpia que me quedaba y me preparé para bajar a desayunar. Antes de cerrar la maleta me fijé en mi vieja Biblia que asomaba por una esquina. Me quedé un minuto mirándola, cerré la maleta y me dirigí a la zona de desayunos.

Bajé a la recepción y entregué la llave de mi habitación. Tras la recepción me percaté de un cuadro enorme con una Ginebra medieval y misteriosa que destacaba sobre los demás. Por un instante me sumergí en recuerdos de vidas pasadas e imágenes de épocas perdidas. Mi pasión por la historia emergía y junto a ella una sinfonía de pensamientos de cultura, misterio, romanticismo y añoro; me había despertado en la grandiosa Ginebra, tierra de doncellas y caballeros. Incluso durante esa época tan oscura y llena de misterios, se consideraba el banco del mundo conocido; igual que hoy. Su organización era tan extensa y meticulosa que un caballero podía dejar una cantidad de dinero al recaudo de uno de sus miembros, viajar a Jerusalén y una vez en su destino, recuperar la cantidad de dinero entregada menos una pequeña comisión. Algo inaudito para esa época y que nuestros tiempos se trata de una práctica muy habitual.

Me dirigí al comedor y justo al entrar me sorprendí viendo a mis compañeros desayunando. Los dos se quedaron mirándome y no parecían muy seguros de reconocerme. Tuve que acercarme hasta la mismísima orilla de su mesa para que por fin se dieran cuenta de quién era.

—¿Eres tú Vicente?

—Buenos días Emma, buenos días Eduardo.

—¿Qué te ha sucedido padre?

—No empecéis a pensar mal, simplemente mis sotas están sucias y la única ropa que me quedaba limpia es la que llevo puesta.

—Pues creo que te sienta de maravilla. Anda, siéntate a mi lado.

La invitación de Emma me resultó un tanto inesperada pero no la podía rechazar. Incluso sin estar maquillada me parecía una mujer muy atractiva. Quizás al desprenderme de mis hábitos me sentía de forma distinta aunque no olvidaba cual era

mi sitio. Educadamente hice un gesto de agradecimiento y me dispuse a sentarme.

—Acepto encantado.

—El pequeño teatrillo está muy bien pero centrémonos en nuestros siguientes pasos. ¿No os parece?

—Tienes razón Eduardo y puesto que tú eres el que más experiencia tiene de los tres, quizás pudieras indicarnos como proseguir...

Él se removió intranquilo en su silla ya que no esperaba esa reacción por parte de Emma y a decir verdad, yo tampoco; eso sí, sin duda alguna se trataba de una decisión acertada.

—De acuerdo. El hotel dispone de ordenadores con conexión a Internet. Averigüemos las direcciones de los bancos nacionales y los visitémoslos uno por uno.

—¿Todos?

—¿Tienes una idea mejor Emma?

—¿Y en qué orden?

—Esa sí es una buena pregunta Vicente. Dado el poco margen de tiempo que tenemos, situaremos los bancos en el mapa que nuestro misterioso amigo nos proporcionó y los visitaremos según su cercanía. Tampoco pueden ser tantos.

—Yo no estaría tan seguro.

Eduardo me miró con curiosidad y Emma se centró en acabar su desayuno. Me sentí incomodo así que aproveche la ocasión y me levanté de la mesa para acercarme al bufet libre. Mis tripas no dejaban de rugir y necesitaba estimularme con la ayuda de una buena taza de café. Escogí un bollito sonrosado, cogí un paquetito de mantequilla, dos de mermelada de fresa y regresé con mis compañeros. Nada más sentarme en la mesa, Eduardo se levantó.

—Voy a indagar en Internet. Encontraré un punto de partida en cuanto hayáis acabado vuestros cafés.

—No tardaremos mucho.

Emma tomó un sorbo y mordisqueó el mini cruasán que había en su plato.

—¿Cómo te sientes?

—No me puedo quejar aunque he estado mejor.

—Quiero decir que como te ves sin tu ropa de cura.

—¡Aaaa! Te refieres a eso. Pues... no sé qué decir... sigo siendo yo aunque normalmente suelo atraer más la atención.

—¿Te has enamorado alguna vez?

Ésa era una pregunta que no me esperaba en absoluto y no pude evitar atragantarme.

—¿A qué viene eso?

—Siempre he pensado que la mayoría de las personas que se convierten en curas, es que huyen de algo o que han experimentado un desengaño amoroso.

—Sí y no...

—¿Mmm?

—Sí me he enamorado, aunque hace ya tiempo de eso y no, no fue un desengaño.

—¿Te incomodan mis preguntas?

—Lo cierto es que sí pero no te preocupes.

Emma se quedó pensativa y al instante apareció con una expresión triste en su rostro.

—Si ya te he dicho que no tenías de que preocuparte.

—No es eso Vicente; de repente recordé a mi padre y yo aquí, hablando de cosas sin sentido.

—Eso es normal.

—¡En mí, no!

—Si existe una verdad universal en las personas, es que somos inherentes a nuestra naturaleza.

—¿Y cuál es?

—Somos humanos Emma y como tal erramos, nos evadimos de nuestros problemas e intentamos ser felices.

La expresión de Emma no cambió mucho. No siempre se consigue consolar a las personas y mucho menos a las que conocemos relativamente poco.

—Vayamos a ver lo que ha averiguado Eduardo y dejemos esta conversación para otro momento ¿Te parece?

—Buena idea Vicente. Espera que me tome un sorbo más y nos vamos.

Caminamos directos a donde estaban los ordenadores. Nuestro compañero no parecía muy contento sino más bien frustrado. Tecleaba sin parar, mordisqueaba su labio inferior con nerviosismo y no dejaba de murmurar.

—¿Qué tenemos?

—Pues nada más y nada menos que trescientos ochenta bancos. ¡Trescientos ochenta! ¡¿Os lo podéis creer?!

—¡¿No estarán todos en Ginebra?!

—Claro que no, pero no existen detalles; sólo menciona cifras, aparecen nombres de bancos y poco más.

Emma cogió el mapa y se dirigió a la recepción.

—Esperad aquí, enseguida vuelvo.

Eduardo y yo seguimos indagando en el ordenador intentando depurar un poco más la información. Pasaron unos minutos cuando Emma regresó y nos colocó el mapa delante de nosotros.

—El recepcionista me ha marcado algunos de los bancos que se encuentran cerca del hotel. Si os parece bien, empezaremos por éstos de aquí...

Apuntó con el índice y marcó un círculo alrededor de la zona seleccionada.

—Pues no perdamos más tiempo que los bancos estarán a punto de abrir. Mientras nos dirigíamos hacia la salida, Emma se detuvo repentinamente.

—Necesito subir a la habitación un momento, no tardaré.

—De acuerdo.

—¡Eduardo! ¿No crees que tú también deberías ir a tu habitación?

—¿Por qué?

No conseguía comprender el motivo de ese secretismo.

—¿Qué ocurre?

Emma con su mano derecha empezó a palpar suavemente el lado derecho de su cintura y después el lado izquierdo por debajo de su brazo. Entonces, Eduardo con cara de sorpresa, asintió con la cabeza y ambos se subieron a sus respectivas habitaciones. Tardé un poco en entenderlo y al final me di cuenta que debían dejar sus armas ya que en los bancos solía haber detectores de metales. Mientras los dos se acercaban al ascensor les dije en voz alta.

—¡Yo os espero fuera!

No quería perder la oportunidad de contemplar la hermosa ciudad de Ginebra. Era la primera vez que la visitaba pero había leído mucho sobre ella. A lo lejos distinguía la magnífica catedral de San Pedro con su majestuoso tejado verde rodeada por sus torres Románicas. Un deleite para la vista. Los caballeros templarios dejaron su huella en esta ciudad en todos los aspectos. La bandera roja adornada con la cruz blanca ondeaba por doquier. Aquí, se invertía el veinte por ciento de la recaudación tributaria en arte y cultura; sin duda una cifra extraordinaria dados los tiempos que corren. Los ciudadanos gozaban de un modo de vida envidiado en todo el mundo y se reflejaba en los precios de sus tiendas.

Me asomé fuera y me di cuenta que estábamos situados muy cerca del lago de Ginebra. Desde la puerta del hotel era capaz de apreciarlo. Decidí acercarme para obtener una vista un poco más panorámica. Justo enfrente, unos muelles cuidadosamente ordenados, acogían a unos espectaculares veleros. Al fondo, cerca de la otra orilla del río, se encontraba la famosa fuente de la ciudad que consistía en un motor instalado en el interior del lago que impulsaba una ingente cantidad de agua con tanta presión que sobrepasaba mucho la altura de los edificios que lindaban con la orilla. La catedral de San Pedro coronaba la colina y los escasos rayos de sol, de vez en cuando traspasaban el agua de la fuente que lloviznaba, creando un magnífico espectáculo de colores espectrales. Por desgracia, el tiempo no favorecía a las vistas. Las nubes oscuras, arrojaban una sombra gris sobre los tejados de los edificios que en ocasiones se disipaban dejando tras ellas, una estela de sombría tristeza; aunque realmente, eso no importaba. En mi opinión, la ciudad entera se manifestaba de manera pacífica y divina como si supiera que pronto sería mancillada por un acto vandálico y cruel.

—¡Vicente!

—¡Estoy aquí!

—Pues vamos que debemos ir a una calle cerca de aquí donde hemos localizado varios bancos.

—De acuerdo. Ya voy.

Regresé a la puerta del hotel y nos dirigimos hacia el interior de la ciudad, alejándonos del precioso lago. La calle de los bancos se encontraba a tan sólo unos pocos metros de donde estábamos, lo que no significaba que resultaría fácil encontrar el que buscábamos.

—¿Cómo empezamos?

—Pues... por el primero...

—Claro Emma... como no... quizás sea simple pero eficaz.

Entramos en el primer banco, situado en la otra orilla de la carretera. Emma actuaría como portavoz ya que ella dominaba más idiomas que nosotros y eso nos facilitaría la labor. Sacó el resguardo del banco que encontramos en la casa de su padre y se acercó a una mesa donde atendían a los clientes.

—Tenemos que hacer cola.

—Eso era de esperar ¿No?

—Sí, pero no tenemos mucho tiempo que perder...

Con cierto descaro, se acercó al banquero, saltándose las tres personas que esperaban a ser atendidas y enseguida mostró su placa de policía al empleado. Captó de inmediato su atención y él, le invitó a sentarse. Nosotros nos quedamos de pie detrás de ella sin entender nada de lo que decían... sólo quedaba esperar a ver qué clase de información conseguiría nuestra compañera.

El banco, enorme, lujoso y adornado con todo tipo de detalles impersonales, impresionaba al instante. Los suelos, cubiertos por un mármol blanco con líneas azules que rasgaban su superficie de forma natural, brillaban pulcros ante el reflejo de las luces. Las columnas y las paredes, también recubiertas por el mismo tipo de mármol, perfeccionaban el entorno general mientras las mesas, de un color madera roble y de puro estilo Victoriano, contrastaban armónicamente; sin duda demasiado pomposo para mi gusto... eso sí, hasta el más mínimo detalle resultaba importante. Los bolígrafos de calidad y con su cadenita de color oro colgando por su extremo, las lámparas del techo soberbias, reflejaban la majestuosidad del lugar como si de una mansión se tratase. Todo limpio e impoluto, hasta daba vergüenza tirar basura en las papeleras. Sin duda alguna nos encontrábamos en la ciudad de los bancos.

Emma se levantó y con un gesto de cabeza nos indicó el camino hacia la salida. No parecía muy satisfecha y aunque sabíamos que estábamos buscando una aguja en un pajar, el sentimiento de decepción no dejaba de perseguirnos.

—Acabamos de empezar y ya me he desanimado.

—¿Qué te ha dicho?

—Que el trozo del extracto bancario que le he mostrado, es muy similar al formato que utilizan los bancos de esta zona. Faltan muchos detalles en él y no era capaz de ayudarnos. También revisó su base de datos por si mi padre tenía una cuenta abierta pero tampoco hubo suerte.

No teníamos muchas opciones, o seguíamos con el plan o nos quedábamos con los brazos cruzados y yo no estaba dispuesto de abandonar al primer intento.

—Creo que debemos contemplar otras posibilidades.

—¿A qué te refieres Vicente?

—Pues que tenemos que hacer más preguntas.

—¿Pero qué clase de preguntas?

—Pues cualquier cosa, aunque estemos dando palos de ciego. De esa manera quizás demos con una respuesta.

—Estoy dispuesta a preguntar todo lo que quieras; pero necesito saber el qué...

—Vamos al siguiente banco y mientras ya pensaré en algo.

—De acuerdo.

El siguiente banco se encontraba a tan sólo unos pocos metros del anterior al igual que el siguiente y el siguiente. Sólo disponía de un tiempo limitado para pensar en preguntas que nos pudieran ofrecer más pistas.

—Entrar vosotros, yo esperaré aquí fuera e intentaré no distraerme.

—¡Uffff! ¡Espero que tengamos más suerte!

Empecé a recordar las anteriores víctimas y a pensar en la relación que podría existir entre ellas. A primera vista no tenían nada en común. Vivían en países diferentes y no existía ninguna similitud en sus trabajos; seguramente nunca se conocieron. ¿Por qué «Zeus» había escogido a estas personas? Llegamos a la conclusión que no se trataba de actuaciones aisladas sino de acciones maquinadas y perpetradas por un sólo individuo; parecía algo más complejo y bastante elaborado. Claro está, que si se sólo trataba de una maniobra de distracción para llegar a algún extraño propósito, no existiría ningún nexo entre ellos. Por otro lado si se trataba de algo meticulosamente planificado, ese nexo seguro que existía y sólo era cuestión de tiempo encontrarlo para averiguar cuál sería el siguiente eslabón.

—¡Ahhh, ya estáis aquí! ¿Habéis conseguido algo?

—No... dirijámonos al siguiente.

—Yo os esperaré fuera...

Me resultaba muy extraño pensar en la actual situación. Se suponía que «Zeus» provenía de Siria, aunque tampoco podíamos confirmarlo. Si se trataba de un ataque terrorista sin duda utilizarían métodos más llamativos como una bomba o un tiroteo en plena calle. No existe interés mediático, no hay reivindicaciones ni cartas de venganza; simplemente no había nada. ¿Cuál será el verdadero propósito de estos

crímenes?

—Vamos Vicente, aquí tampoco han podido ayudarnos. Lo único que ha conseguido Emma es la tarjeta del hombre que nos atendió y seguramente porque le pareció atractiva.

—¿Crees que es un buen momento para bromear Eduardo?

—Perdóname Emma, no pretendía...

—No perdamos más tiempo.

Mis compañeros entraron en el siguiente banco mientras yo permanecía en la encrucijada de mis pensamientos.

¿Por qué? ¿Cuál era la razón que impulsa a «Zeus» a matar? ¿Fanatismo? ¿Represión? ¿Venganza? El término «Venganza» resulta ser muy amplio y aunque no me conduzca a una respuesta concreta, seguro que se encuentra entre los motivos. ¿Qué puede tener un sirio en contra de España, Portugal, Francia y Suiza? ¿Qué puede tener en contra de la comunidad europea? Su historia no es tan extensa como para que existan rencores políticos del pasado así que debe estar relacionado con acontecimientos recientes que ha obligado a «Zeus» a actuar de esta manera, pero ahora mismo no se me ocurre nada.

—El siguiente banco se encuentra dos calles más adelante.

—Sigamos pues.

—¿Todo bien Vicente?

—Sí... claro... no os preocupéis por mí.

¿Cuál podría ser el papel de Suiza en toda esta dramaturgia? ¡No pertenecía a la comunidad europea!

—Vicente, fíjate en esa entrada. Es de estilo Románico. ¿No te gustaban estas cosas?

Con cierta picardía, Emma me propinó un suave codazo en las costillas.

—¿Te parece un buen momento para hacer turismo?

Eduardo se paró en seco y le clavó la mirada poniéndose muy serio.

—No creo que...

—Deteneos los dos... no es momento para discutir...

Seguí mirando el arco Románico con esmero y una vez más empecé a pensar sin parar. En el siguiente banco ni siquiera me preguntaron si quería entrar. Simplemente entraron y me dejaron esperando fuera. Me habían excluido, perdido en mi laberinto mental.

El primer e inconsciente intento de crear la unidad europea lo hicieron los romanos, aunque también dominaron zonas de oriente próximo y entre ellas Siria. Sería una locura que un acto de venganza pudiera remontarse a tantos años atrás. ¿O si sería posible?

De repente, el nombre de Dante Alighieri surgió y sin querer los murmuré en voz

alta. ¡Claro! La divina comedia podría interpretarse como una guía y aclarar la razón de la venganza. Es más, podríamos tratarlo como un manual que nos indica los pasos a seguir... ¡No! Eso no es posible... Puede que aclare el «como» aplicar la venganza...

En un instante la sangre se me congeló y la situación había cobrado significado. Ninguna prueba física y ningún hecho factible respaldarían mi teoría pero era la única que hasta el momento tenía cierto sentido.

—¿Qué ocurre Vicente?

Eduardo ya había salido del banco y al verme desconcertado, me cogió del hombro. Con un movimiento brusco le quité la mano y seguí caminando hasta que me encontré en medio de la carretera entorpeciendo el tráfico.

—¿Qué estás haciendo?

Ignorando los gritos de Emma, empecé a mirar los edificios de mí alrededor y me sentía como si estuviera dando vueltas. Ni los pitidos de los coches me molestaban ni el hecho parecer un loco. Sólo me preocupaba descubrir la última pieza del puzle que rondaba por en mi cabeza. Los edificios eran hermosos, los coches de gran calidad y valor, la gente bien vestida. Nos encontrábamos en la ciudad de los bancos, del dinero, la cultura, el espectáculo y la gastronomía. Sin darnos cuenta, habíamos llegado al centro de Europa pero fuera de ella, caminábamos entre lujos y excesos, habíamos llegado al corazón del todo y de la nada... un pecado capital.

De repente, una mano firme me agarro del brazo y con mucha fuerza, me arrastró de vuelta a la orilla de la carretera. Aún no me lo podía creer.

—¿Has perdido la cabeza? No tenemos tiempo para cometer locuras.

Eduardo enfurecido, me sacudía con sus dos manos igual que a un niño pequeño.

—No entiendo porqué sonrías.

—La «gula» Eduardo.

—¡¿Qué?! ¡Por poco te atropellan!

—¡Sí! La gula...

—Sigo sin entenderte.

—Busquemos un sitio para descansar y os lo explicaré.

*

Caminamos unos metros más y nos sentamos en una pequeña cafetería que casualmente se encontraba cerca de nosotros. Ni yo sabía muy bien cómo explicar mi razonamiento pero debía intentarlo. Hasta el momento, sólo dábamos palos de ciego y mi teoría quizás nos esclareciera un poco el asunto.

—¿Recordáis las veces que el nombre de Dante surgió?

—¡Sí! Pero hasta el momento desconocemos por qué.

—Creo que se trata de una forma de aplicar la venganza.

—¿Cómo dices?

—Imagínatelo como un siniestro manual.

—Por favor ¿puedes explicarte mejor?

—Dante se pierde en un denso bosque y casualmente se encuentra con el poeta romano Virgilio. Él, decide acompañarle hasta una entrada secreta que conduce al infierno. Allí, existen siete niveles de torturas que corresponden a los siete pecados capitales. Conforme más descendían, más grave era el pecado y en consecuencia más severo su castigo. Una vez acabado el descenso, atraviesan la llanura del purgatorio que es donde se redimen los pecados y renace la esperanza. Finalmente, quedan los nueve escalones del cielo que según la forma que hayas vivido ocupas en él, el lugar que más te corresponde. Se trata de una forma poética de ordenar el caos, creando un sistema o mejor dicho, un manual de la buena conducta. En pocas palabras, se ordena el bien y el mal.

—Entonces definitivamente damos por hecho que no son asesinatos aleatorios, sino que cada uno forma parte de un plan. ¡Hablamos de un elaborado castigo!

—En efecto Eduardo... De momento sólo tengo una teoría sobre la actual situación.

—Pues oigámosla.

—Bien; si no me equivoco, las víctimas ya disponen de un elemento común. Todas describen o mejor dicho, representan uno de los siete pecados capitales. Partamos con la base de que no existe una víctima anterior a la de Murcia.

—En cierto modo, se aclararía la situación. La piedra tenía grabado el número siete y si juntamos las demás, se resumirían en una cuenta atrás.

—Efectivamente Emma. También, tal y como ya comenté, las piedras negras simbolizan desaprobación o negación hacia un hecho que actualmente desconocemos. Por otro lado, lo que sí sabemos con mucha seguridad, es el fuerte vínculo histórico que une a Siria con Europa.

—¿A qué te refieres?

—Mira Emma, si vinculamos la procedencia geográfica de «Zeus» con el espacio donde actúa, quizás seamos capaces de descubrir que es lo que le condujo a cometer los crímenes. En nuestro caso, estoy convencido que se trata de una venganza con trasfondo histórico ya que el actual territorio de Siria, fue conquistado por Alejandro Magno de Grecia y posteriormente por los romanos.

—Pero eso es estar cabreado durante mucho tiempo ¿no? ¿De verdad crees que puede existir un odio que dure más de dos mil años?

—Pues sí Eduardo; La memoria histórica de cada país e incluso de cada zona, influye directamente en el desarrollo de las nuevas generaciones. Sin ir más lejos, en

España tenemos el nacionalismo Vasco.

—Pero los que reivindican la independencia Vasca no deben de tener más de cincuenta años de historia.

—Puede que nosotros conozcamos su brazo violento desde la época de Franco, pero si te fijas bien en como manifiestan sus posturas políticas, te darás cuenta en que intentan ubicar existencia casi en la época de los fenicios. Declaran, y con razones, que su región nunca fue colonizada por ninguna otra nación. Incluso durante la romanización de la península Ibérica, ellos mantuvieron sus costumbres y su idioma. No excuso sus actuaciones ni comparto su opinión pero no significa que no utilicen ese razonamiento para alcanzar sus objetivos. Como veis, no se trata del motivo real de la disputa sino de la manera de justificarse.

Emma y Eduardo permanecían callados y parecían entender muy bien a lo que me estaba refiriendo. Está claro que no se puede comprender un comportamiento que para la mayoría de las personas se considera absurdo.

—Entonces Vicente, crees que alguien se está vengando por lo que una inexistente Unión Europea, les hizo hace dos mil años...

—¡No! Lo que digo es que el trasfondo de su odio proviene desde esa época. El desencadenante de la actual situación puede ser un acuerdo económico o político que surgió hace unos pocos años y que a la larga les causó graves perjuicios. Podría tratarse de algo tan simple como el no apoyar un trasvase de un río desde un país vecino como Turquía y que por culpa de los europeos, no se haya concluido dicho acuerdo lo que habrá supuesto que familias enteras tuvieron que mudarse de sus casas por no poder regar sus cosechas y que ahora viven en la miseria.

—Pero no sabemos si eso ocurrió.

—Por supuesto que no Emma; sólo son conjeturas. El motivo del desencadenante podría ser cualquier otra cosa de similar índole. No ofrecer asilo, no mandar alimentos, maniobras del ejército, cualquier excusa sirve como desencadenante.

—De acuerdo; supongamos que tienes razón y acabamos de averiguar las motivaciones de «Zeus». También demos por hecho que no se trata de un sólo individuo sino de una organización. Sólo falta que nos expliques cual es exactamente la conexión que existe entre las víctimas.

—Lujuria, gula, avaricia, pereza, ira, envidia y soberbia. Son los siete pecados capitales expuestos por San Gregorio Magno en Roma en el siglo sexto y posteriormente, en el siglo catorce, popularizados por Dante Alighieri. Sabemos que ha purgado tres de ellos, lo que nos indica que aún quedan cuatro.

—¿Y cuáles crees que son los pecados que cometieron las víctimas?

—No se trata de los pecados que cometieron, sino del pecado que representan.

—¿Entonces qué pecado representan?

—Al principio pensé en ello pero no conseguía centrarme y de repente empecé a

fijarme en mí alrededor. Puede que no sepa el pecado que representan las anteriores víctimas pero sí creo saber el que representa la siguiente.

—La gula...

—En efecto Eduardo.

—Por eso no parabas de repetir esa palabra.

—Ahora debemos seguir con nuestra búsqueda y además, preguntar por un banquero que sea excepcionalmente obeso. Si mis conclusiones son correctas quizás podamos salvar a la siguiente víctima.

Terminamos los cafés que habíamos pedido junto con unos bollos de crema. Emma dejó treinta francos suizos sobre la mesa y seguidamente se levanto con más ánimo del que se había sentado antes.

—Vamos chicos, no hay tiempo que perder.

*

Como era de esperar, el siguiente banco se encontraba a la vuelta de la esquina. No sabía si debíamos comenzar de nuevo o si debíamos seguir por donde lo habíamos dejado aunque en realidad no era muy relevante. Desgraciadamente era el azar quien finalmente nos guiaría hacia la siguiente pista.

Llegamos al Sydbank y esta vez no me quedé fuera esperando. Quería observar la reacción del personal al formular preguntas más indiscretas. Si estaba en lo cierto, tarde o temprano daríamos con el siguiente objetivo de «Zeus» y quizás conseguiríamos advertirle sobre el peligro que le acechaba. Sólo faltaba que diéramos con la gente apropiada y que la suerte estuviera de nuestro lado.

El lujoso interior del banco, no dejaba hueco a la imaginación. No tenía nada que envidiar al primero que visitamos y seguramente a ningún otro de los que no llegué a entrar. Resultaba inútil prestar atención a una conversación de la que no sería capaz de entender nada así que mientras Emma se acercaba de nuevo a una mesa donde formularía sus preguntas, yo me evadí observando todo ese lujo que me indujo a la suposición de que la gula era el pecado que más probabilidades tenía de ser representado en esta ciudad. Mientras me deleitaba con el entorno, Eduardo se acercó disimuladamente a Emma y le habló en voz baja.

—Procura mencionar el tema de la obesidad cuando te refieras a sus colegas, con mucha diplomacia. Tengo la impresión que la gente de aquí es bastante reservada y no creo que se sientan cómodos haciendo críticas refiriéndose a la apariencia de sus colegas.

El banquero, de barbilla cuadrada y ojos saltones, arqueó las cejas y dejó de ojear unos papeles que tenía en su mesa. La conversación entre mis dos compañeros, atrajo

su atención y tras colocar su mano en la cara no apartó su mirada de ellos.

—No te preocupes Eduardo; haré las mismas preguntas de antes y sólo al final preguntaré por si conocen a un colega, de este o de otro banco, con problema de sobrepeso.

—Tú sólo aborda el tema con delicadeza...

—¿No te parece bien?

—Por supuesto. Yo sólo... Adelante...

Eduardo se echó atrás alejándose de Emma. Ella, sacó su placa y se acercó al banquero pero antes de que ella pudiera formular sus preguntas...

—Siéntense por favor.

El banquero, hablando en español con mucha claridad y casi sin ningún tipo de acento, nos invitó a sentarnos. Yo, que me había quedado atrás, me acerqué rápidamente y tomé asiento.

—Creo que vienen para realizar preguntas indiscretas y de poca educación.

—Me temo que tiene usted razón. Pertenezco a la policía francesa y mis dos colegas vienen de España. Estamos realizando una investigación que nos ha traído hasta aquí.

—¿Hasta mi mesa? Señora...

—Señorita Bardy, Emma Bardy... Bueno, más bien inspectora.

—Por supuesto... inspectora, pero no consigo ver a ningún representante de la policía suiza y no creo que tengan autoridad para hacer preguntas o al menos, de exigir respuestas.

Emma se levantó y puso sus puños cerrados sobre la mesa apoyándose con fuerza, dispuesta a intimidar al banquero para conseguir la información que necesitábamos pero en ese preciso momento, el banquero se reclinó un poco hacia atrás en su sillón y con un gesto de su mano, indicó a Emma que se sentara.

—Eso no será necesario señorita; o mejor aún... inspectora... conozco muy bien mis derechos pero mi intención es la de ayudaros. Por favor siéntase y háganme sus preguntas pero les agradecería que no pusieran mi nombre en ningún tipo de informe; consideremos nuestra conversación como... extraoficial ¿le parece bien?

Emma se sentó agradeciendo el gesto de buena voluntad del banquero. Sin más preámbulos, cogió el cartelito con su nombre que estaba encima de la mesa y lo metió lentamente en uno de sus cajones.

—Muchas gracias por su colaboración.

—Inspectora no se ande por las ramas; no quiero llamar la atención de mis colegas y como solemos decir en Suiza, el tiempo es oro.

—En tal caso, ¿podría decirme de que banco procede este extracto bancario?

—En esta hoja faltan datos relevantes y tiene un formato estándar. Podría ser de este mismo banco pero no puedo saberlo con seguridad.

—¿Me puede decir si mi padre tuvo alguna cuenta aquí?

—¿Tuvo? ¿Su padre se cambia de banco con frecuencia?

—¡Mi padre está muerto!

El banquero se sintió bastante incomodo y se removió en su sillón. Su cara se transformó y la palidez de sus mejillas, borraron su condescendiente sonrisa.

—Lo lamento inspectora; por favor indíqueme el modo de ayudarla.

—¡Ya lo está haciendo! Sólo conteste a las preguntas... por favor.

La situación se tornó bastante tensa y a lo mejor, resultase favorable para nosotros.

—¿La víctima fue su padre?

—¡Una de ellas! ¡Sí!

—Les ayudare en todo lo que pueda.

—Entonces, ¿puede decirnos si mi padre tenía aquí una cuenta?

—Lo averiguaré; dadme un minuto.

Emma agachó la cabeza durante unos segundos. Conmocionada e intentando ocultar sus sentimientos, mantenía una postura erguida mientras el banquero, no dejaba de teclear en su ordenador.

—No consigo encontrar ninguna cuenta con el apellido Bardy en nuestro banco. Intentaré acceder en una base de datos más amplia por si existe otro tipo de información.

—¿Qué clase de información?

—Una cuenta antigua cancelada, un movimiento de cuenta, una transferencia, pero me temo que no puedo hacer mucho más.

—Inténtelo, se le ruego.

El banquero empezó a teclear una vez más en su ordenador sin dejar de fruncir el ceño. Aprovechando la ocasión, Eduardo se inclino sobre Emma y le susurró en el oído.

—Pregúntale sobre algún colega con sobrepeso.

—A eso voy...

—No os preocupéis tanto por tratar de preguntar por un banquero gordo. Conozco a varios... pero no sé exactamente como ayudaros.

Al darme cuenta de su preocupación, me acerque a la mesa y le hable en voz muy baja.

—Debe tratarse de una persona excepcionalmente obesa. No simplemente de tener barriga o tener unos pocos michelines sino algo más... destacable...

—¿Y usted es?

Emma también se acercó a la mesa...

—Se llama Vicente, por favor conteste a sus preguntas de la misma manera que lo haría conmigo.

—A primera vista no parece ser policía; pero... no importa. En contestación a su pregunta, señor Vicente, la lista de colegas conocidos se reduce a cero.

—¿Cero?

—¡Sí! Aunque no lo parezca, la ciudad es lo suficientemente grande para que no nos conozcamos entre todos. Por supuesto he de añadir que respetamos muchísimo la intimidad de los demás; No pretendo ser grosero pero... bienvenido a Suiza.

—Entiendo ¿Y no conoce a alguien que pueda ayudarnos?

—¡Me temo que no!

Me recline hacia atrás en el sillón entrelazando los dedos de mis manos para disimular mi decepción. Empecé a dudar de mis anteriores conclusiones y de la posibilidad de concluir la búsqueda a tiempo. La hora de cierre del servicio al público se acercaba y el resto del día lo pasaríamos deambulando por las calles de Ginebra. Mis dos compañeros se levantaron pero yo aún no me había hecho a la idea de haber fracasado.

—Muchas gracias por su ayuda señor.

—De nada señorita; ha sido un placer, lamento no haber podido serles de más ayuda.

—¿Vamos Vicente? Ya hemos acabado.

—¿Eeee? Por supuesto... yo sólo...

—Lo sé pero no es momento para lamentarse.

—Claro... No es momento.

Resultaba muy difícil ignorar la sensación de amargura que teníamos mientras dejábamos atrás el banco pero no debíamos abandonar.

—Déjame tu móvil Eduardo.

—¿Para qué lo quieres?

—¡Tú sólo dámelo! Y tú Emma...

—¿Sí?

—¿Todavía tienes la tarjeta del primer banco que visitamos?

—Creo que sí.

—¿Crees que sí o la tienes?

—La metí en mi bolsillo.

—Pues toma el teléfono de Eduardo y llámale. Ese hombre parecía más extrovertido y es posible de que pueda ayudarnos. Los bancos están cerrando así que démonos prisa.

—De acuerdo; le llamaré de inmediato.

Emma cogió la tarjeta en su bolsillo junto al teléfono y empezó a caminar cuesta abajo mientras marcaba el número del primer banquero. No íbamos a entender nada de la conversación así que no nos acercamos y simplemente nos limitamos a seguirla.

Sin darnos cuenta nos encontrábamos delante del lago Lemán. Eran las cuatro y media y nuestra última oportunidad de aprovechar el día estaba al otro lado de esa línea telefónica.

La calma veraniega reposaba sobre el lago y los escasos rayos de sol, no dejaban de iluminar la hermosa ciudad de Ginebra. El ruido del intenso tráfico conseguía distraerme, recordándome que caminábamos por una ciudad repleta de vida completamente ajena al desafortunado porvenir de uno de sus habitantes. Sin lugar a dudas, las personas viven y mueren todos los días pero nunca la vida de una de ellas dependía tanto de mis acciones.

—¡Tenemos suerte!

Al oír la voz de Emma, corrimos hacia ella.

—Acabo de colgar y ¿sabéis qué?, conoce a un colega suyo extremadamente gordo.

—¿Tanto como para considerarse un pecado?

—No hemos entrado en demasiados detalles pero sí, me dijo que era muy gordo. Precisamente esta semana se fue de vacaciones y no sabía a dónde se había ido. Se llama Philippe Maire y vive en el tercer piso del número siete frente a la plaza de Bourg de Four.

—¿Estará lejos de aquí?

—No lo sé; tenemos un mapa en el coche. Vayamos a por él.

No tardamos en regresar al hotel y bajamos directamente al garaje.

—He encontrado el mapa; veamos. Ahora mismo estamos aquí...

Eduardo señaló la plaza que buscábamos en el mapa.

—Aquí debe de vivir la siguiente víctima. Parece que nos espera una larga caminata. Quizás sea mejor ir en coche.

—¡De acuerdo! Subid que nos vamos.

XI

No había mucho tráfico y tardamos unos veinticinco minutos en llegar a nuestro destino. Aunque la posible víctima se había ido de vacaciones, no significaba que no las pasase en su casa.

—Por cierto Emma ¿te mencionó en qué banco trabaja?

—¡Sí! En el Banco Independiente de Suiza.

—Esperemos que esté en su casa.

—¡Qué Dios te oiga Eduardo, que Dios te oiga!

Aparcar por la zona no parecía tarea fácil. Los pequeños comercios se fundían con las residencias y la cultura del «coche» resultaba muy distinta a la que estábamos acostumbrados. La gente que caminaba sola, se distraía hablando por el móvil y miraban de reojo los escaparates mientras los que andaban acompañados, charlaban despreocupados sin fijarse mucho en su alrededor. Pasados unos minutos, los timbres de las bicicletas se convertían en un sonido habitual. Un anciano paseando a su perro, un camarero sirviendo una mesa, un hombre trajeado se encendía un cigarrillo en la orilla de la acera. El olor a pan que se escapaba de una pequeña tienda a nuestra izquierda, estimuló mi apetito. Finalmente, tras dar varios rodeos, aparcamos a una manzana del lugar al que queríamos ir.

—No nos demoremos mucho chicos. Y no os olvidéis de coger el mapa.

—Ya lo tenemos.

Enseguida llegamos frente a la casa de la supuesta siguiente víctima pero la sospecha poco a poco se convertía en duda y la duda en negación. Conforme nos acercábamos al portal, la sensación de la probabilidad de fracasar se hacía cada vez más intensa. No queríamos descubrir que todos nuestros esfuerzos habían sido en vano.

Fue una gran sorpresa ver que no se trataba de un barrio muy lujoso; era más bien de tonos humildes con una distinguida fusión del pasado con el presente, sin mostrar ningún indicio de querer acercarse al futuro cercano. Las farolas metálicas, colocadas sobre soportes de flecha con espirales acaracoladas, otorgaban un toque de romanticismo al pequeño parque. Los edificios, considerablemente conservados aunque marcados por los años, desvelaban los secretos de la auténtica Ginebra. Lo cierto es que yo nunca esperaba que un banquero viviera aquí aunque por otro lado, no veía nada malo en ello.

—¿Qué número dijiste que era, Emma?

—El número siete.

—¡Vicente, Emma! Venid aquí, he encontrado el edificio.

—Es en el tercer piso.

—¿Pero qué puerta?

—Debe de tratarse de todo el tercer piso. En el buzón sólo hay un botón. Probemos suerte.

Eduardo presionó el botón del timbre y esperamos una respuesta. Nadie contestaba así que probó una vez más.

—No me puedo creer que tengamos tan mala suerte.

—Tranquilízate Emma, volveré a intentarlo.

Eduardo tocó el timbre por tercera vez pero con más ímpetu. No sabía si debía sentir alivio o decepción. Si me estaba equivocando, el hombre que vivía en el tercer piso, regresaría a su casa tras unas agradables vacaciones y seguiría con su rutina sin que nada de esto le afectara; así que bien por él. Por otro lado, la víctima sería otra persona con lo cual las posibilidades de salvarla se reducían a un porcentaje muy, pero que muy pequeño.

—No me daré por vencido... Seguiré hasta que alguien conteste, aunque sea uno de los vecinos.

Eduardo colocó su dedo en el timbre, sin parecer tener la menor intención de soltarlo hasta que no obtuviera una respuesta. En la plaza había un pequeño bar y como era de esperar, nuestro comportamiento llamó la atención de uno de los camareros que sin vacilaciones se nos acercó. De manera desagradable y un poco amenazadora, me habló a mí pero no entendía nada de lo que me decía. Menos mal que Emma, echó la mano a su bolsillo, le enseñó su placa e inmediatamente se tranquilizó.

Al principio el camarero parecía bastante molesto y sospechaba de nuestras intenciones pero conforme hablaba con Emma se le notaba más... colaborador. Finalmente nos dio la mano a todos y regresó al bar donde trabajaba.

—Menos mal que te tenemos, sino sería imposible comunicarnos.

—No es para tanto Vicente.

—Desde luego que lo es... ¿y qué te ha dicho?

—Que el señor Philippe es un buen cliente suyo y que volverá de sus vacaciones, mañana al medio día.

—¿Eso es todo?

—De todo lo que me dijo, es lo único que nos interesa saber. El resto era sobre su pequeña comunidad, que aquí todos se conocen e intentan ayudarse entre ellos y que era de esperar que nuestra actuación le resultara inapropiada.

—¿Dijo inapropiada?

—Eso mismo.

—Pues la primera información tendrá que bastarnos; ¿tú qué piensas Vicente?

—Aún puede tratarse de nuestro hombre. Tendremos que volver mañana.

—De acuerdo. Mañana a primera hora nos acercaremos al Banco Independiente

de Suiza para comprobar si es el banco donde mi padre tiene la cuenta y después volveremos aquí a ver lo que averiguamos.

—¡Y salvaremos a Philippe!

—Es posible... De momento ¿por qué no vamos al bar donde trabaja el amable camarero para comer un aperitivo y de paso conseguimos más información?

—De acuerdo Emma. Lo cierto es que me apetece comer algo. ¿Y tú Vicente?

—Sí claro... también hay que comer.

Nos sentamos en una de las mesas frente al bar, situada en pleno centro del parque. Era un lugar pintoresco y el olor de la comida procedente de la cocina resultaba muy apetitoso. El camarero se acercó a Emma con mucha amabilidad y ella hizo un pedido para todos. A estas alturas no nos importaba demasiado lo que ponía en la carta.

El vaivén de la gente en la plaza me tranquilizaba mientras esperábamos. No tenía ganas de conversar y tampoco me apetecía pensar sobre el caso, sólo quería descansar viendo a la gente paseando. La comida no tardó en llegar y de vez en cuando el camarero se paraba a charlar con Emma de cosas que al parecer no eran relevantes.

—¿Te encuentras bien Vicente?

—Sí Eduardo, sólo necesito que mi cabeza descanse un momento.

Me miró fijamente durante unos segundos y seguidamente bajó la cabeza asintiendo. Seguro que él, más que nadie, comprendía la necesidad de desconectar de vez en cuando.

El olor procedente de nuestros platos significaba que indudablemente, Emma había acertado con la comida. No sé muy bien si el hecho de que estuviéramos hambrientos influía en nuestro criterio pero a primera vista, todo tenía un aspecto muy apetitoso. Pidió una especie de patatas cubiertas con queso fundido junto con varias salsas y ensalada. Blanca con puntitos verdes, marrón aromatizada con una especie de orégano, verde con un toque de mostaza y la típica roja de tomate. Para beber, unas cervezas y aunque no era un bebedor habitual, me parecía bastante apetecible.

Durante la comida, mis dos compañeros no dejaban de hablar y gesticular, llegando a conclusiones y formulando teorías referentes a todo lo ocurrido hasta el momento. Yo seguía observando lo que sucedía en la pequeña plaza. Un pequeño gato merodeaba por la fuente situada al final de la esquina, intentando beber agua sin caerse dentro. Casi al final del paseo, un cuartel de policía frente a una farmacia, lucían dos cruces similares pero a la vez distintas. Una blanca con el fondo rojo de Suiza y otra la verde de siempre. Algunas de las persianas de madera en los edificios de enfrente, chirriaban ligeramente tras ser perturbadas por las suaves y esporádicas brisas.

—Emma, Vicente... ¡Fijaos!

No me podía creer lo que ocurría en ese momento. Mientras tomaba un trago de mi cerveza, vi al hombre de negro aparecer por la esquina junto a otros dos hombres que también iban vestidos de negro. Caminaban con cierto aire de superioridad que me producía un sentimiento de repugnancia hacia ellos. Curiosamente, se dirigían hacia el portal de la casa de Philippe.

—¿Es quien creo que es?

—¡Sí Vicente! Es él...

—Eso quiere decir que no vamos mal encaminados.

—O que nos buscaba y ha conseguido dar con nosotros.

—¿Por qué nos estaría buscando?

—No lo sé Vicente... aunque será mejor que no nos vea.

El hombre de negro, se paró frente a la casa, echó un vistazo a su alrededor y como si nada siguió su camino con los otros dos. Unos pasos más adelante, se detuvo y se giró mirando hacia donde nos encontrábamos pero de inmediato, reanudó su marcha, alejándose de la plaza.

—Debemos tener cuidado.

Emma tenía razón. La situación ya era complicada de por sí y lo último que necesitábamos era tropezar con más obstáculos. La repentina aparición del agente Pierre Zeitoun, en cierta manera confirmaba que había acertado con mi teoría pero también limitaba bastante nuestros movimientos.

Pagamos la cuenta, cogimos el coche y nos fuimos de vuelta al hotel. Necesitaba descansar; la tensión de hoy había hecho mella en mí. Mi cabeza, intranquila y saturada de pensamientos, no dejaba de dolerme mientras la aparición del hombre de negro, no me ayudaba a relajarme. Sólo debía concentrarme en el hecho de que mañana sería otro día y que no podíamos fallar.

XIII

Desayunamos a las siete de la mañana y no teníamos ni un minuto que perder. El Banco Independiente de Suiza abría sus puertas a las ocho en punto y nosotros debíamos llegar lo antes posible. Un precipitado sorbo de café me quemó la lengua y el amargo recuerdo de la inesperada aparición del agente Pierre, me fastidió aún más el día.

—¿Qué pensáis que ocurre con el hombre de negro?

Emma se revolvió en su silla sintiéndose inquieta.

—Creo que sigue las mismas pistas que nosotros.

—¿Crees que él también está asociando las víctimas con la obra de Dante Alighieri?

—Lo dudo mucho. Ni siquiera yo sé muy bien como he llegado a esa conclusión. Lo más probable es que esté siguiendo otra clase de pistas y que le conduzcan hacia las mismas conclusiones.

—¿Tú qué opinas Eduardo?

—Opino que no es una mala señal. Ahora sabemos con más seguridad que no nos estamos equivocando. Los servicios secretos no son famosos por cometer muchos errores.

—¡Pero sí por provocarlos!

—¿Por qué dices eso Emma?

—Por nada... ¿No es lo que piensa la gente?

Aún no tenía muy claro de si era una buena o mala señal, pero lo que si sabía con seguridad es que si nos volvíamos a cruzar con el hombre de negro, él no debía darse cuenta de que seguíamos en el caso o mejor dicho, en su caso...

Salimos del hotel y fuimos directos al banco. Cuando llegamos, nos encontramos con las puertas cerradas y la impaciencia comenzó a invadirnos. Igual que un niño clama desesperadamente por la atención de sus padres, nosotros necesitábamos respuestas. La gente, comenzaba perezosamente a acudir a sus puestos de trabajo y la fresca mañana, se alargaba paulatinamente. Un rato más tarde, que a mí me pareció una eternidad, abrieron las puertas y sin que nos diéramos cuenta ya estábamos sentados en la mesa de otro trajeado banquero, portador de una adormilada sonrisa.

—¿En qué puedo ayudaros?

El banquero, un hombre de unos cincuenta años con perilla negra y gafas de pasta blancas, encorvado sobre su mesa y revisando unos documentos con un bolígrafo tipo «BIC», se dirigió a nosotros directamente en español.

—¿Cómo es posible que usted...?

—Un colega mío me llamo ayer y me aviso de su inminente visita.

—Entiendo... Me llamo...

—Por favor señorita Bardy; muéstreme los documentos que trae y también su carnet de identidad.

Emma abrió un pequeño bolso de color marrón que había traído y sacó lo que el banquero le pidió. En su mesa no vi ningún cartel con nombre y al fijarme a mí alrededor, me di cuenta de que ninguna otra mesa estaba ocupada. Los clientes aún esperaban a ser atendidos y los guardias de seguridad apostados en las esquinas, nos observaban disimuladamente. Todo parecía estar organizado para que nuestra visita fuera lo más breve y discreta posible.

—Todo en orden señorita Bardy. Por favor acompañeme.

—¿Pueden mis compañeros venir con nosotros?

—No es lo habitual pero dadas las circunstancias, no tengo ningún inconveniente.

Al fondo de la sala principal, una puerta de madera robusta con un frondoso árbol tallado a mano en la superficie, conducía a unas oficinas situadas en un piso superior. Entramos en lo que aparentemente era una sala de reuniones que se podría considerar bastante común si no fuera por su extravagante decoración. Jarrones chinos de apariencia antigua que sin duda se trataban de piezas originales. Espléndidos cuadros de paisajes occidentales, ocupaban la mayor parte de las paredes y una mesa hecha de cristal, de una sola pieza, ocupaba el centro de la sala. Las sillas que la rodeaban, también de una sola pieza de cristal, las cubría una lujosa tela color crema que disimulaba la existencia de unos finísimos cojines. Una verdadera obra de arte pero no estaba muy seguro de si serían muy cómodas.

—Me han informado de todo lo ocurrido y supongo que lo que realmente desea es cerrar su cuenta con nosotros.

Emma, que aún no se había sentado, se sorprendió.

—Yo no estoy tan segura...

—Señorita Bardy; no se trata de una simple suposición.

El banquero, dejó entender que su dinero, no era bien recibido en su banco. Una actitud realmente extraña.

—¿Puedo saber el por qué?

—¡Me temo que no! Pero estoy dispuesto a contestar a otro tipo de preguntas. Por favor, no perdamos más tiempo.

Emma se sentó y fuimos invitados a sentarnos junto a ella.

—No comprendo. La cuenta de mi padre...

—Su padre abrió una cuenta de seguridad tipo L. Él era el único que podía acceder a ella en vida pero tras su muerte... sus instrucciones fueron muy claras. ¡Qué usted sea la beneficiaria!

—¿Y Philippe Maire?

—En este momento disfruta de unas vacaciones. Según tengo entendido, hoy

debe regresar y mañana volverá a ocupar su despacho y por favor, no me pregunten por su dirección puesto que ya la conocen.

Respuestas claras y concisas a preguntas que casi ni se habían formulado. Todo perfectamente orquestado y sin dejar cabos sueltos. Querían ayudarnos pero de una forma fría e indirecta sin que se tratase como un asunto fuera de lo común. Nos habíamos quedado sin palabras.

—¡Muy bien! Por vuestro silencio debo suponer que no tenéis más preguntas. Por favor señorita, firme aquí y mi... ayudante os acompañara hacia la salida.

El ayudante del banquero, que más bien parecía un matón, custodiaba un maletín de cuero que entregó a Emma en la puerta y con la clara intención de no dejarnos volver a entrar. Mientras nos alejábamos, no dejaba de vigilarnos y tras unos segundos, regresó dentro y cerró la puerta.

—¿Debo entender que ahora mismo tenemos un maletín con un millón de euros?

—Sí Vicente pero te agradecería que no lo gritaras a los cuatro vientos.

—Perdóname Eduardo, no me he dado cuenta.

—Vamos al coche; rápido. Debemos ir a casa de Philippe y advertirle de lo que pueda suceder.

—De acuerdo Emma pero que hacemos con el dinero.

—Lo dejaremos en el coche. Seguro que no pasa nada.

Entramos en el coche y no tardamos en llegar a nuestro destino. Otra vez empezamos a buscar un sitio para aparcar y rodeamos la plaza. Yo estaba sentado en la parte de atrás y no dejaba de intentar imaginarme los acontecimientos que nos seguirían. ¿Qué pasará cuando nos acerquemos a Philippe y le expliquemos lo que ocurre? ¿Existirá algún vínculo entre él y «Zeus»? ¿Nos tomará por locos?

—Aléjate de la plaza Emma... Rápido.

Eduardo se removió en su asiento, intentando esconderse de alguien.

—Yo también me he dado cuenta Eduardo.

Me quité el cinturón de seguridad y me asome entre los dos asientos.

—¿Qué ocurre?

—Debemos alejarnos de inmediato. Fíjate en los tipos de la esquina.

—¡Van vestidos de negro!

—En efecto... Y seguro que hay más en otros puntos clave.

—Eso quiere decir que él...

—¡Sí! Seguro que merodea cerca de aquí.

Emma se paró en una zona donde no se permitía estacionar.

—Intentad averiguar la manera de ponernos en contacto con Philippe. Yo os esperaré aquí. Si hay algún problema, hablamos por el móvil.

—De acuerdo.

Rápidamente, nos dirigimos hacia la plaza, intentando esquivar a los hombres de

negro. Eduardo tenía razón. La plaza, con sus limitados puntos de acceso, estaba muy bien vigilada. No teníamos ninguna posibilidad de acercarnos a la casa sin que se dieran cuenta. Desgraciadamente, sólo podíamos esperar al desenlace de los acontecimientos, perdiendo toda esperanza de intervenir.

—No me mires así Vicente. Vayamos al bar del otro día y esperemos. Deberíamos alegrarnos ya que con todos los agentes protegiendo la zona, «Zeus» no podrá cobrarse esta víctima.

—Lo cierto es que esa idea me tranquiliza...

*

Ring, Ring...

—¡Sí! Soy Eduardo... Un momento... Vicente, es Emma...

Llevábamos más de dos horas esperando y no había sucedido nada. Sabíamos que hoy Philippe regresaba de sus vacaciones y ya era casi la una. ¿Estaríamos todos equivocados?

—¿Qué dice Emma?

—Sólo preguntaba si había ocurrido algo.

—¿Y?

—... Y que está dando vueltas con el coche esperando que la llamemos si la necesitamos...

El tiempo pasaba; no parábamos de tomar café, luego té, después refrescos y unas patatas para picar. El nerviosismo hacía que mi pierna se moviera de arriba debajo de manera impulsiva mientras Eduardo, no parecía inmutarse. Sólo distinguía un ligero punto de inquietud en él, cada vez que sacaba su bolígrafo y le daba vueltas como de costumbre.

Eran casi las cinco de la tarde cuando el camarero, con el que Emma habló ayer, entró a trabajar. Enseguida nos reconoció, dejó su macuto en una esquina bajo la barra y se acercó a nosotros; movía las manos y la boca sin parar pero no entendíamos lo que nos quería decir.

—Perdona... no entendemos lo que nos dices...

El camarero, sudando de nerviosismo, cada vez hablaba más rápido y con el dedo índice nos hacía señales sobre la mesa. El ruido de las tazas vacías traqueteándose y de unos cubiertos que se cayeron al suelo, nos incomodó. Pensamos que lo que sucedía no era nada bueno y que inevitablemente, acabaríamos llamando la atención de los hombres de negro. Al darse cuenta de la complicación, Eduardo cogió el teléfono y se lo puso en el oído.

—Supongo que le has puesto con Emma.

—En efecto...

—Muy bien pensado Eduardo. Los dos hombres de la esquina, ya empezaban a fijarse en nosotros.

—Quizás ya nos hayan visto desde hace tiempo... quien sabe... yo me preocuparía y vigilaría a todas las personas que se encuentran en el parque y nosotros llevamos aquí más de seis horas seguidas.

El camarero, con la cara palidecida y las manos templando, se sentó en nuestra mesa y le pasó el teléfono a Eduardo. Cogió un refresco de Cola que tenía delante de mí y se lo bebió de un sólo trago.

—¡Dime Emma!

Durante unos segundos, Eduardo no dejaba de asentir con la cabeza. Los signos de preocupación en su rostro, resultaban muy fáciles de distinguir. Decepcionado, colgó y se guardó el teléfono.

—¿Qué ocurre?

—El camarero dice que vio a Philippe entrar en su casa ayer alrededor las nueve de la noche.

—¿Está seguro?

—Dice que es un hombre... difícil de confundir...

—¿Entonces?

—Pues... es posible que «Zeus» ya haya actuado...

—¡Debemos entrar en su casa!

—Eso es difícil...

En ese momento el camarero se levantó bruscamente y levantó la mano señalando el edificio de Philippe. Eduardo me cogió del hombro y sin darme cuenta, yo también me giré. En el tercer piso del número siete, un enorme hombre intentaba agarrarse en la cornisa de la ventana para no caerse. Los fragmentos de cristal de la ventana rota junto con algunos trozos de madera, se precipitaban al vacío creando un chirriante sonido tras alcanzar el suelo. Las palomas del parque, asustadas por el inesperado ajeteo, se alejaban del lugar tras una fuerte sacudida de sus alas. Los ocasionales peatones, se quedaban atónitos observando el grotesco espectáculo y tan sólo unos pocos se alejaban corriendo. Sólo los hombres de negro se acercaban hacia la casa a toda prisa. Todo sucedía lentamente y a la vez con mucha rapidez, sin dejarnos tiempo a reaccionar.

—Llama a Emma...

Eduardo hablaba con ella cuando nos dimos cuenta de que Philippe estaba cayendo al vacío mientras la sombra del agresor, desaparecía tras las descolgadas cortinas. El obeso cuerpo no tardó mucho en alcanzar el frío suelo, disgregándose en pedazos de carne y salpicaduras de sangre que se entremezclaban con los desperdigados sesos. La deformidad del cuerpo sin vida, impactó a todo aquél que se

encontraba cerca y los hombres de negro, desviaban su mirada hacia el suelo dejando notar su decepción y vergüenza. Una mujer y su anciana madre, no dejaban de llorar y unos preocupados padres, intentaban alejar a su joven y curioso hijo. Quise dirigirme hacia el lugar del cuerpo pero Eduardo me cogió del brazo con firmeza impidiéndome acercarme.

—Fíjate quien viene por nuestra derecha.

—¡Es Pierre! El genuino hombre de negro...

—Emma ha aparcado justo enfrente.

—Pero... debemos averiguar si sigue vivo... debemos conseguir la siguiente pista...

—Te aseguro que ha muerto y ahora no es el momento para buscar pistas.

—Tanto esfuerzo... y volvemos a fracasar...

Durante la confusión, los secuaces de Pierre, habían tirado abajo la puerta del edificio y sin duda ya estarían rebuscando por el apartamento. La gente seguía acercándose horrorizada pero aún no se escuchaban sirenas de ambulancias o policías... ¡Era muy extraño!

—¡Regarder, Señor! ¡Regarder!

El camarero señalaba con su mano el tejado de los edificios. Enseguida vimos a «Zeus» corriendo y rompiendo las tejas mientras tras él, los hombres de negro le pisaban los talones. Se dirigía hacia el Oeste y tropiezo tras tropiezo, conseguía esquivar los disparos de sus perseguidores. Eduardo dejó un billete de cincuenta francos sobre la mesa y también se dirigió hacia el final del parque donde acababa la hilera de edificios.

—¿No dijiste que no debíamos acercarnos?

—No nos vamos a acercar... sólo veamos hacia donde se dirigen...

¡Maldito asesino! Esta vez había presenciado la ejecución de su repugnante obra. Esta vez... sentí un profundo odio hacia él.

—Fíjate Vicente... el canalla está saltando encima del toldo rojo.

Realizó un salto al toldo de otro bar que se encontraba casi al final de la calle. Rebotó y se dio un fuerte golpe con el hombro en el suelo.

—Que Dios me perdone pero... ojalá que se haya matado.

—No creo que tengamos tanta suerte Vicente.

Sus perseguidores se detuvieron y no parecían tener muy claro si iban a saltar tras él. Uno de ellos, se decidió a hacerlo pero desafortunadamente, se enganchó en una de las farolas, golpeándose y cayéndose malamente sobre el duro suelo. Por nuestro lado pasaron corriendo cinco hombres más con sus armas en las manos y los policías del pequeño cuartel, agarraban sus gorras mientras intentaban averiguar lo que estaba sucediendo. Sorprendentemente, «Zeus» se levantó del suelo prácticamente ileso y se abalanzó sobre un motorista que casualmente pasaba por ahí. Le golpeó con fuerza

tirando la moto al suelo, volvió a levantarla y aceleró con empeño alejándose del lugar.

—¡Vamos Vicente! Emma está justo allí.

Por suerte nuestra compañera se había percatado de todo lo ocurrido y nos esperaba con el motor en marcha.

—¿Viste la moto negra?

—Sí. Mírala... va por ahí...

—Hay que ir tras ella. «Zeus» es quien conduce.

—Maldito bastardo.

Emma pisó a fondo el acelerador y salió a toda velocidad. Hicimos un trombo de cuarenta y cinco grados, adelantamos dos coches y giramos a la derecha.

—No le pierdas de vista.

—¡Eso intento!

Un camión de reparto bloqueaba la carretera tras sufrir un pinchazo y «Zeus», sin desacelerar, subió por la acera y giró a la izquierda.

—Fíjate, ha entrado en ese parque.

—¿Qué hago ahora?

Por una callejuela situada a dos edificios más adelante, tres todoterrenos aparecieron de repente y se metieron violentamente en el parque tras el asesino.

—Haz lo mismo que ellos. Qué importa un coche más.

—De acuerdo...

Me agarraba con fuerza en el reposacabezas de Eduardo mientras las brucas maniobras de Emma ejercían una fuerte presión a mis hombros y cadera. Mi corazón palpitaba con tanta fuerza que sentía mi pecho a punto de explotar. La mezcla de emociones que experimentaba entre preocupación, miedo y enfado resultaba demasiado intensa. Por la ventanilla veía los destrozos causados por los coches que nos precedían. Mucha gente se había tirado al suelo y unos pocos se protegían tras unos árboles. Un anciano seguía leyendo su periódico sentado en un banco de piedra, ignorando lo que ocurría a su alrededor. Unas servilletas volaban por los aires, un par de bicicletas sin dueño fueron atropelladas y a pesar del ruido del motor, el desenfrenado llanto de un bebe se oyó a nuestro paso. Los angustiados padres levantaban las manos en forma de protesta mientras su anciana abuela consolaba al neonato. Otra inesperada maniobra tensó mis músculos y sentí una fuerte presión en mis pulmones obligándome resoplar.

—¡Ten cuidado! Hay un niño en el suelo justo delante de nosotros.

—Tranquilo Vicente. No es un niño, sino una pieza de ajedrez gigante.

Era cierto. Mientras pasábamos por encima de la pieza con el coche partiéndola en dos, unos viejos se alejaban de nosotros portando dos alfiles y una torre.

—Mira Emma. Están saliendo del parque.

—Sigo pegada a sus traseros Eduardo.

—¡Pero ten cuidado con ese carrito de flores!

—¡Ay Dios mío!

El propietario del carrito se abalanzó hacia la verja exterior consiguiendo evitar el atropello pero había tirado sus flores por todo el suelo.

—¿Pero de dónde ha salido?

Las sirenas ya empezaron a sonar a nuestro alrededor. Emma se despistó un momento y se rozó con la verja de la salida abollando ligeramente el coche.

—Síguelos por allí.

Giramos a la izquierda, sobrepasamos otro pequeño parque y giramos otra vez a la izquierda. Frente a nosotros había una gran avenida y por los lados, edificios y un gran centro comercial. Al fondo, una barrera policial bloqueaba la carretera eliminando cualquier posibilidad del asesino a escapar.

—Detente ahora mismo Emma.

Ella, al percatarse de lo que ocurría, se apartó y se paró detrás de otro coche que estaba inmovilizado. Seguidamente salimos fuera para poder ver mejor el desenlace de lo sucedido.

—¿Veis algo?

—No estoy muy seguro pero parece ser que «Zeus» está en el suelo gravemente herido.

El caos se había apropiado de la gran avenida. Coches parados por todas partes, la gente desconcertada no sabía si acercarse o alejarse del lugar y una ambulancia, a malas penas conseguía aproximarse.

—Parece que todo ha acabado.

—¿Porqué estas tan seguro Eduardo?

—¿Tú qué crees Vicente? Ya han detenido al asesino.

—Pero «Zeus» no es un sólo hombre.

Mis últimas palabras dejaron a mis compañeros con un mal sabor de boca. Emma observaba con una mirada satisfactoria la detención del asesino de su padre, haciendo oídos sordos a mis palabras pero yo no dejaba de pensar en que aún no habíamos acabado. Ya no disponíamos de pistas ni de pautas a seguir. Habían detenido a un eslabón pero la cadena no estaba rota.

—Volvamos al hotel.

—Primero hay que esperar a que se deshaga todo este lío. No hay manera de mover el coche.

Sólo podíamos esperar. A pesar de conocer la identidad de la cuarta víctima, donde vivía y cuando se cometería el asesinato, no fuimos capaces de salvarla. El destino jugaba con nosotros de una manera burda y cruel. ¿Cómo salvaríamos a la quinta víctima ahora que no teníamos nada? A lo mejor estábamos mirando hacia la

dirección equivocada y el agente Pierre Zeitoun se encontraba detrás de todo.

Un Mercedes de color negro se paró delante de nosotros con la ventanilla bajada. No sé porqué pero mi mirada se dirigió automáticamente hacia él.

—¡Fijaos quien va en ese coche!

—¡Es Pierre!

—Ya no hace falta tomar precauciones. Todo ha terminado para nosotros.

Llevaba puestas unas gafas de sol, grandes y negras que le cubrían casi toda la parte superior de la cara. Giró su cabeza hacia nosotros y justo cuando parecía que nos iba a mirar, subió la ventanilla y el coche continuó su camino hacia el lugar de los hechos.

—¡Menudo inútil! Si yo tuviera a mi disposición los medios de los que este tipo dispone, seguramente Philippe aún seguiría vivo.

—Yo no estaría tan segura Eduardo.

—Pues yo sí estoy seguro... mirad, por ahí se ha hecho un hueco por donde podamos salir y volver al hotel. Descansaremos y mañana...

—... mañana regresamos a casa...

—Sí Vicente. Me temo que el resto de la historia tendremos que verla por la tele... si es que informan.

Emma se sentía satisfecha, Eduardo no paraba de refunfuñar y yo no dejaba de pensar en las siguientes tres víctimas. En esta historia, sólo nosotros habíamos concluido nuestro papel.

XIV

Durante la noche soñé con Philippe. Me resultó muy curioso porque nunca le había visto y tampoco me habían descrito su rostro pero ese detalle no parecía importar mucho. Fui capaz de ver sus ojos pero no el contorno, su cabello pero no su color, sus cejas pero no su forma. No sabía nada de él, ni de su familia, ni de sus amigos, ni de sus costumbres pero eso no me impidió soñar con él. Tristeza, decepción, amargura... fracaso. Los sentimientos me atormentaban y la impotencia flaqueaba mis músculos imposibilitando cualquier reacción positiva por mi parte. Lo que más me atosigaba, era saber que no me sentía así por la muerte de un ser humano sino por la vanidosa y egoísta sensación de haber sido derrotado. Ya no había más pistas que seguir y los hombres de Pierre se ocuparían del caso a su manera. Utilizando a las personas como cebo vivo.

El reloj marcaba las ocho en punto y a pesar de que llevaba más de media hora despierto, no me apetecía levantarme de la cama. ¿Para qué? Ayer, tras llegar al hotel después de todo el alboroto, me senté frente al ordenador del hotel para distraerme. Eduardo subió a su habitación sin cenar, acompañado por una botella de whisky mientras Emma se quedó en el bar del hotel bebiendo una cerveza a solas. Ella sí quería celebrar la captura de «Zeus» a sabiendas que los crímenes continuarían.

Le di in par de vueltas al ratón, rodeando el icono «Mi PC», entré en el explorador, tecleé unas letras sin sentido y las borré; no se trataba de investigar sólo pretendía distraerme. Al principio consulte el estado del tiempo en la región de Murcia para ver que me esperaba al regresar y luego, leí el periódico para ponerme al día. Finalmente me entró curiosidad por el parque que atravesamos con el coche; pensé que no estaría mal saber el nombre del lugar en donde actuamos como unos vándalos.

Se llamaba «Parque de los Bastiones». Un parque muy frecuentado tanto por las familias suizas, como por visitantes de otros países. La verdad es que tuvimos mucha suerte en no atropellar a alguien. En el parque, se erguía el Muro de los Reformadores. Parte de él fue construido con restos de las antiguas murallas que protegían a la ciudad y que fueron levantadas en el siglo dieciséis. El monumento, fue inaugurado en 1909 y está formado por una pared de piedra grabada y adornada con bajorrelieves. En ellos, se erigieron las estatuas de los guardianes de La Reforma. Mientras seguía leyendo, el desanimo volvió a poseerme. Dejé de teclear y me dirigí hacia el bar para despedirme de Emma pero al verla agazapada sobre un vaso de cerveza, decidí acostarme sin decir nada.

Me acordé de lo incomodo que me sentí al alejarme del bar y del desagradable sentimiento de apatía por parte de Emma. Hice un intento de levantarme de la cama

pero mi cuerpo no respondía. ¿Qué sentido tenía? No había prisa...

*

Las nueve menos veinte y seguía sin tener intención de levantarme. Tumbado en la cama, esperaba que alguno de mis compañeros me llamara pero el tiempo transcurría sin que eso sucediera. Finalmente me levanté, me duché y me puse la ropa de paisano una vez más. Ya no me encontraba cómodo con la sotana además, ahora mismo no me sentía lo suficientemente fuerte para soportar la responsabilidad que iba inherente a ella.

Bajé y me dirigí al comedor para ver si aún servían desayunos y también para reunirme con los demás; si es que bajaron a desayunar. Mientras cruzaba el vestíbulo, el recepcionista me llamó.

—¡Señor! Por favor...

Me acerqué a la recepción sin dejar de mirar a mí alrededor. Di una vuelta completa para cerciorarme que se estaba dirigiendo a mí y me señalé levantando los hombros.

—¡Sí señor! Por favor... Aquí...

Con paso firme me acerqué a la recepción e intenté hablar con el recepcionista.

—La factura la pagará Emma.

—No comprendo...

—¡Digo! Que la factura no la pago yo, sino mi compañera Emma... La mujer...

—No señor... un minuto...

No nos entendíamos. Al parecer, sólo sabía cuatro palabras en español y yo no podía quejarme porque eran cuatro palabras más de las que yo hablaba en su idioma. Me había llamado por algún motivo pero cuando me acerqué se metió en un pequeño cuarto, situado detrás de la recepción. Tenía que hacerle entender que Emma era la que se encargaba de pagar las facturas.

—¡Perdona! Yo no soy el del dinero... ¡Me no Money!

El recepcionista salió de la habitación sonriendo con un paquete en las manos.

—Señor... Por favor...

Dejó el paquete al lado de mis manos sin dejar de sonreír. Sin duda mi escaso conocimiento de inglés le había hecho gracia. Le devolví la sonrisa, cogí el paquete y me senté en una de las mesas que había en el recibidor, bajo uno de los cuadros de caza. Coloqué el paquete delante de mí y una vez más, mis pensamientos se ahogaron en un mar de dudas.

*

—¡Buenos días Vicente!

—¡Eeee! Menudo susto me has dado.

El paquete que había llegado a mis manos me recordó el sobre que nos dejaron en Francia. No sabía con seguridad que hacer con él y me encontraba tan absorto pensando en ello que no me percaté de la llegada de Eduardo.

—Fíjate; me han enviado este paquete...

También sorprendido, Eduardo se sentó a mi lado sin ni siquiera pestañear.

—¿Qué hago? ¿Lo abro?

—¡Pues claro!

Tras unos segundos empecé a desenvolver el paquete con sumo cuidado. Era una caja de archivador tan común que hasta yo la había visto en alguna que otra oficina. Por encima, un periódico local con fecha de hoy amarrado con cinta de celo, nos indicaba que nos lo dejaron esta mañana.

—¿Dónde se encuentra Emma? La necesitamos para traducir.

—No tardará en venir. Mientras, sigue sacando lo que hay en la caja.

Despegué el periódico, me fijé en un artículo subrayado con rotulador rojo y por debajo encontré un folio escrito en español. En él ponía:

«Esto es lo que realmente es de vuestro interés. El hombre del incidente de ayer, fue identificado como Samir Alhabash. Tras arrastrarse con su moto bajo un coche, fue arrestado y llevado a comisaría donde horas después moría por culpa de una hemorragia interna no diagnosticada. Se ha publicado que la víctima tenía deudas de juego muy elevadas y que la desesperación le impulsó a cometer el crimen».

—¿Te das cuenta de lo que significa?

—¡Sí Vicente! Y sabes cómo se lo va a tomar Emma...

—Espera; también hay un sobre.

Era un sobre de color amarillo y bastante abultado. Estaba cerrado con un cordón fino enroscado a una especie de ruedecita plana. Por fuera había estampado un sello rojo que al parecer ponía «CONFIDENCIAL». Dentro, había un paquete de fotos y un sobre blanco pero más pequeño. Empecé a mirar las fotos y de la sorpresa que me llevé, no pude ni siquiera pronunciar una palabra así que simplemente se las pasé a Eduardo.

—¡Fíjate en lo que nos han dejado!

Aún no me creía lo que teníamos en nuestras manos.

—¿Te das cuenta Vicente? Son las fotos del escenario del crimen, la víctima, los alrededores y todos los detalles.

—Ya lo veo...

—¡Mira! Fotos de otra piedra negra con el numero cuatro grabado.

—¡Déjame ver!

A primera vista parecía el mismo tipo de piedra utilizada en los otros crímenes. La única diferencia con las demás era que tenía el numero cuatro grabado; tal y como esperábamos. Eso significaba que las autoridades utilizaban a la prensa con el fin de ocultar la verdadera naturaleza del crimen.

—Y aquí podemos leer la siguiente pista; al parecer empezó a escribírsela con un cuchillo en el brazo de Philippe pero no la acabó. Parece muy mal escrito, seguramente intento hacerlo mientras forcejeaban frente a la ventana de su piso.

—Dame esa foto.

La pista, escrita en la parte exterior del brazo izquierdo, ponía «Ο Άρης και ο Ποσει». Sin duda el asesino no consiguió acabar la frase tal y como dijo Eduardo.

—Aquí pone «Marte y Posei».

—¿Y qué significa?

—Son otros dioses Griegos, uno es Marte, el dios de la guerra y el otro supongo que es Neptuno ya que no se me ocurre otra palabra más que Poseidón pero claro... no hay nada más.

—¡Espera! Fíjate en esta fotografía.

Eduardo puso en mis manos una foto en la que aparecía una servilleta roja con una inscripción y un león de juguete que parecía haber estado envuelto en ella.

—Busca en las demás fotografías a ver si encuentras una que muestre con más claridad la inscripción.

—¡Aquí está!

La cogí con ansiedad y me la acerqué a la cara para examinarla mejor.

—«Ο Άρης και ο Ποσειδώνας παλέβουν για να πνίξουν την πόλη» que significa «Marte y Neptuno luchan para ahogar la ciudad».

—¿Marte y Neptuno?

—En efecto.

—¿Y cuál es tú conclusión?

—Aún es muy pronto para sacar conclusiones... ten paciencia. Déjame ver las demás fotos.

Eduardo me acercó las fotos y empecé a ojearlas. En muchas sólo aparecían detalles de los alrededores que a mí parecer, no debían ser demasiado importantes pero en otras... aparecía el cuerpo de la víctima. Su cara, completamente deformada por la caída, carecía de cualquier signo de expresión. Su cuerpo, inerte sobre el suelo gris, parecía como si lo hubieran... vaciado. Uno de sus ojos yacía al lado de sus intestinos y su pie izquierdo casi se juntaba con los restos del cráneo. Eran unas imágenes grotescas y muy desagradables. No me podía creer que la cara de Philippe

permanecería desconocida para nosotros.

—Buenos días chicos. ¿Qué tenéis entre manos?

—Hola Emma, veras...

—¿Te ha mencionado Eduardo que pienso repartir el dinero entre los tres? Es mucho dinero para mí y pienso que es lo menos que puedo hacer para agradecer vuestra ayuda.

—Verás Emma, yo...

—No acepto un no por respuesta. Ya lo he decidido. A lo mejor no tenemos trabajo cuando volvamos y de algo hay que vivir.

—Lo entiendo pero...

—¡He dicho que no acepto un no por respuesta!

Eduardo se levantó de la mesa y cogió a Emma del brazo.

—Por favor Emma, olvídate del dinero y siéntate.

Emma se sentó y yo cogí el periódico junto con la nota y lo deje en sus manos.

—Lee lo que pone aquí.

—¿Qué ocurre chicos?

Eduardo y yo nos miramos y no dijimos ni una palabra. Emma moderó su tono de voz y se dispuso a leer el periódico. Al minuto leyó la nota que resumía la noticia y cada vez parecía más angustiada. Finalmente, dejó ambas cosas sobre la mesa y se puso las manos en la cabeza.

—¡No me lo puedo creer! ¿Quién es «Zeus» entonces? ¿Quién mató a mi padre?

—Tenemos la siguiente pista.

—¿Qué dices Vicente?

—¡Qué tenemos la siguiente pista!

—¿Y a donde se dirige ahora ese hijo de perra!?

—¿No quieres saber cómo conseguimos la información?

—¿Sabrías decírmelo con seguridad?

—Lo cierto es que no.

—Entonces ¿qué importa? Dime a donde tenemos que ir.

—Aún no he descifrado las pistas.

—Pues dádmelas que las vea yo también.

Eduardo se sentó con ella y comenzó a explicarle lo poco que habíamos deducido hasta el momento. Mientras tanto, cogí el sobre blanco y lo abrí. Dentro había otra nota que ponía «Mañana a las quince horas en el Duomo di Milano. Ven sólo y vestido con ropa de faena». También había un pequeño mapa de Milano, un billete de metro y una reserva para tres habitaciones en el «Una Hotel Century».

—Como podéis ver, disponemos de un paquete con instrucciones. Las pistas las iremos descifrando por el camino así que si os parece bien, de momento nos vamos a Milano.

Mis compañeros me miraban con curiosidad. Les dejé el sobre blanco junto con las demás cosas y me levanté bastante desconcertado.

—Me voy a mi habitación a preparar la maleta y os sugiero que hagáis lo mismo. Nos vemos dentro de media hora.

Necesitaba unos minutos a solas para reflexionar y tal vez conseguir unir las piezas del último rompecabezas. Incluso a estas alturas, no era fácil para mí sacar conclusiones de una manera tan precipitada.

XV

Faltaban menos de cuatro horas para llegar a Milano. Seguro que quien me dejó el paquete, era la misma persona que nos había estado ayudando. Parecía que por fin ataríamos algunos cabos sueltos pero ¿Por qué querrá conocernos ahora? ¿Por qué no lo hizo antes? En realidad lo más importante era descifrar la inscripción, llegar a la ciudad señalada por el asesino y salvar al siguiente objetivo de «Zeus». Debíamos descifrar las pistas.

Las vistas durante el trayecto hacia Italia eran magnificas. Montañas majestuosas, formidables pastos, pinos por todos lados y casitas pintorescas que adornaban un panorama perfecto. Salimos de suiza y volvimos a atravesar territorio francés. La carretera se empinaba hacia arriba y pronto nos topamos con una señal que ponía «Tunnel du Mont Blanc» que es un túnel de aproximadamente doce kilómetros y une a Francia con Italia atravesando el imponente y peligroso corazón de los Alpes. Pagamos el peaje y cuando finalmente salimos por el otro extremo, el sentimiento de dejar atrás la tierra de los caballeros se sustituía por el aire distinguido de la milenaria cultura Italiana. Aquí, en la tierra que ahora estábamos pisando, es de donde proceden las raíces de la gran cultura occidental. Aquí se internacionalizó el saber, la cultura y la grandeza de la cultura griega y egipcia, fusionándose y mejorándose a través de los romanos. Resultaba extraordinario saber que en esos tiempos, la mayoría de la gente sabía leer y escribir, incluso se veían grafitis por las calles. Sin duda una época dorada para la humanidad repleta de arte, literatura e inventos que hasta en nuestros días resultarían insólitos. Más tarde llegó la edad media donde el acceso al conocimiento sólo era un privilegio para los más ricos y poderosos. El carácter autodestructivo del hombre que está vagando por el camino en busca de la sociedad perfecta, se topa con las trabas de las inoportunas circunstancias y finalmente se somete a la caprichosa voluntad de unos pocos.

El arte y el romanticismo se difuminaban en mi mente y la preocupación ocupaba su lugar. Las banderas italianas ondeaban en las pequeñas casitas de la ciudad de Courmayeur y junto a ellas, la blanca superficie de los Alpes poco a poco se difuminaba en el retrovisor. No era mi primer viaje a Italia pero si mi primera visita a Milano.

—Ya sé que en la nota pone que debes acudir sólo a la reunión pero a pesar de ello... yo te acompañaré.

—No será necesario Eduardo. No creo que corra ningún peligro además, si nuestro «benefactor» se da cuenta que no seguimos sus reglas es muy probable que deje de ayudarnos. No sé lo que tú piensas pero yo creo que no podemos permitirnoslo.

—Lo sé pero...

—No hay peros. Esta vez deberéis confiar en mí.

—Siempre hemos confiado en ti.

—Entonces no veo ningún inconveniente en seguir según lo planeado.

Supongo que si nuestro benefactor quisiera hacerme daño, no se tomaría tantas molestias. Me preocupaba más saber cómo iba a reconocerle en un lugar donde seguramente habría cientos de personas. La catedral de Milano, es un edificio magnífico y muy famoso. Algunos dicen que es la segunda catedral más grande del mundo después de la Basílica de San Pedro en Roma. Otros opinan que es la tercera, siendo la catedral de Sevilla la que ocupa el segundo lugar. Debía concentrarme en encontrar respuestas y de paso no quería perderme la oportunidad de echarle un vistazo porque ante todo, se trataba de una obra de arte creada por el hombre que había perdurado a lo largo de los años.

—¿Entonces «Zeus» cometerá el siguiente asesinato en Milano?

—No lo sé Emma. Aún no he pensado en las pistas que nos ha dejado.

—Pues ¿Qué te parece si lo hacemos ahora?

—De acuerdo... Veamos; tenemos el mensaje donde Ares y Neptuno quieren ahogar a una ciudad. Lo cual descarta por completo a Milano.

—¿Por qué razón?

—Simplemente porque está situada en una llanura lejos del mediterráneo y Neptuno es el dios de los mares.

—¿No podría tratarse de un río o un lago?

—¡Supongo! Pero en mi opinión esa opción no concuerda muy bien con el susodicho dios.

—Entonces es más que probable de que se trate de una ciudad costera.

—Es precisamente lo que me imagino.

—¿Y crees que esa ciudad está en Italia?

—No lo sé. ¿Tú qué dices Eduardo?

—La verdad es que establecería otro patrón. Hemos determinado una pauta temporal de cuatro días entre cada asesinato. Hasta el momento cada uno de ellos, ha sido perpetrado en un país distinto y exceptuando a Suiza, que aparece como un caso aparte, se cometieron dentro de las fronteras de la unión europea. Veamos; España, Portugal, Francia, Suiza y a continuación debería ser Italia, Alemania o Austria.

—¡Cierto! Pero el carguero Ucraniano ¿Dónde encaja?

—Un transporte que «Zeus» utilizó para transportar la hasta ahora desconocida y mortífera mercancía ¿Qué importancia tiene la bandera? Lo importante es saber donde se cometen los crímenes.

Cada vez que se mencionaba la mercancía del carguero y sus letales aplicaciones, se me ponían los pelos de punta.

—Hemos deducido que el objetivo de «Zeus» es expiar pecados capitales así que si el de Suiza era la gula; falta relacionar los otros asesinatos con su pecado correspondiente.

—Tienes razón Emma. Veamos; en Murcia se trataba de una joven hermosa. Supongamos que el pecado que más le pega es la lujuria.

—Supongámoslo pues.

—El mercader fue la segunda víctima pero no pudo ser la avaricia.

—¿Por qué no Vicente?

—Veras Eduardo...

No me sentía muy cómodo intentando expresar lo que pensaba. Menos mal que Emma no me dejó continuar y siguió con la explicación...

—Está claro que hay más probabilidades de que quien representa el pecado de la avaricia sea mi padre. Por el asunto del dinero.

—Lo lamento. Sabes muy bien que no pretendía ser grosero... yo sólo... intentaba comprender...

—No sigas Eduardo. Lo que haya hecho mi padre ya lo ha pagado con su vida además, yo ya le he perdonado.

Me di cuenta de lo incómodo que ambos se sentían y de inmediato cambié de tema.

—Entonces suponemos que la tercera víctima representa la avaricia lo que nos deja para el mercader la pereza, la ira, la envidia y la soberbia.

—¿Y cuál puede ser?

—No creo que sea la pereza ya que por la naturaleza de su trabajo y su nivel adquisitivo debía ser un hombre muy activo.

—Vale. Ya hemos descartado una por el momento.

—Según nos dijeron vuestros colegas de Portugal, hablamos de una persona felizmente casada y no parecía tener enemigos así que la ira podemos también descartarla.

—Descartémosla también.

—Nos queda la envidia y la soberbia. De esas dos, no sabría cual descartar. Nos faltan detalles para encajar las piezas.

—Al menos tenemos como futuros candidatos a la ira y a la pereza. Cabe la posibilidad de que saquemos conclusiones que nos indiquen algunos rasgos característicos y la naturaleza de la siguiente víctima. Igual que en Ginebra.

—Cierto Eduardo, pero que pistas podemos relacionar. Al menos antes supusimos que era un banquero y buscábamos una cuenta. ¿Qué buscamos ahora exactamente?

—Es posible que el contacto de Milano tenga respuestas.

—Pronto lo averiguaremos.

La cuenta atrás empezaba de nuevo. No sabía muy bien si con cada paso que

dábamos nos acercábamos o nos alejábamos aún más de la verdad. Hace unas horas estábamos mentalizados de que nos tocaba regresar a nuestras anteriores vidas pero al parecer el destino nos deparaba más de una sorpresa.

Cada vez nos acercábamos a la ciudad más industrializada del norte de Italia y nuestras conclusiones no parecían muy... concluyentes. Una vez más me tendría que vestir la sotana para entrar en una iglesia pero no con el propósito de siempre. Sólo esperábamos conseguir salvar a la siguiente víctima de «Zeus». Quedaba por averiguar en qué ciudad actuaría y su identidad.

—Cuando lleguemos a Milano me gustaría hacer unas pesquisas en internet.

—Veo que le vas cogiendo el tranquillo.

—Desde luego Eduardo... es todo un logro...

—Ja ja ja... Pues algún sitio encontraremos donde podrás saciar tu curiosidad.

XVI

Nos encontrábamos cerca del hotel que nos habían indicado. Me pareció muy curioso el hecho de que el desconocido había reservado una habitación para cada uno pero quería que sólo yo acudiera al encuentro. ¿Por qué molestarse? Podría haber reservado sólo una habitación para mí y los demás que se la arreglasen como pudieran. Sería lo más lógico.

—No sé vosotros chicos, pero yo estoy muerta de hambre. Dejaré mi equipaje en la habitación y voy a buscar un sitio para comer. ¿Me acompañáis?

—Claro que sí. Yo también tengo mucha hambre.

—A decir verdad, esta mañana ni desayuné. Me parece una idea estupenda.

—Pues conforme. Démonos prisa y vayamos a comer.

La sensación de hambre dejó la intriga a un lado. No tardamos mucho en prepararnos y reunirnos en el vestíbulo. Enseguida se notaba que el hotel estaba enfocado para reuniones de negocios y simposios. Las anaranjadas paredes iluminadas por unos modernos apliques, otorgaban una falsa sensación de intimidad. Lo que más me llamó la atención, era el piano situado en el fondo de la recepción tras unos sofás de piel marrones. Sobre su tapa, un jarrón de cristal transparente contenía unas rosas blancas que por desgracia se estaban marchitando. Enseguida me di cuenta que echaba de menos disfrutar de una buena pieza de música sin ser atormentado por mis pensamientos.

Nos dirigimos hacia la estación central de Milano buscando una pizzería. Nos parecía lo más lógico puesto que era una especialidad italiana y porque también nos apetecía. De paso, podíamos averiguar dónde se encontraba exactamente la boca del metro más cercana y conseguir un mapa.

—¡Ahí está la estación central de Milano!

—¿Cómo lo sabes Eduardo?

—Porque tiene pinta de estación central de trenes. Fíjate en la cantidad de gente que entra y sale. No puede ser otra cosa.

La ubicación de hotel no se había escogido al azar ya que enseguida encontramos una... la principal. La fachada, similar a la de un templo romano y en sus esquinas superiores, dos estatuas vigilaban a los viajeros. El interior se podía comparar con el de un museo e incluso con el de un palacio. Techos altos y numerosos bajorrelieves, sutiles pero hermosos.

Cogimos un mapa, lo ojeamos durante unos minutos y averiguamos que sólo debía coger la línea amarilla y bajarme cuatro estaciones más abajo. Así de fácil sería mi llegada al lugar donde esperaba obtener respuestas.

—Sigo sin entender porqué pensaste que se trataba la estación central. Podría ser

un centro comercial o un museo.

—¡Porque sería una verdadera lástima!

—Daría más lástima si fuese un edificio abandonado.

—¿Y por qué deberían desaprovecharlo?

No entendía como eran capaces de picarse así por cosas que no tenían ninguna importancia. Afortunadamente localicé un sitio para comer y pude interrumpirles.

—Dejad de discutir y vayamos a la pizzería de ahí enfrente; tiene buena pinta. Ahora sólo falta saber si tienen alguna mesa libre.

En Italia se suele comer de doce a dos y ya casi eran las cuatro aunque estando cerca de la estación, seguro que habría gente comiendo. Un extrovertido camarero nos asaltó al entrar y acaparó toda nuestra atención. No dejaba de hablar pero como lo hacía tan deprisa, no entendía nada de lo que decía. Tras una pantomímica comunicación, entendimos que tuvimos suerte y hasta había dos mesas donde elegir.

—¿Por qué no intentamos averiguar a donde se dirige «Zeus»?

—No es mala idea Emma, pero necesito internet para poder averiguar más detalles sobre las pistas.

—De momento intentémoslo sin internet. ¿O prefieres hablar de otros temas?

—A ver ¿Has traído las fotos?

—Sí, las tengo en mi bolsillo.

El camarero se acercó de nuevo mientras Emma sacaba las fotos. El italiano es muy parecido al español así que por esta vez, podíamos arreglárnoslas sin ella y sin la necesidad de gesticular con las manos. Pedimos cinco pizzas; no sólo porque teníamos mucha hambre sino porque también nos apetecía probar varias, al fin y al cabo, estábamos comiendo en el país de la pizza. Para beber, cerveza. ¿Por qué no? Hoy podíamos permitirnos bajar la guardia por unas horas y quizás también resultase inspiradora.

—¡Vicente!

—Dime Emma.

—¿Me puedes explicar, el asesino escribió la nota en una servilleta roja y luego envolvió en ella un león de juguete?

—A lo mejor era lo que más tuvo a mano y sobre el león; no tengo ni idea... pero... seguro que esconde un significado.

Eduardo barajaba las fotografías con mucha paciencia. Las ojeaba lentamente buscando cualquier indicio que pudiéramos considerar fuera de lo común.

—El color de la servilleta debe de albergar un significado oculto. Echad un vistazo en esta foto. ¿Veis la mesa del comedor? Las servilletas que están sobre la mesa son azules y no rojas.

—¿Lo que significa?

—Significa que de la misma manera que ha preparado el león de juguete, ha

escogido la servilleta en la que ha escrito el mensaje. No fue una actuación fortuita.

Nos quedamos sin palabras. Como podía haberse fijado en un detalle tan pequeño y sin importancia. A veces se me olvida que nos acompañaba un inspector de policía y seguramente de los mejores.

—Entonces tenemos el mensaje, un león de juguete y una servilleta roja.

—Lo veis chicos; sabía que sacaríamos provecho de un ambiente más relajado.

Las pizzas ya habían llegado y seguimos haciendo conjeturas sobre la servilleta, el mar, Neptuno y Marte junto con los demás detalles mientras comíamos. Los manteles con estampas de fruta, la cubertería con mango de madera y las paredes decoradas con botellas vacías de vino, acompañaban el increíble sabor de las pizzas. Cada vez que nuestros vasos se vaciaban de cerveza, el extrovertido camarero los sustituía por otros llenos y una dulce melodía de mandolino, sosegaba el tono de voz de nuestra conversación.

*

Nos habíamos recreado bastante bebiendo, comiendo y charlando. Eran casi las siete de la tarde cuando llegamos al hotel y sin duda el alcohol nos había animado con su engañosa y manipuladora dulzura. El extrovertido camarero, no debió darnos de probar el limonchelo que no sólo era un licor típico italiano excelente, sino que también era muy digestivo, por lo que nos bebimos una botella entera. Eduardo había bebido más que ninguno aunque sorprendentemente conseguía disimular muy bien su estado.

—Me voy a mi habitación a dormir. Mañana nos espera un día muy largo.

—De acuerdo Eduardo... ahora te sigo.

Me disponía a subir a mi habitación cuando Emma se me acercó y se agarró a mi brazo.

—Acompáñame. ¿Por qué no nos tomamos una última copa?

Ya había llegado a mi límite de beber pero de ninguna manera rechazaría su invitación. El bar del hotel estaba muy cerca de la recepción y Emma no me soltaba del brazo. No quería culpar el alcohol pero no conseguía ocultar los sentimientos que empezaba a sentir hacia ella; era muy guapa, inteligente, decidida y a la vez sensible. Su rizado pelo acariciaba sus hombros con cada contoneo de su cadera, sus pechos, firmes y voluptuosos, cegaban la poca razón que me quedaba y sus labios, carnosos y húmedos, erizaban mi piel con cada palabra que pronunciaban. Sin duda la embriaguez había despertado en mí, sensaciones que jamás había experimentado y debía reprimirme para no estropear la amistad que surgía entre nosotros.

—Menos mal que estas aquí Vicente.

—¿De veras? Yo sólo intento ayudar.

—Es muy extraño que un cura arriesgue su carrera y su vida para ayudar de forma activa. Siempre «ayudáis» rezando...

Emma terminó la frase murmurando y pidió dos cervezas. Su modo de recordarme quien era me incomodó lo suficiente como para dejar de fantasear con ella.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que al final, los curas no ofrecen ayuda en términos prácticos. Yo no pretendo decir que tú...

—No te preocupes. Yo también me siento frustrado a veces. Hasta creo que con mi palabrería he hecho más mal que bien.

—Dudo mucho que tú hayas hecho mal a nadie. Eres una persona muy buena.

—Quizás. Pero algunas veces ser bueno no basta.

—¿No basta? Y que se necesita para ser buena persona... ¿convertirte en mártir?

—¡No! No se trata de eso pero créeme, no basta ni con la intención ni con las palabras. A veces primero debes ayudarte a ti mismo y después dedicarte a ayudar a los demás. Primero te vendas las manos para protegerlas y luego coges el martillo para techar tu casa.

—¿Qué quieres decir?

—Lo siento, el alcohol no me deja pensar con claridad.

—No importa. Tú sólo di lo que piensas.

Emma me cogió la mano y me miró fijamente a los ojos. Esa mirada profunda me llegó hasta el alma. Con cada segundo que pasaba, mi corazón latía con más fuerza y una desesperada necesidad de ser amado emergía de mis adentros. Una sensación que tarde o temprano me impediría actuar con cautela y se convertiría en algo más que una simple amistad.

—Lo que quiero decir es que hay que predicar con el ejemplo y hay que mancharse las manos.

—Y por eso estás aquí.

—Estoy aquí por las circunstancias pero sigo aquí por lo que he dicho.

—¿Estar? ¿Seguir?

—No me hagas caso. Sólo son juegos de palabras. En realidad tienes razón, por eso estoy aquí y no me lo perdería por nada del mundo.

No quería decirle que su presencia también ayudaba. Por el amor de Dios, yo soy cura. Sería mejor que me centrase en la situación que nos atañe y olvidarme de todo lo demás.

—Creo que ya es hora de irme a la cama. Mañana nos espera un largo día y tú también deberías descansar.

—Bueno, mañana te tocará hacer todo el trabajo. Esta vez, Eduardo y yo seremos

meros espectadores además, todavía es muy temprano y me puedo permitir tomarme otra cerveza.

—Como quieras.

Acabé mi cerveza y me levanté del taburete.

—Espera Vicente.

Emma se levantó, se me acercó, miró tímidamente hacia el suelo y me dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

No dije ni una palabra. Simplemente me metí las manos en los bolsillos y subí a mi habitación acompañado de una emoción que hasta ahora me había sido prohibida.

XVII

«Toc, toc, toc».

—Ya es hora de levantarse.

«Toc, toc, toc».

—Vamos Vicente; despierta.

«Toc, toc, toc».

Me dolía mucho la cabeza y no sabía qué hora era. Eduardo no dejaba de golpear la puerta con demasiado ahínco por lo que deduje que sería bastante tarde.

«Toc, toc, toc».

—Ya vale; no des más golpes que la cabeza me va a explotar.

—De acuerdo. Te esperamos abajo. Tómate esto, te ayudará.

Por debajo de la puerta me deslizaron una caja aplastada de pastillas. Debían ser para el dolor de cabeza y ahora más que nunca me hacían falta.

Después de una ducha templada y un buen afeitado, cogí mi única ropa de calle, la coloqué en una cesta que había en el cuarto de baño y rellené un formulario para que el servicio de lavandería del hotel me la lavara. Las instrucciones del «benefactor» eran claras; debía acudir al encuentro con ropa de faena que claramente significaba que debía volver a vestir la sotana.

*

—Ya era hora Vicente.

—¿Por qué tanta prisa? No son más que las diez.

—Debemos coger el metro e ir al Duomo.

—No hemos quedado en que iría sólo.

—Y así será. Nosotros sólo iremos a tomar un café contigo, ojear la catedral y volveremos al hotel.

A pesar de la aclaración de Eduardo sabía que permanecerían por los alrededores vigilándome en vez de regresar al hotel. No quería discutir con ellos aunque no estaba de acuerdo con la decisión que habían tomado... la cabeza me dolía demasiado para manifestar matutinas discrepancias.

—Por lo que veo no tengo otra alternativa así que ya veremos lo que ocurre.

Nos dirigimos hacia la estación central y cogimos el metro. Tardamos menos de diez minutos en llegar a nuestra parada y eso que el metro estaba abarrotado. La gente entraba y salía sin parar mientras nosotros nos acercábamos hacia la salida. El

contraste entre la luz artificial y los cálidos rayos de sol, me cegó durante un breve instante. Alcé la palma de mi mano y un leve cosquilleo recorrió mi cuerpo.

Me quedé estupefacto. El estilo gótico de la catedral inspiraba un profundo respeto hacia lo divino. La fachada principal tenía el aspecto de una casa con tejado pero de dimensiones extraordinarias. Seis torres atravesaban la fachada, como si de brazos se tratase, que con sus terminaciones de aguja daba la sensación de que los dedos del hombre intentaban tocar el cielo. Cinco puertas bajo sus ventanales recibían, desde hace siglos, los fieles de todo el mundo y la plaza del Duomo abrazaba el conjunto de tan inestimable belleza. Los pájaros, frutas, bestias e insectos esculpidos en la puerta principal, parecían seres vivos procedentes de un relato de leyendas y formaban parte de este lugar desde tiempos remotos.

—Demos una vuelta a su alrededor antes de entrar.

Mis compañeros asintieron y el dolor de cabeza desaparecía por momentos. Ya no me sentía un extraño en mi ropaje. Era increíble lo bien que estaba conservada; se notaba que el gobierno italiano atesoraba con pasión su historia.

—Vamos Vicente, entremos y concluyamos nuestra visita. A lo mejor al informador se le ocurrió lo mismo y no me gustaría que nos viese.

—Vayamos pues.

El interior de la catedral te dejaba con la boca abierta. ¡Todo era tan hermoso! Las enormes columnas que sujetaban esos inalcanzables arcos y las flores blancas dibujadas en el suelo imperecedero ofrecían una sensación de paz y tranquilidad. Las estatuas de nuestro alrededor cobraban vida en tan majestuoso lugar y pasaban a formar parte del vaivén de la gente entremezclándose con la multitud.

—Subimos al tejado, damos un breve paseo y nos vamos.

—¿Podemos subir al tejado?

—¡Sí! Y ya que estamos aquí; no veo por qué perder la oportunidad.

—La verdad es que a mí también me apetece echar un vistazo. ¿Y a ti Emma?

—Claro... ¿Por qué no?

Para subir, había dos opciones; por las escaleras o por un ascensor que habían instalado no hace mucho. Ambas opciones resultaban bastante desagradables para mí. El cansancio, la resaca y mi claustrofobia, no formaban una buena combinación. Sopesé las opciones y deduje que en el ascensor sólo tenía que morderme los labios durante un minuto o menos mientras por las estrechas escaleras debía enfrentarme a todo lo anterior. Escoger la primera opción parecía la elección más lógica.

—No te preocupes Vicente, yo te ayudaré a subir en el ascensor.

Emma me cogió de la mano mientras yo apretaba con fuerza la mandíbula. Cerré los ojos e intenté no temblar al entrar.

—Sólo un momento más; ya casi hemos llegado.

—Gracias Emma.

Las vistas eran maravillosas. Mereció la pena el ratito de penuria. La ciudad entera yacía bajo nuestros pies y el inmenso cielo azul, nos elevaba por encima de lo mundano. El Duomo de Milano, era una de las poquísimas catedrales que te brindan la oportunidad de pasear por su tejado y contemplar los imparables siglos de historia y cultura que nos rodeaba.

—Lamento aguarte la fiesta pero debemos marcharnos.

—¡Sí! Ya podemos bajar.

—Sólo tienes que hacer un pequeño esfuerzo más en el ascensor.

—Te lo agradezco. No lo hubiera conseguido sin ti.

—Jajaja. Tampoco es para tanto.

Era casi la hora de comer. El momento perfecto para tomarnos el café que mis compañeros habían planeado y de paso comer un aperitivo. Nos alejamos de la plaza que al estar abarrotada de gente, sería imposible encontrar un sitio donde sentarse.

—Busquemos un sitio por aquí cerca. Pronto serán las tres de la tarde.

Sólo nos habíamos alejado dos calles de la plaza y encontramos un sitio muy pintoresco para sentarnos.

—Vicente ¿estás nervioso?

—Supongo que sí. El problema es que no sé exactamente lo que tengo que hacer.

—No te preocupes. Seguramente el contacto lo tiene todo previsto. Hasta el momento no ha dejado nada al azar.

—Espero que esta vez no sea diferente.

*

Diez minutos antes de la hora prevista, me levanté y me dirigí de vuelta a la plaza donde tenía que encontrarme con nuestro «benefactor». Ya nos había ayudado en ocasiones anteriores y quizás el encuentro de hoy fuera el definitivo. El problema era ¿A dónde debía dirigirme exactamente? Pensaba dar otra vuelta alrededor de la catedral y después visitaría su interior una vez más.

Hacía un día soleado y el termómetro marcaba los treinta grados centígrados. Pasear con la sotana negra, se volvía más agobiante durante estas horas del día. Eran ya las tres en punto o como se especificaba en la nota, las quince horas. Nadie se me acercaba y tampoco sabía lo que hacer, lo mejor sería entrar dentro de la catedral y echar un vistazo.

En la entrada, me detuve unos segundos para volver a mirar esos pájaros y bichos que tanto me llamaron la atención anteriormente. Las estatuas de la entrada me vigilaban y cuando me dispuse a entrar, un mendigo, vestido con un chándal con capucha que le cubría la cara, se me acercó.

—Por favor Padre... ¿me da una moneda? Una limosna por favor y que Dios le bendiga.

—Claro hijo mío. Espera un minuto.

Saqué una moneda de dos euros y se la di. No solía ofrecer dinero a los más necesitados sino un bocadillo y un refresco pero esta vez no tenía tiempo de darle algo de comer.

—Muchas gracias Padre.

Entré en la catedral y me volví a fijar en los enormes arcos que cruzaban el techo soportando el tremendo peso de la piedra. Mi mirada bajaba lentamente centrándose en los pasillos laterales buscando algún indicio que me indicase el camino a seguir. De repente, me quedé pensando, volví a salir a la calle rápidamente y me acerqué al mendigo.

—Me has hablado en perfecto español. ¿Cómo sabías que no soy italiano?

—Por la forma que viste Padre. Es mi trabajo saber distinguir detalles en la gente.

—¡Claro! Perdóname hijo mío. No pretendía importunarte.

—No se preocupe Padre Gómez.

Mi sangre se congeló y se me puso la piel de gallina.

—¿Cómo? ¿Cómo sabes mi nombre?

—Porqué no me invita a comer y charlamos. Sea un buen cristiano.

—¿Eres el contacto?

—Vayamos a comer Padre... aunque usted... ya haya comido.

Si sabía eso, seguro que también sabía que Eduardo y Emma estaban cerca de aquí. Bueno, supongo que no importaba, se había puesto en contacto conmigo lo que significaba que no se había molestado por no haber seguido las reglas.

—Conozco un sitio cerca de aquí donde disfrutaremos de suficiente intimidad.

—¿Cómo te llamas?

—Llámame Tom.

—De acuerdo Tom. Tengo muchas preguntas...

—... Me lo imagino pero deberás esperar unos minutos más.

No tardamos en llegar a un restaurante apartado del bullicio y de apariencia discreta. En otras circunstancias ni me habría fijado en él. Entramos dentro y el camarero nos acompañó a una mesa que al parecer la había reservado para la ocasión. Enseguida me di cuenta de que nada era lo que parecía a primera vista.

—Para empezar Padre Gómez, me gustaría que constara que yo no estoy de acuerdo con que os ayudemos.

—Ahora sí que estoy confundido.

—Es muy simple, sólo sigo órdenes.

—Entonces, tú no eres...

—Yo soy Tom. Nada más.

—¿Cómo se llama quien te da las órdenes?

—También se llama Tom.

—No lo entiendo pero supongo que me debo conformar con la respuesta.

—En efecto. Ahora déjeme a mí hacer las preguntas.

—Por supuesto ¿Qué quiere saber?

—Para empezar ¿Cómo conocíais la identidad de la cuarta víctima?

—¿Te refieres a Philippe?

—Déjese de sentimentalismos y detalles sin importancia. ¿Quiere respuestas, o no?

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo!

—Entonces, conteste a la pregunta.

—Emma encontró un extracto de un banco suizo. Luego fuimos preguntando de banco en banco.

—¿Eso os condujo a la víctima?

—Eso y un poco de suerte.

Tom se quedó pensativo. Se notaba que mis respuestas no le agradaban demasiado y actuaba con desinterés y frialdad.

—Ahora usted Tom. ¿Por qué nos ayudáis?

—Para contrastar información. Mi jefe piensa que si las pistas que nosotros seguimos coinciden con vuestras conclusiones, significa que vamos por buen camino.

—¿Sólo eso?

—Para usted debería bastar. ¿Acaso no sigue la pista del asesino? ¿No tiene en sus manos toda la información necesaria para continuar interfiriendo en nuestra investigación?

Tenía razón. No importaba los motivos por los que nos ayudaban sino el hecho de que lo estaban haciendo. La incómoda silla de madera, se me clavaba en la espalda y me apretaba el trasero. El interrogador con la indumentaria de mendigo, zarandeaba un pequeño salero de un lado a otro poniéndome aún más nervioso.

—Entonces Padre, dígame. ¿A qué ciudad nos conducen ahora?

—Pensaba que usted me lo diría.

—¿Cómo contrastaríamos información si yo hiciera eso?

Me eché hacia atrás bastante disgustado. Enseguida entendí que sólo éramos una herramienta, un instrumento para conseguir un fin y a pesar de eso, debíamos estar agradecidos. Necesitaba desconectar durante unos segundos. El camarero, sin que nosotros hubiéramos pedido nada, trajo un montón de comida y la colocó sutilmente frente a nosotros. Pan con ajo, macarrones con salsa de tomate y pimientos verdes, unas bolas blancas muy raras y algunas cosas más. Tom dejó el salero y con un tenedor empezó a remover la comida de su plato sin ni siquiera probarla. Levanté la cabeza y me fijé en unas banderas que colgaban en la pared junto a unas lucecitas de

diversos colores. Habría dos, o quizás tres decenas de banderas pero no reconocía ninguna.

—¿Tiene más preguntas Padre?

Miré fijamente a nuestro odioso benefactor con cierta apatía. No quise contestarle y me puse a ojear el local haciéndome el pensativo. Las mesas eran pequeñas y acogedoras. Las sillas, de madera y muy incómodas, igual que la mía. Tom siguió removiendo la comida haciéndola cada vez menos apetecible. Se reclinó hacia atrás, soltó el tenedor sobre la mesa y cruzó sus brazos.

—No soy un hombre muy paciente Padre.

—Deme sólo un minuto. Si quiere mi respuesta tendrá que esperar.

—De acuerdo pero ya le he avisado que la paciencia no es una de mis virtudes.

Me volví a fijar en las banderas que colgaban de las paredes, desviando la vista de las ventanas de madera, cubiertas con unas cutres cortinas blancas de ganchillo. De repente me percaté de que no se trataba de banderas de festivales sino emblemas de ciudades. En la parte inferior de cada una se distinguía con facilidad el nombre de la ciudad que representaban. ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

—Discúlpeme Tom. ¿Puedo echar un vistazo?

—Claro... por eso estoy aquí. Para que usted haga turismo...

Torino, Roma, Bari, Prato, Florencia, Verona y muchas más ciudades pero la que enseguida atrajo mi atención era la bandera de Venecia. Una bandera roja con la representación de un león alado. Parecía demasiado obvio.

—¡Venecia!

—¿Cómo dice Padre?

—Venecia es la siguiente ciudad.

—No juegue a las adivinanzas conmigo. Ya le he dicho que sólo contrastaré la información; no se la proporcionaré.

—La servilleta roja con un león envuelto en ella. Es la bandera de Venecia; no era casualidad.

—¿Y el mensaje?

—De momento no lo sé pero seguro que una vez que lo busque en Internet encontraré la relación.

Volví a sentarme a la mesa con mucha más confianza.

—Parece usted muy seguro.

—Tan seguro que apostaría mi vida.

—Lo malo es que la vida que está en juego no es precisamente la suya.

Me quedé callado. Me había pasado un poco con mi anterior comentario aunque al parecer eso atrajo la atención de Tom.

—Tiene usted razón. No quise decir eso.

—Tranquilo Padre... Tranquilo. Le ahorrare la molestia de buscar en internet.

Tom dejó de mirarme de forma retorcida, rascó su frente con inquietud y arrastró su silla hasta quedarse pegado a mí.

—Siendo un amante de la historia, es posible que haya oído hablar de la escalinata de los gigantes en el palacio Ducal de la plaza de San Marcos, en Venecia.

—Es posible pero en este momento no recuerdo nada al respecto.

—Refrescando su memoria, dicha escalinata recibe su nombre por las dos esculturas que dominan el acceso al segundo piso del palacio. Dos gigantescas esculturas de Marte y Neptuno; una en cada lado.

—¡Entonces no me equivoco, la ciudad es Venecia!

Tom volvió a alejarse de mí lado colocando la silla en su sitio. Con una servilleta de tela se limpió las manos y entonces me miró de una forma muy curiosa. Una irónica sonrisa se le escapó de los labios revelando cierto grado de satisfacción.

—Eso es todo Padre. Recuerde que invita usted aunque por otro lado... la cuenta ya está pagada.

—¡Tom!

—No se preocupe. Seguro que nos volvemos a ver.

Sólo se había alejado unos pocos pasos, cuando de pronto se detuvo bruscamente y se giró hacia mí una vez más.

—Es curioso Padre...

—¿El qué?

—Es curioso como lo antiguo se une con el presente y marca un futuro, ¿no le parece?

Dicho esto, volvió a sonreír y se marchó. No intenté seguirle aunque tampoco hubiera servido de mucho. Sus últimas palabras me desconcertaron ¿se trataba de una pista más a seguir? O simplemente se le había ocurrido en forma de comentario. Por lo menos ya sabía quién nos proporcionaba la ayuda y cuál era su propósito sin mencionar el hecho que la siguiente ciudad había sido confirmada. Debíamos viajar a Venecia.

XVIII

No habíamos perdido tiempo. Después de una breve descripción de lo ocurrido a mis compañeros, nos encontrábamos en el coche de camino a Venecia. En este momento disponíamos de casi dos días para descubrir quién iba a ser la siguiente víctima e intentar impedir su muerte. El peso de las agujas del reloj volvió a caer sobre nosotros.

—No me puedo creer que nos estén utilizando.

—A mí me parece lógico Eduardo. Ellos nos utilizan y nosotros nos aprovechamos de la información que nos proporcionan. Se llama «Quid Pro Quo» y es muy frecuente en este tipo de situaciones.

—Lo sé Emma pero es que no lo entiendo. Si Vicente dice que Tom debía de ser del gobierno...

—¿Estás seguro Vicente?

—¡Claro que no estoy seguro! Ya os he dicho que es la impresión que me dio aunque no tengo mucha experiencia en el tema.

Eduardo no dejaba de refunfuñar.

—No lo entiendo, si son del gobierno ¿Por qué tenemos que actuar a escondidas? ¿Por qué no podemos colaborar directamente con ellos?

—Ya os dije que quien estuvo conmigo, no estaba de acuerdo en que siguiéramos el caso. Simplemente seguía órdenes y al principio no parecía nada contento.

—Sí, ya. Hablaste con Tom que sigue órdenes de Tom que a su vez...

—¡Relájate Eduardo! Vicente sólo nos ha contado lo que ocurrió. No podemos pedirle más.

—Ya sé que él no tiene la culpa de nada; es que no lo entiendo.

—Al menos sabemos a dónde vamos.

—...

De Milano a Venecia, había casi trescientos kilómetros. Mis compañeros siguieron haciendo conjeturas sobre Tom durante todo el trayecto mientras yo me limité a permanecer en silencio sentado en la parte de atrás. Únicamente pensaba en la fuerza de las casualidades y la planificación de las mismas. El destino tenía una forma muy curiosa de manifestarse pero ¿somos nosotros quienes marcamos nuestro destino? Quizás sólo seamos una insignificante pieza de un domino que siempre finaliza con el inevitable encaro con la muerte.

Acabábamos de pasar Padova y un cartel en la autovía indicaba veintiocho kilómetros hasta Venecia. Hacía mucho tiempo que deseaba visitar esta ciudad. Ya había estado en Roma, Nápoles y Florencia aunque bajo otras circunstancias. Los motivos que me trajeron hasta aquí eran tan tristes como siniestros y sólo

conllevarían a oscurecer la brillantez de Venecia. Ciudad de artistas y mercaderes. Reyes y plebeyos, todos conviviendo bajo el mismo techo de majestuosidad que en tantos textos había sido reflejada.

¿Por qué estábamos aquí? ¿Por qué «Zeus» eligió una ruta tan singular? Uno de los terroristas había muerto pero a pesar de ello su plan parecía seguir en marcha. ¿Nos utilizaba como a unos simples títeres? ¿Formábamos parte de su plan?, ¿o simplemente nos habíamos colado en una mal orquestada pantomima?

—Vicente. Ya falta poco por llegar. ¿Tienes alguna idea que nos indique por dónde empezar?

—No se Eduardo. Como el dinero no es problema, busquemos un hotel lo más céntrico posible.

—De acuerdo; eso está hecho.

—¡Ah! Y que tenga Internet por favor. Me gustaría documentarme sobre algunas cosas.

—¿Crees que conseguiremos averiguar la identidad del siguiente objetivo?

—No lo sé... Creo que las víctimas tienen más en común que el pecado que representan.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Piensa en todos los asesinatos. Las víctimas fueron sorprendidas pero existen indicios de que «Zeus» y ellos tenían una relación más compleja que un simple encuentro fortuito.

—A mi también se me pasó por la cabeza. De hecho, me resulto muy raro que Philippe hubiera llegado mucho antes y que no lo hubiera asesinado de inmediato. Significa que Samir llevaba con él desde el principio y sólo hay dos posibles explicaciones.

—Te escuchamos.

—La primera podría ser que Samir lo mantuviera vivo usándolo como rehén.

—Si era el cuarto día ¿por qué esperar tanto para matarle? ¿Por qué arriesgarse a ser capturado?

—¡Exacto! La segunda explicación sería que ya se conocían. Samir no fue un intruso sino un invitado.

—Eso mismo pienso yo Eduardo.

Emma no pronunciaba ni una palabra. Me fijé en el retrovisor y enseguida me di cuenta de que se había puesto roja y respiraba con dificultad. Sus manos temblaban al volante y noté que el coche iba cada vez más rápido.

—¿Te encuentras bien Emma?

—¡Lo cierto es que no! Si todo lo que decís es verdad, significaría que mi padre también conocía a esos asesinos y no sólo eso; también formaba parte de su plan.

—No quiero ser desagradable pero un millón de euros no caen del cielo. ¿No te

parece? Es un dato que resulta bastante obvio y creía que ya te lo habrías imaginado.

—Debí hacerlo pero... no quería.

*

Dejamos el coche en el aparcamiento de la plaza de Roma, entre la estación del ferrocarril y la estación marítima. Caminamos hacia un muelle próximo al gran canal, donde cogimos una lancha taxi. Pronto atravesábamos las mansas aguas dirigiéndonos hacia el corazón de la ciudad milenaria. Las fachadas de los edificios pegados al agua, creaban un halo de romanticismo, misterioso y excitante. Las pequeñas ventanas de madera, con la pintura desconchada por la humedad y el oxido devorando sus envejecidas bisagras, ocultaron generaciones de miradas curiosas y caricias de noches apasionadas. Tejedos rojizos, mustios por el paso del tiempo, ensombrecidos por unas pocas torretas que parecían campanarios de arquitectura románica. Palos de madera emergían de las aguas por las orillas, algunos pintados de color blanco y negro mientras otros no. La arquitectura y el modo de vida que transcurría ante mis ojos, permanecía intacta desde hace más de quinientos años y sus estrechas calles, conducían a un sinfín de laberintos que siempre despertaban sentimientos de caballeridad y romanticismo.

No podía excluir a la hermosa Emma de este indescriptible cuadro con múltiples colores. El día nublado, ocultaba la cálida luz del sol pero a pesar de todo, ella brillaba entre las pequeñas olas del canal provocadas por góndolas y autobuses flotantes que surcaban las aguas incesantemente. Una tímida sonrisa apareció en mi boca pero Emma no se daba cuenta de la forma en que la miraba. ¿Y cómo iba a hacerlo? Al fin y al cabo... sólo era un pobre cura de pueblo.

No tardamos en llegar al fin del gran canal y apareció ante nosotros el Palacio Ducal. Supongo que la palabra palacio se quedaba corta para describir una maravilla de tal esplendor. Se dice que según la posición del sol va cambiando de color blanco a un color rosáceo y que ese efecto luminoso, llega a reflejarse en el agua, creando un espectáculo natural que al fundirse con su entorno resulta indescriptible.

—Bueno chicos, ya hemos llegado. Opino que lo primero que hay que hacer es buscar un hotel donde alojarnos y luego echaremos un vistazo por los alrededores. ¿Qué me decís?

—A mi me parece bien ¿y a ti Eduardo?

—Claro... ¿Por qué no?

—Ahora que lo pienso, yo buscaré el hotel. Vosotros dos será mejor que empecéis con la investigación. Si surge algún imprevisto hablamos por teléfono.

—¿Y qué hacemos con las maletas?

—Pues... que cada uno cargue con la suya.

—Buena observación Vicente; lo dicho, os llamaré.

Emma se alejaba arrastrando su maleta mientras nosotros aún bajábamos las nuestras del taxi. Menos mal que ahora las fabrican con ruedas porque si esto hubiera ocurrido hace veinte años, nos habiéramos lastimado la espalda cargando con ellas.

—Te has dado cuenta que a «Zeus» le gustan las localidades con contenido histórico.

—Ya me había dado cuenta Eduardo pero también piensa en esto ¿Qué ciudad del viejo continente no tiene algún que otro legado histórico?

—Tienes razón.

—Si lo piensas, nos somos conscientes de toda la historia que nos rodea. Vivimos en casas centenarias y compramos en mercados protegidos por antiguos pero obsoletos muros romanos. Comemos en restaurantes con vistas a palacios y algunas veces incluso dentro de ellos pero siempre sin darnos cuenta de importancia de los lugares que frecuentamos.

*

Las palomas de la plaza de San Marcos, permanecían impasibles al paso de los visitantes. Sólo de vez en cuando se abalanzaban sobre las personas reclamando alguna migaja de pan desesperadamente. De la misma manera fluye la vida entre nosotros. Caminamos día tras día entre rutinarios sucesos hasta que de repente un día todo cambia por un acto de desesperación.

—Vamos Vicente. Piensa en el siguiente paso. Yo puedo sacar conclusiones sobre hechos consumados pero no soy muy bueno interpretando señales.

—Me temo que nos encontramos en un callejón sin salida. No se me ocurre nada. Imagínate por un momento que no tuviéramos que realizar ninguna interpretación ni sacar conclusiones de objetos e inscripciones ¿cuál sería el siguiente paso más lógico?

—De acuerdo. Olvidémonos de pecados, Dante y todo lo demás.

—¡Lo olvidamos!

—Según las pistas dejadas por «Zeus» y contrastadas con Tom, hemos llegado a la ciudad correcta.

—Hasta aquí bien.

—Falta averiguar la identidad de la siguiente víctima y donde vive.

—¿Y cómo llegamos a esa conclusión?

Eduardo agachó la cabeza y empezó a rascarse el pelo con la mano izquierda. Sacó su bolígrafo del bolsillo y empezó a caminar haciendo círculos a mi alrededor.

No sólo empezó a marearme sino que también espantaba a las palomas que merodeaban cerca de nosotros.

—¡Un momento! Tom, ya había deducido que el siguiente asesinato ocurriría aquí. Es muy probable que tenga otras fuentes de información pero aún así, llega a las mismas conclusiones que nosotros.

—Todos los caminos conducen a Roma.

—¡Exacto!

—Cuando hablamos, me dijo que nos utilizaban para contrastar información.

—Muy bien Vicente. Lo que significa que ahora nosotros podemos hacer lo mismo.

—¡Claro! Debemos seguirle. Él nos conducirá hacia el siguiente objetivo de «Zeus» y de esa manera quizás podamos evitar el asesinato.

—Ahora sólo nos falta encontrar a Tom.

—Me temo que no va a ser una tarea fácil.

—Vamos Vicente, piensa. ¿Cuál fue la última pista que te reveló Tom?

—Me dijo que Neptuno y Marte se encontraban en el palacio Ducal. Justo donde nosotros estamos.

—Sabiendo eso, es más que probable que se acerque a contemplar la pista que ha descifrado y que con tanta generosidad te ha entregado.

—¡Cierto! El orgullo.

—Sólo es una posibilidad pero en este momento es lo único que se me ocurre.

Seguimos paseando por la plaza esperando que Emma volviera. Nos acercamos al puente de los suspiros que se encontraba muy cerca de donde estábamos. No sería tarea fácil echarle un vistazo ya que el único acceso al puente era desde el interior del palacio Ducal y conducía a la antigua prisión de la ciudad. Quizás podríamos verlo de refilón en alguna esquina.

—A veces Vicente, envidio tu pasión por la historia. Debe de ser muy bonito poder relacionar objetos y lugares tan hermosos con situaciones y vivencias de personas. Por ejemplo ¿cuántas parejas enamoradas se habrán besado por primera vez en este puente y suspiraron de emoción?

—¡Hombre! No quiero fastidiarte el momento pero el puente de los suspiros no se llama así por esa razón.

—¿No? ¿Por qué se llama así entonces?

—Por aquí pasaban los prisioneros del estado veneciano tras un juicio... mmm... rápido y suspiraban porque era la última vez que contemplarían el cielo azul ya que el edificio que está justo enfrente de nosotros es la antigua prisión. No se trataba de un suspiro romántico sino más bien de amargura.

—Eso me pasa por hablar.

—Otra historia interesante es que aquí habían encarcelado el famoso Casanova.

—Creía que había muerto en la República Checa.

—¡Y así fue! Consiguió escaparse junto con un monje.

—¿Por qué fue encarcelado?

—Le cogieron practicando una orgía junto a personas influyentes de esa época. Bueno, influyentes y espirituales, tú ya me entiendes.

—Te entiendo. Jajaja.

Eduardo empezó a reírse de una forma muy pícaro. No estaba acostumbrado a verle tan relajado y hablando de cosas sin ninguna relación con el trabajo. Detrás de la fachada de tipo duro, se escondía un hombre ilusionado por la vida y además bastante gracioso.

—Ring, ring...

—Es Emma, veamos que ha conseguido... ¡Dime!

Dejamos atrás el puente de los suspiros y nos dirigimos de vuelta a la plaza.

—Nos está esperando justo en el lugar que nos separamos.

—Mejor. Así no perderemos tiempo buscándola.

El día acababa y yo veía a Emma tan guapa como siempre. Daba la sensación de que ni el ajetreo de los trayectos en coche ni el mal sufrido durante estos días, mermaba el brillo de su rostro. Me temo que me estaba enamorando y eso sí que entraba en serio conflicto con mis creencias.

—¿Por qué me miras de esa manera Vicente?

—No es nada... sólo pensaba...

—¡Te has vuelto a vestir la sotana!

—La verdad es que la única ropa de calle que tenía me la he dejado en la lavandería del hotel en Milano.

—No te preocupes tanto Vicente, jajaja. Te sienta muy bien.

—Bueno parejita. ¿Qué hacemos ahora?

El comentario de Eduardo me sonrojó y se me pusieron los pelos de punta. Entonces, Emma me cogió del brazo, lo que me hizo sentir aún más incomodo.

—Qué os parece si nos acercamos a esa cafetería en la plaza y nos tomamos un refresco.

—A mí me parece una idea estupenda. Así te contamos lo que se nos ha ocurrido. Por cierto ¿el hotel está lejos de aquí?

—No mucho ¿Por qué?

—Por las maletas; ya está bien de seguir paseándolas. Así sabremos si debemos arrastrarlas durante mucho más tiempo por la ciudad.

—No te preocupes, se encuentra muy cerca de aquí y os aseguro que os va a encantar.

Nos sentamos en la cafetería y Eduardo se dispuso a explicarle nuestras conclusiones y lo que pensábamos hacer. Mientras, yo volví a distraerme con la gente

que paseaba por la plaza. Parecía que no tenían fin, cuando unos se iban otros llegaban y me imaginé que así sería durante todo el día. Desde mi posición podía contemplar el campanario de la plaza que en cierto modo me recordaba a un enorme faro. Su estructura de ladrillo y su color anaranjado hacía que destacase aún más el color blanco del arqueado campanario que se sentaba sobre la torre. El tejado de forma piramidal y de color verde esmeralda parecía iluminar las almas de los fieles que venían a visitarlo y por encima de todos nosotros, un Arcángel Gabriel dorado vigilaba a los visitantes.

La oscura noche, iluminada por las luces de la plaza y los farolillos de las góndolas, me hipnotizaba y poco a poco sentía el cansancio del largo día extendiéndose por mi cuerpo. El arrullo de las palomas ya no era tan intenso como lo era durante el día y las bulliciosas risas de la gente se transformaban en discretos cuchicheos. Todos notábamos el cansancio así que decidimos que ya era hora de ir al hotel. El día de mañana se nos presentaba complicado, con una larga vigilancia esperando a que Tom acudiera a una cita que él desconocía. Seguro que habíamos llegado a una conclusión lógica pero eso no significaba que fuese a aparecer. Una vez más, esperábamos tener suerte y que el orgullo tentase a nuestro desapacible colaborador.

XIX

Hoy volvería a ponerme la sotana y aunque ya debería estar acostumbrado a ella, cada vez me pesaba más y más. Saqué de la maleta mi neceser con las cosas de aseo y me fijé en mi vieja Biblia. Posé mi mano sobre ella para averiguar si era capaz de volver a sentir mi pasión por su doctrina pero sólo conseguí un vacío aún mayor. Dudaba, me sentía frustrado y con cada paso que daba mermaba mi interés por las Sagradas Escrituras. No sabía si sería capaz de engañarme a mí mismo durante más tiempo. Estaba claro que el camino de Dios y el mío, con cada atrocidad que veía y con cada obstáculo que me tropezaba, tomaban direcciones diferentes aunque no opuestas. Quizás, al estar lejos de mi pueblo, había dejado de sentir la presión y la necesidad de mis vecinos por un guía espiritual. Fuera lo que fuera yo me sentía libre.

Mis compañeros, apoyados en la recepción, esperaban a que me acercase para entregar mi llave. Por todas partes predominaban las pequeñas esculturas de cristal y las figuritas de coral rojo. Paredes revestidas de madera, alfombras de terciopelo, lámparas de bronce, todo un exuberante lujo en pleno centro de Venecia. No me cabe la menor duda que constaría un ojo de la cara pero quién era yo para oponerme a la decisión de Emma.

—¿Has dormido bien?

—Sí gracias.

—Me había acostumbrado a verte sin la sotana. Me imagino que te sentirás más cómodo en ella.

—No estés tan segura de eso.

Ella me miró sonriendo mientras Eduardo arqueaba las cejas con cierto tono de picardía.

—Pues hoy encontraremos la forma de remediar eso ¿Te parece?

—¿¡Cómo!?

—Tú sólo déjalo en mis manos.

—¿...?

—Ja ja ja. No hace falta que pongas esa cara.

No entendía muy bien lo que Emma quería hacer pero tampoco era momento de preocuparse por ello. Tomamos un bocado rápido en el comedor del hotel y nos fuimos a la plaza para organizar la vigilancia. Si fallábamos, nos enteraríamos del paradero de la siguiente víctima por los periódicos y seguramente la información sería falsa.

Hoy era viernes y en la plaza paseaba mucha más gente que ayer. Ni siquiera era capaz de distinguir bien a las palomas entre la multitud.

—Dios mío ¿Os dais cuenta que ya es fin de semana?

—Eso hace que nuestras posibilidades mermen.

—Con tanta cantidad de gente paseando no creo que seamos capaces de ver a Tom si no es a una distancia relativamente corta.

—Tranquilos chicos; debemos ser positivos. Pensad que dadas las circunstancias nosotros seremos menos visibles para él y no al revés.

—Es otra forma de ver las cosas aunque no estoy convencido del todo.

—Como ya os dije debemos ser positivos. Esperad un momento aquí; enseguida vuelvo.

Emma se acercó a una tienda de souvenir mientras Eduardo y yo nos preguntábamos qué se le habría ocurrido esta vez. Pasado un rato volvía con unos libros en las manos.

—Aquí tenéis. Guías de la ciudad. Podremos usarlas para escondernos tras ellas si Tom aparece.

—¡Querrás decir cuando Tom aparezca!

—Eso es; cuando Tom aparezca. Así me gusta, pensad en positivo.

Atravesamos la puerta del palacio coronada con el león alado y nos dirigimos al patio. Dos pozos con brocales de bronce adornaban los dos extremos y por encima de ellos, los arcos y las columnatas rodeaban el lugar. La pequeña fachada del reloj, afeada por una tela negra y unos pocos andamios de obras, marcaba el tiempo que transcurría sin alterarse por los sucesos mundanos.

—Creo que esa esquina de allí es el mejor sitio para controlar a los gigantes.

Eduardo examinó el lugar a distancia y movía su cabeza, aprobando el lugar escogido.

—De acuerdo pero será mejor que nos separemos. Tú Vicente colócate en esa parte para cubrir el lado derecho y tú Emma podrías sentarte al lado de las escaleras como si fueses una estudiante.

—Vale, pero primero debo hacer una cosa.

Eduardo y yo nos quedamos perplejos sin saber lo que tenía que hacer pero no quisimos preguntar y en silencio asentimos con la cabeza. Ella se alejaba y nosotros ocupamos nuestras posiciones para dar comienzo a la incierta vigilancia.

Pasaron casi dos horas antes de que Emma regresara y de momento, la suerte no nos había sonreído. Llevaba en sus manos unas cuantas bolsas que a primera vista parecían abultar bastante. Al parecer se había ido de compras algo que no nos pareció muy normal. Mi mirada se cruzó con la de Eduardo y los dos nos dirigimos hacia ella para averiguar cuál era el asunto que con tanta premura quiso atender.

—Estoy de acuerdo con la idea de usar las guías de la ciudad para disimular pero ¿me puedes explicar cómo se te ocurre ir de compras? ¿No sabes que cada minuto cuenta y que tres pares de ojos ven mejor que dos?

Emma llegaba con una sonrisa en la boca y de repente agachó la cabeza como si estuviera arrepentida.

—Yo sólo fui a compraros algo de ropa, ya que Vicente perdió la que tenía y pensé que tú también agradecerías una muda nueva.

Eduardo se quedó mirándola fijamente sin ni siquiera parpadear. Mostraba una expresión de enfado y arrepentimiento a la vez. Se notaba que estaba confuso y no sabía muy bien cómo reaccionar. Se pasó la mano por la cabeza y el cuello y finalmente alargó la mano para coger las bolsas.

—Déjame que te ayude con las bolsas. Te agradezco el gesto; la verdad es que no estoy acostumbrado en que una mujer se preocupe por mis necesidades. Hace tiempo salí de un matrimonio bastante ruinoso y desde entonces me he dedicado a fondo a mi trabajo, dejando que mis emociones se endurecieran afectando a la gente que me rodea.

—No te preocupes Eduardo. Es cierto que el momento no es el más propicio para fijarse en este tipo de detalles. Simplemente quería desconectar durante un tiempo y hacer algo que agradase a los demás para variar.

—Bueno... mejor olvidémonos de mi comportamiento y concentrémonos en el trabajo ¿de acuerdo? No has hecho nada malo y por ello no debes disculparte. Toma Vicente, lleva las bolsas al hotel, cámbiate de ropa y regresa lo antes posible. Seguro que llamarás menos la atención. Yo miraré lo que me has comprado esta noche, mientras tanto nos quedaremos a vigilar hasta que Vicente regrese y podamos concentrarnos todos en hacer nuestro trabajo.

El discurso de Eduardo hizo que Emma se repusiera y con un gesto firme cogió la guía de la ciudad que tenía en mis manos y se dirigió a la zona de los gigantes. Eduardo, me dio las bolsas con la ropa y también regresó a la esquina cerca del primer pozo. Me quedé durante unos segundos pensando en el pequeño altercado de mis compañeros, sonreí y me dirigí hacia el hotel para quitarme la sotana que tanto me pesaba.

*

No tardé en regresar a mi puesto de vigilancia. Me encontraba mucho más cómodo y con una sensación renovada gracias a la ropa que Emma me trajo. Había acertado con mi talla y aunque el pantalón y la camisa resultaban muy modernos para mis oxidados gustos, debo admitir que me quedaban muy bien. Eso sí, al menos la camisa a rayas que me trajo era de colores neutros y no me hacía sentirme muy extraño conmigo mismo.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que había regresado y casi tuve que caminar

delante de ellos para que me reconocieran. Supongo que aunque sigo siendo el mismo, la ropa sí que me hacía diferente. No cruzamos ni una palabra y me dirigí al sitio que Eduardo me había asignado donde la estatua de Neptuno junto con la de Marte, me vigilaban con su difusa y fría mirada.

El día transcurría lentamente y no teníamos noticias de Tom. Era de esperar, al fin y al cabo sólo suponíamos que la curiosidad le atraería hasta aquí. Aún así, no debíamos desanimarnos. Nos encontrábamos en el segundo día del macabro programa de «Zeus». Quizás, mañana tuviéramos más suerte.

Poca gente quedaba en la plaza de San Marcos y el cansancio ya se había apoderado de nosotros. Con un poco de decepción y algo más de esperanza, nos dirigimos hacia el hotel para descansar. Un día más a favor de «Zeus» y uno menos para el pobre desconocido que a pesar de que vivía tan cerca de nosotros, su rescate cada vez parecía más lejano.

XX

El agua caliente de la ducha, despejaba el sueño restante acumulado en mi cuerpo. Después de las caminatas de ayer me dolían mucho los pies y no había dormido muy bien. El vapor, inundaba el pequeño cuarto de baño del hotel haciéndome sentir un gran alivio al esconderme tras el desconcierto de mi ignorancia. Mis compañeros habían depositado demasiada confianza en mí y la tremenda presión que estaba soportando conseguía agotarme.

Los azulejos verdes de las paredes, condensaban la vaporosa agua convirtiéndola en pequeñas lágrimas que resbalaban hacia el suelo. Tenía la sensación de mantener los ojos abiertos, pero en realidad mis párpados estaban cerrados con firmeza. Los fluorescentes parpadeaban a mí alrededor, el espejo frente al lavabo se doblaba y la toalla que colgaba en la percha me parecía inalcanzable. Las imágenes de las víctimas aparecían en mi mente, demacradas y corrompidas, pretendían luchar contra la enfermiza y oscura naturaleza que reside en todos nosotros. En vano se retorcían queriendo agarrarme mientras desesperadamente intentaba huir de ellos. El agua caliente que caía sobre mi cuerpo poco a poco se convertía en frío, y mi mano era incapaz de alcanzar el grifo para regular la temperatura. Mi mente se sosegó y una luz cegadora apareció en la penumbra de mis pensamientos.

—¿...?

—No te esfuerces Padre.

—¿Cómo?

—¿Sigues confuso y asustado?

—¡No! Ya no... reconozco que me has vuelto a sorprender pero ya sé quién eres...

—¿Y quién soy?

—Digamos que eres Daniel.

—Muy bien Padre, muy bien...

—Supongo que ahora mismo no estoy aquí. En realidad me encuentro en el suelo de la ducha. ¿Cierto?

—No te preocupes, sólo tienes una pequeña herida en el codo izquierdo y te dolerá la cabeza. Nada más.

—Es un alivio saberlo.

—¿Por qué no damos un paseo?

—De acuerdo ¿pero a dónde?

—¿Qué tal si regresamos al pasado?

—Yo... prefiero el futuro.

—Ja ja ja... el futuro se manifiesta segundo tras segundo y siempre puede

cambiar.

—... Pero siendo tú...

—¡Si pudiera predecir el futuro, no sería así!

—Supongo que no.

La forma de Daniel aparecía ante mí con asombrosa claridad pero me resultaba lejana y difusa. Las jugarretas de mi subconsciente podrían llegar a transformarse en las respuestas que anhelaba y aun así me arriesgaba a confundirme o peor aún... a volverme loco. La cautela en mis preguntas era primordial, la templanza en mi mente fundamental y recordar todo lo sucedido al despertarme... ¡Vital!

La penumbra se convirtió lentamente en un soleado mercado en medio de la nada. Era el tipo de mercado que encontraríamos en Marruecos, Turquía o por lo general en cualquier país árabe, sólo que en su totalidad me parecía muy rudimentario. ¡Quizás nos encontráramos en Siria! Eso tendría sentido para situar a «Zeus» en mi pantomima mental.

—¿Alejandro Magno paseaba por estas calles?

Debía formular las preguntas con cuidado recordando lo que se me había revelado la última vez.

—¡No paseaba! Fíjate en el hombre que cabalga orgulloso montado a ese magnífico ejemplar.

—¿Es quien me imagino?

—Más bien una representación de él.

—Entonces... ¿Dónde estamos?

—Ésa es la pregunta correcta...

—¿Y cuál es la respuesta?

—La tienes ante tus ojos.

—¿Todo lo que veo debe de estar relacionado con Alejandro Magno?

—¡No! Pero quizás él tenga un regalo para ti...

No dejaba de fijarme en todo lo que ocurría a mí alrededor para que no se me escapase ningún detalle. Tímidamente me acerqué hacia esa figura majestuosa, que representaba al admirado conquistador aunque su rostro no estaba bien definido y sólo era capaz de distinguir en él ciertos rasgos que ya conocía por sus estatuas.

—Lamento importaros majestad.

La mirada del imponente hombre consiguió intimidarme, aunque sabía que no era real.

—¿Qué es lo que tiene para mí?

—Acércate un poco más.

Agarré las riendas de su caballo mientras él desmontaba y cuando ya pisaba el suelo, me hizo una reverencia. Por supuesto yo le correspondí de inmediato y cuando alargó su brazo con el puño cerrado, mi corazón latió con fuerza. Humildemente,

alargué el mío para recibir el regalo que me ofrecía y cuando el obsequio se encontraba en mi poder, se montó rápidamente en su caballo. Cuando levanté la mirada vi que se dirigía hacia la salida de la ciudad y se alejaba sin mirar hacia atrás.

Me quedé oteando a Daniel con incertidumbre y alivio pensando que en mis manos se hallaba la respuesta.

—¿A qué estás esperando?

Abrí la palma de mi mano y la extendí para poder verla.

—¿Un dátíl?

—Piensa de dónde proviene cada cosa en tu lengua, pero no la confundas con la de los demás.

—¿Cómo?

El mercado, envolviéndose en un manto de viento y arena, aparecía cada vez más borroso y tenía la sensación de que todos los mercaderes y sus clientes me miraban fijamente. El obsequio de Alejandro Magno había desaparecido de mi mano y todo oscurecía hasta que mi cuerpo volvió a reanimarse gracias al agua de la ducha. Tal y como Daniel me dijo, sólo tenía un rasguño en el codo aparte de un tremendo dolor de cabeza. Me sujeté en los mangos de la ducha y con mucho empeño volví a incorporarme. No estaba muy desorientado; más bien me sentía decepcionado. Había afrontado la situación con valor y determinación pero a pesar de mis esfuerzos sólo me encontré con un dátíl en la mano, del cual desconocía su significado.

Habían transcurrido unos pocos minutos desde que me metí en la ducha y ya me encontraba completamente despejado. Me sequé con cuidado de no forzar mi codo y dejé la toalla en el suelo. Decidí que hoy no me iba a afeitar, así que me vestí rápidamente y me dirigí al vestíbulo del hotel para encontrarme con mis compañeros. Lo sucedido aún me perturbaba y no conseguía interpretar lo que había visto por ello decidí que no iba a contarles nada.

XXI

—Buenos días Vicente.

—Buenos días Emma ¿Qué tal has dormido?

—Yo bien, pero tú no tienes muy buena cara. ¿Te pasa algo?

—Sólo estoy preocupado por si volvemos a fallar. Eso es todo.

—El día aún es largo. No debemos perder la esperanza.

—Tienes razón, pero a lo mejor la siguiente víctima no disponga del día entero.

Mi manera de describir la situación le resulto desalentadora y el enrojecimiento de sus mejillas me dio a entender que se sintió avergonzada. De momento me había librado de dar explicaciones sobre mis extrañas visiones, aunque sabía que tarde o temprano tendría que mencionárselas.

Instintivamente, giré mi cabeza hacia las escaleras y vi a Eduardo que bajaba, cabizbajo y murmurando. Por la expresión de su cara diría que no había dormido muy bien. Todos sabíamos que la vida de una persona estaba en juego y el peso del fracaso recaía sobre nuestros hombros.

—¡En marcha! No hay minuto que perder.

Nos dirigimos de vuelta a la plaza de San Marcos y ocupamos nuevamente nuestros puestos de vigilancia. Era domingo y la gente acudía en masa a visitar la basílica y sus hermosas vistas. Por el contrario, el tiempo, nublado y gris, no auguraba nada bueno. Parecía que de un momento a otro iba a llover, como si la pena de Dios se estuviera concentrando en este hermoso lugar que estaba a punto de ser mancillado por un acto cruel.

No tardamos en llegar y mis dos compañeros no dejaban de caminar de un lado a otro mientras yo me había quedado parado bajo la atenta mirada de los dos gigantes.

—Una extraña combinación de vistas y emociones. ¿No le parece?

—¿Cómo dice?

Me giré hacia el extraño que sigilosamente se había colocado a mi lado y que con tanta familiaridad me había hablado. De repente, mi sangre se congeló al comprobar que ese hombre era Pierre; el hombre de negro.

—¡Yo! Para serle sincero...

—Tranquícese Padre.

—Me ha cogido por sorpresa.

—Cierto... y a pesar de ello se ha repuesto con mucha rapidez. No me esperaba esa reacción de un pobre cura de pueblo.

Me quede perplejo, pero ya no había marcha atrás. Nos habían descubierto y el poco tiempo que antes disponíamos desapareció de un plumazo. No sabía qué hacer ante esta situación, así que junté mis muñecas y levante los brazos en señal de

rendición.

—Por favor. No haga eso Padre.

—Estamos detenidos ¿cierto?

—Ni mucho menos. Además ¿no estabais aquí esperándome?

—En realidad esperábamos...

—... A otra persona. Eso es porque no sabíais que era a mí a quién estabais esperando.

Mis dos compañeros se habían percatado de la situación y caminaban directamente hacia nosotros con paso firme, como si estuvieran preparándose para pelear. Sólo tardaron unos segundos en ponerse entre Pierre y yo.

—Si tienes algún problema, trátalo con nosotros. Somos policías y él sólo es un cura así que sean cuales sean tu intenciones, con él no cuentas.

Pierre, arrojó una sonrisa irónica a mis dos defensores y con mucha agilidad se apartó de ellos.

—Todo lo contrario. Él es más importante que vosotros y debe continuar ayudándonos a resolver las pistas.

—Por encima de nuestro...

—Por favor. No hay que utilizar palabras mayores. No estáis detenidos ni seréis castigados por vuestras acciones. Si me acompañáis, os lo explicaré todo.

Eduardo parecía haberse calmado, pero la expresión de preocupación reflejada en la cara de Emma, aún era latente. Se volvió a colocar delante de él y le cogió de la chaqueta.

—Le advierto que si intenta engañarnos, lo pagará caro.

El hombre de negro retiró la mano de Emma agarrándola lentamente y sin forcejear.

—¡Aquí, el único que profiere amenazas soy yo! De momento estoy siendo muy cortés y no me gustaría tener que cambiar de actitud. Por segunda vez, os pido que me acompañéis. ¿O es que no queréis ayudar a la quinta víctima?

Todos nos quedamos sorprendidos tras esa insinuación.

—Parece ser que de momento no tenéis ninguna pista sobre quién será y dependéis de que Tom os guíe. ¡Pues bien! Estabais en lo cierto y aquí me tenéis. Veamos si juntos conseguimos descifrar este galimatías y acabamos con los crímenes de una vez por todas.

No nos quedaba más remedio que ir con Pierre. A pesar de no saber a dónde nos dirigíamos y de cuáles eran sus intenciones, debíamos aceptar el hecho de que ya no sabíamos qué más hacer.

Dejamos atrás a los dos gigantes y nos dirigimos a pie hacia el centro de la ciudad. Ninguno de nosotros hablaba y las miradas furtivas avivaban la llama de la desconfianza, mientras Pierre caminaba impasible y orgulloso. El ruido de la gente y

su incesable vaivén, desahogaba la enorme tensión que se respiraba en el ambiente. De los cuatro, sólo Pierre parecía estar tranquilo o eso aparentaba, ya que no dejaba de silbar una melodía desconocida para mi.

Cruzamos un pequeño puente y caminamos por las estrechas callejuelas de Venecia. Paredes desconchadas, andamios de obras, puertas renovadas, lo viejo perecía y el hombre lo arreglaba. Una pareja besándose en un rincón, un viejo contemplando una góndola negra y un joven vendiendo relojes con mucha... discreción. Incluso en los más apartados rincones de la ciudad el ritmo de la vida Veneciana era capaz de sorprenderme. Después de varios minutos andando, llegamos a un pequeño canal donde se encontraban unos edificios residenciales. Sin aceras, ni bancos, ni arboles; sólo agua, unas suaves olas y barquitas. Debía de resultar incomodo necesitar siempre una barca para poder entrar en tu casa.

—Fijaos bien en el edificio de enfrente. Allí, vive la siguiente víctima.

—Deduzco que ya le habéis avisado del peligro que corre.

—Me temo que no.

—¿Cómo? ¿No habéis aprendido nada de vuestro fracaso en Ginebra?

—Por supuesto que sí. Mientras hablamos hay cuatro agentes vigilando a la víctima, esperando que se encuentre con Imán para poder capturarlo.

Indignación y frustración, eso es lo que sentí, aunque mis compañeros no parecían compartir mi preocupación.

—¿¡Le estáis utilizando como cebo!?

—Creo que esa frase describe perfectamente la situación.

—¡Pero!

—No se preocupe Padre. También tengo cuatro agentes en su trabajo y otros cuatro se encuentran ahora mismo en su casa.

—¿Y cómo se llama el pobre hombre?

—Gianfranco Marato, y de pobre no tiene nada. Se trata de un marchante de arte especializado en piezas antiguas procedentes de Mesopotamia.

—Entonces...

—¡Sí! Este hombre conoce muy bien a su futuro asesino sólo que no sabe cuáles son sus verdaderas intenciones.

No podía creer lo que mis oídos estaban oyendo. Me parecía irreal que el hombre a quien esquivábamos por tratarse de un enemigo, en realidad era un aliado. El misterioso «benefactor».

—Hablando de intenciones. ¿Ha sido usted quien nos ha ayudado durante todo el camino?

—«Quid pro Quo». Yo les ofrecía ayuda y ustedes información.

—Entonces Tom...

—Ahora mismo está vigilando a la posible víctima.

—¿Pero como habéis conseguido averiguar la identidad del quinto objetivo de «Zeus»? Me veía incapaz de llegar a cualquier tipo de conclusión.

—En ciertos momentos, a nosotros también nos costaba entender el razonamiento del asesino. Por eso os hemos seguido de cerca y he de reconocer que nos habéis sido de gran ayuda.

—¿Eso significa que ya se ha acabado nuestra participación?

—Todo lo contrario. Lo que ocurrirá ahora es que uniremos nuestras fuerzas, aunque por supuesto no de manera oficial. Lo único que cambiará es que no tendréis que evitarme, como en Ginebra.

—Entonces ¿nos viste?

—¡Por supuesto! Me ofende que penséis lo contrario.

Eduardo y Emma, seguían sin pronunciar ni una palabra. Seguramente esperaban que el momento adecuado llegase, o simplemente se contentaban con el hecho de que pronto capturaríamos a «Zeus».

—¿Qué le hace pensar que no se repetirá lo de Ginebra?

—Nada en absoluto. Puede suceder cualquier cosa, sólo que me gustaría pensar que no cometeremos ningún error y que todos los cabos están bien atados.

Me quedé meditando sobre la situación y nada de lo que escuchaba me parecía correcto. Por desgracia, sólo podía quejarme y esperar. Por otra parte mis compañeros se encontraban a mí lado en silencio, como si les hubieran hipnotizado. En el rostro de Emma se podía notar la ansiedad por vengar la muerte de su padre y Eduardo se comportaba de forma fría y mecánica. Un engranaje perfectamente diseñado para encajar en una maquina muy bien engrasada. No discutía ni dudaba, sólo obedecía al instinto que le impulsaba cazar a su presa. Supongo que después de pertenecer al cuerpo de policía durante tanto tiempo, debía de ser una reacción completamente intuitiva.

*

«Vrrrrr» «Vrrrrr»

De repente el móvil de Pierre vibró alertándonos a todos. Seguramente se trataba de Tom, pronto «Zeus» caería en nuestras manos.

—¡Colocaos donde no se os vea! Al parecer, Gianfranco se ha montado en una lancha motora tripulada por Imán y otros dos individuos. Todo indica que se dirigen hacia aquí.

Levantó la mano haciendo señales a los agentes que se encontraban dentro de la casa para que estuvieran preparados. Nos indicó que nos escondiéramos en una de las esquinas de un edificio que daba al canal y él se resguardó en la pared opuesta a

nosotros desde donde había más visibilidad. Llamó a otra unidad, para que no permitieran el acceso a habitantes y a turistas, y se arrodilló cerca de la orilla.

El canal, de aguas verdes y raramente perturbadas, era más bien de tamaño medio. Sólo pasaban un par de góndolas cada veinte minutos y de vez en cuando alguna que otra embarcación más grande. Las líneas de autobuses flotantes no pasaban por aquí y, aunque se trataba de una zona céntrica de la ciudad, no había nada interesante que atrajera a los turistas.

Mientras Pierre permanecía intranquilo en su posición, Eduardo descansaba la mano en su pistola acariciando el seguro de vez en cuando.

«Vrrrrr» «Vrrrrr»

Esta vez no había necesidad de contestar. Pierre miró la pantalla y guardó el móvil en su chaqueta.

—Deben de estar acercándose. ¡Preparaos!

El motor de una lancha retumbaba sobre las antiguas paredes que nos rodeaban y estremecía a nuestros corazones que cada vez latían con más ritmo. De pronto el ruido disminuyó hasta finalmente desaparecer casi por completo. Los fuertes pisotones pasaban desde cubierta a la quilla y de ahí se apagaban en el fondo del canal perdidos en el agua. Ya éramos capaces de escuchar las voces de los tripulantes y el motor de la lancha quedó completamente silenciado, lo que indicaba que pronto amarrarían para entrar en la casa de Gianfranco. No me consideraba un gran especialista de la lengua italiana, pero se notaba bastante que sólo uno de ellos era de por aquí. La otra voz que se escuchaba debía ser la de Imán. Se me hacía raro ponerle voz a «Zeus», por no mencionar el ponerle cara.

Eduardo y Emma sacaron sus pistolas y me empujaron hacia atrás.

—Ten cuidado Vicente. —Dijo Emma—. Pronto habremos acabado así que intenta mantenerte al margen.

Pierre, observando desde la otra esquina, tenía la mano levantada señalando que debíamos esperar. Por supuesto yo sólo participaba como un mero espectador y debía acatar las órdenes sin rechistar. Ni turistas, ni canciones, ni suspiros, ni risas. Sólo las voces de nuestras presas interrumpían la inusual calma que de repente prevalecía, hasta que de pronto ellas también cesaron.

Un zarandeo sobre la cubierta, un ahogado zumbido de los tubos de escape y el motor de la lancha volvió a sonar. Pierre bajó el brazo y cogiendo su pistola con las dos manos, salió de su escondite.

—¡Manos arriba! Estáis detenidos...

Mis dos compañeros también salieron apuntando con sus armas a los hombres de la lancha y justo cuando se dispusieron a ordenarles que se detuvieran, empezaron a dispararnos.

—¡Cubríos!

El ruido de las balas rebotando por las paredes y los chirriantes golpes de los cristales rotos cayendo al suelo, invadieron mi cabeza. De reojo conseguí ver a Pierre como disparaba hacia la lancha justo delante de mí, Eduardo ya había vaciado el cargador de su pistola y estaba recargando. Me pegué a la pared con todas mis fuerzas y cerré los ojos; mis piernas no paraban de temblar y sólo notaba una mano en mi pecho que me empujaba con fuerza hacia atrás. A los pocos segundos, la ráfaga de disparos había cesado y la mano que antes me protegía, ahora me tiraba con fuerza para salir de nuestro escondite.

—¡Rápido! ¡Seguidme!

La lancha se alejaba con sus ocupantes agachados pero nadie tenía la intención de dejarlos escapar. Desorientado y confuso, noté otro fuerte tirón y a los pocos segundos me encontraba dentro de otra lancha motora conducida por Tom. Ahora Eduardo me sujetaba la cabeza, manteniéndome agachado y bien protegido mientras perseguíamos a «Zeus».

—¡No te levantes!

—¿¡Qué!?

—¡No te levantes!

—¡No pensaba hacerlo!

No podía ver nada con claridad, pero si empecé a oír cómo nos disparaban una vez más. Las balas impactaban con fuerza en el casco de la lancha espolvoreando las minúsculas astillas de madera y en ese momento mis compañeros empezaron a disparar contra ellos, pero con más calma. Mirando hacia arriba, me fijaba en cómo nos acercábamos a los edificios que rodeaban el canal y como efectuando maniobras bruscas pero a la vez precisas, nos volvíamos a alejar de ellos.

—Estamos a punto de salir al canal principal. —Indicó Tom.

—Tened cuidado con la gente que pasea por las orillas.

Tom realizó una brusca maniobra de giro e hizo que nos tambaleáramos hacia el lado izquierdo de la lancha.

—No tengo un objetivo claro... Se mueven con mucha rapidez...

—Pues nos acercaremos más. —Dijo Pierre.

Pierre indicó a Tom que acelerara aún más mientras Emma realizó una ráfaga de tres disparos, aunque por la cara de decepción que puso, supuse que no había acertado.

—Por poco les doy...

A pesar de la destreza de Tom al volante, nos abalanzamos sobre una góndola partiéndola por la mitad mientras el sobresaltado gondolero se lanzaba al agua. El fuerte golpe zarandeó nuestras carnes y por un momento nos desorientó. Las astillas y trozos amorfos se dispersaron hacia varias direcciones y cuando el desconcierto desapareció, no supe reprimir mi angustia.

—¡Dios mío! ¿¡Qué hemos hecho!?

—¡Agáchate! —Gritó Eduardo.

Se lanzó hacia Emma empujándola a mi lado y recargó su arma. Pierre, se cubrió la cara con el brazo izquierdo y Tom soltaba el volante cogiéndose con fuerza del hombro.

—¿Qué te pasa? —Preguntó Pierre.

—Me han dado en el hombro. Lo vendaré antes de que pierda más sangre.

La lancha iba descontrolada y en cuestión de segundos reaccioné y me levanté agarrando el volante.

—Ocupaos de Tom. Yo conduciré...

—Pero si no sabes conducir. —Dijo Eduardo.

—Pues tendré que aprender sobre la marcha.

Me había fijado de que sólo se trataba de usar la palanca a mi derecha para controlar la velocidad y el volante para la dirección. No podía ser muy difícil. Lo que más me preocupaba eran los disparos que ahora se dirigían directamente hacia mí.

Nos encontrábamos a unos pocos metros de «Zeus» y hasta el momento, no habían dejado de dispararnos. A simple vista parecía que el italiano no tenía ni idea de lo que sucedía. Sólo se le veía gritar mientras se protegía de los disparos. Pataleaba y se abalanzaba sobre «Zeus» y sus secuaces, mientras ellos le reducían una y otra vez.

—Fijaos en Gianfranco. Parece estar luchando contra de ellos.

El más alto de ellos que llevaba la cabeza rapada, empezó a forcejear con el italiano. «Zeus», al percatarse de lo que ocurría, se giró, le disparo en la cabeza y cuando su cuerpo cayó en la cubierta, le disparo dos veces más.

—No hemos podido salvar al quinto objetivo. Menuda mierda. —Dijo Pierre enfadado.

—¡Malditos! —Gritó Eduardo.

Emma estiró el cuello y empezó a señalar con el dedo.

—¡Fijaos! Han dejado de dispararnos y se han agachado por encima del cadáver.

Íbamos a tanta velocidad que no era capaz de distinguir los detalles, pero al parecer buscaban algo que llevaba encima.

A gran velocidad llegábamos al final del canal y frente a nosotros se divisaba el mar abierto. Por todas partes navegaban barcos de pasajeros hacia todas las direcciones y también había algunos barcos de mercancías anclados de una manera que a primera vista me parecía arbitraria. Ambos comenzamos a maniobrar peligrosamente entre las diferentes embarcaciones que, aunque parecían inamovibles colosos sobre la superficie del mar, no cesaban de contonearse siguiendo un desconcertante ritmo.

—¡Ten cuidado con la cadena del ancla! —Avisó Eduardo.

—¿¡Dónde!? ¡No la veo!

—¡Ahí! ¡Demonios! ¿Qué haces?

—Ya la he visto...

—¡Gira, gira!

Puede que ni una hebra de seda cupiera entre la cadena y la lancha, y estoy seguro de que todos resoplaron aliviados cuando vieron que conseguimos esquivarla.

—Madre mía, por los pelos.

Eduardo, dejó de morderse el pulgar, se colocó a mi lado y se agachó para ver como se encontraba Tom que al parecer, había conseguido parar la hemorragia con la ayuda de Emma.

—¿Cómo te encuentras?

—No te preocupes por mí. Estoy bien. Intenta disparar a los motores a ver si así conseguimos detenerlos de una puñetera vez.

Se levantó con determinación y con su pistola apuntó hacia donde Tom le había indicado. Entonces, realizó un primer disparo pero por desgracia, una ola golpeo nuestra lancha de frente y le hizo fallar.

—Mantenla firme durante un segundo.

—Eso intento... pero no es fácil.

—¡Tú sólo hazlo!

Volvió a apuntar y justo en ese momento, los dos maleantes se levantaron y lanzaron el cuerpo de Gianfranco al mar. Fue tan repentino, que casi pasamos por encima de él.

—¡Ten cuidado Vicente!

—Por muy poco.

—Pase lo que pase no les dejes escapar.

Eduardo no se lo pensó dos veces y se lanzó al mar para recuperar el cuerpo. Emma se colocó a mi lado y junto con Pierre empezaron a disparar sin parar. Se podía oír los gritos de la gente asustada que se encontraba en las embarcaciones cercanas. La mayoría se situaba a una distancia segura y las más cercanas a nosotros, se dirigían hacia el lado contrario tras percatarse de lo que sucedía.

—¡Cuidado con esa boya! —Gritó Pierre.

—¡Aghhhhh!

Realicé otra brusca maniobra y Emma se cayó al suelo mientras Pierre se sujetó con fuerza a la barandilla. Mientras ella se levantaba, vi como Pierre me miraba anonadado y enseguida se desplomó al suelo. No tuve tiempo ni de parpadear y seguidamente entendí porque se había caído.

—Me han dado...

Tom se arrastró hacia él para ver donde le habían herido.

—¡Le han dado en el pecho! Es una herida muy grave.

Emma se abalanzó sobre él y con fuerza le presionó la herida con las dos manos. Mientras tanto, los otros miserables, no dejaban de dispararnos.

—¿Qué hago ahora Emma?

—¡Para! ¡Para!

—¿Seguro?

—¡Maldita sea te he dicho que pares!

Reduje la velocidad lentamente sin saber que más hacer, simplemente dejaba a «Zeus» escapar. El agonizante Pierre balbuceaba frases incomprensibles y una lágrima se deslizó por su severo rostro.

—Da la vuelta, busca a Eduardo y dirígete rápido hacia un hospital.

Sin dudar ni un segundo, me puse rumbo hacia donde había saltado nuestro compañero. Era bastante difícil encontrar su localización exacta y tampoco me había fijado bien en la ruta que habíamos seguido. Por suerte, tras bordear algunos barcos, me fije en una zona donde se habían concentrado varias embarcaciones que al parecer habían recogido a Eduardo junto con el cuerpo de Gianfranco.

—No pares Vicente. Ya le he visto, está en la tercera barca de la derecha. Recógelo y directos a tierra firme.

Me acerqué rápidamente, los de la barca nos lanzaron un cabo para poder colocarnos a su lado. Eduardo, saltó a la lancha, se sujetó de la barandilla y agarró con fuerza a la otra embarcación para acercarnos un poco más.

—Con cuidado... un poco más. —Indicó Emma.

—¡Ya estamos pegados!

Agarró con fuerza el cadáver y con un movimiento brusco, lo trasladó a nuestra lancha. Durante unos segundos, levante la mirada y me di cuenta de lo horrorizada que estaba la gente. Yo también sentía un fuerte apretón en el pecho pero se podía decir que estaba horrorizado. Ahora empezaba a entender la frialdad de las personas que se dedicaban a este trabajo.

—Vamos Vicente, no perdamos más tiempo.

Tom no se encontraba bien y Pierre parecía perder el conocimiento por momentos. Debía dirigirme de inmediato a un hospital para que fuesen atendidos.

—Hay que llevarles a un médico enseguida.

A lo lejos empezaron a oírse las sirenas de la policía.

—¡Menos mal! Aguantad señores, la ayuda ya viene de camino.

Pierre, cogió a Emma del brazo y ella se giró hacia mí.

—Dice que nos marchemos de aquí ahora mismo. No debemos mezclar a la policía en esto.

—¡Pero! ¿Qué dices?

Tom no soltaba a su compañero y sabía muy bien cuáles podrían ser las consecuencias de su decisión pero ninguno de los dos parecía tener la intención de

cambiar de parecer.

—Dirígete hasta la orilla y salid de la lancha. Debéis seguir el rastro de «Zeus» y detenerle. Del resto me ocupare yo...

Eduardo me cogió del hombro con fuerza mientras con su otra mano me indicaba una ruta hacia la orilla que parecía segura.

—¿Entiendes que quizás no lo consigan?

Sin decir ni una palabra, me apretó el hombro con más fuerza y asintiendo con la cabeza, volvió a indicarme la ruta a seguir.

—¿Y tú Emma? ¿No tienes nada que decir?

Ella ni siquiera se giró a mirarme. Permanecía al lado de Pierre haciendo todo lo que podía por ayudarle.

—¡De acuerdo! Yo... Vale...

Eduardo me soltó el hombro, se sentó al lado del cuerpo de Gianfranco y empezó a registrarle.

—Fijaos en lo que he encontrado... parece que han metido un papel en su boca.

—Se habrá mojado así que sácalo con cuidado.

Sacó su bolígrafo de su empapada chaqueta y con mucho cuidado le retiró el papel de la boca.

—¡Es una partitura!

—¿Cómo dices? —Preguntó Emma.

—Sí una partitura... De momento me la guardaré, ya la examinaremos más tarde.

Tom se dio la vuelta y se acercó al cadáver.

—Sin duda se trata de otra pista. Busca en su cuerpo la inscripción.

Le abrieron la camisa pero no había nada escrito en su pecho.

—Vamos a darle la vuelta. Puede que esté en su espalda.

Entre los dos, giraron el cadáver y lo colocaron boca abajo.

—¡Aquí está! Acércate Vicente y le echas un vistazo. Espera que coja el timón para que puedas venir. ¡Ten cuidado con el tambaleo!

¡Dios mío! Era el trabajo más chapucero de «Zeus». Más que una inscripción, parecía una autentica carnicería.

—¿Qué pone?

Intentaba leer lo que había escrito pero no era capaz de concentrarme. El movimiento de la lancha tampoco ayudaba y cada vez me entraban más nauseas.

—¡Concéntrate Vicente! No tenemos mucho tiempo.

Los gritos de Eduardo y un repentino empujón de Emma me hicieron recobrar la compostura.

—Dadme un minuto...

«Ο Διόνυσος θα δεί με τον Ερμή τήν τελεφτέα συμφονία»

La tensión y la nauseabunda imagen del cadáver no me dejaban concentrarme y

en consecuencia no lograba entender su significado. Miraba lo que pasaba a mí alrededor y me sumergía en un mar de preocupación, más profundo del que nos rodeaba. El agua salada se mezclaba con el color púrpura de la sangre creando remolinos rosas que se disolvían cuando chocaban con el casco. Gianfranco yacía muerto en mis pies, golpeándose la cabeza con cada sacudida de la lancha. Su pelo blanco como la nieve y su cara redondeada, me recordaban las facciones de un niño. De la parte trasera de su cráneo se desprendió un trozo que colgaba por un par de cabellos y me entraron ganas de vomitar.

—¿Te encuentras bien?

—...

—¿Qué demonios te pasa?

—Nada Eduardo... sólo me he mareado un poco.

—Céntrate Vicente... Si no puedes acordarte de la inscripción, apuntala en un papel y la vemos luego.

Rebusque en mis bolsillos y saqué la guía de Venecia que Emma había comprado; rompí una hoja y seguí buscando algo para escribir.

—Dame tu bolígrafo Eduardo.

—¿Qué?

—Tu bolígrafo...

—Claro, claro.

Apunté apresuradamente la inscripción y le devolví el bolígrafo a Eduardo. Habíamos llegado cerca de la orilla y pronto abandonaríamos a los dos heridos a su suerte. La lancha chocó contra el muro y la madera chirrió con fuerza. Un quejido salió de las entrañas de Pierre que parecía haber aceptado lo inevitable. Me sentí triste y vulnerable, incapaz de ignorar el hecho de que gracias a él conseguimos llegar hasta aquí. Mis dos compañeros saltaron a tierra firme y yo me incliné para despedirme de Pierre. Se agarró a mi brazo y un susurro salió de sus labios.

—Perdóneme padre porque he pecado.

—No malgastes tus fuerzas. Pronto vendrá ayuda y te atenderán.

Tom me miró con una expresión muy seria en la cara mientras movía la cabeza lentamente de forma negativa.

—Por favor Padre. Otórgueme la extremaunción.

Me puse de rodillas a su lado, le cogí la mano y empecé a rezar susurrando en su oído.

—Estas perdonado de todos tus pecados confesados y inconfesables. Ve en paz hijo mío.

Con sus últimas fuerzas me cogió del brazo y me acercó a su boca.

—En mi chaqueta hay un sobre para usted Padre. Usarlo para detener esta locura. Que Dios os ayude...

Sus últimas palabras apenas podían percibirse pero su mensaje quedó muy claro. Le cerré los ojos y cogí la mano de Tom.

—Yo no estoy tan mal Padre. Ahora ayúdeme a levantarme y márchese de aquí.

Salí de la lancha y Tom se puso al volante desapareciendo entre los canales Venecianos. Eduardo me cogió del brazo y también nos alejamos entre las callejuelas.

—Vayamos a hotel para recoger nuestras cosas y salgamos de la ciudad lo antes posible. No hay tiempo que perder y tú Vicente céntrate en averiguar a dónde debemos ir.

Ni me enteré del tiempo que transcurrió entre el hotel y el coche. Mi mente divagaba entre emociones y pistas que se entrelazaban constantemente y no lograba centrarme. Cierta parte de mí había muerto y renacido varias veces durante este viaje pero la mezcla de ira y de pena que estaba sintiendo de manera tan repentina por ese hombre, me dejó bastante acongojado. Ahora mismo, presentía que algo horrible nos aguardaba.

XXII

Nos encontrábamos a las afueras de Venecia con dirección a ninguna parte y sin ser capaces de pensar con claridad. Mis dos compañeros, cansados y malhumorados, no paraban de hacer gestos nerviosos con las manos y aún así no me atosigaban con preguntas. Seguramente, ellos ya habían pasado por situaciones parecidas y sabían muy bien lo que se siente. En un área de servicio, Emma paró el coche y se sentó atrás conmigo mientras Eduardo se montaba en el asiento del conductor y emprendía la marcha una vez más.

—Debes superar lo que ha pasado ahí atrás y centrarte en las pistas. Debemos seguir, debemos esforzarnos por todos los que perdieron su vida y para salvar al resto.

Me quedé mirando a la hermosa Emma durante varios segundos sin pestañear. Ella, me acarició la cara con su mano y seguidamente colocó su cabeza sobre mi hombro. Un suspiro de alivio se escapó de mis adentros y sentía como mi corazón volvía a latir.

—Siento interrumpir pero no sé a dónde tenemos que ir.

Cogí el sobre que me había dado Pierre y lo abrí. Dentro había un DVD y una carta. Por la caligrafía deduje que la habían escrito apresuradamente.

«Si estáis leyendo esta carta es porque estoy herido y no puedo seguir con la misión o lo que es peor, estoy muerto. En el DVD que os he dejado encontrareis las respuestas que sin duda os servirán de ayuda. Creo que las pistas os llevarán a Austria pero no sabemos a dónde exactamente. Debéis pasar por la ciudad de Maribor en Eslovenia y llamar al número 865248523 desde la cabina telefónica que está en frente de la estación de autobuses y sólo desde esa cabina. Preguntad por David Andrews que es un buen amigo mío estadounidense. Le he puesto al corriente de lo que está sucediendo y os ayudará en todo lo que pueda. Todo lo que hice ha sido para salvar vidas. Que Dios me perdone y buena suerte».

Un sentimiento de culpa recorrió todo mi cuerpo y a juzgar por la cara de mis compañeros, ellos también se avergonzaron por haber pensado mal de Pierre. Al menos teníamos un punto de partida y deseábamos poder seguir con su trabajo.

—Ya sabemos hacia dónde vamos.

Eduardo cogió un mapa de la guantera y nos lo acercó.

—Veamos dónde estamos y hacia donde tenemos que ir. Creo que no estamos muy lejos de la autopista.

No tardamos en ver un cartel y orientarnos hacia la autopista. La ruta más corta era la de dirigirnos hacia Gorizia y tras entrar en Eslovenia debíamos subir hacia Maribor. Como había menos de cuatrocientos kilómetros calculamos que íbamos a tardar unas tres o cuatro horas. La noche se acercaba y era muy probable que, una vez

en la ciudad, tuviéramos que dormir en el coche. Después del alboroto que se formó en Venecia, era muy importante no llamar la atención.

—¿Quieres que me siente delante contigo Eduardo?

—No te preocupes Emma. Esta vez conduzco yo. Además, el baño que me di hace poco me mantiene bastante despejado y tras el súbito cambio de ropa en el hotel me siento como recién levantado.

—¿Estás seguro?

—Sí. Vosotros quedaos atrás y descansad.

Emma apoyó su cabeza sobre mi hombro y abrazó mi brazo con los suyos. Lentamente cerró los ojos y en un instante su cara me transmitió una paz celestial que me tranquilizó. Ya no me sentía incomodo al estar cerca ella. La incertidumbre que moraba en mi interior, lentamente se disipaba. Sentía como mi corazón latía aliviado, como si todos los problemas desaparecieran con cada suspiro que ella exhalaba.

*

—Vamos chicos despertad. Casi hemos llegado.

El manto de la noche arrojaba la extensa arbolada que rodaba la ciudad y las luces de los edificios aparecieron a lo lejos de la misma manera que las luciérnagas brillan en la oscuridad. Eran casi las dos de la madrugada y el sonido de una melancólica mandolina mecía nuestros parpados.

—Cambia de emisora que nos volveremos a dormir.

—Tienes razón Vicente... mejor quito la radio.

Al parecer tardamos más de lo previsto en llegar y el cansancio acumulado durante los últimos días empezaba a notarse.

—Ya casi hemos llegado. Busquemos la estación de autobuses. —Contestó Eduardo.

Se trataba de una ciudad pintoresca que parecía haberse anclado en el tiempo. Tejados de pico para impedir que la nieve se acumule durante el invierno y fachadas de colores claros para mantener las casas frescas durante el verano. Cerca de nosotros sonaba un río que a su vez refrescaba las cálidas noches de Septiembre. La ciudad desprendía un aroma muy especial; una mezcla de primavera e invierno, una sensación que rara vez había destacado en mis viajes.

—¿Cómo encontraremos la estación?

—A ver si conseguimos ver una señal que nos indiqué hacia dónde ir.

Emma bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—Mirad. Allí hay un hombre. Para y preguntamos.

Se bajó apresuradamente mientras la esperábamos en la orilla de la carretera. El

ronroneo del motor difuminaba el ruido de los tacones de Emma que corría por la acera.

—Por lo que se ve es muy fácil llegar. Debemos seguir por esta carretera dirección norte. A unos tres kilómetros encontraremos un edificio alargado a nuestra derecha. Ésa es la estación central de autobuses.

—Vamos allá.

Se volvió a sentar delante y saludó al amable hombre que nos ayudó. No tardamos mucho en llegar a la estación y aparcamos justo en frente.

—¿Qué hacemos ahora? Llamamos o esperamos a que amanezca.

—No lo sé Vicente. Creo que no debemos quedar con los brazos cruzados.

—Muy bien pues adelante.

—¡Un momento!

—¿Qué ocurre?

—Aún no nos has dicho qué es lo que ponía la inscripción. A parte del número de teléfono que encontraste en el sobre ¿qué más sabemos?

Eduardo se giró para mirarme.

—¡Es verdad! ¿Qué ponía la inscripción?

—«Dionisos verá con Hermes la última sinfonía».

—¿Y qué significa?

—No soy capaz de ubicar a estos dos dioses en una ciudad de Austria. Hermes es el mensajero de los dioses y «Zeus» ya lo mencionó antes en la inscripción de Francia. Dionisos es el Dios del vino, la agricultura y el teatro, más conocido en occidente como Baco. No conozco ningún mito importante donde ambos dioses sean protagonistas, simplemente en algunas ocasiones Hermes ha entregado mensajes a Dionisos por orden de Zeus.

—¿Entonces no se te ocurre nada?

—De momento no pero es posible que algún detalle se me esté escapando.

Emma se giró hacia adelante y tras unos segundos volvió a mirarnos.

—¿No encontraste una partitura en la boca de la víctima?

—¡Claro! ¿Cómo se me ha podido olvidar?, espera que la saque.

Con cada minuto que pasaba empezaba a recordar detalles de lo que había ocurrido en Venecia.

—¿Os habéis dado cuenta de que no encontramos la piedra negra?

—Vicente tiene razón... aunque tampoco tuvimos tiempo suficiente para efectuar un registro a fondo. Puede que aún esté en el cuerpo o que se haya caído en la lancha.

—También puede que a «Zeus» se le olvidara.

Emma no despegaba sus ojos de la partitura y no paraba de tararear notas una y otra vez.

—¿Has sacado algo en claro?

—Sssss... No me distraigáis...

Saqué del sobre la nota junto con el DVD y se lo di a Eduardo intentando no interrumpir el tarareo de Emma.

—¿Tienes monedas?

—Creo que aquí tengo unas cuantas.

Emma sacó varias monedas de su bolso y nos las dio señalando la cabina que se encontraba en la acera de enfrente. Salimos del coche e intentamos no golpear las puertas con fuerza para no distraer a nuestra compañera. Cruzamos la carretera que nos separaba de la estación y nos fuimos acercando a la cabina que Pierre nos había indicado.

—¿Crees que alguien contestará el teléfono a estas horas de la noche?

—Si el amigo Americano de Pierre trabaja para quien yo creo que trabaja... ¡Sí! Seguro que alguien contesta.

—¿Y para quién trabaja?

—Para la CIA, la NSA u otra agencia similar.

Intentaba asimilar las palabras de Eduardo y mientras echaba las monedas al teléfono, le cogí la mano deteniéndole.

—¿Crees que es una buena idea?

—¿Acaso tenemos alternativas? Te recuerdo que antes teníamos ayuda y ahora también la necesitamos.

Empezó de nuevo a echar las monedas en el teléfono y volví a detenerle.

—¿Cómo nos entenderemos con ellos? Emma es quién habla muchos idiomas. ¿Y si forzamos la situación? ¿Y si se ofenden por un malentendido?

—¡Seguro que disponen de personal que habla español!

Me quitó la mano, marcó el número que había en la nota y esperó unos segundos.

—No da señal. Directamente se corta.

—Vuelve a marcar. A lo mejor te has equivocado.

Puso la nota delante de él y lentamente volvió a marcar.

—¡Nada! Otra vez se corta.

—No es posible...

—La verdad es que no se parece mucho a un número de teléfono. Jamás había visto algo parecido.

—Déjame probar a mí.

Empecé a marcar pero esta vez sin echar las monedas.

—No has...

—Lo sé.

—«The code please».

Una mujer había contestado y me pedía un código en inglés. Me puse nervioso y me quedé mirando a Eduardo.

—«I need your identification code please».

Eduardo me hizo gestos con la mano.

—¡Habla!

—Es en inglés...

—¿No hablabas un poco? Adelante...

Reuní fuerzas y empecé a tartamudear.

—No inglés... Español. Hablar con David Andrews.

—«...».

—Eso no es inglés.

La voz del otro lado no contestó y me puse aún más nervioso.

—I speak with mister David Andrews. In Spanish.

—«One moment please»

—Me han puesto en espera.

—Eso es bueno.

—¿Cómo de bueno?

—Significa que no nos hemos equivocado y que esa persona existe.

—Yo no valgo para esto.

—No es momento de dudar. ¿Qué ocurre ahora?

—Nada. Todavía me tienen en espera.

—¡Maldita sea!

—Espera ya está...

—«Call back within exactly one hour. Thank you».

Me quedé mirando el auricular sin entender mucho lo que había ocurrido.

—¿Y bien?

—Me ha dicho que volvamos a llamar exactamente dentro de una hora.

—¿Sólo eso?

—Si no entendí mal. ¡Sí!

—Entonces a esperar.

—¿Y ya está?

—¿Acaso tienes una idea mejor?

Regresamos al coche pero no entramos. Emma aún no había despegado la vista de la partitura y se podía percibir por el movimiento de sus labios que no dejaba de tararear.

—¿Qué se hace en estas situaciones Eduardo?

—Tener mucha paciencia. A veces, una hora se transforma en pocos minutos y otras, en varias horas. Sólo puedo recomendarte tres cosas.

—¿Qué cosas?

—Paciencia, paciencia y paciencia.

Levanté los hombros con indiferencia y empecé a caminar de un lado a otro sin

sentido. Eduardo se apoyó en una farola y simplemente se quedó mirando a la gente que transitaba a estas horas de la noche. Durante un minuto me paré frente al coche y me quedé observando a Emma. Se le veía tan concentrada que parecía estar rezando. Lo había decidido; no volvería a ponerme la sotana. En mi mente todo resultaba muy confuso excepto mis sentimientos hacia ella.

—¿Qué ciudad piensas que será la siguiente?

—¿Cómo dices Eduardo? Perdona... estaba distraído...

—Y tanto. Está muy claro.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto que no va contigo.

—... Ya. ¿Tanto se nota?

—Tanto a ti como a ella.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Creo que cuando acabe todo estaréis muy bien juntos.

—Eso me gustaría.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal?

—Claro que sí Eduardo.

—¿Has perdido la fe por completo?

Agaché la cabeza y caminé unos pasos hacia atrás. Al volver a levantarla mi mirada se detuvo una vez más en ella y me dirigí a Eduardo.

—Simplemente empiezo a pensar de que no soy la persona idónea para llevar a cabo la tarea del Señor. Demasiada responsabilidad para mí y llevo mucho tiempo dudando de quién soy en realidad. Además, creo que mi corazón le pertenece a ella.

—¿Entonces sigues creyendo en Dios?

—Él y yo dejamos de hablarnos desde hace tiempo.

—Entiendo. Ten claro que no la puedes compartir con él ni puedes dividerte en dos.

—Existe demasiado mal en el mundo para que Dios se fije en mí. Si algún día nuestros caminos se cruzaron, él ni siquiera se dio cuenta de que caminaba a su lado.

—Lamento que la situación te haya cambiado.

—No Eduardo. Me siento así desde hace tiempo pero sólo ahora he hallado el valor de enfrentarme a mí mismo y expresar lo que siento.

—Yo sólo...

—Cuando mí vocación me fue revelada, creía que las escrituras, el dogma y la ética se asemejaban con Dios y nosotros.

—No tienes porqué contarme nada y lo sabes.

—Por favor. Necesito desahogarme.

—De acuerdo.

—En el pueblo vivía un niño que siempre venía a la iglesia a verme. Tenía once

años y a pesar de su edad le caracterizaba un gran sentido de la honestidad. Siempre pensaba en hacer el bien y yo lo quería como al hijo que nunca tuve... pero mis ideas lo alejaron de mí.

Cada vez me costaba más hablar y Eduardo me cogió con fuerza del hombro.

—¡Te escucho!

—Un día me confesó que su padre le había tocado de manera indecente y que no había sido la primera vez.

—¿Indecente?

—Muy indecente... ya sabes a qué me refiero.

—Entiendo. ¡Qué desgracia!

—Lo peor de todo es que en vez de abrazarlo y protegerlo, le hable del mal, de las formas en que se manifiesta entre nosotros y de lo repugnante que era su padre. No recuerdo las palabras exactas pero tampoco recuerdo haberle ayudado.

—No todos obramos siempre de forma correcta.

—Cierto.

—No te castigues así. Tú no tuviste la culpa.

—¿Eso es lo que crees? Al día siguiente, Daniel se subió al tejado del edificio donde vivía y se lanzó al vacío. Los médicos dijeron que murió al instante.

—¡Dios santo!

—Le hice sentirse abandonado y sucio. No le ayude. Le destruí.

—Tú no sabes todo lo que ocurrió aquel día. Puede que...

—No tiene importancia lo que hubiera ocurrido. Él me pidió ayuda y yo le di la espalda. Él necesitaba mi apoyo y yo sólo le ofrecí sermones y charlatanería.

—No sé qué decir.

—Las ideas también matan Eduardo; fíjate en «Zeus». No quiero continuar soportando el dolor de los demás, no quiero que recaiga esa responsabilidad sobre mí. Quiero empezar a pensar en mi vida y en como disfrutarla.

Eduardo parecía entender a lo que me refería. Es mucho más fácil recibir que dar y el también había sacrificado mucho de su vida personal a lo largo de los años. Se le notaba incomodo, molesto, como si no quisiera escuchar ni una palabra más. Se frotó la nariz, pasó su mano por el cuello y sacó su móvil para mirar la hora.

—Aún faltan poco más de treinta minutos. Voy al aseo de la estación.

—Yo me quedaré por aquí paseando.

Emma no había dejado de tararear. ¿A dónde nos conducirá la partitura?

*

—Vamos Vicente. Ya es la hora.

—De acuerdo pero ahora habla tú.

—No tenemos tiempo para discusiones. Tú hablaste con ellos antes y tú hablarás ahora. ¿No querrás hacerles dudar?

—¡No! Claro que no.

Una vez más marqué el número que nos había dejado Pierre.

—«The code please».

—Soy yo. I wait one hour...

—«...»

—Una hora... David Andrews...

—«Yes... one moment please».

—Vale, vale. Thank you.

—«...»

Eduardo estaba cerca del auricular pero no escuchaba muy bien.

—¿Qué ocurre ahora?

—Me han puesto en espera.

Justo en ese momento, un hombre se puso al teléfono. Hablaba español y a pesar del acento inglés se le entendía muy bien.

—Soy David Andrews. ¡Identifíquese!

—Me llamo Vicente Gómez Arnaldos. Un amigo suyo me ha dado este número y me dijo...

Aún no había acabado la frase y el hombre suspiró profundamente. Su tono de voz cambió y me resultó fácil distinguir la preocupación y la frustración en él.

—Pierre ha muerto. ¿Verdad?

—Me temo que sí.

—«...»

—¡Oiga!

—Entonces tú debes de ser el Padre Gómez.

—¡En efecto!

—Pierre me habló de ustedes. Al parecer sois el plan «B». Muy bien... que así sea. Estaré allí en quince minutos.

—¿Plan «B»?

El contacto de Pierre ya había colgado.

—¿Qué dice Vicente? ¿Viene hacia aquí?

—Sí. Por lo visto somos el plan «B». ¿Qué te parece?

—Que suena mejor que «Última opción».

—Lo cierto es que dicho así... no suena tan mal.

Nos dirigimos al coche para avisar a Emma sobre la llegada de nuestro inesperado invitado. Cuando estuvimos a punto de abrir la puerta, ella se nos adelantó y salió del vehículo dando un salto. Se notaba que estaba muy contenta.

—¡Es Mozart!

Sólo tardé unos segundos en encajar esta pieza del rompecabezas. La verdad es que no me sorprendí.

—¿Estás segura?

—Llevo más de una hora dándole vueltas Vicente. ¡Estoy completamente segura! Eduardo cogió la partitura y la miró por las dos caras.

—¿También sabes de música?

—Sólo es una afición.

—A mí me vale ¿y a ti Vicente?

—A mí también. Ya sabemos a dónde hay que ir... a Viena.

En ese momento, una extraña voz sonó detrás de nosotros.

—Sin duda resulta asombroso.

Nos quedamos mirando al extraño con cierto recelo. Se trataba de un hombre alto de aproximadamente uno noventa de estatura y de complexión fuerte. A pesar de la poca luz que había en el lugar sus ojos, azules como el cielo, destacaban bajo sus pobladas cejas que le atribuían un aire de seriedad. Su pelo blanquecino y su arrugado cuello le hacía parecer más viejo de lo era mientras sus robustas manos te obligaban a considerar la opción de luchar contra él. Llevaba puesto un traje de color blanco que no le favorecía nada. Seguramente era una de esas personas que al implicarse tanto en su trabajo, acaban de olvidarse de sí mismos.

—¿El señor David Andrews? —Preguntó Eduardo.

—Sólo David y por favor tutearme. No hay tiempo para formalidades.

—Por cierto.

—Dime.

—¿Qué es lo asombroso?

—El ingenio humano y lo lejos que nos puede conducir.

—¿Se refiere a nosotros?

—¿Tiene importancia?

—Lo cierto es que no.

—Pues en marcha. Dadme las llaves del coche.

Emma nos miró con incertidumbre y Eduardo asintió con la cabeza. Seguidamente nos metimos todos en el coche sin saber a dónde nos llevaba el inesperado desconocido.

XXIII

Cruzamos la frontera Austriaca y nos encontrábamos a más de una hora de la ciudad de Maribor pero aún no sabíamos quién era el hombre que estaba sentado a nuestro lado. Emma, distante y callada, se había sentado en la parte de atrás conmigo. Eduardo hacía rato que había sacado su bolígrafo y no dejaba de darle vueltas, sin duda el nerviosismo le recomía por dentro. Por otro lado, yo sólo quería dormir un poco. Me parecía inútil preocuparme por nuestro nuevo compañero. Si un hombre como Pierre que había dado su vida por su país y sus principios nos puso en contacto con él para que nos ayude, significaba que al menos debíamos concederle el beneficio de la duda. David permanecía silencioso y no me parecía una forma muy grata de congeniar con nosotros aunque era de suponer que cada respuesta llegaría a su debido tiempo.

Estuve a punto de quedarme dormido cuando Eduardo guardó su bolígrafo y se giró hacia atrás.

—Creo que al menos tenemos el derecho de saber a dónde vamos.

A pesar de la agresividad con la que Eduardo le habló, a David simplemente se le escapó una risita.

—No pretendo ser gracioso.

Emma se movió hacia delante mirándole fijamente. Entre tanto, yo también me había irritado por la respuesta y a pesar de mi cansancio, de repente había perdido las ganas de dormir.

—Vamos exactamente a donde dijisteis. ¿No es obvio?

—¿¡A Viena!?! —Exclamó Emma.

—En efecto.

—Pero el resto de los detalles. Será como buscar una aguja en un pajar. Antes, cuando nos sabíamos que hacer, Pierre nos ayudaba pero ahora...

—¿Tenéis el DVD que os ha dado?

—Sí.

—Pues ahí está la respuesta. En Viena, iremos a un piso franco de la compañía y os enteraréis de todo.

—¿Quieres decir que tú ya sabes quién es «Zeus» y cuál es su propósito?

—...

El silencio de David nos puso aún más nerviosos.

—¡Cómo es posible que haya vidas en peligro y que no hagáis nada al respecto!

—En primer lugar, la investigación oficial la hacía Pierre y ahora estará a cargo de ella otra persona. Oficialmente no podemos interferir. Que él decidiera compartir la información con nosotros para no limitar sus opciones, no significa que su sucesor

esté de acuerdo o que los responsables de la operación conozcan nuestra implicación. Y en segundo lugar, aunque conozca casi todos los detalles de la operación, no tengo ni las más remota idea de lo que contiene ese DVD.

—Pero...

—No hay pero que valga. No hace falta decirnos que no tratamos con unos vulgares asesinos. Han ejecutado un meticuloso plan y pretenden llamar la atención para alcanzar un propósito mucho más grotesco de lo que podamos imaginar. Es posible que no hayáis visto las noticias últimamente y por eso os resumiré lo que he visto hasta ahora y cuáles son mis conclusiones. No relacionan los crímenes entre sí mientras ese hecho está más que comprobado. No existe comunicado de ninguna organización terrorista. Nuestros agentes asignados en medio oriente y especialmente los que se encuentran en Siria, experimentan un extraño silencio como el que detectaron antes de que ocurriera el ataque del once de septiembre en los Estados Unidos. Para acabar, un agente tan profesional como Pierre, decide compartir información con gente ajena a su agencia, incluyéndome a mí, con el fin de asegurarse que la investigación no cesaría ni después de muerto. Os aseguro que algo horrible está a punto de suceder y puede que nosotros seamos los únicos capaces de detenerlo.

No éramos capaces de expresar con palabras nuestra preocupación. Supongo que todo lo que nos dijo rondaba por nuestras cabezas pero nunca lo habríamos expresado con tanta claridad. Emma me cogió de la mano y yo le agarré con fuerza, como si por alguna extraña razón estuviera a punto de perderla. Eduardo se giró y nos miró con una expresión de inquietud que hasta el momento no le había visto. Atónitos, asustados y perplejos; así es como nos encontrábamos en este momento. Finalmente, Eduardo se volvió hacia delante y unos susurros salieron de sus labios.

—El barco de Burdeos... La cuarentena... El material tóxico o químico que transportaba... «Zeus»... Dante Alighieri... Todo esto no puede presagiar nada bueno. Por cierto David ¿Cuál es tu especialidad?

—Contraespionaje y contraterrorismo.

—Claro, cómo no.

—Pero...

—¿Sí?

—Estoy especializado en el manejo de armas nucleares. De ahí emana mi gran preocupación de que Pierre me hubiera escogido.

La sangre se me congeló. ¿Una arma nuclear? ¿Cómo consiguió transportar «Zeus» una cosa así? Resultaría imposible pasar desapercibido con ese tipo de cargamento. ¿Y mientras tanto cometía otros crímenes? ¡No es posible!

—¿¡Quieres decir que existe una bomba nuclear!?

—Yo no he dicho eso Vicente.

—Pero has dejado entender que quizás exista.

—...

—¿Sí o no?

—Sí.

—¡Dios mío!

—No es más que una suposición. De ninguna manera podría asegurarlo.

Eduardo guardó su bolígrafo y se puso las manos a la cabeza.

—Lo cierto es que si Pierre te ha escogido es porque probablemente se trata de una bomba nuclear.

—Sólo digo que es posible Eduardo, nada más. Puede que se trate de material químico, tóxico o incluso biológico. No sabemos a qué nos enfrentamos.

—¿Y por qué no veo a un especialista en armas químicas, tóxicas y biológicas con nosotros?

La conversación acabó tras la pregunta de Eduardo. Una vez más, el silencio prevaleció durante el resto del trayecto. Pronto llegaríamos a Viena y en mis manos sujetaba con fuerza el DVD de Pierre que quizás contuviera las respuestas que buscábamos.

El sol asomaba dando comienzo a un nuevo día. Se notaba que estábamos rodeando la ciudad de Viena por la parte sur. No tardamos en divisar el Danubio; uno de los ríos más largos de Europa. Para ser más concreto, es el segundo, después del Volga. No era la primera vez que visitaba esta hermosa ciudad y su encanto me había enamorado. Por desgracia, ésta era la primera vez que pasaba por sus calles con cierto sentido de resentimiento y amargura. El grandioso río había marcado fronteras, protegido ciudades, levantado imperios y alimentado a generaciones. Muy pronto sería testigo de un acontecimiento que no alteraría la trayectoria de sus aguas pero sí me afectaría a mí.

Pasamos al lado de la zona deportiva de la ciudad y tras unos minutos, aparcamos cerca de unos pisos que se encontraban en la orilla del río. David se bajó del coche y cogió su teléfono móvil. Empezó a mirar a su alrededor y a caminar en pequeños círculos sin dejar de echarnos alguna mirada de vez en cuando. Al rato, colgó el teléfono y nos indicó que saliéramos del coche.

El edificio al que nos dirigíamos no tenía nada en especial. Las deterioradas paredes no llamaban la atención de los más acaudalados pero su estado no parecía tan dañado como para atraer a maleantes y a alborotadores. Ventanas blancas con persianas blancas; de aluminio supongo. El tejado era difícil de avistar ya que nos separaban unos veinte pisos. Unas macetas con un par de plantas casi marchitadas y una papelera metálica adornaban la entrada. Nunca me habría fijado en este edificio pero ahora que me encontraba frente a él, me daba escalofríos.

—¡Vamos! Nos están esperando.

Salimos del coche y nos dirigimos hacia la entrada del edificio donde un extraño portero nos abrió la puerta sin quitarnos el ojo de encima. El ascensor, apartado de pasillo como si quisieran esconderlo de las miradas curiosas, me hizo preguntarme sobre la clase de personas que trabajan aquí.

—El ascensor me parece un poco estrecho.

Era inevitable que mi cuerpo dejara de comportarse con normalidad.

—¡No tenemos tiempo para tu fobia Vicente!

Eduardo me cogió con fuerza del brazo y me empujó hacia el ascensor.

—Tú tranquilo que no pasa nada.

—Parecemos sardinas enlatadas...

—Es una buena forma de reaccionar. Afrontar tus temores con humor.

La subida hacia el séptimo piso se me hizo infinita pero por fin ya habíamos llegado. Delante de nosotros se extendía un pasillo estrecho y muy iluminado, no me sorprendería que la gente anduviera por aquí con gafas de sol. En cada lado había puertas cerradas y daba la sensación de que nunca habían sido abiertas. Al fondo del pasillo, se encontraba una puerta medio abierta con un detector de metales justo al

entrar. Nada más acercarnos, un hombre salió y David se acercó enseñándole su documentación. Tras un vistazo rápido, el hombre asintió con la cabeza y se apartó.

—¡Vamos! No os detengáis ni toquéis nada.

Seguimos a David hasta el fondo de lo que podría describirse como una recepción; pero muy rudimentaria.

—Esperad aquí un minuto...

Entró en una habitación y nosotros nos quedamos bajo la atenta mirada del hombre de la entrada.

—No os parece demasiado exagerada toda esta vigilancia. Si no me equivoco lo que veo en las paredes son cámaras de seguridad.

Eduardo medio sonrió y Emma se me acercó para hablarme en voz baja.

—Todo lo que ves es normal en sitios como éste. Hasta podría decir que los he visto más vigilados y con más controles de seguridad. David debe de tener un pase de muy alto nivel para que no nos registren y nos permitan entrar sin más.

—¿Cómo? ¿Es que tú ya habías estado en un centro de espionaje?

—Se les llama centros de inteligencia y debido a mi trabajo he estado en alguno que otro parecido. Seguramente Eduardo también lo haya estado.

—¿Es eso cierto Eduardo?

—Es raro pero no improbable.

—¿Eso qué quiere decir?

—¿Tú qué crees?, claro que he estado...

Eduardo no acabó la frase, cuando David regresó a la recepción.

—¡Seguidme!

Entramos en la habitación contigua y para mi sorpresa estaba vacía.

—No os detengáis. Por aquí...

Pasamos a otra habitación llena de ordenadores, con un par de operarios que apenas levantaban cabeza mientras al lado de sus teclados había varias tazas vacías y envoltorios de hamburguesas. Luego entramos en otra habitación donde en un rincón había un montón de maletas apiladas; tuve la extraña sensación de que estábamos volteando el pasillo que recorrimos antes, habitación tras habitación. Cruzamos otra puerta y nos encontramos en una salita con televisión donde algunos descansaban con los pies apoyados en una mesita de madera y otros desayunaban de mala manera. Lo más curioso de todo era que no había ventanas, sólo puertas y más puertas que conducían de una habitación a otra.

—No te distraigas Vicente.

La voz de David interrumpió mis pensamientos que divagaban junto con mi imaginación. Entramos en lo que parecía la última habitación de esta parte del edificio y justo enfrente de nosotros, había una enorme ventana tapada con dos tupidas cortinas y que a pesar de ello, un hilo de luz natural invadía el lugar. En una

esquina, un viejo escritorio golpeado y manchado de tinta, impedía el acceso a la siguiente habitación mientras un pelirrojo con pecas se sentaba tras él. Delante tenía un viejo portátil con una pegatina de la bandera americana en su tapa y que no dejaba de teclear. A nuestra derecha había un sofá y una mesita completamente vacía; ni revistas, ni periódicos.

—Sentaos aquí. En dos minutos vuelvo con vosotros.

Los tres nos sentamos en el sofá mientras David conversaba con el pelirrojo. A pesar de que sólo nos separaban unos pocos metros, ninguno de nosotros era capaz de oír nada de su conversación. David parecía insistir mucho en lo que le estaba diciendo ya que no dejaba de golpear el dedo índice en el escritorio y luego en el hombro. Indignado, el pelirrojo se levantó de su sillón y se marchó a la habitación de al lado mientras nuestro nuevo compañero cogió el portátil y se sentó a nuestro lado.

—Aquí podemos ver el DVD.

—Yo esperaba que usásemos un aparato de alta tecnología y que hiciera un montón de cosas.

—¿Igual que este portátil?

—¡No exactamente!

—Me imagino que esperabas un equipo sofisticado que reproduzca medios de video como DVD en alta definición con posibilidad de zoom, congelación de imagen, retroceso de precisión, etc....

—¡Eso mismo David!

—Es decir... Igual que este portátil...

Mis compañeros me miraron de una forma extraña. Supongo que el cansancio me impulsaba a actuar de una forma muy inoportuna. Cerré la boca, me recliné hacia atrás y esperé a que finalmente viéramos lo que había en el DVD.

XXV

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre Vicente?

—El que está sentado en la silla atado de manos y piernas ¿no es el que perseguimos en Ginebra?

Eduardo se acercó a la pantalla para fijarse mejor.

—¡Sí! Tienes razón. ¡Es él!

Lo que estábamos viendo parecía tan inverosímil como chocante. La cámara, grabando las imágenes desde una posición superior, no se movía ni un milímetro. Sólo se veía una pared sin ventana, el suelo, la esquina inferior de la otra pared y en medio al asesino de Suiza sentado en una silla con los pies atados a sus dos patas y las manos atadas detrás de la espalda. Pasados unos segundos, dos hombres encapuchados entraron colocándose uno delante de él y otro detrás. El que se había puesto delante, quedaba de espaldas a la cámara mientras el otro la tenía de frente. Antes de hacer otra cosa, se giró y asintió con la cabeza. Una señal indicando que ya iba a empezar.

Mi conciencia se removía sabiendo que lo que estaba viendo no era ni legal ni moralmente aceptable pero una parte de mí se negaba a protestar. Era obvio que quizás fuese la única manera de salvar más vidas o por lo menos era lo que quería creer.

El hombre de delante, sin decir nada, le dio un puñetazo en la cara sin ni siquiera formular una pregunta. Con el primer golpe, el asesino de Ginebra se encontraba repentinamente en el suelo junto con la silla, pero no se quejó. Enseguida, le asestó una fuerte patada en el estomago y tranquilamente dio dos pasos hacia atrás. El hombre que permanecía inmutable detrás de él, se agachó y empezó a preguntarle en francés.

—¡Un momento! Dadle a la pausa.

—¿Qué ocurre Eduardo?

—No entiendo lo que le ha preguntado. Traduce lo que dicen Emma...

—Ha preguntado. —¿Cómo se llama la víctima de Viena?

—Vale. Continuemos y por favor tú sigue traduciendo.

El asesino parecía sorprendido al darse cuenta de que sabían donde se cometería el siguiente asesinato pero también arrojó una sonrisita muy sospechosa. Supongo que las personas que sacrifican su vida defendiendo unos ideales se sienten felices al hacerlo.

El hombre de atrás, al no recibir respuesta alguna, le agarró de los brazos con calma y volvió a levantarlo colocándole en su postura original. Si dudarle, el otro se

acercó otra vez y de dio un fuerte tirón de pelo.

—Si no quieres hablar con él tendrás que hablar conmigo. Te aseguro que será mucho peor de lo que te puedas imaginar. ¡Dime quién es la siguiente víctima! ¿Por qué hacéis todo esto? ¿Qué relación hay con las armas químicas del barco Ucraniano?

El asesino no contestaba y se mantenía con la cabeza mirando hacia el suelo esperando ser golpeado de nuevo y no se equivocaba. Recibió tres fuertes golpes en la cabeza, con la palma de la mano abierta, como si el interrogador sólo quisiera irritarle sin hacerle mucho daño. Entonces se alejó otra vez hasta que se apartó del ángulo de la cámara y el hombre tranquilo se acercó a su oreja susurrándole algo.

—No se oye lo que le está diciendo así que no puedo traducirlo.

Nos quedamos mirando a David por si sabía lo que iba a suceder.

—A mi no me miréis. Hay muchos modos de realizar un interrogatorio. Estoy seguro que enseguida nos enteraremos de lo que le ha dicho.

Casi transcurrieron dos minutos cuando el otro hombre volvió a aparecer. En su mano sujetaba una jeringuilla que no dejaba de golpear con el dedo índice.

—No necesito romperte la cabeza para que hables.

El preso empezó a moverse de un lado a otro asustado pero incapaz de defenderse. Entre los dos le agarraron y le pusieron la inyección. Poco a poco empezó a notarse que se estaba mareando hasta que de repente, la pantalla se quedó en negro.

—¿Qué ha pasado?

—Se paciente Vicente. Aún queda grabación. Seguramente han cortado un trozo del que no se podía extraer mucha información.

Efectivamente, pasaron unos segundos y la imagen volvió. Ahora los dos hombres se habían colocado frente a él esperando.

—Dinos por qué hacéis esto.

—¡Venganza!

—Muy bien. ¿Te das cuenta de cómo las cosas van mejorando?

—¿Existe relación con las armas químicas?

El hombre en estado de zombi contestaba.

—De eso no sé nada...

Los dos hombres se alejaron un poco y hablaron entre ellos. Miraron hacia la cámara, volvieron a hablar entre ellos y se acercaron otra vez.

—¿Existe relación con el barco Ucraniano de Francia?

—Sí...

—¿Cuál?

—No lo sé...

—¿Cómo se llama la víctima de Viena?

—...

—¡Contesta!

—...

—Tendremos que espabilarle un poco.

Uno de ellos, se alejó y seguidamente volvió con otra jeringuilla que le inyectó de inmediato. Sin que ni siquiera pasasen unos segundos, el asesino volvió en sí, estirando con fuerza el cuello hacia atrás.

—¿Quién es la víctima de Viena?

—Claus Andrea.

—¿Dónde vive?

—No lo sé...

—¿A qué se dedica?

—Abogado...

David paró el video y entró en la habitación que el pelirrojo se había metido. Estaba seguro de que quería informar sobre el nombre de la mujer que acabamos de averiguar e intentar descubrir su paradero.

—Pronto sabremos lo que consiguen averiguar mis colegas. Sigamos...

Se sentó y reanudó el video.

—¿Cuántos sois?

—Miles...

Los dos hombres se quedaron mirando fijamente al asesino sin decir nada. Me resultó muy extraño.

—¿Qué están haciendo?

David se inclinó y me miró.

—Intentan averiguar si la droga que le han inyectado le causa alucinaciones. El problema de la sustancia conocida comúnmente como el suero de la verdad, es que no te revela la verdad.

—¿No?

—Revela los hechos que el interrogado piensa que son verdad.

—Entonces ¿de qué sirve?

—Cualquier información es buena ya que después se puede analizar y contrastar con otra.

—¿Y por qué le golpearon al principio?

—Con el miedo, los golpes y la irritación, aumentó su ritmo cardiaco y la droga entro en su torrente sanguíneo a más velocidad.

—¡Espera!, parece que está susurrando algo.

—¿De qué se trata Vicente?

No estaba muy seguro pero sus delirios parecían relacionarse con mi último sueño.

—Creo que dice palmeras.

—No Emma. No habla de palmeras.

—¿Entonces?

—Dice Palmira. Una ciudad ubicada en Siria; si no recuerdo mal, una de las más importantes de la antigüedad. Ahora sólo quedan sus ruinas. Un símbolo de una gloria pasada.

—¿Y qué significa?

—Quizás se trate del punto de partida.

Los dos hombres miraron una vez más a la cámara moviendo la cabeza de forma negativa. Salieron del ángulo de visión dejando al asesino solo y tras unos segundos, la imagen se volvió negra una vez más.

David se levantó y cerró la tapa del portátil.

—Ya no queda nada más que ver. Espero que mis colegas hayan averiguado dónde encontrar a la abogada.

Una vez más se dirigió a la habitación de dentro. Sólo podíamos cruzar los brazos y tener paciencia pero el cansancio hacia que la espera se tornara insoportable.

XXVI

Casi sin fuerza y medio adormilados, veíamos como la gente de la oficina andaba hacia todas partes sin ningún sentido aparente para nosotros. De vez en cuando también veíamos a David pasando de un lado a otro. Nos trajeron unos bocadillos para comer y unas cuantas tazas de café aunque nuestros cuerpos ya no distinguían entre el desayuno y la comida. Me sentía cansado y a la vez preocupado. No estaba acostumbrado a sentirme de ese modo y aparte de desesperarme me agotaba física y mentalmente.

Eran las seis de la tarde cuando David se sentó con nosotros y parecía muy preocupado.

—¡Levantaos! Tenéis que ver esto.

Nos fuimos a una de las habitaciones contiguas donde un pequeño televisor, sobre un soporte negro atornillado a la pared, sintonizaba las noticias.

—Uno de nuestros contactos del departamento de policía de la ciudad, nos ha confirmado que hace dos días les informaron del nombre de una posible víctima de asesinato. Desde entonces, intentaron ponerse en contacto con la susodicha persona pero todos sus esfuerzos han sido en vano. Al saberlo supusimos que el asesino se dio cuenta de que le estaban buscando y adelantó la fecha del asesinato pero como podéis ver no ha sido el caso.

En la televisión aparecía una gran fuerza de policial que rodeaba una gran catedral. Se notaba que todos los agentes estaban muy alterados y a juzgar por el tono de voz del comentarista, él también lo estaba. Por desgracia no entendía nada de alemán ni tampoco la relación de lo que sucedía con «Zeus».

—¿Qué está pasando? ¿Qué dicen?

—Presta atención Vicente. Resulta que las dos personas que buscamos están metidas en esa catedral. Concretamente en la torre situada al lado derecho de la entrada principal. Es de libre acceso y los dos están arriba del todo.

—¿Qué hace la policía?

—Intentan negociar a través del teléfono móvil de la señora Claus. —Contestó David.

—¿Es Imán?

—No parecen muy seguros pero creen que no.

—¿Creen que no? Debemos ir de inmediato. Debemos asegurarnos de la identidad del secuestrador. Si es Imán, daremos con la clave para detener el plan de esa maldita organización que hemos apodado «Zeus».

—En marcha pues. No tenemos minuto que perder.

Cruzamos el laberinto de habitaciones, pasamos por la improvisada recepción,

hicimos un gesto de agradecimiento al portero cerca del detector de metales y bajamos las escaleras del edificio con mucha premura hasta que llegamos a nuestro coche.

—La catedral que aparecía en la tele es la de San Esteban ¿Verdad?

—Sí Vicente ¿Por qué?

—Se encuentra en el centro de la ciudad. Una persona que pretende huir no se atrinchera en un lugar así.

—A mí también me pareció sospechoso y se lo mencioné a la policía pero no me han hecho mucho caso.

—Creo que no vamos a poder salvar a esa pobre mujer.

Acababa de afirmar lo que más temía. Otro fracaso, otra víctima y otra vez vuelta a empezar. Si el plan «B» de Pierre consistía en recoger cadáveres para averiguar donde acabaríamos encontrando el siguiente, lo estábamos haciendo de maravilla.

*

La conducción temeraria de David no me asustó. Eduardo y Emma tampoco aparentaban tener miedo, simplemente se sujetaban bien a los agarradores del coche evitando golpearse con las bruscas, pero a su vez efectivas maniobras de nuestro conductor. Seguimos todo el trayecto dando bandazos, hasta que por fin llegamos al centro. El tráfico, mucho más denso que el de las afueras, era igual que el de todas las grandes ciudades. Con todo el ajeteo de los peatones, los coches de policía apareciendo por todas partes, las ambulancias permaneciendo en alerta y algún que otro despistado cruzando por donde no debía, seguramente pronto acabaríamos atascados.

—Stephansplatz no se encuentra muy lejos de aquí pero pronto tendremos que seguir a pié.

Eduardo miró a David.

—¿Nos dejarán pasar?

—Sólo yo me identificaré. Vosotros quedaos detrás de mí. No suelen impedir el paso a agentes de la C.I.A.

Pronto podíamos contemplar el alboroto formado por los coches de policía y de la gente que abandonaba apresuradamente el lugar del suceso. Encontramos muchos obstáculos y no podíamos avanzar así que dejamos el coche y seguimos corriendo.

—Esperad a mi señal para atravesar la barrera policial. Una vez crucemos intentad no llamar la atención. No todos saben lo que realmente sucede.

Tenía el presentimiento de que nos encontrábamos muy cerca de poder salvar a una persona. Me puse al lado de Eduardo y me fijé en su rostro mientras corría.

—Pareces contento.

—El asesino está atrapado. ¿No te parece un buen motivo?

—¿Y la mujer?

—¡Hay esperanza!

La afirmación de Eduardo me reconfortó y me ayudó a recorrer los últimos metros que nos separaban de «Zeus». David hablaba con los policías de la barrera y movía la mano para que nos diéramos prisa. Cruzamos la esquina de una vivienda ornamentada con estatuas de piedra y bajorrelieves de flores hasta que nos situamos en el centro de Viena. Stephansplatz, era una plaza muy hermosa, rodeada de edificios antiguos pero muy bien conservados. En el centro de la plaza, la catedral de San Esteban más conocida como Stephansdom, se erguía majestuosamente por encima del resto de edificios. En el costado de la catedral, un par de carros con caballos que servían para pasear a los turistas, permanecían abandonados, esperando el regreso de sus dueños. Unos policías intentaban trasladarlos en vano, mientras otra persona, vestida de civil, les señalaba que debían apresurarse.

—Supongo que ese hombre que no para de hacer señas debe de ser el negociador.

Eduardo me cogió del brazo y me echó hacia atrás.

—Probablemente, pero de momento nos mantendremos alejados de él. Deja que David haga su trabajo.

Emma también me agarró y asintió con la cabeza.

—Pero si estamos muy cerca. Estoy seguro que podemos convencer al secuestrador a que se rinda.

—Puede que tengas razón aunque te aseguro que el hombre que está negociando con él es un profesional.

Supongo que Emma tenía razón. Por desgracia no era capaz de mitigar mis ansias de ayudar. Sentía que sólo teníamos que alargar la mano y agarrar a esa mujer apartándola de su cruel destino.

De repente, el hombre que negociaba con «Zeus» tiró el teléfono móvil al suelo y gritó.

—¡Zurück!

Emma me empujó con fuerza y perdí el equilibrio.

—¡Atrás!

En cuestión de segundos me fijé en mí alrededor y vi como algunos de los presentes se encogían mientras otros corrían alejándose de la catedral. Policías, unos cuantos médicos, enfermeros, gente con traje y corbata, todos se alejaban aterrorizados por el grito que surgió de las entrañas de ese hombre. Emma me empujó con tanta fuerza que caía lentamente hacia el suelo y gracias a un irónico designio del destino, mi mirada se quedó clavada en la hermosa torre del majestuoso templo del siglo doce.

¡¡¡BOOOOM!!!

Polvo al polvo y cenizas a las cenizas. Una cara desesperada de una mujer rendida y atemorizada, asomaba desde la torre mientras la piedra y la sangre se fundían en la nada. Trozos de vida e historia se esparcían por todas partes y la parte superior de la torre se derrumbaba hacia el tejado de la catedral desvaneciéndose con ella toda esperanza por salvar a la mujer. Fragmentos de roca se dispararon hacia todas direcciones golpeando sin piedad a todo lo que encontraban a su paso y el estruendo de la furia humana destrozó todas las ventanas de los edificios cercanos. Mi mente, bloqueada por la confusión, recopilaba datos de manera intuitiva y a pesar del irritante pitido que invadía mis oídos, aún pude escuchar el derrumbamiento del tejado, precipitándose hacia el interior del templo. No percibía a nadie a mí alrededor y pensé que podía considerarme afortunado por sobrevivir hasta que sentí un gran golpe en la frente y mis ojos se cerraron bruscamente.

*

—No te rindas... Te necesitan...

De pronto no sentía mi cuerpo y a pesar de ello, estaba de pie. El pitido desaparecía paulatinamente hasta que sólo era capaz de escuchar un extraño silencio.

—Daniel hijo mío ¿Eres tú?

La gente tirada en el suelo, gritaba desesperadamente mientras comprobaban que no paraban de sangrar. Otros muchos corrían a ayudar con una expresión de impotencia reflejada en sus caras. Entre la multitud y la confusión, Daniel apareció.

—No debes rendirte Padre.

—¿Qué haces aquí?

Cada vez se acercaba más mí. En esta ocasión se me apareció vestido con unos desgarrados harapos y sin zapatos pero su sonrisa no dejaba de adornar su joven rostro. Caminaba dando pasos muy cortos pero aún así, ya estaba delante de mí. Su mirada se clavó en mi ojos y sus manos, cálidas y sosegadas, se agarraron a las mías.

—¡Fíjate!

Los edificios de alrededor se habían oscurecido y las personas que se encontraban a mí alrededor, paralizadas e inexpresivas, no dejaban de mirarme. Tras ellos, surgieron sombras de niños descalzos y mal vestidos, igual que Daniel. Deambulaban desesperados. Algunos lloraban y otros simplemente tenían la mirada perdida, sumergidos en una consciencia que nunca nadie supo explicar. Me veía incapaz de distinguir algún rasgo en sus rostros. Tenían una penetrante mirada pero sin ojos, una demacrada sonrisa pero sin labios; percibía emociones pero no era capaz de comprenderlas.

—¿Qué estoy viendo?

—¡El futuro Padre!

No sentía mi piel pero se me había irritado, ni sentía mi sangre pero se me había congelado. Mis sentimientos nacían de mis pensamientos y unas amargas lágrimas se arrastraron por mis mejillas.

—¡No puede ser!

Quería gritar de dolor pero notaba como mi boca se mantenía serena, como si la paz de este niño me lo impidiera.

—Pues no dejes que ocurra...

—¡No sé cómo, he vuelto a fallar!

—Sabes muy bien a dónde hay que ir...

—¡No! No lo sé.

—Sí que lo sabes... sólo tienes que aceptar la verdad.

Daniel se alejaba pero no podía ir tras él. Sólo podía distinguir su rostro desapareciendo tras el cuerpo de un policía que ayudaba a su compañero. Cuando finalmente su figura se había desvanecido, un leve susurro llegó hasta mis oídos.

—¡Palmira!

*

La oscuridad envolvía el entorno hasta que repentinamente volví a sentir como mi cuerpo se estremecía de dolor. Abrí los ojos y vi a Eduardo junto a Emma gritándome, pero no era capaz de escuchar lo que me decían por culpa del pitido que retumbaba en mis oídos como si nunca se hubiera ido. Toqué mi frente con la mano y enseguida me di cuenta de que estaba húmeda. Un fragmento de roca me había golpeado y no dejaba de sangrar.

Mis compañeros me levantaron y me llevaron a una ambulancia que se encontraba cerca de nosotros. Un enfermero se acercó rápidamente para curarme la herida e instintivamente aparté la cabeza tras el escozor del alcohol. Por su expresión, podía deducir que no se trataba de una herida muy grave. El enfermero recogió su instrumental, hablo con Eduardo y se fue a atender a más gente.

—¡Vicente!

—No te oigo muy bien...

—¿Qué has dicho?

—¡Qué no te oigo bien!

Eduardo me señalaba su oreja, lo que significaba que él también tenía ese molesto pitido zumbando en su cabeza.

—¡No lo soporto!

—¿¡Qué dices!?

—¡Me duele la cabeza!

El fallido intento de comunicarme con Eduardo fue interrumpido por David que nos indicaba que debíamos marcharnos.

—¿Podéis andar?

Una vez más Eduardo señaló su oreja.

—¿¡Andar!?! —Gritó David.

Todos asentimos con la cabeza y le seguimos hacia el coche. Debía de tener sus razones para querer abandonar el lugar inmediatamente.

A medida que nos acercábamos al coche, el pitido iba desapareciendo substituyéndose por los ruidos de las sirenas y de la gente asustada. Con mucho esfuerzo y esquivando la multitud, conseguimos meternos en el coche. Todos portaban una expresión de haber sido derrotados pero yo sabía que nuestra labor aún no había acabado. Me acerqué a David que se disponía a arrancar y le cogí del hombro.

—Debemos ir a Palmira.

—¿Qué estás diciendo? Ya no hay nada que hacer.

Apreté mi mano en su hombro indignado y alcé la voz.

—¡Debemos ir a Palmira!

—¿De dónde sacaste esa conclusión? No hay cadáver. No hay inscripción. No hay nada.

Le agarré el brazo con todas mis fuerzas y le miré furioso.

—¡Yo no pienso rendirme! Iré a Palmira con vuestra ayuda o sin ella.

Me sentía cansado, cabreado y avergonzado pero no había perdido la cabeza. Era consciente que Daniel hacía tiempo que había muerto pero estaba seguro de que me indicaba el camino a seguir. Además, en el interrogatorio también escuché el nombre de esa ciudad. En la actualidad Palmira era un destino turístico muy importante. Nada que ver con una ciudad conflictiva que pudiera cobijar a terroristas. Me bajé del coche y empecé a caminar.

—¿Y ahora qué?

—Mientras caminaba cabreado, los tres me seguían con el coche.

—¡A Palmira!

—¡Muy bien! ¿Y cómo pretendes llegar hasta ahí?

—A usted le parecerá gracioso señor agente de la C.I.A. pero a mí no. Y vosotros dos que estáis ahí sentados calladitos me habéis decepcionado.

Eduardo y Emma bajaron la cabeza.

—Sube al coche...

—Podéis marcharos. Cuando me tranquilice hallare el modo de ir a Palmira.

—Sube al coche...

—Sé lo que he visto y estoy seguro que lo peor está aún por llegar.

—Sube al coche por favor. Te haré caso. Nos vamos a Palmira.

Me detuve aliviado pero dudando.

—No me tomes el pelo David.

—Después de esto tendré serios problemas en la agencia pero lo hecho, hecho está. Haré unas llamadas para cobrar algunos favores y pronto dispondremos de un jet que nos llevará a Palmira, o al menos lo más cerca posible así que por favor, sube al coche.

Volví a sentarme al lado de Emma que tímidamente acarició mi mano y luego se colocó en su asiento.

—¿Podéis dejarme un móvil? El mío no funciona.

Eduardo le ofreció el suyo.

—No os prometo nada pero lo intentaré. De momento nos dirigiremos al aeropuerto y después ya veremos.

Mientras nos alejábamos del centro, David no dejaba de hablar por teléfono con sus contactos. No entendía nada de lo que decía pero en sus gestos reflejaban enfado y persistencia. Tras unos minutos de disputas y amenazas, colgó el teléfono.

—Ya lo he dispuesto todo. Mientras llegamos al aeropuerto prepararán el avión, pienso que en un par de horas podremos despegar. Haré una llamada más para organizar el viaje por tierra en Siria. Espero que sepas lo que estás haciendo.

Preferí mantener la boca cerrada ya que en realidad no sabía muy bien lo que hacía. Estaba desorientado y confuso, igual que los demás pero decidí actuar con decisión. La desoladora visión de los niños deambulando por las calles no había dejado de perturbarme. La mortífera carga del barco Ucraniano pronto cumpliría con su propósito y yo estaba dispuesto a dar mi vida para impedir que eso sucediera.

XXVII

Llegamos al aeropuerto de Viena y entramos en el aparcamiento público. David dejó el coche e hizo otra llamada que apenas duró unos segundos.

—¿Vamos?

—No seas impaciente Vicente. Confía en mí. Por ahí viene nuestro transporte.

Una limusina negra se paró delante de nosotros. Rápidamente recogimos nuestras cosas, nos lanzamos unas miradas de complicidad y nos subimos.

—No vamos a pasar por ningún control. Entraremos directamente en el hangar y viajaremos a Damasco. En cuanto paremos, coged vuestras cosas y no habléis con nadie.

Salimos del aparcamiento y nos alejamos de los terminales de pasajeros. Nos acercamos a una entrada situada en el lado norte del aeropuerto donde nos paramos y el conductor se bajó para hablar con el guardia. Inmediatamente pasamos por las pistas de aterrizaje hasta que llegamos a un hangar donde el avión que David había conseguido nos estaba esperando. Bajamos apresuradamente de la limusina y sin decir ni una palabra, cogimos nuestras cosas y entramos en el avión. La mirada de los tripulantes, fría y distante, se dirigía fijamente hacia nosotros. Sin duda les disgustaba la idea de involucrarse en lo que podría considerarse como delirios de un desconocido.

—Sentaos aquí atrás. Nadie os molestará.

—Gracias David.

—No te preocupes Vicente. Sólo espero que tengas razón.

David me dio un par de palmaditas en el hombro y se dirigió hacia la cabina del piloto. El silbido de las turbinas nos avisó del comienzo de nuestro viaje y enseguida notamos como el avión empezaba a moverse.

—Ghmm...

—¿A qué viene esa tos Eduardo?

—¿Estás loco? De dónde sacaste lo de Palmira... ¿Una corazonada? Dime que no se trata sólo de una simple corazonada.

—El prisionero también lo mencionó.

—Ese hombre estaba drogado y ni yo no estoy seguro de que haya dicho eso.

—Yo sí lo estoy.

—Sé que hemos estado arriesgando nuestras vidas y nuestras carreras persiguiendo a «Zeus» pero se nos está yendo de las manos. ¡Por el amor de Dios, estamos a bordo de un avión de la C.I.A.!

—No me preocupa en absoluto. Hay muchas vidas en juego. Más de las que pensamos.

—Está claro que los integrantes de «Zeus» no tienen escrúpulos y la bomba de antes nos lo demuestra.

—El avión no ha despegado todavía. Aún te puedes bajar.

—¡Sabes que no es mi intención! No hace falta que te pongas así. Sólo digo que... ¡aghhh!, olvídalo.

—¡No! Di lo que piensas. No hace falta que te reprimas.

—Digo que si tienes razón sobre Palmira ¿qué vamos a hacer? ¿Visitar a una organización terrorista para decirles que se detengan? ¡Nos matarán sin dudarlo!

—Es probable.

—¿Y si no nos matan? ¿Qué ocurrirá?

—No lo sé Eduardo.

—Claro que no lo sabes. ¿Acaso no te has dado cuenta de que siempre llegamos tarde?

—Esta vez el asesino se ha adelantado un día.

—¡Sí! Pero también ha tenido tiempo para avisar a sus compañeros. Es lo que pretendían desde el principio pero ahora saben que estamos demasiado cerca.

—¿Cómo han podido avisarles?

—Por los periódicos, las noticias, por todas partes. Una explosión en pleno centro de Viena ¿te parece poco?

—No había pensado en ello.

—Claro que no. ¿Y Emma?

—¿Qué pasa con Emma?

—¿Has pensado en ella?

Se levantó del sillón y se acercó indignada.

—¡Basta Eduardo! Basta... No tengo miedo y permaneceré a vuestro lado hasta el final. Si Vicente dice que debemos ir a Palmira y enfrentarnos a unos terroristas aún a riesgo de que perdamos la vida, adelante.

—Ya tienes tu respuesta Eduardo.

—...

—Ahora debemos concentrarnos en recordar todo lo que hemos hecho hasta ahora e intentar adelantarnos al siguiente movimiento de «Zeus». Siete pecados, seis víctimas. Lo que significa que sólo queda una.

—Tienes razón. ¿Por dónde empezamos?

David acababa de regresar.

—Tardaremos alrededor de tres horas en llegar a Damasco. Cuando aterricemos, un miembro de la embajada Americana nos conducirá a Palmira como invitados especiales haciendo turismo.

—Gracias por todo David. He de admitir que mi actuación de antes no...

—Guárdate eso Vicente. Sólo espero que nuestros esfuerzos sirvan para algo más

que un paseo en avión. Mientras tanto, por favor no habléis con nadie. Ni siquiera si vienen a preguntaros.

Desde la ventanilla del avión podía ver como el aeródromo se hacía cada vez más pequeño hasta que desapareció de mi vista. El dolor de cabeza me impedía relajarme y por mi mente rondaban pensamientos sobre Daniel. Los últimos dos días apenas había dormido y mis ojos empezaban a cerrarse lentamente. Recliné mi cabeza sobre el asiento del avión y mi última mirada la dirigí hacia el dulce rostro de Emma que también me estaba mirando.

XXVIII

—Despierta Vicente. Ya hemos llegado.

Mi reloj marcaba casi las doce de la noche, lo que significaba que aquí sería alrededor de la una.

—Recoger vuestras cosas. El de la embajada ya nos está esperando.

Bajamos del avión y frente a nosotros había un coche negro muy grande.

—Os presento a Samuel de la embajada Americana. Nos acompañará a nuestro destino de inmediato y cuando acabemos nos traerá de vuelta al aeropuerto para marcharnos.

El hombre se giró y con una sonrisa forzada asintió con la cabeza. De inmediato, arrancó el coche y se dirigió apresuradamente hacia la salida del aeropuerto. Nos detuvimos frente a una barrera donde unos soldados nos hacían señales mientras se acercaban al coche.

—No digáis ni una palabra y tú Vicente quítate la venda de la cabeza.

Menos mal que la herida no era muy grave y que en el avión me había cambiado de ropa aunque, a pesar de ello, mi descuidado aspecto podía llamar la atención. Samuel se bajó del coche y se dirigió hacia ellos con varios papeles en la mano. Los soldados echaron un vistazo a los papeles y dirigieron su mirada hacia el coche buscando cualquier detalle sospechoso. Sin muchas demoras, nuestro conductor regresó al coche y pasados unos segundos veíamos como nos levantaban la barrera de la salida para seguir nuestro camino.

—Poneos cómodos, tardaremos tres horas en llegar a nuestro destino.

Las luces de la ciudad de Damasco parpadeaban en el horizonte. El intenso tráfico de la salida del aeropuerto lentamente se transformaba en un ininterrumpido trayecto donde apenas nos cruzábamos con otros coches. Al lado de Samuel se sentaba David mientras que en la parte trasera Eduardo, Emma y yo nos acomodábamos para soportar otro largo trayecto.

—¿Crees que todo irá bien?

—Sé que todo irá bien.

Ella se acurrucó en mi pecho y cerró los ojos. Mi dulce Emma; ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. El perfume de su cuello perforaba mis fosas nasales causándome un inimaginable placer. El roce de su piel con la mía al moverse, me ponía los pelos de punta y de vez en cuando tenía que reprimir mis ganas de suspirar. Las dudas desaparecieron y por fin me sinceré conmigo mismo. Estaba enamorado de Emma y no volvería a vestir la sotana nunca más. Eduardo, que me miraba de reojo, sonrió cariñosamente y se recostó en su asiento.

La animadversión que sentía hacia las masacres de «Zeus» entraba en conflicto

con el amor que experimentaba por Emma. El futuro que me había labrado como sacerdote se había esfumado y en su lugar una apacible incertidumbre alimentaba mis pensamientos. El camino recorrido durante los últimos días me había desvelado un nuevo mundo lleno de posibilidades pero que a su vez, era mancillado por los horribles actos de unos pocos.

El ruido de los limpiaparabrisas deslizándose para limpiar el polvo que se acumulaba, actuaba como una monótona canción que acariciaba mis parpados. De vez en cuando las luces de un coche que se cruzaba con nosotros me hacían temblar la cabeza del sobresalto pero enseguida me calmaba tras sentir el latido del corazón de Emma. El suave contoneo me ayudaba a olvidar que, una suma de acontecimientos, nos había arrastrado a todos al otro extremo del mundo para enfrentarnos cara a cara con la muerte.

XXIX

Empecé a notar como reducíamos la velocidad. Abrí los ojos y suavemente coloqué la cabeza de Emma en el asiento.

—¿Hemos llegado?

—Estamos cerca pero se ha levantado viento y la arena nos impide ver bien.

—¿Una tormenta de arena?

—Algo por el estilo. No es tan fuerte pero es igual de molesta y me temo que nos retrasará un poco.

La oscuridad de la noche, el mal estado de la carretera y ahora esto. Menos mal que nuestro conductor no parecía estar tan cansado como nosotros, sin mencionar el hecho de que conocía bien el lugar. Nuestras voces despertaron a Emma que empezó a estirar los brazos. Miré a Eduardo y a David y por sus ojos rojizos supuse que no habían pegado ojo.

La arena golpeaba con fuerza el parabrisas mientras una extraña canción sonaba en la radio. Tierra antigua de civilizaciones que en otros tiempos iluminaron el resto del mundo con su sabiduría pero su llama ya se había extinguido. Sólo quedaban las sombras de aquellas personas que caminaron por los desérticos valles e influyeron en el rumbo de la historia. Ahora la lucha diaria se había convertido en un modo de vida tan arduo y desesperante, que no existía una clara visión de futuro. En muchos lugares parecidos a éste, la gente vive una realidad muy distinta a la que nosotros conocemos y es normal que poco a poco, nuestra indiferencia hacia su desgracia, conduzca a los hombres a realizar actos desesperados.

Recordé a Alejandro Magno caminando por las áridas tierras, unificando culturas y luchando por un futuro mejor en una época donde sólo se vivía el día a día. Quizás los actos de nuestros antepasados influyen más en nosotros de lo que nos imaginamos y el resultado, tanto de sus éxitos como de sus fracasos, guían nuestras vidas hacia caminos ya predeterminados. Se trataba del destino.

—Aparcaré cerca de la gran columnata y esperaremos en el coche a que amanezca aunque hasta que no pare el viento, no podremos seguir adelante.

Escuché lo que nos dijo David y me desanimé. Presentía que pronto conseguiría las respuestas que tanto anhelaba aunque no entendía por qué. La noche y la arena lo ocultaban todo mientras mi corazón palpitaba con ansiedad deseando liberarse del gran peso que soportaba.

—No tardará en amanecer. Esperemos que el tiempo no nos fastidie.

Lo único que podíamos hacer era esperar. Nadie hablaba, la impaciencia resultaba visible en todos nosotros. Sólo la extraña música de la radio rompía la monotonía del momento.

*

La luz del día ya aparecía en el horizonte mientras la arena seguía golpeando el coche con toda su furia. Apenas se podían distinguir las ruinas de la legendaria ciudad de Palmira.

—¡Fijaos en eso!

—¿En qué Vicente?

—¡Ahí! Bajo ese arco que apenas se distingue...

—...

—Fíjate Eduardo. Alguien se acerca.

—Yo no veo nada.

Bajé del coche pero la arena se me metía en los ojos y no conseguía ver nada. Los rayos de sol que atravesaban la densa cortina del desierto, revelaban a dos malformadas sombras que se acercaban a nosotros. Me agaché, utilicé las palmas de mis manos como viseras y me limpié la cara. Los ojos me escocían y la saliva se espesaba en mi boca mientras mis temblorosas piernas se apoyaban con dificultad sobre el movedizo suelo. De repente, el viento empezó a aflojar y la arena del desierto caía lentamente dejándonos ver con más claridad. Todos salieron del coche preocupados por mí pero también intrigados por lo que estaban viendo. Las dos sombras se convirtieron en un hombre y cogido a él, iba un niño.

—¿Esto es lo que buscabas Vicente?

—No lo sé Emma.

Se pararon a unos metros frente a nosotros y permanecieron quietos para observarnos con más detenimiento. Los dos iban con una vestimenta larga y con un turbante en la cabeza. Sus rostros, cubiertos para protegerse de la arena, revelaban una mirada alegre y a la vez misteriosa. Tras unos minutos mirándonos, el niño se soltó de la mano y se acercó a nosotros.

—Seáis bienvenidos. Os estábamos esperando. Por favor, seguidnos.

Regresó corriendo con su acompañante y nosotros les seguimos unos metros por detrás. Todos estábamos sorprendidos y queríamos respuestas pero debíamos ser cautos. Pasamos bajo un enorme arco que parecía ser la antigua entrada a la ciudad. Frente a nosotros, se encontraba una larga avenida, rodeada por una interminable columnata de piedra color rojizo. No dejaba de mirar a mí alrededor maravillado por la belleza de este lugar tan misterioso. Los demás, inquietos y a la vez fascinados, no paraban de mirar hacia todas partes. Según ellos nos encontrábamos en territorio enemigo y toda precaución era poca.

Nuestros dos acompañantes, marchaban a paso lento pero firme y antes de lo que

esperaba, empezamos a dejar atrás las ruinas principales. En muchas ocasiones había leído sobre este lugar pero no me parecía un buen momento para hacer turismo. De lejos divisé el templo de Bel, dios de dioses y me quedé con las ganas de visitar el anfiteatro de la ciudad que era uno de los más importantes del mundo. El sol desvelaba lentamente la majestuosidad del lugar y el color rojizo de las piedras se transformaba en un amarillo brillante. Incapaz de resistirme, me acerqué a una de las columnas de casi diez metros de altura y posé mi mano sobre ella.

—¡Venid por favor!

El hombre estaba apoyado en una roca grande que nacía del desierto el niño a su lado nos indicaba que les siguiéramos. Dimos un rodeo y nos encontramos frente a la entrada de lo que aparentaba ser una antigua tumba. Unas escaleras de piedra conducían a un lugar atormentado por el paso del tiempo, lleno de historia pero también de misterio. Mis compañeros se pararon y empezaron a examinar los alrededores mientras yo, sin pensarlo, me dispuse a bajar las escaleras.

—Espera Vicente. Quiero que cojas esto.

Eduardo me dio la pistola que habían dejado para mí en la frontera Suiza.

—¿Crees que es necesario?

—Nunca se sabe. Más vale ir preparado y recuerda que sólo tienes que quitar el seguro, apuntar y apretar el gatillo. Así de fácil.

El niño que ya había entrado en la tumba, volvió a salir.

—No tengáis miedo. Por favor seguidme.

Nos miramos, asentimos con la cabeza y empezamos a bajar las escaleras lentamente. La poca luz que había poco a poco se difuminaba hasta que llegamos a un punto que estábamos completamente a oscuras. De repente, una antorcha se encendió e iluminó el resto del camino. El niño nos guiaba con confianza hacia las entrañas del lugar que pensábamos que era la guarida de «Zeus».

—No os paréis. Ya casi hemos llegado.

Cuando acabaron las escaleras entramos en una habitación donde el hombre, que intentaba recuperarse de la caminata, se apoyaba en la pared bajo el chisporroteo de una antorcha. El niño, encendió unas cuantas más que pronto iluminaron por completo el lugar. Sin duda debía tratarse de una sala de rituales. En el centro, una mesa redonda de piedra con siete sillas también de piedra, acaparaban nuestra atención. Parecían estar esculpidas en el mismo suelo lo significaba que se trataba de un lugar muy importante y con un gran simbolismo.

—¡No puedo creer lo que ven mis ojos!

La mesa estaba dividida en dos partes y un hermoso bajorrelieve la decoraba. En una parte, los doce dioses del Olimpo, omnipresentes y todopoderosos, observaban la creación mientras en la otra, reconocí la imagen de la cruz de Cristo erguida en el Gólgota. Me resultaba imposible disimular mi asombro por el singular hallazgo.

Jamás pensé que vería algo parecido. Me giré hacia el hombre que nos observaba desde las sombras y que aún no se había quitado el turbante mientras Eduardo, con un tono de voz amenazante, se dirigió hacia él.

—¡Es el momento que nos explique lo que está ocurriendo!

El niño corrió hacia él y se colocó delante como si quisiera protegerle.

—Tened respeto por el maestro. Habladme a mí. Él no entiende vuestras palabras.

El hombre empezó a quitarse el turbante con cuidado y mientras se apoyaba en el hombro del niño, se acercó a la mesa.

—¡Dios mío!

Emma se agarró a mí cintura cuando el aspecto de nuestro misterioso anfitrión fue revelado. Ante nosotros se encontraba un anciano con el pelo blanco y de una largura que superaba la altura de sus hombros. El desierto y el tiempo le habían quemado la ya arrugada piel y su grisácea barba se enredaba en el manto que llevaba de vestimenta. Lo que más nos llamó la atención, eran sus ojos. Blancos como la nieve y profundos como el mar. Por fin entendimos la necesidad de aquel hombre de sujetarse por las paredes. El anciano estaba ciego.

Se sentó en una de las sillas y el niño se quedó de pie a su lado. Con lentitud, buscó con la mano cabeza de su aprendiz y empezó a susurrándole al oído.

—El maestro os agradece haber venido desde tan lejos. Hace mucho que esperábamos su llegada. Yo seré su voz y sus oídos así que por favor tengan paciencia.

Eduardo se acercó.

—¿Vosotros pertenecéis a «Zeus»?

El anciano movió la mano con enfado y volvió a acercarse al niño.

—¿Quién es vuestro enviado de Dios?

Emma posó su mano en mi hombro y me empujó lentamente hacia delante.

—¡Soy yo!

Con un amable gesto de manos me indicó que me sentara en la mesa frente a él. Una vez más se acerco al niño y empezó a susurrarle al oído.

—Zeus es el dios de todos los dioses y referirse a él de esa manera resulta insultante. Nuestro vínculo con él es de amor y respeto igual que el que une a toda la humanidad. Muchos piensan que fue destituido por el cristianismo, pero nosotros sabemos que todos adoramos el mismo dios.

—¿Cómo?

—Fíjate en lo que se revela ante tus ojos. Nuestro señor advirtió la necesidad de los hombres de sentirse más cerca de él y envió a su hijo para amarlos y morir por ellos.

—¿Y el resto de los dioses?

El anciano empezó a acariciar la ruda superficie de la mesa con mucho cuidado.

Sus dedos se deslizaban por las caras de los dioses y por sus ancestrales rituales. Sus incomprensibles susurros se transformaban en palabras interpretadas por su joven aprendiz.

—¡Aquí está! Míralo tú mismo.

—¡No puede ser cierto! Es... es... imposible...

Creía que mis propios ojos me engañaban. En la mesa de piedra aparecía representada la transición del politeísmo al cristianismo y con bastantes detalles. La primera escena era una reunión de los doce dioses en el monte Olimpo junto con muchos semidioses. Zeus posaba orgulloso ante todos y en sus brazos dormía despreocupadamente su hijo. En otra parte del bajorrelieve, el niño es llevado por Hera a los hombres dentro de su vientre mientras la acompañan casi todos los dioses y semidioses. Atrás sólo quedan Ares, Hermes, Apolo y Hades que enseguida se transforman en ángeles.

—¿Los primeros ángeles? Eso significa que son los arcángeles.

—Los brazos y los ojos de Dios.

Sentí un escalofrío; estaba viendo la representación del nacimiento del arcángel Miguel, general del ejército de Dios, el arcángel Gabriel, mensajero celestial, el arcángel Rafael, protector de la salud y finalmente, el arcángel de las tinieblas. ¡Satanás! El sequito de Hera que representaba la Virgen María, se transforma en humanos que más tarde se convertirían en profetas y santos. Luego aparece el camino que recorre el hijo de Zeus hasta el momento de la crucifixión.

—¿Cuántos años tiene la mesa?

—Fue tallada por nuestros antepasados poco después de que los romanos arrebatasen estas tierras a los griegos que a su vez se la arrebataron a los habitantes del antiguo imperio persa.

—¿¡Quieres decir que se creó antes del nacimiento de Cristo!?

—¡Sí!

—¡Es imposible!

—Nosotros somos los Aristofilos. En la antigua ciudad de Atenas, los aristócratas ocupaban los más altos cargos políticos de entre todos los ciudadanos. La palabra está compuesta por «aristos» que significa «el mejor» y «crati» que significa «sujeta». Los aristócratas no era gente designada a dedo que exprimía a los ciudadanos corrientes para su propio beneficio sino los mejores entre el pueblo que dedicaban su vida al servicio de su ciudad y de sus conciudadanos, ofreciendo mejoras y comida pagadas de su propio bolsillo.

—Y vosotros os hacéis llamar Aristofilos, es decir, los amigos de los mejores.

—Veo que tu griego es excelente.

—Si sois seguidores de lo «mejor», no entiendo porque estáis matando a gente inocente.

El anciano gruñó enfadado y bajó la cabeza mostrándose avergonzado.

—Soy el último del antiguo consejo. Antes me sentaba en el lugar que tú estás ocupando ahora pero con el tiempo me obligaron a abandonar la mesa y sólo puedo asistir a las reuniones como un mero espectador. La última vez que nos reunimos todos aquí, se me partió el corazón.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Os lo diré pero yo no traiciono a mi gente, fueron ellos quienes traicionaron a nuestras creencias.

—Debes hacer lo correcto.

—Vosotros matasteis a mi hijo. Sé muy bien que la culpa no es vuestra.

—¿Su hijo?

—El joven que murió en Ginebra. Sé que no obró correctamente pero aún así, era mi hijo.

Miré con curiosidad a mis compañeros. La arrugada piedra de las paredes y la polvorienta superficie del suelo que pisábamos me hicieron extrañarme a mí mismo. Bajo la penumbra de todo lo sucedido por fin disponía de una buena noticia que dar.

—Tu hijo no está muerto. Le retienen en unas instalaciones secretas de la inteligencia francesa para interrogarlo.

—¿Es eso cierto?

—No tengo por qué mentir.

—Entonces os contaré todo lo que sé a cambio de su liberación.

Volví a mirar a mis compañeros. Sus inclinadas cabezas me daban a entender lo difícil que era complacer al anciano.

—No podemos liberarle pero es nuestro deber evitar que se derrame más sangre inocente.

—Si ya han anunciado su fallecimiento seguramente no tardarán en matarlo.

—Es posible pero resulta imposible saberlo.

—De todas formas os contaré todo lo que sé. No quiero más muertes sobre mi conciencia.

David se colocó a mi lado y se apoyó sobre la mesa.

—Su muestra de buena fe le honra y a cambio considero que se merece una recompensa. No puedo prometerle que conseguiré liberar a su hijo pero si puedo asegurarle que haré todo lo que esté en mis manos.

—El tono de su voz me tranquiliza y me reconforta poder confiar en su palabra. Gracias.

El anciano se sobrepuso y continuó susurrando al oído del niño.

—Los nuevos consejeros se cansaron de la avaricia de occidente. Viendo como nuestra gente sufría dificultades mientras ellos vivían en la abundancia, se decidió practicar el ritual de la votación del pecado. Me apartaron y me permitieron asistir

como un simple espectador mientras las piedras eran repartidas. Negra para «NO» y blanca para «SÍ». Primero fue castigada la lujuria. La muchacha pagó por su pecado porque se votó que no cometeríamos nosotros ese pecado. Después fue castigada la envidia. El comerciante miraba con deseo todo lo que había a su alrededor aunque fuera capaz de conseguirlo por sus propios medios. Se voto en negro y nosotros no pecaríamos de envidiosos. En tercer lugar, la avaricia fue castigada. Un hombre que lo tenía todo, trabajo, familia, salud y felicidad, sucumbió ante el deseo del dinero. Nosotros ofrecimos ese dinero y no cometeríamos el mismo pecado.

Me fijé en Emma que intentaba ocultar sus humedecidos párpados mientras Eduardo le cogía la mano.

—La gula fue la cuarta. Tanto dinero y aún así desear comer lo que sustentaba a los demás, era un pecado que nosotros no queríamos cometer, por tanto se voto en negro y le dimos la espalda a la gula. La soberbia fue el quinto pecado que se votó en negro. La sexta, la pereza. Como una mujer puede tener tanto conocimiento y aún así acomodarse con un sólo cliente a sabiendas de que obraba de mala fe. También fue rechazada por nosotros.

—Entonces sólo queda la ira.

—Ahí acabó la piedra blanca. Ese fue el pecado elegido que nos conducirá al infierno.

—Pero... si matar a toda esa gente no fue un acto de ira entonces ¿Qué lo es?

—Todas las pistas fueron creadas para distraeros y alejaros del verdadero objetivo. Al igual que los alemanes invadieron Europa cruzando los países bajos mientras les esperaban por la frontera con Francia, nosotros mantuvimos los ojos de las agencias europeas en la purificación de los pecados mientras nuestro pecado capital se introducía por las fronteras del norte.

—¿Cómo se manifestará la ira?

—Los hijos de los destructores de Hiroshima y Nagasaki serán colocados en Berlín para vengar las muertes que causaron.

—¡Dios mío!

Eduardo se lanzó sobre la mesa.

—¡Hay que impedirlo! ¿Dónde están las bombas exactamente?

—...

El niño esperaba que el maestro le susurrara la respuesta.

—¡Por favor! ¿Dónde?

—No lo sé con exactitud...

—¡Dinos lo que sepas!

—Cerca del Tiergarten. Bajo la cúpula de cristal.

—¿No hay nada más?

—Es lo único que me permitieron oír. Cuando me opuse a ellos me prohibieron

asistir a las demás reuniones. Por favor, no permitáis que se condenen nuestras almas.

—Gracias por la ayuda.

El anciano se puso de rodillas con la ayuda del niño y empezó a rezar. Atravesamos corriendo la escalera sin que los desgastados mosaicos de sus paredes nos distrajeran. Al salir, un sol abrasador nos cegó durante un instante y su calor enseguida enrojeció nuestra piel. Seguimos corriendo hacia el coche y mientras tanto, Samuel cogió su teléfono móvil e intentó llamar a sus contactos.

—¡Maldita sea! No tengo cobertura.

David se acercó.

—No dejes de intentarlo. Recuerda que tras lo ocurrido en Viena, todos deben actuar con cautela y discreción. Si se enteran que hemos averiguado cuales son sus planes, estamos perdidos.

Entramos apresuradamente en el coche y nos dirigimos de vuelta al aeropuerto. La antigua ciudad de Palmira se convertía en una imagen borrosa que se desvanecía en el horizonte con mucha rapidez. Samuel no dejaba de intentar encontrar cobertura para avisar a sus superiores sobre nuestro descubrimiento. En mi mente sólo residía un escalofrío que casi paralizaba mi corazón. La visión de los niños que deambulaban descalzos por las calles con miradas perdidas, podría llegar a hacerse realidad.

El lugar donde eligieron colocar las dos bombas nucleares resultaba tanto simbólico, como mortal. El Tiergarten era un parque muy conocido, situado en el centro de Berlín rodeado por varios monumentos muy importantes y entre ellos, el Reichstag. Durante la segunda guerra mundial el Parlamento alemán había perdido todos sus poderes legislativos y sólo ejerció como un cuerpo de aclamación y propaganda para el partido Nazi. Resultó muy dañado por los bombardeos de los aliados, soportó un fuerte asedio del ejercito ruso y no fue restaurado hasta hace unos pocos años. A pesar de las adversidades y de la inclemencia del tiempo aún permanecía en pie. En el centro del edificio, se había construido una gran cúpula de vidrio combinando el aspecto original con uno más esperanzador y moderno. Encajaba perfectamente en la descripción del anciano. No dejaba de pensar que era el objetivo perfecto.

XXX

Por fin llegamos al aeropuerto. Durante el trayecto, Samuel había conseguido hablar con sus superiores mientras David, con el móvil de Eduardo, había informado a sus contactos en Berlín. Esta vez, la barrera de la entrada, estaba subida y junto a los militares Sirios se encontraban unos hombres trajeados que sin duda los enviaron para que no perdiéramos ni un segundo.

Nos dirigimos rápidamente al avión. El chirrido de los neumáticos al frenar y la turbina del avión que silbaba con fuerza, indicaba que todo el mundo tenía prisa. La tripulación nos esperaba en la puerta, en la pista los demás vuelos habían sido paralizados y un hombre con chaleco naranja y dos indicadores luminosos en las manos, señalaba que ya podíamos despegar. Bajamos del coche y nos despedimos de Samuel con un simple gesto de manos. Probablemente en Berlín ya estuvieran vigilando todos los rincones del Reichstag para detectar cualquier movimiento sospechoso pero aún así, debíamos asegurarnos en no dejar ningún cabo suelto.

Faltaban cuatro horas para llegar a nuestro destino y la tensión se respiraba en el ambiente. Aterrizaríamos a primera hora de la tarde, lo que nos dejaba aproximadamente unos tres días de margen para encontrar las bombas aunque después de la explosión en Viena, era muy probable que el tiempo fuera mucho menos del que calculábamos. «Zeus» no se quedaría sin mover ficha tras averiguar que estábamos al acecho. El factor sorpresa aún actuaba a nuestro favor ya que supuestamente, tras el sexto pecado no se dejó ninguna pista indicando donde podría ocurrir el séptimo ni de qué manera se iba a actuar. De todas formas en este momento todo era posible. Sólo podíamos hacer conjeturas y rezar para que no falláramos otra vez.

Eduardo, Emma y yo nos sentamos juntos en el avión mientras David se encontraba en la parte delantera informando por radio. Los mullidos sillones me incomodaban, el botellín de agua fresca se me atragantaba, la precocinada comida, aunque deliciosa me parecía repugnante. La inquietud se apoderó de mí y era incapaz de actuar con normalidad. El cielo azul se extendía hacia lo infinito y sólo las gotas de agua condensándose en la ventanilla entorpecían mi vista de lo divino de la creación.

—Estoy seguro que ahora mismo estáis pensando en la locura que estamos cometiendo. Nos dirigimos a un lugar donde hay un arma nuclear a punto de estallar, sin tener la absoluta certeza de dónde será colocada y sin saber si podremos hacer algo al respecto.

—Lo cierto es que no pienso mucho en ello. Hasta el momento no hemos dejado de arriesgar nuestras vidas pero ahora sabemos que quizás podamos salvar a miles de

inocentes.

—¿Y tú qué opinas Eduardo?

—Yo digo que hacemos lo correcto.

—¿Y qué es lo correcto para ti?

—Intentar salvar vidas. Hacer el bien.

—Claro...

—Alguien tiene que hacerlo. Esos bastardos no alcanzarán su objetivo.

Cogí la pistola que me habían dado y la miré con detenimiento. Nunca antes había sentido la necesidad de tener un arma cerca de mí; ni siquiera era capaz de pensar que en el peor de los casos, un día me veré obligado a usarla.

XXXI

Aterrizamos en un hangar alejado de los edificios principales. Dos BMW de color negro nos esperaban junto a sus conductores y dos personas más. Se acercaron a nosotros en la escalera del avión y nos guiaron hacia los coches sin darnos tiempo de coger nuestras cosas. David, se montó en el primero donde había otra persona en la parte trasera esperándole mientras Eduardo, Emma y yo nos subimos en el otro. El hecho de separarnos no me agradó demasiado pero era de suponer que alguien tenía que explicar lo que estaba ocurriendo. Nuestro conductor siguió el primer coche hasta la barrera donde después de cruzarla tomamos caminos opuestos.

—¡Oiga! Hemos venido juntos y no entendemos por qué nos separamos.

El hombre que iba de copiloto se giró, se quitó unas gafas de sol negras que llevaba puestas y con un acento fuerte hispano alemán se presentó.

—Soy el agente Frank Linzberger y tengo órdenes de resumir la situación en la que nos encontramos en este momento. También debo informaros de lo importante que es actuar con discreción para no provocar el pánico.

—Perdone la interrupción agente, a estas alturas creía que ya estarían evacuando la ciudad.

—¿Usted no es policía!?

—No. ¿Tan obvio es?

—Yo no estoy aquí para discutir las órdenes de mis superiores. Simplemente le informo que una evacuación masiva de la ciudad por un posible ataque terrorista es inviable. En primer lugar la amenaza no ha sido confirmada y en segundo, si procediéramos a alertar a los ciudadanos, los terroristas enseguida se darían cuenta y sin duda activarían el dispositivo nuclear de inmediato, anulando cualquier posibilidad de huida o intervención.

—Comprendo la situación pero...

—Como ya dije antes, no cuestiono las órdenes de mis superiores.

El agente Frank era serio, conciso y directo. Su pulcra apariencia amedrentaba cualquier intento de acercamiento amistoso. Podría considerarse como el perfecto estereotipo alemán. Pelo rubio, liso y bien peinado. El nudo de la corbata perfecto, el cuello de su chaqueta perfecto y si llegara a mirarle los zapatos seguro que estarían perfectos. No sonreía ni gesticulaba con las manos; sólo hablaba o mejor dicho... informaba.

—Según los últimos informes y tras registrar el Reichstag repetidas veces, no se ha encontrado ningún artefacto explosivo.

Eduardo quiso sacar su bolígrafo pero se detuvo.

—Supongo que hay personal suficiente trabajando en el caso.

—No todo el que nos gustaría pero debería ser suficiente.

—Eso no ha sonado muy bien.

—Todos los guardias asignados al edificio han sido alertados. Miembros de la policía secreta y de la inteligencia alemana no paran de rastrear el lugar. Un helicóptero sobrevuela la zona cada quince minutos. Hemos introducido perros rastreadores por las puertas traseras para que olfateen el edificio. Hasta escaneamos el área indicada con uno de nuestros satélites. Les aseguro que si existe esa bomba de la que hablan la encontraremos.

Unos minutos más tarde nos encontrábamos frente al Reichstag. A primera vista nadie podría sospechar que algo malo sucedería pronto. La gente paseaba tranquilamente por el parque, los turistas sacaban fotos y los niños correteaban alrededor de sus padres. En general, aparte de las pocas nubes que de vez en cuando ocultaban al sol, se podía decir que era un día perfecto.

Mis compañeros veían lo mismo que yo. La sensación de peligro desaparecía y su lugar lo ocupaba un sentir de paz y tranquilidad. Eduardo, sacó su bolígrafo y se me acercó con cautela.

—¿Estás seguro de que no hemos interpretado mal lo que el anciano nos dijo?

—Tengo la misma seguridad que todos vosotros. Creo que se trata de este edificio por su importancia histórica y su ubicación geográfica. ¡Imagínate el impacto que causaría un ataque de esta magnitud!

—Pero parece imposible introducir dos aparatos de gran tamaño sin ser detectados. Los guardias son profesionales y conocen cada rincón del lugar. ¿Acaso piensas que no lo habrán registrado todo?

—¿Me estás diciendo que nos hemos equivocado?

—Sólo digo que debemos reconsiderar la situación y pensar en otras opciones. No olvides que Berlín es una ciudad muy grande.

—¿Por qué no entramos en el edificio? A lo mejor vemos algo que los guardias hayan pasado por alto.

—No perdemos nada por intentarlo aunque nuestro aspecto no es el más adecuado.

Eso era cierto. La ropa sucia y polvorienta, el fuerte olor a sudor y nuestras despeinadas cabelleras no era la apariencia más apropiada para pasar desapercibidos. A pesar la superficial limpieza que nos hicimos en el avión a base de toallitas húmedas, era muy difícil ocultar el hecho de que nuestra última ducha fue hace cuatro días. Si se diera la casualidad de cruzarnos con «Zeus» sin duda se fijaría en nosotros inmediatamente. Por desgracia no disponíamos de tiempo para perfeccionar nuestros movimientos, sólo podíamos improvisar y adaptarnos a las circunstancias.

Cruzamos sin intromisiones el control de seguridad y seguidamente nos dirigimos hacia la cúpula. El suelo de mármol contrastaba con la extravagante estructura de

acero y cristal. Su base se extendía hacia el cielo con una espiral de caminos atravesando su periferia. Daba la sensación de estar en el interior de un remolino que te impregnaba de luz y armonía. Llegamos hasta arriba del todo donde unos bancos situados bajo una apertura te invitaban a descansar.

—Fijaos en la cúpula de cristal. En mi opinión simboliza una ventana hacia un mundo nuevo con una visión más amplia. La combinación entre el pasado y el futuro siempre ha sido la clave en la creación de una gran nación. Un monumento digno del siglo veintiuno y de la nueva Europa.

—Querrás decir que se trata del objetivo perfecto ¿verdad?

—Sí Eduardo. Sin duda se trataría de un ataque despiadado y perfecto aunque tal y como veo las cosas, debe de ser imposible introducir dos artefactos nucleares en este lugar.

—¡Maldita sea! Lo sabía... hemos metido la pata.

—¡No del todo! Creo que el plan inicial era dar el golpe aquí mismo pero al darse cuenta de lo difícil se adaptaron a las circunstancias e improvisaron.

—Puede que tengas razón.

—Espero que sí... salgamos fuera y busquemos a Frank.

Cerca de la entrada se encontraba David hablando con el hombre que buscábamos.

—¡Llegas tarde!

—La empresa me estaba informando sobre la situación con detalles. Han revisado todos los registros de hasta hace un mes y no han detectado ningún movimiento inusual, sin mencionar que examinaron cada rincón del edificio y no encontraron nada extraño. Ningún objeto más grande que un paquete de folios entró aquí y si calculamos que el tamaño de las bombas debe de ser aproximadamente de un metro de altura y treinta centímetros de diámetro, no hay ningún objeto que encaje con esa descripción.

—Nosotros también pensamos que dada la importancia del lugar y las medidas de seguridad que enseguida se pueden percibir, sería muy arriesgado para los terroristas actuar aquí. Puede que readaptaran su plan en el último momento.

—¿Quieres decir que no estamos en el lugar correcto?

—Es posible que no, pero el anciano fue bastante preciso sobre la ciudad y con la descripción del edificio.

—¡Entiendo! Lo que me quieres decir es que alertamos a todo el mundo, una bomba nuclear ha sido colocada en la ciudad, una organización de locos anda suelta y nosotros estamos dando palos de ciego. ¿Es eso lo que me quieres decir?

—Estamos muy cerca. Te lo aseguro. Sólo debemos averiguar qué ocurrió.

—¿Y cómo hacemos eso?

—Imaginémonos por un instante que hemos arriesgado las vidas de nuestros

compañeros para distraer a las distintas agencias gubernamentales y conseguir introducir un arma nuclear en Europa central. Por lo que sabemos, ambas operaciones se realizaron simultáneamente. El mensaje se transmitía abiertamente en el sur de Europa mientras transportaban las bombas por el norte, alejados de miradas curiosas.

—Eso está claro Vicente aunque cometieron errores.

—Tú lo has dicho Eduardo. En Ginebra se dieron cuenta que les seguíamos el rastro y no encajaba con sus planes que estuviéramos tan cerca de ellos. Yo no sé vosotros, pero si yo supiera que la operación está en peligro y tras visitar el Reichstag me percatara de lo difícil que es entrar, tomaría las medidas oportunas para no fallar. El mensaje ya está entregado y sólo falta cometer el pecado.

—¡La ira!

—¡Exacto! El punto final a la corrupción y la indiferencia de occidente. Si yo fuera «Zeus» buscaría un edificio cerca de aquí con características similares al Reichstag pero con un acceso mucho más fácil.

—¿Otro Reichstag?

—No a nuestro entender Emma pero sí para su propósito.

—¿Entonces qué buscamos?

—Un lugar con vistas al cielo. Otra cúpula de cristal.

Frank agachó preocupado la cabeza y enseguida levantó la mirada con asombro.

—¡El Sony Center!

—¿Qué es eso?

—La zona comercial más importante de Berlín. Se encuentra muy cerca de aquí y también tiene una gran cúpula de cristal, por no mencionar los cuantiosos accesos y la facilidad para introducir mercancía de cualquier clase.

—¿Y dónde está ese centro comercial?

—¡Fíjate! Casi se puede ver desde aquí.

Nos quedamos mirando hacia la dirección que Frank nos señalaba y rápidamente David cogió un radiotransmisor que le habían dado hace poco y empezó a informar.

—Las unidades que ya se encuentran en el Reichstag permanecerán aquí por precaución mientras tanto, otras unidades se dirigirán hacia el centro comercial. No creo que tarden mucho pero ya que estamos tan cerca, nos dirigiremos hacia allí por si averiguamos algo más. Recordad que debemos ser cautos y sobre todo mantener la calma.

Empezamos a caminar por el Tiergarten mientras David seguía dándonos instrucciones. Un hombre carismático y con mucho carácter. Su determinación nos impulsaba a todos a seguirle a cualquier lado.

—Cuando entremos, nos acercaremos a las dependencias asignadas para la administración y hablaremos con los de seguridad. ¿De acuerdo Frank?

—No hay problema. Es más, el responsable es amigo mío.

—¡Perfecto! Eso quizás nos evite perder el tiempo.

—Seguramente.

—Debemos asegurarnos de que la información que obtengamos sea fiable. Para empezar hay que descartar todos los sótanos y el aparcamiento subterráneo.

Me quedé sorprendido ya que era el primer sitio donde yo escondería una bomba para no ser descubierto.

—¿Qué te ocurre Vicente?

—La verdad es que no lo entiendo ¿Por qué no debemos buscar en un sótano?

—Para que un explosivo cause estragos, no debe colocarse en un lugar hermético. La onda expansiva pierde efectividad y se limita a causar daños sólo en ese preciso lugar. Ahora... si colocamos una bomba nuclear en un primer piso, la onda se expandiría con más facilidad y arrasaría todo lo que encontrara a su paso. Estoy seguro que reduciría la ciudad de Berlín a escombros.

—¿Y damos por hecho que ése es su propósito?

—Después de arriesgar la vida ¿qué es lo que tú harías?

—Tienes razón. Intentaría acabar mi trabajo de la mejor forma posible.

—Exactamente. Según tú piensas, el país en que naciste está en ruinas, has dado la espalda a tu gente que por encima de todo defiende el bien y has perdido compañeros por el camino sin mencionar el gran coste económico que ha supuesto toda la operación. Créeme, harás todo lo que esté en tus manos para alcanzar tu meta.

En el parque Emma no dejaba de mirarme. En mi interior se entremezclaban un sinfín de emociones que por un lado me confundían pero por otro me hacían sentirme vivo. Atracción, miedo, emoción y en ocasiones ira. Durante algunos segundos, mi mano se rozaba con la suya y me ayudaba a olvidar mis temores. Su rostro inspiraba confianza y me hacía sentir seguro de mí mismo mientras su sonrisa hacía que mi cuerpo sintiera un dulce escalofrío.

Llegamos al colosal centro comercial y me quedé sin palabras. Albergaba una gran cantidad de tiendas; ropa, joyas, zapatos, maquetas, pinturas, comida, discos todo lo que te pudieras imaginar se vendía. Los enormes escaparates, adornados con posters y otros detalles, tenían un aspecto exquisito... muy cuidado. Al menos desde mí punto de vista me parecía un sitio muy agradable y concurrido. La gente, caminaba hacia todas las direcciones parándose de vez en cuando para ojear los artículos de las tiendas o para saludar a alguien conocido. Gente de todas las razas y de todas las nacionalidades coincidía en este Centro. Blancos, negros, chinos, árabes, hindúes, de todas clase y de todos los colores. El milagro de nuestro siglo... todos éramos hermanos y todos se comportaban como tal. El escenario perfecto para que un fanático pasase desapercibido y pudiera sembrar la destrucción.

—Esperad aquí mientras voy con Frank a hablar con el jefe de seguridad. Si queréis tomaos algo rápido en esa cafetería de la esquina. Como mucho en quince

minutos estaremos de vuelta así que estad atentos y mantened la calma.

Nos sentamos en una mesita, cerca de la barandilla de la cafetería, que casualmente se quedó vacía. Eduardo pidió un expreso, Emma un chocolate caliente con un gofre y yo un café con leche y un bollo de chocolate con forma de lazo. Igual que la calma que procede a la tormenta, nos relajamos hasta tal punto que resultaba imposible pensar en lo que había pasado durante estos últimos días. Las conversaciones de la gente, las inconfundibles risas de los niños y de vez en cuando el inocente llanto de un bebe. La vida cotidiana transcurría ante nosotros y disfrutábamos de ella en silencio. Nos mirábamos durante un breve instante y volvíamos a evadirnos entre el bullicio de la multitud.

Había pasado ya un buen rato cuando vimos acercarse a David junto con Frank y otro hombre que debía ser el jefe de seguridad del centro.

—¿Qué habéis averiguado?

—Prestad atención que lo que os voy a decir es importante. Hace aproximadamente un mes, unos sirios compraron un local en la primera planta para abrir un restaurante. Hace una semana, llegaron unas cajas grandes que según el registro, son hornos y frigoríficos. El jefe de seguridad las examinó y le parecieron demasiado pesadas para ser maquinaria hostelera pero no les prestó demasiada atención. Al informarle de la gravedad de la situación fue lo primero que le vino a la mente.

Eduardo se levantó, comprobó que su arma estaba en su sitio y nos miró fijamente.

—¡Preparaos! Averigüemos lo que ocurre y acabemos con esto de una vez por todas. ¿Cuándo llegan los refuerzos David?

—En unos pocos minutos habrán llegado.

—Pues averigüemos si esos bastardos se encuentran aquí.

—De acuerdo. Hay que subir esas escaleras, girar a la derecha y seguir recto hasta el final del pasillo, el local está en obras y no tiene perdida. Según el jefe de seguridad, veremos una gran cristalera cubierta con papel de color verde y naranja. Emma y tú iréis por los ascensores, Eduardo y yo por las escaleras que están delante de nosotros mientras Frank y su amigo subirán por la parte trasera con las llaves de seguridad para abrirnos en el caso de que no hubiera nadie dentro.

Dejamos un billete de veinte euros en la mesa y nos dispusimos a subir al primer piso siguiendo las instrucciones de David. No dejábamos de echar vistazos furtivos a nuestro alrededor y la idea de entrar en un ascensor me asustaba más que el hecho de enfrentarme a un terrorista.

—No te preocupes Vicente, no me separaré de tu lado. Además, sólo tenemos que subir una planta.

Emma me cogió de la mano y nos subimos al ascensor. Entonces se me acercó a

la oreja y empezó a susurrarme al oído.

—Pase lo que pase mantente detrás de mí y no intentes nada heroico. Eso sí, ten tu mano cerca del arma por si acaso.

Me dio un beso en la mejilla y otro en los labios dejándome sorprendido aunque más relajado. Cerré los ojos durante un instante y recordé los extensos olivares de mi pueblo junto con la gente que había crecido. Al abrirse la puerta del ascensor, me di cuenta de lo lejos que me encontraba y de la importante tarea que se me había encomendado. Mi pecho se llenó de aire y exhalé un suspiro.

—¿No deberíamos avisar a todo el mundo para que se vayan de aquí?

—No podemos hacerlo sin saber con certeza que estamos en el lugar correcto. —
Contestó Emma.

—Sigo pensando que es un riesgo innecesario.

—Por desgracia las cosas funcionan así, no nos corresponde a nosotros tomar la decisión de evacuar el centro comercial. Confía en Frank; estoy segura de que lo tiene todo controlado.

Llegamos a la entrada del restaurante y el jefe de seguridad empezó a tocar la puerta y a llamar a un tal John. Al comprobar que no contestaba nadie, cogió las llaves e intentó abrir la puerta.

—«Ein minuten bitte».

El guardia retiró las llaves de la cerradura y nos apartamos.

—¿Qué ha dicho?

—«Un minuto por favor».

—Así que hay alguien dentro. ¿Por qué no abrió antes?

—No lo sé Vicente pero tú quédate detrás de mí como te dije y mantente alerta por si acaso.

Un gran manojo de llaves golpeaba la puerta por el otro lado mientras el sonido de la cerradura al abrirse se clavaba en mi cerebro. El sudor de mi frente resbalaba por mi nariz hasta caer en mi camisa y las manos me temblaban sin que pudiera controlarlas. Un hombre de origen árabe apareció de forma repentina y miró al guardia. Enseguida se dio cuenta de que no estaba solo. Se quedó mirándonos sin pronunciar ni una palabra con una mueca de disgusto en sus mejillas. La tensión se respiraba en el ambiente aunque él no parecía totalmente sorprendido. En un abrir y cerrar de ojos, sacó una pistola y disparó a Frank mientras gritaba hacia el interior.

—¡Iman! ¡Hassan!

Frank caía herido al suelo y el guardia se lanzó al tirador cogiéndole del brazo y empujándolo hacia arriba. Consiguió disparar dos veces más antes de que David cogiera su arma y le golpeará con fuerza en la nuca dejándolo inconsciente. La mirada de Frank, vacía e inexpresiva, viajaba hacia lo inalcanzable. Su amigo lo agarró de la pechera e intentó alejarle de allí mientras él también se arrastraba hacia

las escaleras. Eduardo ya había saltado al interior del restaurante mientras Emma me había empujado al suelo y se acercaba a David que estaba atando las manos del agresor con una cinta adhesiva que llevaba en su bolsillo. Los gritos de la gente asustada retumbaban por todo el centro comercial y sólo pasados unos segundos pudimos distinguir una voz que provenía del interior del local.

—Atrás o moriremos todos... ya sabéis lo que tenemos...

David ya había acabado y se disponía a entrar para cubrir a Eduardo. Mientras tanto, Emma se colocó tras el marco de la puerta medio agachada, haciéndome señales para que me quedara tumbado en el suelo.

—¡He dicho que atrás!

Miré a Frank que se encontraba encharcado en su propia sangre junto a su amigo que no paraba de apretar las heridas con fuerza, pero al juzgar por la expresión de su cara se había perdido toda esperanza de salvarle. Quise arrastrarme hacia ellos pero nada más moverme, una ráfaga de disparos, seguida del tremendo estruendo del escaparate haciéndose pedazos encima de mí, me paralizó por completo.

—¡Cuidado Emma!

Por suerte, en ese momento, la vi como se lanzaba al interior del restaurante mientras Eduardo disparaba indiscriminadamente hacia la posición donde se escondían los terroristas. El guardia de seguridad abandonó el cuerpo de Frank y aterrorizado se apoyó sobre la cristalera del local contiguo, pudiendo reconocer en él la indescriptible sensación de terror que yo también compartía.

—No te quedes ahí quieto, acércate a nosotros; si te quedas parado te convertirás en un blanco fácil.

Ahora tenía una visión más amplia de lo que sucedía. El local tenía forma rectangular y mis compañeros se encontraban en la zona del comedor. David, situado en la parte derecha, se había atrincherado tras un par de mesas que había tumbado mientras a su izquierda se encontraba Eduardo junto a Emma que habían hecho lo mismo. Les tenía a unos pocos metros delante de mí pero estaba muy asustado y era incapaz de reaccionar.

—¡Maldita sea Vicente! Te parece un buen momento para quedarte quieto. ¡Muévete!

Más adelante a la izquierda, un mostrador de piedra se alargaba hacia el fondo y acababa cerca de una gran puerta que debía conducir a la cocina. Sin duda era el lugar donde se encontraban las dos bombas. Ése era nuestro objetivo.

—¿Qué estás haciendo Emma?

—Voy a contar hasta tres y me acercaré a él. Tú cúbreme. ¿De acuerdo Eduardo?

—¡Vale!

—Uno... Dos...

Uno de los terroristas empezó a gritar en un idioma que no entendía y acto

seguido, una ametralladora asomó desde la esquina de la barra, descargando con furia una lluvia de balas que impidieron a Emma efectuar el rescate. Los pitidos de los rebotes rechinaban por todas partes provocando que mi cuerpo reaccionara y con movimientos nerviosos y descoordinados, me arrastre rápidamente hacia donde se encontraban mis compañeros.

—¿A qué demonios estás jugando? ¡Casi te matan!

Eduardo, enfadado y a la vez aliviado de haberme acercado, me gritaba sin parar. Por otro lado, Emma me había agarrado con fuerza contenta de que no me hubiera ocurrido nada. Saqué mi pistola y empecé a trastearla intentando quitar el seguro, pero mis temblorosas y torpes manos me lo impedían.

—Trae aquí...

Eduardo cogió la pistola, comprobó el cargador, quitó el seguro y me la devolvió.

—Ahora sólo tienes que apuntar y apretar el gatillo, pero ni se te ocurra arriesgarte demasiado.

—¡De acuerdo! ¿Qué hacemos ahora?

—Tenemos a un tirador en la barra y a otro en la cocina que seguramente está manipulando las bombas. Me pondré de acuerdo con David para que se adelante mientras realizo una maniobra de distracción. Emma y tú, debéis cubrirme disparando hacia la barra. ¿De acuerdo?

—En cuando nos des la señal, empezamos.

Cogió un servilletero metálico que había tirado en el suelo y lo lanzó al lado de David para llamar su atención. En cuanto le miró, empezó a explicarle su plan con gestos de manos, indicándole la dirección hacia donde iba a correr y qué esperaba de él. David asintió con la cabeza y se colocó en posición para avanzar cuando Eduardo diera la señal.

—Listos... ¡Ya!

Emma y yo, empezamos a disparar mientras nuestros dos compañeros, se acercaban por lados opuestos. El tirador, al percatarse de lo que sucedía, sacó su ametralladora y empezó a disparar coléricamente sin asomar la cabeza. Cuando cesaron los disparos vimos lo cerca que se encontraba David de la barra. Pronto se levantaría y acabaría con el tirador. Con señales, nos indicó que disparásemos una vez más y sin dudarlo ni un segundo, lo hicimos. En cuanto asomó la ametralladora por el borde, David se levantó con mucha rapidez y disparó dos veces. Sin decir ni una palabra, nos indicó con un gesto de su dedo pulgar sobre su cuello que le había matado y seguidamente se dirigió hacia la puerta de la cocina donde se encontraba Iman junto con las bombas.

—Levántate Vicente. Vamos a acabar nuestro trabajo. Por cierto ¿te quedan balas?

—La verdad es que no lo sé...

—Déjame ver tu pistola.

Con movimientos rápidos y precisos, sacó el cargador, revisó el arma y cuando ya la tenía en mis manos, ya estaba cargada.

—Por cierto Emma ¿Dónde está Eduardo?

—¿No está con David?

Miramos hacia la puerta de la cocina pero no le vimos por ninguna parte. Entonces, entendimos que algo iba mal y nos fuimos corriendo hacia el lado izquierdo del restaurante.

—¡Dios mío! No puede ser verdad...

Eduardo yacía en el suelo con manchas de sangre a su alrededor. Enseguida pensé en el pobre Frank y la expresión que tenía su amigo cuando intentaba salvarlo hacía tan sólo unos minutos. Ahora yo me encontraba impotente frente a mi amigo y la cara en la que se reflejaba la desesperación junto con amargura, era la mía. Emma se tiró a su lado apretando con fuerza sus heridas y entonces ocurrió un milagro.

—¿¡Te has vuelto loca!? No me aprietes tanto que me haces más daño.

—¡Estás vivo! No te han matado...

—Pues claro, que te esperabas. ¿Ya te preparabas para las ceremonias funerarias? Soy un hueso duro de roer. Lo malo es, que ese bastardo me ha dado en el brazo y en el muslo. Apenas puedo moverme.

—Tú quédate aquí y no te preocupes por nada. Pronto todo habrá acabado.

Tras el susto que nos había dado, Emma y yo nos acercamos con más determinación a la puerta de la cocina que nos separaba de Iman. Para nosotros, él era el responsable de todo. Él era «Zeus» y debía ser castigado por los siete pecados capitales que ya había cometido.

—¿Qué hacemos David?

—Podemos entrar e intentar detenerle o esperar a los policías alemanes que no deben tardar mucho en llegar. El problema es que no dejen de oír ruidos metálicos, lo que significa dos cosas. Que se está atrincherando o que está activando las bombas.

—Entonces no hay tiempo que perder.

—Muy bien. Tú Vicente empuja con fuerza la puerta para que se abra y yo entraré. Emma entrará detrás de mí usándome como escudo, de esa manera si yo caigo, ella deberá disparar y matar a «Zeus». Es muy probable que sólo tengamos una oportunidad. ¿De acuerdo?

Asentimos con la cabeza y David se colocó a un metro frente a la entrada. Emma le agarró con fuerza a su chaqueta manteniéndose a cubierto y yo me dispuse a dar una fuerte patada a la puerta. Nos miramos a los ojos y sin pensarlo dos veces, actuamos.

—¡Estás detenido! Levanta las manos y ponlas donde pueda verlas.

El grito de David me impulsó a entrar con la pistola en la mano apuntando hacia

todas partes sin ningún sentido. «Zeus» se encontraba tras una mesa de acero inoxidable con una de las bombas encima y con un rifle en la mano. Dio dos pasos hacia atrás, tiró su arma al suelo y levantó las manos sin dejar de reírse.

—¡Cállate o te meteré una bala en la cabeza que te cambiará el humor!

El asesino, sin dejar de reírse, empezó a hablar mirando fijamente la otra bomba que se hallaba en el suelo.

—¡Todo ha acabado! En menos de diez minutos, la bomba explotará y nuestra ira habrá castigado a Europa. Por fin habrá justicia.

—Justicia o venganza... Emma, no dejes de apuntar a este miserable hijo de mala madre y tú Vicente, coge la radio e informa de la situación.

David, guardó el arma y empezó a examinar la bomba que estaba encima de la mesa.

—No le ha dado tiempo a activarla.

Cogió las herramientas que «Zeus» tenía en un macuto negro y empezó a trabajar en la otra. Mi corazón latía con mucha fuerza, la vista se me nublaba y mis manos temblaban cada vez más. Empecé a recordar los campos donde jugaba cuando era niño y lo hermosa que era la sensación de vivir cobijado por la inocencia. Mí mente viajó a mis días de colegio. Mi familia y mis amigos me esperaban con los brazos abiertos en el estrecho callejón que daba a mi casa. La sensación de la muerte tan cercana a mí, acariciaba mis mejillas mientras la decepción no dejaba de azotar mis pensamientos. Una y otra vez, los niños harapientos y descalzos, aparecían entre un recuerdo y otro. Finalmente, respiré profundamente, apacigüé mis temores y me dispuse a afrontar mi destino. Por fin había hecho las paces con Dios.

—Creo que puedo desactivarla pero no sé si lo conseguiré a tiempo.

Lentamente empezó a desmontar varias piezas del artefacto y las colocó a su lado. Su pulso era firme pero el sudor de su frente, delataba la gran presión que soportaba. Movimiento tras movimiento, nuestros corazones palpitaban a gran velocidad y los segundos se convertían en minutos y a su vez en horas.

—¿Cómo va todo David?

—No me distraigas Emma, intento concentrarme.

—Claro, Claro. Lo siento, es que...

Estábamos tan concentrados en el trabajo de David que «Zeus» aprovechó la ocasión y agarró la pistola de Emma. En cuestión de segundos, forcejeaban al lado de David descentrándole mientras no dejaban de golpear la bomba desactivada que se encontraba sobre la mesa.

—¡Prepárate para morir perra!

David quería reaccionar pero no podía. En sus manos tenía una de las piezas de la bomba e intentaba no moverla demasiado.

—No te quedes ahí parado Vicente. ¡Haz algo!

Intenté apuntar a «Zeus» con mi pistola, pero cada vez que pensaba disparar, un movimiento brusco colocaba a Emma frente a mi punto de mira. Di un par de pasos acercándome un poco para poder golpear al asesino, pero enseguida daba dos pasos hacia atrás. No estaba preparado para afrontar la situación, no sabía qué hacer.

—¡Dispáranos a los dos! No te preocupes por mí Vicente.

—No puedo arriesgarme...

—¡Sí que puedes!

«Zeus», golpeó con fuerza a Emma y se apoyó con la espalda a la pared que tenía detrás mientras con mucha fuerza, bajaba el arma que ambos sujetaban hacia la cabeza de mi compañera. Dejé de dudar y me acerque a ellos. Agarré el brazo de Imán y coloqué mi pistola sobre su sien.

—¡Ríndete mal nacido! Ríndete o te disparo.

Mientras seguía forcejeando con Emma, «Zeus» me miró de reojo y una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

—No veo la muerte en tus ojos. Tú no eres como nosotros... jamás podrías apretar el gatillo.

—¡Vicente por favor! No me quedan más fuerzas. Nos matará a todos...

Emma no aguantaba más, Imán iba venciendo y sólo yo era capaz de detener esa locura.

—¡Vicente por favor!

¡Bang!

El primer disparo agujereó el cráneo de «Zeus». Emma se apartó y empecé a disparar una y otra vez hasta que vacié completamente el cargador. El cadáver masacrado que yacía ante mí era el de un despiadado asesino, pero aún sabiendo eso, no podía creer lo que acababa de hacer. Su camisa blanca estaba empapada en sangre, sus pantalones se retorcían junto al resto del cuerpo y su mirada vacía aún me asustaba.

—Tranquilo... ya pasó todo...

Emma, cogió la pistola de mi mano y tras tirarla al suelo, me abrazó.

—Has hecho lo correcto. No hay nada de que arrepentirse.

—Quizás tengas razón. Sólo espero que mi conciencia me lo permita y que pueda vivir con ello.

Nos acercamos a David con mucha precaución. A pesar de todo lo que acababa de ocurrir, él seguía desmontando piezas del artefacto sin distraerse. En su rostro no aparecía ninguna expresión. No parecía asustado, decepcionado, alegre o estresado. Su tarea era más importante que todo eso. Él nos iba a salvar la vida a todos.

Emma y yo nos abrazamos como si estuviéramos esperando lo peor. Un extraño silencio se extendía por todas partes. Cuando avisé por radio informando de la situación, me dijeron que todo el personal cualificado había acudido al lugar pero no

se oía nada. Ni ambulancias, ni sirenas, ni personas... ¡Nada!

—¡Vicente!

—Dime David. ¿Qué necesitas?

—Reza todo lo que puedas Padre. En unos instantes la bomba va a detonarse.

—¡Quieres decir que se acabó!

—Aún nos queda una oportunidad. He desmontado toda la parte electrónica del artefacto, sin ningún problema, pero los que la construyeron eran muy listos. También pusieron en marcha un dispositivo mecánico para asegurarse que nada les detendría. A juzgar por el ruido que hace no tardará mucho en activarse.

—¿No puedes pararlo?

—No conseguiría desmontarlo a tiempo así que con una pajita de plástico he creado una barrera entre las partes que activan el artefacto. Sólo espero que sea suficiente.

—¿No estás seguro de haberlo conseguido?

—Muy pronto lo averiguaremos.

David, se quedó sentado al lado de la bomba escuchando como rugían sus entrañas. Cabía la posibilidad que sólo nos quedase unos pocos minutos de vida; segundos quizás.

—Emma, sólo quiero decirte...

—Yo también Vicente, pero prefiero que hablemos en otro momento.

—Pero...

—Me gustaría que fuese en un sitio más romántico, con flores y música.

Acarició suavemente mis mejillas y asentí con la cabeza sonriendo.

—De acuerdo Emma. Así lo haremos.

Nos cogimos de la mano y miramos a nuestro compañero David con cara de admiración por todos los esfuerzos que había realizado. Él por su parte, portaba una mirada afable, como si estuviera satisfecho por las cosas que había hecho en su vida o simplemente se acercaba a un recuerdo agradable de su pasado.

¡Click!

—¡Creo que ya está!

—¿¡Qué quieres decir con eso David!?

—¡Qué ya está, ha funcionado! Jajaja.

—¡Sí! Lo hemos conseguido... Sí, sí, sí...

Nuestro compañero, pegó un salto de alegría y se lanzó hacia nosotros dándonos un gran abrazo. De repente, gritos de júbilo y alegría provenían de todas partes. Al salir de la cocina, policías, enfermeros, médicos, soldados y bomberos, con lagrimas en sus caras, celebraban este segundo renacer. Muchos hablaban por teléfono con sus familias y otros se acercaban hacia nosotros para estrecharnos la mano. Recordé lo sólo y asustado que me sentí en esa cocina, pero en realidad tenía el apoyo de toda

una ciudad o mejor dicho, de toda la buena gente que habita nuestro pequeño y frágil planeta. Enseguida me di cuenta que se trataba de la misma historia de siempre, la eterna lucha entre el bien y el mal.

—¡Mira Vicente, allí está Eduardo!

—¿Dónde? No consigo verle.

—Le están subiendo a esa ambulancia. ¡Corre!

Emma y yo nos encontrábamos junto a nuestro compañero que nos sonreía con debilidad.

—Nunca dudé de vosotros.

La mirada del detective, se fijó rápidamente en nuestras manos y en como nuestros dedos se entrelazaban.

—Me alegro mucho por vosotros. Tenemos que celebrarlo a lo grande.

—Y pronto. Por eso debes recuperarte lo antes posible.

Un médico nos interrumpió y cerró las puertas de la ambulancia. Me resultaba imposible ocultar mi alegría al ver que Eduardo se iba a recuperar. De lejos conseguí distinguir al jefe de seguridad del centro comercial que me miraba con una expresión vacía. Levante mis dos manos en gesto de agradecimiento y agaché la cabeza recordando la triste pérdida de su amigo. Él, simplemente movió su mano de arriba abajo, como si no le diera mucha importancia. Entendí que los verdaderos héroes son aquellas personas que se enfrentan a la adversidad y tras vencer, regresan a sus casas si necesitan medallas que demuestren su valor.

—¿Cómo estáis parejita?

—...

—Mejor no digáis nada. Ese hombre os llevará al hotel Adlon Kempinski donde hay dos habitaciones reservadas para vosotros. Ya os han llevado vuestras cosas. Estáis obligados a quedaros en la ciudad durante un tiempo hasta que se acabe la investigación y el papeleo, pero me aseguraré de que no os molesten demasiado. Al fin y al cabo, sois unos héroes.

—¿Y qué pasa con Eduardo?

—No os preocupéis por él. Se encuentra en muy buenas manos y podréis visitarle siempre que os plazca.

—Ha sido un placer conocerte David.

—Creedme, el placer ha sido todo mío.

Tras una breve y más bien simple despedida, nuestro amigo se mezcló con la muchedumbre hasta que le perdimos de vista. Enseguida nos llevaron al coche entre una multitud de periodistas que dificultaban nuestro paso. A lo mejor habría contestado alguna de sus preguntas, pero por desgracia no entendía nada de lo que me decían. Por otro lado, sólo quería descansar. Mantenía a la dulce Emma pegada a mí cuerpo para que nadie me la arrebatase. Cerramos la puerta y nos alejamos del

incesante deslumbramiento que nos provocaban las cámaras de fotos.

XXXII

«Ring, ring... Ring, ring...»

—¿Diga?

—Herr Gómez. Le informamos que en diez minutos le llevarán su pedido.

—¿Mi pedido, qué pedido?

—Su encargo señor. Diez minutos... Gracias por la espera.

Tuve la extraña sensación de haber vivido una situación parecida hace poco tiempo. No le di demasiada importancia y me metí en la ducha.

—Toc, toc, toc...

—¡Voy! Un minuto por favor.

—Su pedido Herr Gómez.

—Gracias, pero yo...

—Que disfrute.

Un carrito lleno de succulenta comida ocupaba el centro de la habitación. Era cierto que tenía mucha hambre pero todo lo que trajeron era demasiado, hasta para mí. Langosta, solomillo, ensalada, patatas hechas de distintas maneras y una enorme bandeja de postres.

—Toc, toc, toc...

—¿Quién es?

—Soy yo, Emma.

—Un minuto que sólo llevo puesto un albornoz.

—No importa. Déjame entrar antes de que se enfríe la comida.

Abrí la puerta y Emma entró con una botella de champan en la mano. Llevaba puesto un vestido rojo de tirantes pero sin zapatos.

—Así que fuiste tú quien pidió todo esto.

—¿No te gusta?

—A decir verdad, me encanta.

Me quedé estupefacto mirando como bailaba alrededor de la habitación hasta que finalmente se tumbo sobre la cama. Dejé la botella de champan en la mesita y me hizo un gesto con la mano para que me tumbase a su lado.

—¡Te quiero! Quiero que lo sepas pero también quiero que entiendas que no estoy acostumbrado a este tipo de situaciones.

—Ya lo sé Vicente. Iremos despacio. Sólo quiero charlar un poco contigo antes de cenar.

Me recosté a su lado y nos cogimos de la mano como si fuéramos dos adolescentes.

—Tú has dejado el sacerdocio ¿Verdad?

—Oficialmente no, pero eso es lo que debo hacer.

—¿Debes?

—Para poder estar contigo. Debo hacerlo porque es lo que más deseo en este momento.

—Esa respuesta me gusta mucho más.

—Me alegro.

—También sabemos que aunque no pierda mi trabajo yo no quiero volver.

—Si es lo que quieres, no hay más que hablar.

—¿Entonces qué haremos?

—Ya encontraremos la manera de salir adelante. Por ejemplo, si vamos a España yo podría impartir clases y tú dedicarte a lo que más te guste.

—¿Y si no quiero ir a España?

—Pues iremos a donde quieras y nos las apañaremos. Después de todo lo que hemos pasado, no le temo a la vida.

—¿Te cuento un secreto?

—Si quieres.

—Es un secreto turbio y que desvela mi lado egoísta.

Me quedé intrigado con lo que dijo. La miré fijamente a los ojos haciéndole notar mi preocupación.

—¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas el maletín de Suiza?

—Por supuesto. Supongo que lo habrán confiscado como una prueba.

—Supones mal. Está en mí habitación.

—¿Cómo dices?

—Considerémoslo un pequeño incentivo por nuestros servicios y una ayudita para comenzar nuestra nueva vida.

La preocupación se había desvanecido y un profundo suspiro se escapó de mi pecho. Apoyé mi cabeza en la almohada mientras seguía mirando los ojos de la hermosa Emma. Lentamente, una pícara sonrisa se dibujaba en mi rostro mientras mis párpados se cerraban, para por fin descansar.



ALEXANDER COPPERWITE: Nació el 6 de Marzo de 1980 en Alcalá de Henares, Madrid. De padre griego y madre española, cuando cumplió los cuatro años se mudaron a una isla llamada Corfú, en el noroeste de Grecia, donde vivió hasta los diecinueve años. Durante esos años viajó a Alemania, Portugal, Reino Unido, Francia, Italia y Austria donde, en este último, estuvo viviendo seis meses, estudiando el idioma y trabajando. Más tarde, también viajó a Brasil, Marruecos, Hungría, Irlanda, Holanda, Bélgica y Luxemburgo.